

Vidas
de los
SANTOS
de la
C.^a de Jesús

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576



DG
COM

VIDAS
DE LOS SANTOS

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

+ 1135641

. C.



VIDAS DE LOS SANTOS

DE
LA COMPAÑIA DE JESUS

POR UN INDIVIDUO DE LA MISMA

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID

LIBRERIA DE DON MIGUEL OLAMENDI

6 PAZ 6

1877.

Es propiedad.

PROTESTATIO.

Cum SS. D. N. Urbanus Papa VIII, die 13 Martii anno 1625 in Sacra Congregatione S. R. et Universalis Inquisitionis decretum ediderit, idemque confirmaverit die 5 Junii anno 1634, quo inhibuit imprimi libros hominum, qui Sanctitate vel Martyrii fama celebres e vita migraverunt, gesta, miracula vel revelationes, sive quaecumque beneficia tanquam eorum intercessionibus a Deo accepta continentes, sine recognitione atque approbatione Ordinarii; et quæ hactenus sine ea impressa sunt, nullo modo vult censeri approbata: Idem autem Sanctissimus die 5 Junii 1634 ita explicaverit, ut nimirum non admittantur elogia *Sancti* vel *Beati* absolute, et quæ cadunt super personam, bene tamen ea quæ cadunt supra mores et opinionem, cum protestatione in principio quod iis nulla adsit auctoritas ab Ecclesia Romana, sed fides tantum sit penes auctorem: huic decreto ejusque confirmationi et declarationi, observantia et reverentia qua par est insistendo, profiteor me haud alio sensu quidquid in hoc libro refero, accipere aut accipi ab ullo velle quam quo ea solent, quæ humana dumtaxat auctoritate, non autem divina Catholice Romanæ Ecclesiæ, aut Sanctæ Sedis Apostolicæ nituntur, iis tantummodo exceptis, quos eadem Sancta Sedes Sanctorum, Beatorum aut Martyrum Catalogo adscripsit.

APROBACION DE LA EDICION ROMANA.

Nihil obstat.

Fr. Lud. Cuerva,

Ord. Præd., S. T. M. Censor deput.

Imprimatur.

Fr. Raph., Arch. Salini,

Ord. Præd., S. P. A. Mag. Soc.

Imprimatur.

Josephus Angelini,

Archiep. Corinth. Vicesgerens.

ADVERTENCIA.

Desde luego se notará una gran diferencia de estilo en estos Compendios de vidas, sacados de varios autores antiguos y modernos, como Nieremberg, Andrade, Croisset y otros. No obstante, tratándose de las vidas de unos Santos que tanto se parecieron en el ejercicio de las virtudes, es de esperar que esta variedad y diversidad de plumas no desagradará, ni será ménos útil á los que desean aprovecharse de los admirables ejemplos de estos verdaderos imitadores de Jesucristo.

A esta advertencia, puesta en la primera edicion (Roma, imprenta de la S. C. de Propaganda fide, administrada por el socio Caballero D. P. Marietti, 1870), se debe añadir, por lo que mira á la presente, cómo esta sale muy mejorada, ya por haber aumentado el catálogo de las vidas con la del Beato P. Pedro Fabro, ya por juntar á ellas, como apéndice y suplemento, la Novena de cada uno de los Santos y Beatos de la Compañía. Estas Novenas, en su mayor parte, son las que andan ya impresas; sin embargo, como todavía carecian de ella algunos de los Beatos últimamente puestos en los altares, preciso ha sido proveer á esto componiendo las que faltaban. Finalmente, como complemento de esta parte de la Obra, ha parecido conveniente añadir á dichas Novenas las de los Sagrados Corazones de Jesus y María, y la de la Inmaculada Concepcion.

Hanse puesto al fin dos cuadros ó catálogos, uno de los Santos y Beatos de la Compañía de Jesus, y otro de los

siervos de Dios, de la misma Compañía, cuyas causas de Beatificación han sido introducidas. Varios de los datos se han tomado del opúsculo publicado por el P. José Boero, de la Compañía de Jesus, titulado: De origine et progressu Societatis Jesu usque ad ejus confirmationem, commentarium P. Simonis Rodriguez. (Romæ, 1869.)

VIDA
DE
SAN IGNACIO DE LOYOLA,
FUNDADOR Y PRIMER GENERAL
DE LA COMPAÑIA DE JESUS .

Al mismo tiempo que el apóstata Lutero desolaba la Iglesia en Alemania; y Enrique VIII, declarándose cismático, la destruía en Inglaterra; y Calvino, aquel imaginario reformador, le hacía sangrienta guerra en Francia: la Divina Providencia, siempre atenta á sus necesidades, formaba en España un héroe cristiano, escogido, como declara Urbano VIII, para contener las funestas conquistas de los enemigos de Dios, nacido para la reformation de las costumbres en todos los estados, y destinado para llevar la fe de Jesucristo hasta aquellos países donde jamás habían penetrado los Apóstoles.

Este gran Santo, gloria de su nación, y ornamento de su siglo, nació el año de 1491, en Azpeitia, villa de aquella parte de España que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Su padre, D. Beltran, Señor de Oñaz y de Loyola, ocupaba uno de los primeros puestos entre la nobleza del país, como primogénito y cabeza de una de

¹ La Novena está en el núm. 4 del apéndice.

las casas más antiguas; y su madre, Marina Saez de Balda, no era de ménos ilustre nacimiento.

Aunque Ignacio era el menor entre cinco hijas y ocho hijos, nació adornado de tan bellas prendas, que muy presto fué las delicias de toda la familia. Era bien dispuesto; el aire noble y naturalmente agraciado, el genio elevado, y sobre todo una ardiente pasion por la gloria, prevenian los ánimos en su favor. Aunque un poco altivo, era atento y cortés, notándose en él desde sus primeros años, una discrecion y gravedad superior á ellos, y una especial devocion á la Sacratísima Virgen María y al Apóstol San Pedro. Juzgando su padre que era nacido para la corte, se dió prisa á enviarle á ella, y le hizo paje del Rey Católico. Luégo ganó Ignacio la gracia de D. Fernando, pero su inclinacion á las armas hizo que se disgustase presto de la ociosidad de palacio. Señalábanse ya sus hermanos en el ejército de Nápoles, y él se quiso distinguir en el de Cantabria; logrólo en la toma de Nájera, y en esta como en todas las acciones de guerra dió pruebas de gran valor.

No las dió iguales de virtud y cristiandad, por estar su cabeza llena de vanidades, y preocupada de especies de galantería, siguiendo en todas sus acciones el espíritu y máximas del mundo; pero el Señor se dignó en fin abrir los ojos á aquel vaso de eleccion, despues de haberle, digámoslo así, echado por tierra. Sitiaba el ejército frances el castillo de Pamplona, y el Virey D. Antonio Manrique dejó por comandante á D. Ignacio, en tanto que él salia para solicitar el oportuno socorro. El denodado Gobernador sostuvo solo y á pié firme muchos asaltos; y asombrados los sitiadores de la intrepidez del jóven español, convirtieron todas sus fuerzas contra el puesto que defendia, y fueron igualmente

repelidos luégo que Ignacio se dejó ver en la brecha con espada en mano; pero en el calor del combate una bala de artillería rompió una pierna al valeroso comandante, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitia- dos, y se rindieron. Trataron los franceses á Ignacio con toda la estimacion que merecian su valor y nacimien- to; y despues de haberle cuidado, y aplicado los prime- ros medicamentos á las heridas, le llevaron á su casa de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. Sobre- vínole calentura, y estuvo tan de peligro, que recibió los Sacramentos, y le daban pocas horas de vida: pero habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños San Pedro trayéndole la salud, y á poco se vió fuera de peligro. El suceso acreditó la verdad de la aparicion; pero ni ella, ni el milagro que se le siguió, bastaron para convertir á Ignacio. Viéndose obligado á guardar todavía el cuarto y la cama por algunos dias, pidió un libro de novelas, ó alguna historia de caballerías, para divertirse. Por dicha suya no se halló más libro en casa, que la vida de Cristo, y las vidas de los Santos. Leyólas Ignacio, sintióse movido, y haciendo las naturales refle- xiones que le ofrecia el cotejo de aquellas vidas con la suya, quedó convertido, y para siempre resuelto á entera mudanza, y vida santa y perfecta, proponiendo juntar en sí las mortificaciones, ayunos y todo género de peni- tencias y asperezas corporales, que habia leído de diver- sos Santos.

Con esta resolucion se levantó una noche de la cama á hacer oracion, é hincándose de rodillas delante de una imágen de Nuestra Señora, se ofreció al Hijo por medio de la Madre, diciendo con extraordinario fer- vor: «¿Hasta cuándo, Señor, estaréis enojado conmigo? ¿Hasta cuándo estaré yo asido á las cosas de la tierra?

Ya es tiempo de dejar las honras, deleites y riquezas, que tanto tiempo me han tenido engañado. Romped, Señor, estas prisiones para que os pueda seguir en la conquista del cielo. Rogad, Señora, á vuestro Santísimo Hijo, para que me admita en su servicio, que yo prometo seguirle con mayor cuidado que el que hasta ahora he tenido yendo en pos de los reyes de la tierra.»—Apareciósele la Santísima Virgen con el Niño Jesus en los brazos; y con la celestial dulzura que se siguió de tal visita purificó su corazon, inundándole el alma en indecibles delicias, dejándole á más enriquecido con el don inestimable de una castidad tan pura, que jamás en adelante volvió á sentir estímulo ni sugestion alguna deshonesta.

Por su tierna devocion á la Soberana Reina, emprendió luégo la peregrinacion á Monserrat, monasterio famoso por el concurso de peregrinos que de todas las partes del mundo acuden á implorar la proteccion, y venerar la milagrosa imágen de la Virgen. Habia en aquel monasterio un monje de eminente santidad: confesóse Ignacio con él generalmente, y lo hizo con tanto dolor de sus pecados, que el confesor temió espirase á sus piés el penitente, y le costó mucho trabajo enjugarle las lágrimas. Pasó toda la noche en la iglesia postrado ante la imágen de la Madre de Dios, colgó la espada de un pilar inmediato al altar, dió sus ricos vestidos á un mendigo, echóse á cuestras un saco, y se puso en camino con el bordon en la mano, la calabaza al lado, la cabeza descubierta, los piés descalzos, cargado sólo con los instrumentos de penitencia.

Con este pobre equipaje llegó á Manresa el nuevo peregrino. Fué recibido en el hospital; pero su pálido semblante, su barba larga, las uñas que de propósito habia dejado crecer para causar horror, le hicieron re-

pugnante y ridiculo á cuantos le veian. Sirvióse el demonio de tan extraña mudanza de vida para tentar al Santo. Los desprecios que padecia, el mal olor del hospital, y el verse confundido entre una caterva de mendigos, le comenzó á dar en rostro, y le sobrevinieron varios pensamientos de que igualmente se podria salvar en la corte y en el ejército, que en aquella asquerosa vida: pero duró poco la ilusion; conoció Ignacio toda su malignidad, y para vencerla con resolucion, se hizo criado de los mismos enfermeros, asistiendo con mayor frecuencia á los enfermos que le daban más asco, y dedicándose á los más bajos oficios. Rompieron, en fin, los rayos de su virtud por entre las nubes de aquellos abatimientos; comenzáronle á respetar, y á descubrir no sé que especie de grandeza en aquellas exterioridades viles y despreciables. Sobresaltóse Ignacio luégo que llegó á entenderlo, y al punto salió del hospital, yendo á encerrarse en una horrorosa cueva, á quinientos ó seiscientos pasos de Manresa.

Parecióle que en aquella profunda caverna se podria abandonar enteramente á su fervor, sin poner límites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedazaba su cuerpo con una cadena de hierro, armada de agudas puntas; pasaba semanas enteras casi sin alimento, debiendo sólo á unas amargas raices el no morir de hambre: excèsos que muchas veces pusieron en peligro su vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta; lleváronle al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de mudar el género de vida. A estas tentaciones se siguieron otras: fatigábanle los escrúpulos, mostrábase el cielo de bronce, y apoderada de su alma una profunda melancolía, se le hacia la vida insoportable. Duran-

te aquella terrible desolacion, resolvió Ignacio pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer ni beber, y hubiera llevado adelante estos excesos, si su confesor no le hubiera ido á la mano. Dios premió en el mismo instante su rendimiento; serenóse el cielo, sucedió la calma á tan deshecha tormenta, y colmó el Señor á aquella generosa alma de los más dulces consuelos, de manera que despues todo fué visiones, éxtasis y raptos. En estas íntimas comunicaciones con Dios, recibió soberanas luces acerca del misterio de la Trinidad; en lo que escribió de este misterio, y se perdió, guardaba un estilo semejante al de los libros proféticos de la Sagrada Escritura. También fué por este tiempo cuando, iluminado con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la religion, compuso el admirable libro de los *Ejercicios espirituales*, aprobado por tantos Sumos Pontífices, y tan apreciado de todos los buenos, en el cual este hombre, inspirado de Dios, redujo como á arte la conversion del pecador, y la práctica de la perfeccion cristiana.

Vínole deseo de visitar los Lugares Santos de Jerusalem, y se embarcó en Barcelona para la Tierra Santa, á donde llegó despues de muchos trabajos. Era su intencion detenerse en Palestina para trabajar en la conversion de los mahometanos; pero despues que cumplió con su devocion en Jerusalem, se vió precisado á restituirse á Europa. Conociendo que para entender en la conversion de las almas era preciso adquirir la doctrina que le faltaba; y convencido de que no podia contentar su celo sin el auxilio de las letras humanas, determinó volverse á España y aplicarse al estudio. Diéronle en Venecia una buena limosna; mas al llegar á Ferrara

la repartió entre los pobres, mendigando despues de puerta en puerta. Luégo que entró en la Lombardía, le prendieron los españoles, sospechando que era espía disfrazado, y despojándole del vestido, le llevaron en esta disposicion al capitan. Con una sola palabra que hubiera dicho habria bastado para librarse del peligro, pero calló deseando padecer. Tuviéronle por tonto, cargáronle de injurias y de palos, y le dejaron proseguir su camino, bien cargado de oprobios. No le trataron tan mal los franceses; pero no se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer hasta que llegó á Barcelona. En aquella ciudad comenzó á estudiar la gramática, siendo de edad de treinta y tres años, y fué su maestro Jerónimo de Ardebal, público preceptor de latinidad en ella. El ejercicio era de mucha humillacion; pero venció su repugnancia por el deseo de aprovechar al prójimo, yendo muchas veces á la clase incorporado con los niños; y para que el estudio no entibiase la devocion, dobló las penitencias.

Crecia cada dia en su corazon el celo de la salvacion de las almas, y advirtiéndole que retraia á todos aquel su exterior austero y nada grato, dejó el saco y la cadena de hierro, con parecer de su director, contentándose con traer un cilicio debajo de su pobre sotana. Ya sus ejemplos habian movido á muchos, pero sus conversaciones convirtieron á muchos más. Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Angeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edificacion. Esto le granjeó el odio de los seglares que contribuian al mal ejemplo; moliéronle á palos á él y al capellan del convento, el cual murió de los golpes, y el Santo estuvo tan á los últimos, que salvó la vida por milagro.

Dejó á Barcelona por ir á estudiar en Alcalá la filo-

sofía, donde su celo no fué ménos eficaz ni ménos ejercitado. Merecióle grande estima la conversion de cierta persona muy distinguida, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á esta la de muchos jóvenes de aquella Universidad, motivó esto mismo una nueva y más brava persecucion contra su persona. Acusáronle de hechicero y hereje; fué delatado á la Inquisicion, triunfó su inocencia en aquel tribunal, y no sólo fué aprobado, sino aplaudido su celo; pero conociendo, así los Inquisidores como el Vicario de Alcalá, cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron sus rigores, prohibiéndole que anduviese con los piés descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la indiscreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del Santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió precisado á continuar sus estudios en la Universidad de Salamanca. Su celo tan eficaz y puro, le atrajo la persecucion aquí como en todas partes. Pendiéronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debia permitir hablar en público á un hombre sin carácter, y que no era graduado: dieron parte al Provisor, y este, defiriendo á su autoridad, le puso en la cárcel pública, le cargó de cadenas, y trató como á hereje. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta que presentar á los jueces su libro de los *Ejercicios*. Examinado este escrupulosamente, y hallándole lleno del espíritu de Dios, fué aplaudida la inocencia y virtud de nuestro Santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual á un mismo tiempo era su mejor apología, y le exhortaban á continuar sus obras de caridad y ejercicios de celo. Quisieran detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que tenia sus intentos, le destinaba á mayor

teatro. Dejó Ignacio aquella Universidad para ir á repasar sus estudios en la de Paris, que á la sazón era la más célebre de Europa. Habia precedido tiempo ántes en Alcalá un suceso harto funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un dia pasar al Santo, y mostrándole con el dedo dijo: «*Quemado muera yo, si este no merece ser quemado.*» Subió el mismo dia al terrado de su casa para sacar unas pequeñas piezas de artificio, que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo, cayó una chispa en un monton de pólvora, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.

Llegó Ignacio á Paris á los principios de febrero del año 1528, y luégo acudió al colegio de Monteagudo, para volver á repasar la gramática entre los niños. Entregó en confianza á un compañero suyo de posada el dinero que de limosna habia recogido en España para mantenerse, escapósele este con él, viéndose Ignacio precisado á mendigar el sustento. No teniendo otro recurso se recogió en el hospital, donde no le daban más que el simple albergue, y pedia de puerta en puerta la comida. Tuvo noticia de que el infiel compañero que le habia robado estaba enfermo en Ruan; voló al punto á socorrerle, le abrazó, consoló, sirvió, y le buscó limosnas para que pudiese continuar su camino. Acabada la gramática en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofía en el de Santa Bárbara. Excitóle otra nueva tempestad la devocion que inspiraba á los jóvenes estudiantes. Habiendo entrado en religion algunos compañeros suyos, le acusaron de que pretendia dejar desierto el colegio; irritáronse tanto el Rector y los regentes, que pensaron darle *una sala*; así se llamaba en la Sorbona el castigo de azotes públicos y en rueda, que con unos mimbres da-

ban en las espaldas los profesores, á los que habian cometido graves delitos. Era muy del gusto de Ignacio una humillacion de tanto desdoro; pero su confesor le obligó á justificarse; hízolo así, y quedaron todos tan convencidos de su recta intencion, que el Rector del colegio dió público testimonio de su virtud, en el mismo lugar donde se habia de hacer la ejecucion.

A vista de tan solemne satisfaccion todos abrieron los ojos, y con ella les ganó los corazones; haciéndose famoso en la Universidad el nombre de Ignacio. El Rector que habia levantado la tormenta quiso reparar la injuria, y encargándose muy particularmente de los estudios de Ignacio, le señaló por pasante, para repetir con él las lecciones, á un mozo saboyano, pobre á la verdad, pero muy hábil, que vivia en un cuarto del mismo colegio, con Francisco Javier, noble y distinguido jóven navarro. Adelantó tanto Ignacio con este medio, que recibió el título de Maestro en Artes, y acabó despues con mucha honra su curso de teología.

Por este tiempo Dios le dió á entender distintamente cómo le tenia escogido para fundar una Compañía de hombres apostólicos, que atendiendo únicamente á la mayor gloria de Dios, se empleasen en la salvacion del prójimo, haciendo eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. El primero en quien el Santo puso los ojos para tan elevado intento, fué su pasante Fabro, á quien ganó bien fácilmente; algo más le costó la conquista de Francisco Javier. Era éste de grande ingenio, é ilustre nacimiento: enseñaba filosofía con mucho aplauso, y ambicioso de gloria, á nada ménos aspiraba que á las primeras dignidades de la Iglesia. Ganóle Ignacio para Dios, y en poco tiempo fué Javier ornamento de la nueva Compañía, y uno de los mayores Santos de la Iglesia.

Presto se agregaron á estos dos compañeros otros cuatro, todos de singular mérito: Diego Laínez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolas Alfonso, llamado tambien Bobadilla por el lugar de su nacimiento, y Simon Rodriguez, caballero portu-gues. Juntólos un dia Ignacio, y les propuso su ánimo de dedicarse á trabajar en la salvacion de las al-mas: respondiéronle prontamente que todos tenian la misma intencion, y escogieron el dia de la Asuncion de la Virgen, para obligarse con expreso voto á tan piadosa empresa. En tal dia, en el año de 1534, los condujo á todos Ignacio á la iglesia de *Montmartre*, ó Monte de los Mártires, donde celebró la Misa Pedro Fabro, orde-nado poco ántes de sacerdote, y á todos les dió de su mano la Comunión en la capilla subterránea. Concluida la Misa, juntos los siete, hicieron en alta voz voto de renunciar sus bienes, y al tiempo señalado emprender el viaje de Jerusalem, para trabajar en la conversion de los infieles; pero en caso de que no tuviese efecto este viaje, ir todos á echarse á los piés del Papa, y ofrecerle sus personas para marchar bajo sus órdenes á cualquier parte donde los enviase. Sin duda fué alto designio de la Divina Providencia, que el nuevo Patriarca, entre tantos santuarios como hay en las cercanías de Paris, hubiese escogido el Monte de los Mártires para echar los prime-ros cimientos de su religion. Inspiróle el cielo este pen-samiento para darle á entender, que una Compañía que con el tiempo habia de derramar tanta sangre por amor de Jesucristo, siendo perseguida como su Iglesia; debia nacer sobre el sepulcro de los Mártires, y bajo los aus-picios de la Madre de Dios, á cuyo culto está singular-mente dedicada.

No estuvo ocioso el celo de Ignacio miéntras sus

compañeros se disponian á partir. Supo que vivia mal un conocido suyo, y no adelantando nada con exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar al ir á la casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en el agua que le llegaba al cuello, gritándole que allí permanecería sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasion, y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, á vista de tan portentosa caridad, volvió atras, y sólo pensó en hacer penitencia de sus culpas. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. Noticioso de la vida que traia cierto escandaloso sacerdote, se echó á sus piés, y se confesó con él de sus culpas pasadas; comunicóse al corazon del confesor la sensible contricion del penitente, y movido de aquel ejemplo, detestó sus pecados, y mudó de vida.

Obligado á volver á España, entró en Guipuzcoa sin otro equipaje que el de un verdadero discípulo de Cristo, hospedándose en el hospital, y viviendo de limosna, sin que pudiese conseguir de él su hermano Don García, que morase por algunos dias en su casa de Loyola. Con la vista de aquellos lugares en que habia tenido una vida mundana, se le excitó el pensamiento de renovar sus antiguas penitencias. Volvió á tomar un áspero cilicio, ciñóse una gruesa cadena de hierro, y trató su cuerpo con tanto mayor rigor, cuanto eran mayores las fuerzas que sentia, recobrada ya su salud.

Miéntas estaba Ignacio edificando á sus paisanos, con su santa vida, y reformaba las costumbres en todos los estados, aumentaba el cielo con nuevos sujetos su recién nacida Compañía: eran estos, Claudio Jayo, saboyano,

Juan Coduri, del Delfinado, y Pascual Broet, de Picardía, los cuales hicieron en el Monte de los Mártires el mismo voto que los otros siete. Con tan gustosa noticia aceleró Ignacio su partida; encaminóse á Venecia, venciendo felizmente mil peligros, y luégo que llegó á aquella ciudad, se conoció que habia entrado en ella un nuevo apóstol. Como á todas partes le seguia la reformation de las costumbres, en todas le suscitaba el infierno nuevas tempestades. Acusáronle de que era hereje disfrazado; pero esta tormenta se disipó presto, sin otra diligencia que presentar su libro de los *Ejercicios*.

Habiendo llegado á Venecia sus nueve compañeros, tomaron las medidas para el viaje de la Tierra Santa. Ante todas cosas quiso Ignacio que fuesen á pedir la bendicion á Su Santidad, y á declararle sus intentos. Paulo III, que ya estaba informado, así de su modo de vivir como de su capacidad, los recibió con amor paternal; y sabiendo que los más no eran todavía sacerdotes, les dió licencia para que los pudiese ordenar cualquier Obispo que ellos escogiesen, y tambien se la dió para hacer el viaje á Tierra Santa, aunque les insinuó la dificultad de poder verificarlo entónces. Vueltos á Venecia, todos hicieron voto de pobreza y de perpétua castidad en manos del Nuncio Monseñor Veralli. Ordenados de sacerdotes Ignacio y sus compañeros, se dispusieron con unos ejercicios de cuarenta dias para celebrar la primera Misa.

Impedido el viaje á Tierra Santa por la guerra que los venecianos acababan de declarar al turco, para cumplir la segunda parte del voto partieron todos de nuevo para Roma, con el fin de ponerse á disposicion del Sumo Pontífice, determinando que se anticipase Ignacio, acompañado de Fabro y de Laínez; pero ántes de sepa-

rarse quedaron de acuerdo en observar cierto género de vida uniforme, con las siguientes reglas que se obligaron á seguir.

Primera: que siempre se hospedarían en los hospitales, y sólo vivirían de limosna. Segunda: que enseñarían la Doctrina á los niños, y no recibirían dinero por las funciones de sus ministerios. Tercera: y por cuanto muchas veces les preguntaban quiénes eran, les dijo Ignacio, que habiéndose juntado para declarar la guerra á los herejes, y á la disolucion de las costumbres, bajo la bandera de Jesucristo, no convenia á su Compañía otro nombre que el de *Compañía de Jesus*.

Desde que nuestro Santo se retiró á la cueva de Manresa, guardó siempre este nombre en su corazon; y se confirmó mucho más en retenerle, con la vision que tuvo en el camino de Sena á Roma; porque apartándose á hacer oracion en un edificio antiguo y arruinado, se le apareció Jesucristo con la cruz á cuestas, y le dijo:—*Yo os seré propicio en Roma*.—Llegó á aquella ciudad con Fabro y Láinez hácia el fin del año de 1537. Aceptó con gusto el Papa Paulo III su voluntaria oferta; quiso que Láinez y Fabro enseñasen en el colegio de la Sapiencia, el primero Teología Escolástica, y el segundo Sagrada Escritura, mientras que Ignacio, bajo su pontificia autoridad, trabajaba en la reformation de las costumbres por medio de los Ejercicios. Para acercarse mejor dispuesto al altar, la primera vez que habia de tener la dicha de traer á sus manos al Rey de los cielos, se preparó por espacio de diez y ocho meses, y entónces la celebró en Santa María la Mayor de Roma, en la capilla del Pesebre, dia del Nacimiento de Jesucristo de 1538.

Es fácil discurrir cuál sería la devocion de nuestro Santo durante el divino Sacrificio: arrojaba fuego su

semblante, saliéndole al rostro el incendio que abrasaba su corazón; las dulces lágrimas que derramaba conmovieron á todos los asistentes, los cuales creían ver en el altar un Serafín en el nuevo Sacerdote. No dudando ya el Santo ser la voluntad de Dios que su Compañía se erigiese en religion, llamó á Roma á sus compañeros; dispuso el plan del Instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto de ir á cualquiera parte donde los enviase el Sumo Pontífice, para trabajar en la salvación de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Reconoció Paulo III visiblemente el dedo de Dios en el nuevo Instituto: le alabó, aprobó y confirmó bajo el nombre de *Compañía de Jesus*, por su Bula *Regimini Militantis Ecclesiae*, dada á 27 de setiembre de 1540.

Apénas habia nacido esta Compañía, cuando pretendió ahogarla cierto hereje en hábito religioso, acusando á Ignacio ante el gobernador de Roma, de hereje y de hechicero, y que como tal habia sido quemado en estatua en Alcalá, Paris y Venecia. No asustó á nuestro Santo esta calumnia, y más habiendo ya pronosticado que la Compañía tendria la dicha de ser perseguida mientras hubiese en el mundo enemigos de Jesucristo. Fué castigado el calumniador, quedando Ignacio plenamente justificado, y más admirada que nunca su virtud. Más tuvo que padecer su humildad en la violencia que le hicieron, cuando á pesar de sus razones, ruegos y lágrimas, por unánime consentimiento de todos fué elegido General de la Compañía, cuyo fundador y Padre era. Después de tan digna eleccion, todos los Padres juntos visitaron las siete Iglesias de Roma; pararon en la de San Pablo, donde el nuevo General celebró el santo Sacrificio de la Misa, dió la Comunión á todos sus hijos, y recibió

su profesion, despues de haber hecho él la suya, con inefable gozo espiritual.

Conocióse luégo que era obra del Señor la nueva Religion, no sólo por los grandes servicios que aquellos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reformation general de las costumbres; sino tambien por los maravillosos efectos de su celo, que en ménos de dos años se hizo admirar en todas las partes del mundo. Apénas fué aprobada y confirmada por la Silla Apostólica la Compañía de Jesus, quando Ignacio tuvo el consuelo de que gran parte de las ciudades de Italia, España, Portugal, Sicilia, Alemania y Países Bajos, le pidiesen obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo, que el celo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de las almas y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo Asia, Africa y América, fueron glorioso teatro de sus trabajos y victorias.

Javier, Apóstol del Nuevo Mundo, conquistaba muchos reinos á Jesucristo. Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y fervor en la corte de Portugal, cuyo rey habia fundado el primer colegio de la Compañía en la Universidad de Coimbra, para Seminario de apóstoles del Nuevo Mundo. Alfonso Salmeron y Pascasio Broet estaban en Irlanda como Nuncios del Papa, para mantener la fe católica entre aquellos pueblos, á quienes Enrique VIII trataba de pervertir con todo género de artificios. Claudio Jayo hacia que la Iglesia Romana triunfase en Alemania, á pesar de todos los esfuerzos y maniobras de los luteranos. Láinez y Salmeron, fueron enviados al Concilio de Trento como teólogos del Pontífice; Jayo fué tambien á él desde Alemania por

teólogo del Obispo de Ausburgo; Canisio fué igualmente enviado al mismo Concilio, como uno de los hombres más sabios de su siglo. Cismáticos, herejes y gentiles, todos se rendían á aquellos nuevos soldados de Jesucristo, que estaban animados del espíritu y celo de su Padre Ignacio; y como si no fuese bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en Europa y Asia, á instancias del rey de Portugal envió á los reinos de Fez y Marruecos á los Padres Nuñez y Gonzalez. En fin, bajo los auspicios del mismo Monarca llevaron los Jesuitas la fe hasta la Etiopía occidental en el reino de Congo, y hasta la misma América meridional.

Pero al mismo tiempo que Ignacio aprontaba tan excelentes obreros para el Padre de familias, no dejaba de dar pábulo al ardor abrasado de su celo. Fundó en Roma una casa para los judíos convertidos, y halló forma de fundar otra de refugio, donde se recogiesen las mujeres de mala vida. Pero ejercitando la caridad con los extraños, no se olvidó de la que debía á sus propios hijos y á la Compañía. Compuso las Constituciones y Reglas de su religion, en las cuales tantos Sumos Pontífices reconocieron visiblemente el espíritu de Dios, y una consumada prudencia. No consintió que á Claudio Jayo, cuando estaba en Trento, le elevasen al obispado de Trieste, que el Papa y Ferdinando rey de romanos le querían dar, y obligó despues á sus hijos á que hiciesen voto de renunciar á las dignidades eclesiásticas.

Endulzaba el cielo los excesivos trabajos de nuestro Santo, dándole el consuelo de ver que todas las naciones y soberanos solicitaban ansiosos tener hijos suyos en todas partes, y supo que el rey de Portugal había fundado en Goa un colegio ántes de ahora, y lo dió en 1542 á la Compañía, y fué el segundo Colegio que esta tuvo;

pero fué mayor su gozo cuando llegaron á su noticia los felices sucesos de la guerra que la Compañía hacia á los herejes en Alemania, Francia y Países Bajos, y sobre todo cuando vió al Duque de Gandía, D. Francisco de Borja, renunciar todos sus Estados, y echarse á sus piés para ser recibido en la Compañía.

En medio de tantos motivos de gozo y consuelo, no se le templó el ansia que tenia de renunciar el Generalato para entregarse á una vida oscura y particular; pero todas las tentativas que hizo, y los medios de que se valió, sólo sirvieron para dar mayor realce á su eminente virtud, y obligar al Sumo Pontífice á mandarle que no volviese á hablar acerca de esto, con lo cual se aquietó su humildad.

Serian menester muchos y crecidos volúmenes para referir todas las maravillas de este hombre extraordinario. Habia mucho tiempo que su salud, consumida con tantos trabajos y continuas penitencias, se iba debilitando de dia en dia, cuando reconoció que se acercaba su última hora. No se advirtieron señales de enfermedad grave, sino una extraordinaria alegría, y devocion singular. Ni las ocupaciones exteriores, ni los negocios de mayor distraccion, fueron nunca capaces de apartarle un momento de su íntima union con Dios, del cual estaba lleno, habiendo muerto á las criaturas y á sí mismo. Dotado de sublime don de contemplacion, todas sus oraciones eran éxtasis, y se puede decir que toda su vida fué una continua oracion. Al volver los ojos al cielo, al fijarlos en una flor, en una estrella, quedaba su alma arrebatada en éxtasis, durante el cual, inmóvil é insensible, se le oia exclamar trasportado de amor:—*¡Qué asquerosa me parece la tierra cuando miro al cielo!*—Levantaba hácia él frecuentemente los ojos, tanto, que

los que no sabian cómo se llamaba, no daban otras señas para distinguirle, sino decir:—*Aquel hombre que siempre está mirando al cielo, y siempre habla de Dios.*— Cuando rezaba el Oficio Divino eran tantas las lágrimas que derramaba, que se veia precisado á hacer pausas en cada versículo; y en el altar todo era lanzar suspiros, y derramar llanto á cada palabra que pronunciaba. Su divisa era:—*AD MAJOREM DEI GLORIAM: á mayor gloria de Dios;*—pero no se contentaba con glorificar á Dios como quiera; aspiraba á hacerlo del modo más excelente y perfecto. Su ternura y devocion con la Santísima Virgen correspondian á su grande amor al Señor; después de Dios, en ella ponía toda su confianza, y quiso que esta tierna devocion caracterizase en parte á su Compañía.

Fué varon de singular mortificacion, y profunda humildad. Arrebatado un dia en espíritu, elevado de la tierra, y rodeado de celestial resplandor, se le oyó exclamar:—*¡Oh Dios infinitamente bueno, pues sufrís un miserable pecador como yo!*—Esta profunda y no ménos ingeniosa humildad, ocultó á nuestra noticia gran número de prodigios y acciones heróicas; sin embargo las que conocemos son tales que por testimonio de los Sumos Pontífices, y de los grandes hombres que le conocieron, han bastado para hacer á Ignacio uno de los mayores Santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era más que una suma debilidad, sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el Santo no se engañó: hizo que le administrasen los Santos Sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor.—*Mi hora ya llegó,* dijo al Padre Polanco; *id y pedid al Papa la bendicion para mí, y una indulgencia por mis pecados.*—*¿Pues qué, re-*

plicó Polanco, *es posible que os hemos de perder tan presto? nadie cree que sea vuestra enfermedad de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana?—Haced lo que os pareciere*, respondió el Santo, temiendo que si insistia en la órden, se atribuyese á revelacion.—Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios, y en continuo éxtasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron agonizando. Acudieron todos los Padres, deshechos en lágrimas, y le pidieron su bendicion. Polanco fué con diligencia al palacio Pontificio, y el Papa le concedió con gran dolor, y con no menor benignidad, cuanto le pedia; mientras tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y juntando las manos, y pronunciando los nombres de Jesus y de María, espiró dulcemente, una hora despues de salido el sol, en el dia último de julio del año 1556, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco despues de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla extendida por todo el universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo ménos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del Padre Antonio Criminal, y de los Hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que todos tres perdieron la vida por la fe, á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los Santos. En toda la ciudad de Roma sólo se oian estas palabras: —*Murió el Santo.*— Enjugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenian en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma San Felipe Neri cuando murió Ignacio, y habló de él despues de muerto como siempre habia hablado durante su vida: decia que era un hombre todo lleno

del espíritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que de él habia aprendido á tener oracion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Miéntras se le hacia el Oficio de difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó sanaria la enferma si pudiese tocar el cadáver del Santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un Padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa de que hubiese usado el siervo de Dios. Hízolo el Padre Vishaveo, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dejar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada dia obraba Dios por su intercesion, especialmente junto á su sepulcro, movieron al Papa Paulo V, precediendo el proceso y demas jurídicas informaciones, á beatificarle el dia 3 de diciembre del año 1609. Y el Papa Gregorio XV, á instancia del Emperador, de los Reyes de España, Francia, Polonia, Portugal, y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con San Francisco Javier, San Felipe Neri, San Isidro Labrador y Santa Teresa, el dia 12 de marzo del año 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor, el dia 19 de noviembre del año 1597, en la célebre iglesia del Jesus, que habia edificado el Cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el Padre Tirso Gonzalez, décimotercio General de la Compañía de Jesus, dedicó al Santo fundador, está reputada por la más rica y magnífica que hay en el mundo.

VIDA
DE
SAN FRANCISCO JAVIER,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS,
APÓSTOL DE LAS INDIAS ¹.

San Francisco Javier, uno de los mayores ornamentos de su Orden, gloria de su nacion, Taumaturgo de estos últimos tiempos, apóstol de las Indias y del Japon, admiracion de todas las naciones, y prodigio de su siglo; era navarro, y traia su origen de la sangre real de los reyes de Navarra. Fué su padre D. Juan Jaso, señor de mérito, que ocupaba uno de los primeros puestos del Consejo de Estado en el reinado de Juan el III; su madre, María Azpilcueta Javier, una de las señoras más cabales y perfectas de su tiempo, era la heredera de estas dos familias, ambas de las más ilustres del reino. Nuestro Santo, el menor de sus hermanos, nació el dia 7 de abril del año de 1506, en el castillo de Javier, que está al pié de los Pirineos.

El Señor, que lo escogió para resucitar en estos últimos tiempos las maravillas de los primeros Apóstoles, le dió todas las cualidades naturales que piden las funciones del apostolado; cuerpo robusto, complexion viva

¹ Véase la novena en el núm. 5 del apéndice.

y ardiente, genio sublime y capaz de los mayores designios, corazon intrépido, mucho agrado en su exterior, aire apacible y agraciado, humor alegre y amigo de complacer; sin embargo de todo esto se veia en él un sumo horror á todo lo que puede manchar la pureza, y vehemente inclinacion al estudio.

Fué educado como correspondia á su calidad, pero especialmente cuidaron que su educacion fuese muy cristiana. Apénas estuvo en edad de aprender, cuando dejando á sus hermanos la profesion de las armas, y declarando su inclinacion á las letras, consiguió le pudiesen á estudiar. Los pasmosos progresos que hizo en pocos años, obligaron á su padre á enviarle á la Universidad de Paris, que era entónces la academia de toda la nobleza de Europa. La penetracion de su espíritu, y su aplicacion al estudio, le hicieron bien pronto hábil en las ciencias mayores; fué graduado de Maestro en Artes, y á los veinticinco años de edad enseñó con mucho lucimiento la filosofía. Las alabanzas que todo el mundo le daba, lisonjeaban demasiado su inclinacion.

A esta altura se habia elevado la reputacion de Javier en la Universidad de París, cuando San Ignacio fué á continuar en ella sus estudios. El Santo Fundador de la Compañía de Jesus, ilustrado con luz sobrenatural, descubrió desde el primer momento que le trató, los grandes designios que tenia Dios sobre aquel jóven, Maestro en Artes, y así se aplicó á ganarlo; para lo cual comenzó alabando los raros talentos que le habia dado la naturaleza, le buscaba discípulos para hacerle más estimado, y mezclando siempre algunas reflexiones cristianas con los elogios que le daba, le decia:—«Es verdad que eres hombre de mérito, que eres aplaudido; pero,

¿de qué te sirve ganar todo el universo, si pierdes tu alma?»—Escuchaba Javier con gusto á su amigo; pero el resplandor de una falsa gloria le deslumbraba, y lisonjeaba demasiado su ambicion, para que estas saludables conversaciones hiciesen en su tierno corazon toda la impresion que debian. Habiéndole faltado el dinero á Javier, le asistió Ignacio liberalmente; pero el mayor servicio que le hizo, fué preservarlo de los errores de los luteranos, que los emisarios del partido procuraban inspirarle. Habiéndole librado San Ignacio del error, determinó no omitir diligencia alguna á fin de ganarlo para Dios. Encontrándole un dia más dócil, le habló con tanta energía de las grandes verdades de la religion, que penetrado Javier del amor de las cosas celestiales, y de la nada de las grandezas mundanas, hizo firme propósito de pensar seriamente en su salvacion, poniéndose para esto bajo la direccion de San Ignacio. Comenzó su nueva vida por un retiro espiritual, segun el método de su nuevo director; y lo practicó con tanto fervor, que pasó cuatro dias enteros sin tomar alimento alguno, suavizando la abundancia de los consuelos interiores sus excesivas austeridades. Salió Javier de su retiro como un hombre enteramente distinto, abrasado su gran corazon en el amor de Dios. No tuvo desde entónces otra ambicion que la de padecer todas las humillaciones de la Cruz; no sintió otro gusto que el que le resultaba de los malos tratamientos que daba á su carne, ni otro atractivo que el de ganar almas para Jesucristo.

Habiendo hecho sus votos en Montmartre el dia de la Asuncion de Nuestra Señora de 1534, con los otros seis compañeros que el Santo Fundador se habia asociado, partió con ellos para Italia; en este viaje fué

cuando habiéndose atado nuestro Santo los brazos y piernas con unos cordeles delgados, para castigarse no sé qué complacencia que en su mocedad habia tenido de saltar y bailar mejor que los otros jóvenes de su edad, estuvo á pique de perder la vida. Porque habiendo el movimiento hecho entrar las cuerdas tan adentro en la carne, que ya casi no se veian, los cirujanos hicieron juicio que el mal era incurable. En este conflicto recurrieron á Dios sus compañeros, y al despertar Javier por la mañana se halló con las cuerdas caidas, y él perfectamente sano. Habiendo llegado á Venecia con el designio de hacer el viaje de la Tierra Santa, repartieron entre sí el ejercicio de las obras de misericordia en la ciudad; el hospital de los incurables tocó á Javier, quien olvidando su calidad y su delicadeza, no hubo oficio bajo ni desagradable que no ejerciese. Uno de los enfermos que habia en él, tenia una úlcera que no se podia ver sin horror; y la hediondez que despedia de sí era todavía más insoportable que la vista. Nadie se atrevia á llegarle á aquel miserable, y Javier mismo sintió mucha repugnancia en servirle; pero avergonzándose de su repugnancia natural, se fué corriendo al enfermo, le abrazó, puso su boca sobre la úlcera que le habia hecho estremecer, y le chupó la podre. Victoria tan generosa le libró para siempre de su delicadeza: tanto importa vencerse bien una vez!

Habiendo empleado dos meses en estos ejercicios de caridad, y viendo que era imposible hacer el viaje de Jerusalem, de vuelta se fué á Roma, en donde recibió las sagradas Ordenes. Se preparó para su primera Misa con un retiro de cuarenta dias, y la dijo en Vicencia con tal abundancia de lágrimas, que los asistentes no pudieron contener las suyas. Su vida austera y laboriosa alteró

su salud tan notablemente, que cayó enfermo, y fué preciso llevarlo al hospital. El gozo que experimentó al verse confundido con los pobres, juntamente con una vision que tuvo en la que se le apareció el glorioso San Jerónimo, de quien era muy devoto, le consolaron tanto, que no tardó mucho en curar. Habiendo pasado el invierno en Bolonia, hizo allí infinitos bienes.

Estando para ser aprobada la Compañía por el Papa Paulo III, y erigida en Orden religiosa, fué Javier llamado á Roma, en donde predicó, en la iglesia de San Lorenzo *in Dámaso*, con tanto fruto, que se le miraba ya como á apóstol de Italia. Cuando Juan III, rey de Portugal, informado de los bienes extraordinarios que hacia ya este nuevo Instituto, pidió al Papa algunos de los hombres apostólicos que lo componian, para enviarlos á las Indias, el soberano Pontífice mandó á San Ignacio, que escogiera dos de sus hijos para esta mision. El Santo nombró al punto á los Padres Simon Rodriguez, portugues, y Nicolas Bobadilla, español. Estaba el primero ocupado en Sena, y el otro en el reino de Nápoles ejecutando algunos encargos del Santo Padre. Al llegar á Roma el Padre Bobadilla, cayó peligrosamente enfermo. Viendo San Ignacio que no estaba en estado de ponerse en camino, recurrió á la oracion, suplicando al Señor que le diera á conocer quién era el destinado para las Indias; un rayo celestial le ilustró entónces, dándole á conocer que Javier era el vaso de eleccion. Habiéndole, pues, llamado, le dijo:—«Javier, yo habia nombrado á Bobadilla para las Indias, mas el cielo te nombra hoy á ti, y yo te lo anuncio de parte del Vicario de Jesucristo; recibe el empleo con que te honra Su Santidad por mi boca.»

Aceptó Javier su mision, como los Apóstoles recibieron la suya, con los mismos sentimientos de reconoci-

miento y de gozo, con el mismo ánimo, y sed de padecer; con el mismo celo, ardor y deseo de la salvacion de las almas. A la verdad Dios le habia anunciado ya su mision; pues algunas noches soñó que llevaba sobre sus espaldas un grande indio muy negro; y habiendo visto una vez en sueños ó en un éxtasis, vastos mares llenos de tempestades y escollos, islas desiertas, tierras bárbaras, que no le ofrecian en toda su extension sino hambre, sed y desnudez, con infinitos trabajos, sangrientas persecuciones, y riesgos evidentes de perder la vida; se le oyó exclamar:—«Todavía más, Señor, todavía más.»

Habiendo ido Francisco Javier á postrarse á los piés del Santísimo Padre para pedirle su bendicion, el Papa le abrazó tiernamente, y advirtió en él una humildad tan profunda, un valor tan cristiano, y celo tan heroico, que al darle su bendicion, no tuvo el menor género de duda, que enviaba un apóstol á aquel Nuevo Mundo.

Partió Javier de Roma el dia 5 de marzo del año de 1540, sin otro equipaje que el Breviario. Como la ternura y confianza en la Santísima Virgen fué siempre la principal devocion de nuestro Santo, quiso tener el consuelo de pasar por Loreto, para consagrarse de nuevo á la Madre de Dios, y recomendarle su mision. Tardó tres meses en su viaje de Roma á Lisboa, y no hubo dia en que no se señalasen con alguna accion particular su caridad, humildad y ardiente celo. Pasó por junto al castillo de Javier, pero no fué posible persuadirle á que fuese á decir el último adios á su madre. Habiendo llegado á Lisboa, no tomó otro alojamiento que el hospital. Le llamó el rey á la corte, y le recibió con la mayor veneracion y respeto: aunque se le dispuso una posada,

no pudieron persuadirle á que saliese del hospital, ni á dejar de vivir de limosna. Su detencion en Lisboa fué como el ensayo de su mision, y el compendio de las maravillas que habia de hacer en las Indias. Apénas se dejó ver, cuando toda la ciudad mudó de aspecto por sus predicaciones, y esta mudanza de costumbres se hizo visible hasta en el palacio del rey, así en la gente principal, como en los criados inferiores. Quisieron detenerlo en Portugal; pero fué preciso ceder á los designios de la Providencia.

Al irse á embarcar le envió el rey dos Breves del Papa, en que le nombraba el Soberano Pontífice, Nuncio Apostólico, y le conferia poderes amplísimos para extender y conservar la fe en todo el Oriente; y juntamente le entregó dos cartas de recomendacion para los gobernadores de las islas. El dia 7 de abril de 1544, partió de la bahía de Lisboa con el Padre Pablo Camerte, italiano, y con el Padre Mansilla, portugues. El viaje, aunque largo, fué una no interrumpida mision apostólica. Habia más de novecientos hombres en el bajel, y se puede decir que fueron novecientas las conquistas del cielo de Javier para Jesucristo. Desde el primer dia se desterraron los juegos, rencillas, y palabras indecentes, juramentos, y todos los desórdenes que la ociosidad produce ordinariamente en los que van á bordo: oficiales, marineros, soldados, todo se rindió á las saludables instrucciones del hombre apostólico. Predicaba muchas veces al dia, confesaba, consolaba y servia á los enfermos, haciéndose todo para todos, con el fin de ganarlos á todos para Jesucristo. El Virrey D. Alfonso de Sosa, no pudo obtener del Santo que comiese á su mesa una sola vez, queriendo Javier vivir y mantenerse siempre de limosna.

Los insoportables frios de Cabo Verde, y calores excesivos de Guinea, con el agua y las viandas que se corrompieron al atravesar la línea, causaron enfermedades muy peligrosas en la embarcacion, las que á poco tiempo se hicieron contagiosas. Entonces fué cuando la caridad heróica de nuestro Santo se manifestó más: enjugaba á los enfermos el sudor, limpiaba sus úlceras, lavaba las vendas y los paños, y les prestaba todos los servicios, aun los más viles y despreciables; pero sobre todo cuidaba de sus conciencias, siendo su principal ocupacion disponerlos á morir cristianamente. Lo más de admirar es, que hacia todo esto estando incomodado de continuos vómitos. Para aliviarle algun tanto, ordenó el Virrey que le dieran una cámara grande y acomodada; la tomó, pero fué para colocar en ella á los más enfermos, quedándose él á dormir sobre cubierta, sin otra almohada que el cordaje del navío. Tantas y tan grandes acciones de caridad hicieron que desde entónces le diesen todos el nombre de Santo Padre; y este nombre le quedó para siempre hasta entre los idólatras y mahometanos.

Habiéndose visto obligada á invernar en Mozambique la flota de Sosa, desembarcaron todos los enfermos, y los llevaron al hospital. Javier con sus dos compañeros los siguió, y aunque pasaban de ochocientos, se empeñó en servirlos á todos; y á pesar de que él estaba más enfermo que muchos de aquellos á quienes servia, le veian en los más fuertes accesos de la fiebre asistir á los enfermos y á los moribundos, causando admiracion en todos los milagros de su celo. Despues de seis meses de detencion y trabajos, aportó á Melinda en la costa de Africa. La desgracia de los habitantes, que todos eran mahometanos, le enterneció, y resolvió permanecer

allí lo más que pudiese, para trabajar en la conversion de aquellos bárbaros; pero le fué preciso partir con el galeon, el que en pocos dias llegó á Goa, trece meses despues que salió de Lisboa.

Todavía se acordaban en aquella ciudad de la profecía del santo religioso trinitario, Pedro de Covillan, martirizado por los indios el año 1497, cuarenta y tres años ántes del nacimiento de la Compañía de Jesus; el cual, traspasado todo de flechas, quando derramaba su sangre por Jesucristo, pronunció distintamente estas palabras:—*Dentro de pocos años nacerá en la Iglesia de Dios una nueva religion de clérigos, que llevará el nombre de Jesus, y uno de sus primeros Padres, conducido por el Espíritu Santo, penetrará hasta los rincones más distantes de las Indias Orientales, cuya mayor parte abrazará la fe ortodoxa, por el ministerio de aquel predicador evangélico.*

Al punto que salió Javier del navío, fué á alojarse en el hospital, á pesar de la resistencia y ruegos del Virrey; pero no quiso comenzar las funciones de misionero sin haberse presentado ántes al Obispo, y pedido su beneplácito. Era entónces Obispo de Goa D. Juan de Alburquerque, religioso de San Francisco, uno de los más virtuosos Prelados de la Iglesia. Despues de haberle manifestado Javier las razones por las cuales el Soberano Pontífice y el rey de Portugal lo habian enviado á las Indias, le presentó los Breves de Su Santidad, y le declaró, que no pretendia servirse de ellos sino con su beneplácito; despues, arrojándose á sus piés, le pidió su benediction, y no quiso levantarse hasta que se la hubo dado. La modestia y humildad del Santo dejaron prendado al Prelado, el cual besó muchas veces los Breves del Papa; y volviéndoselos al Padre, le dijo:—«Un Legado Apos-

tólico, enviado inmediatamente por el Vicario de Jesucristo, no tiene necesidad de recibir su mision de otra parte; use Vuestra Paternidad libremente de los poderes que la Santa Sede le ha dado, y esté seguro que si la autoridad Episcopal fuere necesaria para mantenerlos, no le faltará esta en las funciones de su ministerio.»

Los descubridores de las Indias Orientales habian hecho renacer el cristianismo en algunos parajes; pero ya casi no quedaba rastro alguno; pues en todas partes reinaba la idolatría y el mahometismo, tanto, que hasta los mismos portugueses vivian más como idólatras que como cristianos. No era menor la corrupcion de las costumbres, la cual hacia que todas las Indias pareciesen enteramente paganas. Tal era el estado de la cristiandad del Nuevo Mundo, cuando el Padre Francisco Javier llegó á él. Mas apenas se dejó ver este nuevo apóstol, cuando aquella viña inculta vino á ser la porcion más florida de la Iglesia. Para hacer que el cielo derramara sus bendiciones sobre empresa tan difícil, pasaba la mayor parte de la noche tratando con Dios, y solo dormia tres ó cuatro horas; se ponía en oracion al amanecer, y acabada la oracion decia Misa; lo restante de la mañana lo empleaba en los hospitales y en visitar las cárceles. De vuelta de estos nuevos ejercicios, se iba por las calles de la ciudad, tocando una campanilla para juntar los muchachos, y enseñarles el Catecismo. Estas inocentes almas recibian sin trabajo las impresiones que hacian en ellas las instrucciones del Padre, y por aquí comenzó la ciudad á mudar de aspecto. Sus predicaciones acabaron de obrar la reforma de las costumbres; los pecadores más escandalosos, penetrados del horror de sus delitos, se confesaron los primeros; bien pronto les siguieron los de-

mas; los contratos ilícitos se anularon, como tambien los usurarios; se restituyó la hacienda mal habida; se dió libertad á los esclavos, que habian sido hechos cautivos injustamente; y en fin, fueron despedidas las concubinas. El uso de los Sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas partes, con tanta admiracion del Obispo de Goa, que no cesaba de publicar que mudanza de costumbres tan repentina, era uno de los mayores milagros.

Despues de convertida Goa, dijeron al Santo que en la costa de la Pesquería habia gran número de pescadores, llamados Paravas, que habian sido bautizados en otro tiempo, pero que ya no tenian de cristianos sino el Bautismo. No fué menester más para inflamar su celo y así sin detenerse pasó allá, y luégo que hubo llegado, supo que en una de aquellas chozas yacia una mujer, que despues de tres dias de dolores vehementísimos de parto no podia dar á luz la criatura; acude el Santo á este riesgo, instruye á aquella pobre india en los misterios de nuestra religion, la convierte, la bautiza, y luégo pare esta felizmente, y se halla perfectamente sana. Milagro tan visible llena á aquella familia de espanto y alegría, y se convierte á la fe; dentro de pocos dias siguen su ejemplo toda la aldea y casi toda la costa de la Pesquería, en donde bautizó un tan gran número de Paravas, que escribió á los Padres de Roma, que de tanto bautizar ya no podia levantar el brazo, y que veia renovarse todos los dias en aquel país los prodigios de la primitiva Iglesia.

Se servia de los niños bautizados para curar enfermos. Los templos de los falsos dioses fueron destruidos en poco tiempo, y los ídolos hechos pedazos. Los Bracmanes, que eran como los sacerdotes y religiosos del país,

sobresaltados de la novedad, se juntaron en número de muchos millares; Javier los confundió, y convirtió á muchos, y con esta gloriosa conquista triunfó la fe de Jesucristo en toda aquella comarca. El mismo Santo confiesa, que por medio del *Ave María* alcanzó de Dios la conversion de la mayor parte de los paganos. Comenzaba todas sus instrucciones rezando el *Padre nuestro*, y las terminaba con el *Ave María*.

Su mansedumbre, caridad, modales y modestia le ganaban los corazones; la fuerza y unción de sus palabras convencían los entendimientos y su santidad, manifestada por una infinidad de milagros, acababa de convertir los pueblos. Sanó repentinamente á un hombre, cuyo cuerpo era todo una llaga, y resucitó en presencia de los Bracmanes cuatro muertos. En su vuelta á Goa fundó el Seminario de Santa Fe, que vino á ser muy en breve un plantel de celosos misioneros. Pasó al reino de Travancor, donde predicó la fe; y en ménos de un mes bautizó por su mano diez mil idólatras. Le comunicó Dios el don de lenguas, y lo que no se había visto desde los Apóstoles en aquellas tierras, hablando una sola lengua á muchos millares de pueblos todos diferentes, todos le entendían, creyendo cada uno que hablaba en su propio idioma.

Viendo los Bracmanes abandonado el culto de las Pagodas, determinaron matarlo; pero Dios le conservó, salvándole de un nublado de flechas, de las que una sola bastaba para quitarle la vida. Entraron los Badajes armados en el reino de Travancor, resueltos á llevarlo todo á fuego y sangre; su ejército era muy numeroso: corrió hácia ellos Javier con un Crucifijo en la mano, y luégo que estuvo en sitio desde donde podía ser oído, les gritó:—*Os prohibo en nombre de Dios vivo*

pasar más adelante; y os mando de su parte, que volvais atrás.—Acabadas de decir estas palabras, aquella inundacion de bárbaros, sobrecogida de un terror pánico, echó á huir en el mayor desórden.

La reputacion del nuevo apóstol no estuvo encerrada en los límites del reino de Travancor, sino que se extendió á toda la India. Los habitantes de la isla de Manar le pidieron que fuese á instruirlos, les envió misioneros, y se convirtió toda la isla. Siendo cada dia más abundante la mies, llevó Javier la luz del Evangelio de isla en isla, de reino en reino, hasta las últimas extremidades del Oriente; y habiendo ido á Meliapor, donde está el sepulcro de Santo Tomás, hizo prodigiosas conversiones. Al irse á embarcar para Malaca un mercader de Meliapor le pidió una prenda de su amistad; Javier le dió su rosario, y le dijo:—«No te será inútil esta alhaja, con tal que tengas confianza en María.»—Apénas se habia hecho á la vela, cuando una furiosa tempestad arroja el bajel contra una roca y lo estrella, miéntras el mercader, lleno de confianza en la Santísima Virgen, y teniendo el rosario de Javier en la mano, se encuentra repentinamente trasportado á la costa de Negapatan, á muchas leguas del punto donde habia sucedido el naufragio.

Llega el Santo Apóstol á Malaca para ir de allí á Macassar; predica, confiesa y convierte una infinidad de facinerosos y pecadores, bautiza á muchos idólatras, mahometanos y judíos, y entre otros á un famoso rabino, que abjuró públicamente el judaismo. En ninguna parte hizo el Santo tantos milagros como en Malaca; con solo tocar su sotana, besar sus manos ó recibir su bendicion, quedaban curados repentinamente toda suerte de enfermos. Habiendo ido á hacer un pequeño viaje por los alrededores de aquella ciudad, murió una doncellita á

quien habia bautizado poco ántes; la madre buscó al Santo, desconsolada, y postrándose á sus piés hecha un mar de lágrimas, le dijo:—Siervo de Dios, mi hija ha muerto; pero si quieres invocar sobre ella el nombre de Jesucristo, al instante cobrará la vida.—Movido Javier de compasion, ora á Dios en silencio un poco de tiempo, y volviéndose despues hácia ella, le dice:—Vete, tu hija está viva.—Hace tres dias que está enterrada, replica la madre.—No importa, responde Javier, vete; abre su sepulcro y la hallarás viva.—Corre la madre á la iglesia, hace levantar la piedra que cubria la sepultura, y encuentra á su hija viva y sana.

No hallando el Santo Apóstol descanso sino en sus trabajos, va á Amboino, donde predica la fe á los paganos, y casi toda la isla se hace cristiana. Recorriendo las islas vecinas, se consternan los del bajel á vista de una furiosa tempestad: saca Javier del pecho un pequeño Crucifijo que llevaba siempre consigo, y queriendo tocar con él la mar, se le escapa de la mano, y se lo llevan las olas: esta pérdida le aflige, pero veinticuatro horas despues, habiendo abordado á la isla de Baranura, se vió asomar un cangrejo, que llevaba en sus uñas el mismo Crucifijo, y se dirigia derecho á la ribera, á entregárselo al Padre.

De Baranura pasa aquel incansable apóstol á la isla de Ulate; encuentra á su rey sitiado en la capital, y á punto de entregarse al ejército enemigo, por falta de agua: solicita el Santo hablarle, y le pide licencia para plantar una Cruz, ofreciéndose á darle agua con abundancia, si le promete él hacerse cristiano con todo su pueblo. El príncipe viene en ello, y apénas se plantó la Cruz, cuando una lluvia abundante proveyó á la necesidad, obligando al enemigo á levantar el sitio.

El rey, en cumplimiento de su palabra, recibió el Bautismo con todo su pueblo, de mano del Santo, quien despues de haber convertido algunos otros reinos vecinos, parte á las Molucas. Recorre rápidamente las islas de Ternate, Tidor, Motir, Machan y Bachan; predica, convierte y hace triunfar la fe de Jesucristo en todos estos parajes, que jamas habian tenido la dicha de que llegase á ellos ningun apóstol. Habiendo recibido de Europa un nuevo refuerzo de misioneros, emprende la conversion de todo el Oriente. Intentan impedirle el viaje á la isla del Moro, por ser el país muy bárbaro y terrible; pero basta que haya en ella almas rescatadas con la Sangre de Jesucristo, para que Javier arrostre peligros y obstáculos; se interna en la isla, anuncia la fe á sus habitantes, los suaviza, instruye y convierte, y aquellos pueblos bárbaros y crueles vienen á ser una de las cristianidades más florecientes de la Iglesia del Nuevo Mundo.

Convierte y bautiza en Ternate á casi toda la familia real; hace otro tanto en la isla de Zeilan, en los reinos de Candi, de Jafanapatan, en las Molucas, y en todas las islas que hay al rededor de Macasar; y haciendo conversiones y milagros en todos los paises, viene á ser él mismo el mayor de todos los milagros. Los Acheneses, enemigos mortales de los cristianos, se presentan el año de 1547, á la vista de Malaca, con una flota de más de sesenta navíos grandes, todos bien equipados y bien armados, sin contar las barcas, brulotes y fragatas; su primera hazaña fué quemar todos los navíos portugueses que se hallaban en el puerto. Esta victoria hizo á los bárbaros tan fieros é insolentes, que habiendo su general hecho cortar las narices y orejas á algunos pescadores, hechos prisioneros, los remitió al gobernador de Malaca con esta carta:

«Bajaja Soora, que tiene el honor de llevar en vasos
 »de oro el arroz del gran Soldán Alardin, rey de Achen,
 »y de las tierras que lava el uno y el otro mar: te ad-
 »vierto escribas á tu rey, que estoy aquí á pesar de él,
 »infundiendo terror en su fortaleza con mis fieros rugi-
 »dos, y que me mantendré aquí todo el tiempo que se
 »me antoje: pongo por testigo de cuanto digo, no solo á
 »la tierra y á las naciones que la habitan, sino tambien
 »á todos los elementos, hasta al cielo de la luna: y
 »protesto y declaro por las palabras de mi boca, que tu
 »rey está sin valor ni reputacion; que sus estandartes,
 »abatidos, no podrán enarbolarse jamas sin el permiso del
 »que acaba de vencerle; que por la victoria que hemos
 »conseguido, tiene mi rey á sus piés la cabeza del tuyo,
 »el cual, desde este dia es su vasallo y esclavo; y
 »para que tú mismo confieses esta verdad, te desafío al
 »combate en el sitio donde estoy al presente, si te sien-
 »tes con bastante ánimo para resistirme.»

Aunque la carta del general bárbaro era ridícula y fanfarrona, no dejó de poner en gran consternacion á toda Malaca. Solo Javier, lleno de confianza en Dios, animó aquellos corazones abatidos, y dijo al Gobernador:—*Si los bárbaros tienen tantos navíos y tropas, nosotros tenemos en nuestra ayuda al Dios de los ejércitos: es menester ir á presentarles batalla.*—Pero ¿cómo nos embarcaremos, dijo el Gobernador, y en qué navíos? *Pues de ocho bajeles grandes que habia en el puerto, sólo quedan siete cascos de fustas enteramente maltratadas; y cuando pudiéramos servirnos de ellos, ¿qué sería esto contra tan numerosa escuadra?*—Es verdad, replicó el Santo, sonriéndose, *que las siete fustas son viejas, y sólo buenas para el fuego; sin embargo, que se dispongan á toda prisa.*—Nadie se atrevió á replicar á una orden tan

terminante del varon de Dios. En dos dias se aprestaron las fustas; y apénas habian levado áncoras para ir á buscar al enemigo, que se habia desviado un poco para ponerse fuera de tiro del cañon de la fortaleza, cuando la Almiranta de la pequeña tropa se abrió por en medio, y se hundió repentinamente, sin que se pudiese salvar más que la tripulacion. El Santo Apóstol estaba diciendo Misa en la iglesia de Nuestra Señora del Monte, cuando le vinieron á dar noticia de esta triste aventura; hizo señal al criado del Gobernador que se retirara, y cogiéndolo despues de la Misa, le dijo:—Dirás á tu amo, que la pérdida de un bajel no debe desanimarnos: vete, y confía, porque esa pequeña flotá está bajo la proteccion de la Santísima Virgen.—Cerca de un mes se pasó sin que hubiese nuevas de las dos escuadras, hasta que el Padre, predicando un dia en la iglesia mayor de Malaca, á las diez de la mañana, al mismo tiempo que las dos flotas estaban combatiendo á más de cien leguas de la Ciudad, se paró de repente, como fuera de sí; luégo, volviéndose hácia el Crucifijo, arrasados en lágrimas los ojos, y lanzando un profundo suspiro exclamó:—«¡Oh buen Jesus! Dios de mi alma, Padre de misericordia; yo os suplico humildemente, por los méritos de vuestra Sagrada Pasion, que no abandoneis á vuestros soldados.»—Acabadas estas palabras bajó la cabeza, y se recostó sobre la silla, sin decir palabra; despues, levantándose de pronto, dijo en voz alta, con un trasporte de gozo que no pudo contener:—Hermanos mios, Jesucristo ha vencido por nosotros. En este mismo instante acaban los soldados de su Santo Nombre de derrotar la armada de los enemigos, en los cuales hacen una gran matanza; nosotros sólo hemos perdido cuatro de los nuestros; el viérnes próximo recibiréis la noticia, y nuestra flota vendrá

bien presto.—Todo lo confirmó el suceso: una fragata llegó el próximo viérnes, y dos dias despues entró triunfante la pequeña flota, al son de las trompetas, y al estampido de la triunfante artillería.

Habiendo el nuevo Apóstol ganado para Jesucristo casi toda la India, y meditando nuevas conquistas, un japon, llamado Angel, arribó en una embarcacion china, el cual venia á buscar la quietud de su conciencia en los consejos del Santo, cuya reputacion se habia extendido por todo el Oriente. En viéndole Javier, conoció que este japon no sólo sería el primero de sus paisanos que recibiria el Bautismo, sino que por su mediacion lo recibirian otros muchos en su tierra. Este conocimiento hizo que se llenase de gozo al verlo, y le abrazase con mucha ternura. Sin aguardar el Santo á que el japon le manifestara sus penas, le aseguró que hallaria el sosiego que habia venido á buscar tan léjos, pero que era preciso, ante todas cosas, abrazara la Ley del verdadero Dios, para lo cual le envió al Seminario de Goa, á fin de prepararle á él y á todos los de su familia á recibir el Bautismo. El Padre, despues de haber acabado de convertir los idólatras que habian quedado en la costa de la Pesquería, Monapar, el Cabo de Comorin, y en la isla de Zeilan, llegó á Goa, donde encontró á su nuevo prosélito, y viéndole perfectamente instruido, le bautizó, poniéndole por nombre Pablo de Santa Fe, é hizo de él uno de sus más celosos catequistas. Habiendo sabido por este neófito el estado del Japon, que era uno de los mayores reinos del mundo, determinó llevar á él las luces del Evangelio, á pesar de todo lo que se le pudiese oponer para desviarlo de su piadoso intento. Escribió muchas cartas á Europa; la primera al rey de Portugal, Juan III, llena de sabios

consejos, sobre el modo cómo debe gobernar un monarca. Escribió otra á San Ignacio, su General, y á los Padres de Roma, en la que les dice, cómo Dios le ha dado á conocer lo mucho que debe á las oraciones de los de la Compañía que trabajan en la tierra, y cuánto fruto acumulan en el cielo por sus trabajos. «Cuando empiezo á hablar de nuestra Compañía, añade, no puedo acabar; pero la partida de las embarcaciones me obliga contra mi voluntad á no ser más largo. He aquí lo que yo hallo más á propósito para acabar mi carta: Si yo te olvidare en algún tiempo, ¡oh Compañía de Jesús! mi mano derecha me sea inútil, y se me olvide el uso que debo hacer de ella. *Si oblitus unquam fuero tui, Societas Jesu, oblivioni detur dextera mea*. Pido á nuestro Señor Jesucristo, que ya que en esta vida miserable nos ha juntado en su Compañía, nos junte por toda la eternidad en la compañía de los Santos que le ven en el cielo.»

Habiendo recibido un nuevo refuerzo de misioneros, por la llegada de algunos Jesuitas venidos de Europa, les prescribió las reglas que debían observar en sus misiones; y en calidad de Nuncio Apostólico y de Superior general de todos los Jesuitas de Oriente, asignó á cada uno el lugar de su mision, y nombró Superiores que en su ausencia gobernarán la Compañía en las Indias. Libre de su cargo, y en tanto que esperaba la navegacion se aplicó más particularmente á los ejercicios de la vida interior, disponiéndose por medio del retiro para nuevos trabajos. Por este tiempo, estando cierta vez en la huerta del colegio de San Pablo, que habia fundado en Goa, en donde se le veia unas veces pasearse, otras retirarse á una pequeña ermita; colmado de aquellas dulzuras espirituales de que estaba inundado su corazon, se le oyó exclamar:—*Basta, Señor, basta*; viéndose obli-

gado á abrir la sotana, aligerando de ropa el pecho, para dar un poco de aire á las llamas que abrasaban su alma. Finalmente, en abril de 1549 se embarcó en una fusta que iba á Cochín, con el Padre Cosme de Torres, el Hermano Juan Fernandez, y los tres japones convertidos, Pablo de Santa Fe, y sus dos criados Juan y Antonio. Estando en Malaca, supo que uno de los reyes del Japon, pedia predicadores evangélicos al gobernador de las Indias. No se puede decir cuál fué el gozo del Santo Apóstol, y cuál su deseo de partir cuanto ántes á aquel dilatado reino. Se embarcó el 25 de junio en direccion del Japon, y despues de muchas tempestades, que el Santo serenó y aplacó, dieron fondo en Cangoxima el 15 de agosto del mismo año.

Era necesario un volúmen entero, sólo para contar una parte de los trabajos, viajes, conversiones y prodigios de este Santo Apóstol, en aquel vasto Imperio. Comienza á predicar en Cangoxima, donde convierte muchas personas; disputa con los Bonzos, que eran como los sacerdotes del país, y los confunde; cura toda especie de enfermedades con sola la señal de la Cruz; resucita muchos muertos, entre los cuales algunos que habian sido ya enterrados; predica en Saxuma, Ekan-dono, Firando, y Amanguchi; se hace mozo de espuela de un caballero, para ir á Meaco; anuncia el Evangelio en el reino de Bungo, y en otras partes, en donde convierte millares de paganos; y en ménos de un año hace florecer en el Japon la religion cristiana; más apenas de haber convertido tantos reinos, insaciable todavía de conversiones, busca nuevos países que conquistar para Jesucristo.

Habiéndose embarcado San Francisco Javier para volver á la India, una muy deshecha borrasca des-

arboló la embarcacion, que á cada momento se veia en peligro de naufragar; la sola presencia de Javier infundia seguridad en los soldados y marineros; mas un accidente que sobrevino, introdujo la consternacion en el navío. Habia cinco portugueses con diez japos en la chalupa que iba detras, y que habian amarrado al navío con gruesos cables; pero habiéndose embravecido el viento, durante la noche la violencia de las olas rompió los cables, y la chalupa era llevada al arbitrio de las olas, que se levantaban como montañas. Todos creyeron á los cinco hombres perdidos, y que la chalupa se habria estrellado, ó habria sido tragada por las olas. El capitan Eduardo de Gama, amigo del Santo, estaba inconsolable por haber perdido á su sobrino, y los otros sentian igualmente la muerte de sus compañeros, cuando San Francisco Javier, saliendo de su oracion, y dirigiéndose al Capitan le dijo con rostro risueño:—No se aflija V., señor. Antes de tres dias vendrá la hija á encontrar á su madre.—Bien se comprendió lo que queria decir el Santo; mas la cosa parecia tan poco probable, que no se podia creer. Viendo el Santo que no cesaban las lágrimas, les dijo con tono de seguridad: —La confianza que tengo en la divina Misericordia, me hace esperar que no perecerán las personas que he puesto bajo la proteccion de la Santísima Virgen, y por las que he hecho voto de decir tres Misas en Nuestra Señora del Monte.—Dijo al Capitan que hiciera subir alguno á la gavia, para ver si acaso parecia la chalupa. El Santo pasó todo el dia en plegarias; y saliendo de su retiro por la tarde, preguntó de nuevo—si habia parecido;—no le respondieron sino con la risa: dijo—que se bajaran las velas para dar tiempo á la chalupa de

alcanzar al navío.—Se reían interiormente de la confianza del Santo, cuando un niño, que estaba sentado al pié del árbol mayor, exclamó repentinamente:—Milagro, milagro; miren ustedes allí vienen;—en efecto, abordó la chalupa, quedando todos admirados y gozosos. Abrazaron á aquellos hombres que ya creían perdidos; pero se sorprendieron todavía más, cuando supieron que habian venido en medio de la más horrible tempestad que jamás se vió, sin temer, ni descaminarse;—porque, segun decian, el Padre Javier era su piloto, y su presencia los aseguraba.

Habiendo arribado el Santo Apóstol á Malaca, tomó la resolución de introducir en la China el Evangelio. Aunque se ofrecian muchas dificultades, capaces cada una de trastornar una empresa tan santa, Javier, superior á todos los obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no se acobardó. Deseaba que se enviara una embajada á la China, para abrir por medio de ella la puerta al Evangelio; pero se opuso con tenacidad D. Alvaro, Gobernador de Malaca. Lo sintió el Santo vivamente, y atribuyó á sus pecados el que no tuviera efecto la embajada. El Gobernador fué castigado terriblemente, como el Santo se lo habia profetizado; pero Javier no desistió de su empresa. Habiendo arreglado todas las cosas, así por lo que miraba á la Compañía como á las misiones, despues de haber nombrado al Padre Barceo por Rector del colegio de Goa y Vice-provincial, y distribuido los otros Padres en las diversas misiones del Japon y de la India, se embarcó con un solo Hermano en una nave que iba á la isla de Sanchon, para pasar desde ella á la China. Despues de algunos dias de navegacion, se echó el viento repentinamente; y habiéndose aplanado las olas, quedó

inmóvil la embarcacion. Como la calma duró catorce dias, llegó á faltar el agua dulce, con lo que murieron algunos al principio; y toda la tripulacion, que se componia de unas quinientas personas, cayó enferma. El Santo, movido á compasion, se puso á orar; despues de lo cual bajó á la chalupa con un niño, al cual le hizo probar el agua del mar, y le preguntó, si estaba dulce; y respondiéndole el niño, que estaba salada; le dijo, que la probase otra vez, y el niño la halló tan dulce como la de cualquiera fuente. Subiendo entónces el Padre á la embarcacion, hizo llenar de agua todas las vasijas y toneles del navío; pero corriendo todos á beber la hallaron sumamente salada: hizo el Santo la cruz sobre las vasijas, y al punto perdió el agua su gusto salobre, y quedó excelente para beber. Este milagro hizo tal impresion en los árabes y sarracenos que estaban á bordo, que creyeron en Jesucristo y recibieron todos el Bautismo. Lo restante del viaje fué una série continuada de milagros y profecías. Finalmente, habiendo arribado á la isla de Sanchon, apénas hubo desembarcado, cuando libró la isla de los tigres de que estaba inundada. El Santo Apóstol se disponia para ir á la China, de la que se descubrian ya los primeros puertos, cuando Dios le dió á conocer que se contentaba con su ardiente deseo, que queria recompensarle sus inmensos trabajos, y que la ejecucion de su designio sobre la China la reservaba á sus Hermanos.

Trató Dios á Javier, como en otro tiempo á Moises, el cual murió á la vista de la tierra á donde tenia órden de conducir á los Israelitas. Le entró fiebre al Padre Francisco el dia 20 de noviembre, y desde el principio de ella tuvo claro conocimiento del dia y hora de su muerte, como lo manifestó ingenuamente

al piloto del navío. Habiéndose declarado el mal por un dolor de costado muy agudo, con una grande opresion de pecho, el Santo se vió muy en breve á los últimos, sin tener otro socorro que algunas frutas que le dió el capitán. Todo el tiempo de su enfermedad fué una continua conversacion con Dios; se le oía repetir sin cesar estas palabras:—*Jesu, fili David, miserere mei*; Jesus, hijo de David, tened misericordia de mí.—Y estas otras:—*O Sanctissima Trinitas*.—Y volviendo el rostro á la Santísima Virgen, le decia continuamente:—Madre mia muy amada, *monstra te esse Matrem*; muestra que eres mi Madre.—Finalmente, el dia 2 de diciembre, que era viérnes, teniendo los ojos bañados en lágrimas, y fijos en el Crucifijo, pronunció con grande ternura estas palabras:—*In te, Domine, speravi, non confundar in æternum*. Señor, toda mi vida esperé en Vos; haced que no padezca la confusion de haber esperado en vano.—Y trasportado al mismo tiempo de un gozo celestial, dió apaciblemente su espíritu, á eso de las dos de la tarde el año 1552, á los cuarenta y seis de su edad, de los que habia empleado diez y medio en las Indias.

La nueva de su muerte hizo en los corazones de todos aquella impresion que hace la muerte de los Santos. Corrieron en tropas las gentes á su cabaña para besarle los piés, y le encontraron con el rostro tan encarnado y fresco, como si estuviera vivo. Así terminó su gloriosa carrera el Apóstol de las Indias y del Japon, despues de haber dilatado la Iglesia seis mil leguas más de lo que estaba, despues de haber predicado el Evangelio á cien islas ó reinos diferentes, y convertido á Jesucristo más de cien mil almas. Sus trabajos fueron inmensos, infinitos sus milagros; se cuentan entre ellos

ocho muertos resucitados; y con razon puede llamársele el Apóstol taumaturgo.

No se dió tierra á su cuerpo hasta el domingo siguiente; su entierro se hizo sin alguna ceremonia; los oficiales le quitaron la sotana, y la dividieron entre sí. El capitan hizo cubrir el cuerpo de cal viva, para que consumiéndose cuanto ántes la carne, se pudieran llevar los huesos en la embarcacion, que debia volver á las Indias, dentro de pocos meses. El último año de la vida del Santo, se vió sudar sangre con abundancia todos los viérnes, un Crucifijo que estaba en la capilla del castillo de Javier; y lo mismo fué morir el Santo, que dejar la sangre de correr.

Dos meses y medio despues de la muerte del Santo Apóstol, desenterraron su cuerpo, y lo encontraron entero, tan fresco, encarnado, palpable y flexible como si estuviera vivo, sin que las vestiduras sacerdotales de que le habian revestido, hubieran recibido la menor lesion de la cal; y el santo cuerpo exhalaba un olor tan suave y agradable, que excedia al de los perfumes más exquisitos. Luégo que llegó á Malaca, cesó la peste que hacia grandes estragos en la ciudad, en la que fué recibido como en triunfo por la nobleza, clero y pueblo. Despues de algunos meses fué desenterrado otra vez, y lo encontraron tan entero y fresco como ántes de enterrarlo. Se mandó hacer una caja de madera exquisita, y despues de haberla guarnecido con rico damasco de la China, se puso en ella el santo cuerpo envuelto en una tela de oro, con una almohada de brocado. Este precioso depósito fué recibido en Goa, con toda la pompa y veneracion que le era debida. El Virrey con toda su corte, la nobleza y los magistrados, acompañaron á la elección hasta que el santo tesoro fué depositado en la iglesia

de San Pablo, del colegio de la Compañía de Jesus, donde todavía se conserva con mucho cuidado. Se obraron infinitos milagros en todos los parajes por donde pasó el santo cuerpo, y Dios aun hoy dia continúa haciendo otros muchos por la intercesion de este gran Santo, no sólo en Goa sino en el mundo entero.

Despues de jurídico exámen de las virtudes y milagros innumerables de este gran Siervo de Dios, el Papa Paulo V le declaró Beato el dia 25 de octubre de 1649; y el Papa Gregorio XV, sucesor de Paulo V, le canonizó solemnemente el dia 12 de marzo de 1622. El Papa, en la Bula de su Canonizacion, le llama Apóstol de las Indias, y añade que su Apostolado tuvo todas las señales de una vocacion divina, como son el don de milagros, de profecía, lenguas, con las perfectas virtudes evangélicas. Se puede decir con verdad, que jamas se vió un conjunto más pasmoso de virtudes, todas eminentes, como el que se notó en este Santo. Su amor de Dios, tierno, ardiente y generoso, era sin medida; su celo de la salvacion de las almas, sin límites; su pobreza y mortificacion, extremadas; su humildad tan profunda, que jamas escribia á San Ignacio su General, que no fuese de rodillas; y en una carta firma de este modo:—*El menor de vuestros hijos, y el más apartado de Vos, Francisco Javier.*—Su devocion á la Santísima Virgen fué tan tierna, perfecta y llena de confianza, que jamas pedia nada á nuestro Señor, sino por la intercesion de su Madre. Acababa todas las instrucciones con la *Salve Regina*. Cuando pasaba las noches en oracion en la iglesia, casi siempre era delante de alguna imágen de la Madre de Dios.—Tomé á la Reina del cielo por mi Patrona, dice en una de sus cartas, para alcanzar el perdon de mis innumerables pecas-

dos.—Sobre todo era tan devoto de su Inmaculada Concepcion, que habia hecho voto de defenderla toda su vida. El cuerpo del Santo subsiste siempre en Goa; sólo un brazo entero fué llevado á Roma, y se conserva con mucha veneracion en la iglesia de la Casa Profesa de los Jesuitas, que lleva el título del Santísimo Nombre de Jesus.

VIDA
DE
SAN FRANCISCO DE BORJA,
DE
LA COMPAÑIA DE JESUS.²

San Francisco de Borja, gloria de su ilustrísima casa, admiracion de los príncipes cristianos, modelo de los más perfectos religiosos, y uno de los mayores Santos de su siglo, nació al mundo el dia 28 de Octubre del año 1510, en la ciudad que comunica su nombre al ducado de Gandía. Fué hijo de Don Juan de Borja, tercer Duque de Gandía, y de Doña Juana de Aragon, nieta del Rey Don Fernando el Católico. Pusiéronle el nombre de Francisco, en cumplimiento del voto que habia hecho á San Francisco de Asís la Duquesa su madre, hallándose muy apurada al tiempo de darle á luz. Desde su misma niñez comenzó á verificar el vaticinio de su futura santidad que habia hecho su virtuosa abuela Doña María Enriquez. Eran el Duque y la Duquesa señores de grande religion y piedad, por lo que se dedicaron cuidadosamente á inspirarle las más virtuosas máximas de una y otra, desde los primeros asomos de la razon, en los inocentes ensayos de la infancia; y para no omitir diligencia alguna conducente á su mejor educacion,

¹ Véase la novena en el núm. 6 del Apéndice.

le escogieron un ayo, y maestro, en quien lo virtuoso compitiese con lo hábil. Dióle muy poco que hacer el niño Francisco, pues era en él naturaleza la vehemente propension á la virtud; y juntándose á su noble, dócil, y generoso corazon, un ingenio vivo, pronto, brillante, y perspicaz, iban á la par los progresos en la virtud, y el adelantamiento en las letras; tanto que todos miraban con admiracion aquella tierna piedad que iba creciendo al paso de los años, cuando se observa con tanta frecuencia en otros niños, que conforme se va despejando la razon, se van disminuyendo las buenas inclinaciones.

A los diez años de su edad perdió á la Duquesa su madre, y se notó, no sin admiracion, que su excesivo dolor en pérdida tan sensible no se redujo precisamente á desahogarse por muchos dias en un torrente de lágrimas, sino á descargar sobre su tierno cuerpecito sangrientas disciplinas, que ofrecia por sufragio, para hacer más meritorias sus fervorosas oraciones, sin poderse averiguar quién habia madrugado tanto á inspirar al inocente niño aquel espíritu de mortificacion y penitencia.

Era tio materno de Francisco Don Juan de Aragon, Arzobispo de Zaragoza, y enamorado de las grandes prendas que iban asomando en su querido sobrino, quiso absolutamente que se criase dentro de su palacio. Dióle maestros muy hábiles que le perfeccionaron en las letras humanas, y habiéndole deparado por este tiempo la Divina Providencia un sabio, prudente y virtuoso confesor de la religion de San Jerónimo, se aprovechó de tan oportuna, diestra y experimentada escuela, para hacer maravillosos progresos en la ciencia de la salvacion. Vivian en la ciudad de Baeza su bisabuela Doña María de Luna, sus tias y hermanas; y habiendo pasado

á visitarlas, cayó gravemente enfermo en aquella ciudad. Corrió gran peligro su vida, pero aquel peligro fué de órden inferior al que le espuso la resolucion que se tomó de enviarle á la corte.

Queriendo el Duque, su padre, que se acostumbrase desde luégo al género de vida, á que parece le destinaba su mismo nacimiento, logró que entrase á servir, con empleo correspondiente, en el cuarto de la infanta Doña Catalina, hermana de Cárlos V. El mismo fué Francisco en el bullicio de palacio, que en la quietud de su familia. Casóse la infanta con D. Juan III, rey de Portugal, y el niño Borja se restituyó á Zaragoza al palacio de su tio, para acabar la filosofía, en la que sobresalió mucho su claro ingenio. Así el Arzobispo su tio, como el Duque su padre, le observaban más inclinado al retiro de los claustros, que al estrépito del mundo; y para desviarle de aquella inclinacion, determinaron envíarle segunda vez á la corte de Cárlos V, con esperanza de que su genio dócil, franco y condescendiente, le iria poco á poco inspirando distintas inclinaciones.

Aunque la vida de la corte libró dichosamente del naufragio á su inocencia, es cierto que no dejó de entibiar algo su fervor. Hallábase Francisco justamente en los diez y siete años de su edad, y la naturaleza habia andado pródiga con él dándole las perfecciones que hacen á un jóven cabal: tenia el talle desembarazado, noble y ventajoso; tez limpia, delicada y viva; ojos centellantes, aire naturalmente despejado, con no sé que gracia particular en todos los movimientos; todos sus modales gratos, cultos, atentos, que respiraban nobleza y generosidad; ingenio sutil y fino, con cierta discrecion pronta y juiciosa, acompañado todo de modestia y compostura natural, que hacia mucho más amable este no-

ble conjunto de prendas naturales: pero este mismo conjunto, de que los hombres hacen tanta vanidad, exponia al agraciado jóven á más evidentes riesgos. Conociólos él á tiempo y se pertrechó contra los vicios de la corte con la frecuencia de Sacramentos, y muy tierna devocion á la Santísima Virgen.

Supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano verdadero: dificultosa, pero muy posible mezcla, que le mereció ganar no solo la estimacion, sino el cariño del Emperador y de la Emperatriz Doña Isabel.

Prendada esta de tan nobles cualidades como concurrían en Francisco, quiso que se casase con Doña Leonor de Castro, dama de la misma Emperatriz, á quien la princesa amaba como á hija, reputada por la primera hermosura de palacio y señora de una de las primeras casas de Portugal. Fué la boda muy aplaudida del Emperador, quien para dar á Francisco alguna señal de su particular estimacion, le hizo marques de Lombay, y caballero mayor de la Emperatriz. No vió el mundo matrimonio más igual, ni tampoco más feliz. Bendíjole Dios con posteridad tan numerosa é ilustre, que la mayor parte de la grandeza de España, se gloria de la descendencia ó alianza de sus casas con la de San Francisco de Borja.

Cuanto más de cerca trataba el Emperador al nuevo Marques de Lombay, conocia más su virtud y mérito: tanto que en breve tiempo las benignidades de favorecido pasaron á ser confianzas de privado. Estudiaban juntos las matemáticas, y por lo comun acompañaba al Emperador en la diversion de la caza. Era Francisco extrañamente aficionado á la de cetrería; pero acostumbrado ya á santificar todas sus acciones, mortificaba la

curiosidad puntualmente cuando el objeto la llamaba con mayor viveza, privándose del inocente deleite que habia buscado con tanta fatiga, en el mismo punto en que el alcon iba á arrojarle sobre la presa.

Siendo ya confidente y árbitro de todos los secretos del Emperador, le acompañó en la expedicion de Africa, y tambien le siguió á la que intentó con ménos felicidad en las costas de Provenza, señalándose en todas ocasiones tanto por la prudencia en el consejo, como por el valor en la campaña. Padeció por este tiempo dos graves enfermedades, que comenzaron á disgustarle del mundo, segun los intentos de la Divina Providencia; pero lo que más contribuyó á confirmarle en este disgusto fué la muerte de la Emperatriz, que sucedió en Toledo el año de 1539. Mandóle el Emperador que condujese el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocia en él ni un solo rasgo de lo que habia sido: espectáculo que le dejó fuera de sí; y comparando el horror presente con la pasada hermosura, resolvió no malograr sus servicios en obsequio de quien estuviese expuesto á igual miseria, sino consagrarlos todos á solo Dios. Estando en la posada, encerrado en su cuarto, postrado en tierra, y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar:—*No, Señor, no; no ya más servir á dueño alguno que se me pueda morir.*—En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las reales exequias; y la oracion fúnebre que pronunció en ellas el célebre Maestro Avila, acabó en su corazon la obra que habia comenzado el horroroso cadáver, y acudiendo oportunamente los auxilios de la gracia, hizo voto de abrazar la vida religiosa, si sobrevivía á la Marquesa.

Nombróle el Emperador Virrey de Cataluña, y le hizo Comendador de la Orden de Santiago; pero en todos los estados fueron iguales los ejemplos y efectos de su fervorosa conversion. Luégo que tomó posesion de su gobierno, mudó de semblante toda la provincia. Purgóla de los ladrones que infestaban los caminos; corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos, reprimió la licencia, exterminó el vicio, y en breve se vieron florecer en todo el Principado de Cataluña la religion, la paz, la justicia y la abundancia; haciendo el santo Virrey tanto honor á la elevacion del empleo con el esplendor de su magnificencia, como á la santidad de la religion con los ejemplos de su virtud.

Desde entónces comenzó á vivir como religioso en su palacio. Dedicaba todas las mañanas cuatro ó cinco horas á la oracion, y sin faltar en nada al despacho de los negocios públicos, se entregaba todo el tiempo que podia á ejercicios de caridad. La mesa era suntuosa para los convidados, pero muy parca para el Virrey, cuyo ayuno era continuo, sentándose á la mesa, más bien que para comer, para mortificarse con alguna nueva invencion. Correspondia la misericordiosa profusion en las limosnas á la rigurosa severidad de sus penitencias: todo pobre, todo desvalido, sabia muy bien que en el Virrey tenia protector y padre.

Todos los dias rezaba el Rosario, acompañando la oracion vocal con la meditacion; y no contento con comulgar en público las fiestas más solemnes para la edificacion, lo hacia en su oratorio todos los domingos del año, para consuelo, conservacion y aumento de su fervor. Con motivo de esta sólida devocion, se suscitaron varias disputas sobre la frecuente Comunión, asunto en que se dividieron los pareceres de las Universidades de España. Quiso,

pues, saber el Virrey el dictámen de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesus, de cuyo Instituto le habia dado noticia el Padre Antonio Araoz, célebre predicador, informándole individualmente de sus particularidades, como tambien de la santidad, prudencia y talentos de su ilustre Fundador. Escribióle Borja consultándole el punto que se controvertia, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo, en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decision.

Ya por aquel tiempo eran largo asunto de la conversacion y admiracion de los príncipes de Europa, la prudencia y santidad del Virrey de Cataluña, creciendo al paso de su fama la estimacion y amor que le profesaba Carlos V. Dióle las mayores pruebas de uno y otra en las Córtes de Monzon, donde en las familiares y frecuentes conversaciones que tuvo con él, le descubrió su corazon, manifestando el Emperador á Francisco la grande impresion que le hacian sus ejemplos. Muerto el Duque, su padre, y entrando el Virrey á ser Duque IV de Gandía, léjos de llenarle el corazon la nueva grandeza, concibió más vivos y encendidos deseos del retiro. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias, y repetidas súplicas; pero se rindió al fin el Emperador, y Francisco se retiró á la capital de sus Estados. Apenas puso los piés en Gandía, cuando reedificó el hospital, y dió principio á la fundacion de un colegio para la Compañía, al mismo tiempo que fundaba un convento á los Padres Dominicos en su marquesado de Lombay. Entraba á la parte en todas estas buenas obras del Duque la virtuosa Duquesa, su mujer; pero cuando Francisco se prometia más dilatados auxilios de su amable compañía, le dejó viudo á los treinta y seis

años de su edad, y en prendas de su amor dos hijos y tres hijas, que todos se enlazaron con las primeras casas de España, á excepcion de la última hija, la cual se consagró á Dios en el convento de Santa Clara de Gandía.

La muerte de la Duquesa dejó á Francisco con entera libertad para cumplir su antiguo voto; pero le duró poco la indecision sobre la eleccion del Instituto. Armábale mucho el de la Compañía, por la circunstancia particular de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiásticas; y habiendo hecho los Ejercicios espirituales, siendo su director el Padre Araoz, uno de los primeros profesos de la Compañía, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religion en el particular de entrar en la Compañía de Jesus. Dió prontamente cuenta de todo á San Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor consuelo, y aprobando su resolucion, le envió una instruccion de lo que debia hacer para poner en ejecucion sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teología, y recibiese el grado de doctor en su Universidad de Gandía. Pero como áun le restaban muchos negocios que arreglar en su familia, y crecian cada dia en su corazon las ansias de cumplir el voto que habia hecho, obtuvo licencia del Papa para hacer los votos religiosos, y quedarse otros cuatro años más en el siglo. Luégo que recibió el Breve Pontificio hizo la profesion en su colegio de Gandía; y dejando el palacio en que vivia á su hijo primogénito, se retiró á otra casa para vacar más libremente á sus estudios, y á los ejercicios de su nueva profesion. La primera órden que recibió de su superior Ignacio, fué que moderase sus rigores y excesivas penitencias.

No es fácil hallar religioso más arreglado: levantá-

base regularmente á las dos de la mañana; empleaba seis horas en la meditacion y en oraciones vocales; á las ocho se confesaba, oia Misa, y comulgaba en ella todos los dias. Hasta la hora de comer estudiaba teología, y poco ántes de sentarse á la mesa daba audiencia por breves instantes á sus vasallos, y á los ministros de justicia. Despues de comer gastaba una hora en conversacion familiar con sus hijos y criados, volvía á otro gran rato de estudio, y concluido este, daba puerta franca á cuantos tenian que hablarle. La mayor parte de la noche la pasaba delante del Santísimo Sacramento, y la aprovechaba tambien para macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas. Su cama de allí adelante fué siempre una pobre alfombra tendida sobre sarmientos, y toda su vida un continuo ejercicio de muy rigurosa penitencia.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habian obligado á representar en lo exterior el papel de Duque y Grande de España, recibió el grado de doctor, despues de haber adquirido la ciencia necesaria para merecerle. Hizo despues su testamento, en virtud de la facultad que el Papa le concedió en un Breve particular; y habiendo sido él mismo testamentario y ejecutor, partió en derecha á Roma, en cuyo viaje no interrumpió sus devotos ejercicios. Recibióle el Papa Julio III con desacostumbrados honores, y él, hospedado en el colegio de la Compañía, recibió y pagó las visitas de toda la corte romana. Entregóse enteramente á la direccion de San Ignacio, y escribió al Emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su imperial consentimiento para renunciar solemnemente sus Estados, títulos y empleos. Luégo que se extendió por Roma esta noticia, así el Papa como todo el Sacro Colegio

determinaron honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; mas habiéndolo entendido Francisco, todo sobresaltado se salió repentinamente de Roma para volverse á España. Escondióse, por decirlo así, entre las peñas de la reducida provincia de Guipúzcoa, y visitó por devocion la casa de Loyola, donde habia nacido San Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del Emperador, que recibió con inexplicable gozo: y luégo que leyó la carta, postrado en tierra, rindió humildes gracias al Señor, porque ya en fin habia llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias: renunció con solemnidad todo cuanto poseia, en favor de su hijo primogénito; cortóse el cabello, y vistió la sotana de la Compañía. El primer dia de agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fué á celebrar su primera Misa en la capilla de la casa de Loyola, para satisfacer su devocion particular; pero se vió obligado á celebrar la segunda en campo descubierto, para satisfacer la del público. Fué tan inmenso el concurso de los que quisieron recibir de su mano la Sagrada Comunión, que no pudo acabar la Misa hasta las dos ó tres de la tarde. Predicó despues á toda aquella muchedumbre con tanta mocion y fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermon las lágrimas de los oyentes, seguidas, y este fué su mayor consuelo, de grandes y ruidosas conversiones.

Mientras tanto, solicitado el Papa por las instancias del Emperador, no ménos que por su propia inclinacion, pensaba en hacer Cardenal á nuestro Santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido; pero supo San Ignacio representar con tanta viveza á Su Santidad, así sus razones, como las del Padre Francisco, que desistió de su intento,

diciendo que las oraciones y ruegos de los Santos siempre eran eficaces. Dióle órden su General para que saliese del retiro de Guipuzcoa, y pasase á la corte, donde el Emperador y todos los Grandes de España ansiosamente deseaban verle: obedeció, aunque le costó grande sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, ejemplos, modestia y conversaciones particulares en Búrgos, en Valladolid, donde se hallaba la corte á la sazón, en toda Castilla la Vieja, en Portugal, y en toda Andalucía. Experimentando San Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo aquello en que el Padre Francisco ponía mano, le hizo Comisario general de España, Portugal é Indias Orientales; pero al mismo tiempo que le nombraba Superior de todos, le sujetó á la obediencia de otro Padre, en lo tocante á la direccion y gobierno de sus penitencias, que cada dia eran más excesivas. Bendijo Dios sus trabajos y celo; porque no solo introdujo la Compañía fundándole casas en las doce ciudades más principales de España; sino que renovó el primitivo fervor en no pocos monasterios, reformó las costumbres en las provincias y en la corte, resucitó la devocion á la Santísima Virgen, introdujo en todas partes la frecuencia de Sacramentos, y sólo con dejarse ver movía y enternecia á todos, hasta derramar muchas lágrimas.

Murió Ignacio, y sintió Francisco su muerte, pero como Santo. El miedo de que si volvía á Roma se avivase más en el Papa el pensamiento de hacerle Cardenal, que nunca habia depuesto del todo, le hizo encontrar mil razones para excusarse de asistir á la eleccion del nuevo General. El Padre Láinez, que sucedió á San Ignacio, queria tener á Borja cerca de sí; pero como aconteció por este tiempo el retiro del Emperador al monas-

terio de Yuste, se vió precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Carlos V ver al Padre Francisco; y no ignorando este las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de aquel Príncipe, contra su sagrada religion, los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el Emperador con las mayores demostraciones de amor y estimacion; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas y espíritu de su Instituto, quedando tan desengañado, que no sólo formó alto concepto del mérito de Francisco, sino tambien muy singular aprecio de la santidad de su nueva religion. Honróle más que nunca con su imperial benevolencia, y le encargó varias comisiones para las cortes de España y Portugal, que desempeñó Francisco felizmente, acompañando siempre todas sus empresas con el celo de la salvacion de las almas.

Habia nacido la Compañía de Jesus en el Monte de los Mártires, y queria Dios que se criase en medio de las persecuciones, á imitacion del Divino Salvador, con cuyo nombre se honraba, y permitió que por entónces fuese muy perseguida en España; pero conjuró S. Francisco de Borja felizmente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo se descubrió el cielo sereno. Murió el emperador Carlos V, y pronunció el Santo su oracion fúnebre en presencia de toda la corte, conviniendo todos en que aquel gran Emperador habia sido dichoso por merecer los elogios de hombre tan santo, y juez tan íntegro, justo apreciador del verdadero mérito.

Padeció el Santo por este tiempo una grave enfermedad, y luégo que convaleció de ella, hizo la visita de todos los colegios de la Compañía que habia en Portugal, predicó la Cuaresma en la catedral de Evora, visitó al célebre Don Fray Bartolomé de los Mártires, que acababa

de fundar un colegio de Jesuitas en su ciudad arzobispal de Braga, y estando en la ciudad de Oporto tuvo noticia, sin que le causase la menor inmutacion, de que la Inquisicion de España habia condenado un libro espiritual que corria con su nombre.

Fué el caso que siendo Duque de Gandía, habia compuesto para su uso particular dos trataditos espirituales sobre la humildad, que toda la vida fué su querida virtud, intitulados, el uno, *Espejo del hombre cristiano*, y el otro, *Colirio espiritual*. Ambos se habian impreso sin noticia suya, en diversas ciudades del reino; pero viendo los libreros que era corta la ganancia por lo reducido del volúmen, resolvieron abultarle, añadiendo á los dos opúsculos del Padre Francisco, otros once de diferentes autores, sobre materias espirituales; y para asegurar el despacho á todos, los intitularon: *Obras del Duque de Gandía*. Con este título salieron en el edicto de la Inquisicion, ó en el expurgatorio, sin hacerse distincion de las que eran obras del Santo, y de las que no lo eran. No habia cosa más fácil para Francisco que justificarse; pero no se lo permitió su amor á la humillacion, queriendo más padecer aquel sonrojo, entregándose al silencio, que perder el mérito de la humildad, volviendo por su causa.

Los Padres Laínez y Salmeron tenian que pasar al Concilio de Trento como teólogos del Papa, por lo que recibió Borja una orden de su General para que se trasladase á Roma á ejercer el oficio de Vicario suyo, durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que muerto el Padre Laínez el año de 1565, fué nombrado General, sin que hiciesen fuerza á los Padres electores sus razones ni ruegos. Aplaudió el orbe cristiano esta eleccion, que costó á Francisco muchas lágrimas, necesitando largo tiem-

po para enjuagarlas. Muy pronto experimentó la Compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno, pues se propagó con asombrosa multitud de casas por uno y por otro mundo, creciendo aún más que las mismas fundaciones, el fervor en la virtud y aplicación al estudio de las letras. Reconocióse cada día más ardiente el celo de los operarios evangélicos bajo la dirección de tal Superior, brillando en todas partes con su dirección la santidad de aquella tierna y recién nacida Compañía. Dió nuevo vigor á sus Constituciones, enriqueció su Instituto con prudentísimos reglamentos, y puso, por decirlo así, la última mano, tanto á la disciplina regular, como al régimen más acertado de las escuelas. El Papa San Pio V hizo muchas ventajas á sus predecesores en la grande estimacion que profesó á nuestro Santo, y favores con que honró á su religion: apreciaba mucho los consejos de Borja, y le consultaba en casi todas las necesidades de la Iglesia. No hubo provincia en la cristiandad á donde no se extendiese la caridad del nuevo General, ni país inficionado del error, que no experimentase los efectos de su celo.

El único privilegio que juzgó le concedia aquel supremo cargo, era no reconocer ya superior dentro de la religion, que pudiese poner límites á los rigores de sus penitencias; razon por la cual mortificaba su cuerpo de todos los modos que podia inventar una ingeniosa crueldad, confesando que sería para él intolerable la vida, si pasase un solo dia sin hacer experimentar á su carne algun extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias: las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetíalas muchas veces, de manera que sus espaldas eran una sola llaga.

Pero bien se puede decir que su principal virtud fué

la humildad. Ningun hombre se despreció más á sí mismo; ninguno deseó con mayores veras ser despreciado de los demás; y para conseguirlo en parte, se firmaba por lo comun *Francisco Pecador*. De las mismas dignidades á que le elevaban, sabia aprovecharse diestramente para humillarse más; y confesó con ingenuidad á un confidente suyo, que no sentia gusto ni alegría mayor que cuando le maltrataban. Así pues, no hay ya de qué admirarse si Dios inundaba aquel corazon con torrentes de espirituales delicias, destellos anticipados de los goces de la gloria. Era su oracion un éxtasis continuado, y sus dulcísimas lágrimas en el santo Sacrificio de la Misa, efecto de aquel corazon abrasado en el amor de su Dios. Bastaba pronunciar en su presencia los santos Nombres de Jesus y de María, para observar sus ojos arrasados en tiernas lágrimas, y todo inflamado su semblante. Por su extraordinaria devocion á la Santísima Virgen se puso en camino para Loreto en lo más fuerte de una violenta enfermedad; luégo que partió, comenzó esta á ceder, y cuando llegó al término de su peregrinacion, se halló enteramente sano.

Nombróle el Papa para que acompañase al Cardenal Alejandrino, su nepote, en las Legacías de España, Francia y Portugal. En todas partes dejó muy fragante olor de su santidad; en todas las córtés renovó el celo de la religion; y no contentándose con el oficio de medianero de la paz, ejercitó el ministerio de predicador apostólico.

Al volver á Roma cayó gravemente enfermo en Ferrara, á tiempo que se habia juntado el Concláve de los Cardenales, donde seriamente se pensó hacerle Papa; mas por la noticia de su enfermedad, y memoria del tesson con que siete veces se habia negado á admitir el ca-

pelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y él tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devocion á la Santísima Virgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir más visitas que las de sus Hermanos de religion: envió á uno de ellos al Papa á pedirle su bendicion, y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los Sacramentos con extraordinario fervor; imploró el perdon de los Padres por los malos ejemplos que le parecia haberles dado; recogióse en oracion, elevóse su espíritu á Dios por un éxtasis maravilloso, volvió de él, y lleno de aquella confianza que acompaña á los Santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente el alma á su Criador, el dia 4.º de octubre del año de 1572, al ir á cumplir los sesenta y dos de su edad.

Todos los Padres de la Casa Profesa, testigos de la santidad de sus obras y milagros, se hincaron de rodillas luégo que expiró para implorar su intercesion. Hallábase presente D. Tomás de Borja, hermano del Santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacía correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana, la sintió inflamada, entorpecida, y sin movimiento. Así depone esta maravilla el mismo Señor, en la relacion que de las virtudes y milagros de su Santo hermano compuso, siendo Arzobispo de Zaragoza; y comprobada en los procesos verbales de su beatificacion y canonizacion, se halló en todo conforme con las deposiciones de todos los demas testigos.

El prodigioso concurso de pueblo que acudió á su entierro, fué como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo Cardenal ni Prelado, que

no quisiese besarle los pies. Colocóse por entónces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la Casa Profesa, donde fué venerado por la devocion particular de los fieles, hasta el dia 23 de febrero de 1617, en que le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos dias despues le trasladaron á la iglesia del Jesus, y de ésta el Cardenal Duque de Lerma, primer Ministro de Estado de Felipe III, y nieto de nuestro Santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fué colocado en la suntuosa iglesia de la Casa Profesa de la Compañía, que el mismo Cardenal habia edificado á sus expensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luégo que el Santo fué beatificado por el Papa Urbano VIII, en 24 de noviembre de 1624, le escogió la villa de Madrid por su protector, juntamente con San Isidro Labrador, su principal Patrono: disposicion admirable de la divina Providencia, para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos, que por caminos diferentes les enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la tierra; el de Isidro, para despreciarla, teniendo delante de los ojos un pobre labrador elevado á tanta gloria; el de Borja, á fin de aprovecharse de ella, viendo á un grande de España venerado en los altares. Aceleró mucho su canonizacion el crecido número de milagros que obró Dios por intercesion de nuestro Santo; y terminada felizmente por el Papa Clemente X el año de 1671, fué solemnizada con grandes fiestas en los pueblos de España. Su fiesta se celebró al principio el dia 3 de octubre, pero la trasladó y fijó en el dia 10 el Papa Inocencio XII.

VIDA
DE
SAN JUAN FRANCISCO REGIS,
DE
LA COMPAÑIA DE JESUS. ¹

Uno de los brillantes astros que han ilustrado á la Iglesia y á la Compañía de Jesus, ha sido san Juan Francisco Régis.

Este célebre misionero, tan conocido en el mundo, así por sus admirables virtudes como por sus muchos milagros, nació el dia 31 de enero del año 1597 en Foncubierta, pequeña poblacion del Obispado de Narbona. Fué su padre Juan Régis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur; uno y otro más recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia del niño Régis pareció que Dios le amaba y le habia escogido singularmente para su mayor gloria, porque más de una vez veló milagrosamente el cielo por conservarle; pues al mismo tiempo que en cierta ocasion iba á despeñarse en un precipicio, siendo de cuatro años, le detuvo una mano invisible portentosamente. Adelantóse el uso de la devocion al de la razon, y dejó poco que hacer á la educacion su noble índole y natural inclinacion á la virtud. Casi nunca fué niño; por lo ménos siempre

(¹) La novena está en el núm. 7 del *Apéndice*.

miró con aversion los juegos y entretenimientos de aquella edad.

Pagados sus padres de la buena disposicion y demas prendas de Juan Francisco, le enviaron á estudiar al colegio de la Compañía de Jesus, y en él se señaló al punto entre todos los condiscípulos por el ingenio y virtud. Repartia todo el tiempo entre el estudio y la oracion; y desde luégo se negó á toda diversion, aun la más lícita é inocente. Nunca se le veia en el juego, ni en el paseo, y aun los dias de asueto los empleaba ordinariamente en la iglesia. Respetaban todos su inocencia y virginal pudor, haciendo hasta en los más indevotos impresion su recato y modestia, admirando todos una virtud tan anticipada y madura en un estudiante de aquella edad.

Como habia mamado con la leche una tierna devocion á la Santísima Virgen, luégo que se vió estudiante pidió ser alistado en la congregacion de esta Señora, que con tanto provecho y edificacion de la juventud suele estar fundada en los colegios de la Compañía de Jesus. Resplandeció singularmente su virtud entre los congregantes, observándose en todos no sé qué nuevo fervor, efecto de los ejemplos de Régis. Estrechó particular amistad con algunos más fervorosos y ajustados, y formó con ellos otra como pequeña congregacion, que llenó de admiracion á todo el colegio.

No era para el mundo alma prevenida con tan dulces bendiciones; por lo cual, así que conoció Régis á los Padres de la Compañía, se persuadió que Dios le llamaba á ella, siendo los principales motivos de su vocacion el celo de la mayor gloria de Dios, y de la salvacion de las almas. Pidió con instancia ser admitido en ella, y lo fué con universal gozo y consuelo. Mudó de estado,

pero no mudó de máximas ni costumbres, y en la religion no tuvo que hacer sino perfeccionar la virtud, que tanto habia cultivado en el siglo. Ningun novicio le excedió en la puntualidad, fervor y mortificacion, por lo cual le llamaban ya entónces *regla viva de San Ignacio*, haciendo amables su apacibilidad y modestia hasta sus mismos rigores. Tardóse poco en descubrir el amor é inclinacion que profesaba á los pobres; y miéntras le duró la vida fué la caridad su virtud principal, de forma que en nada hallaba tanto gusto como en ir á servir á los pobres enfermos en el hospital.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y filosofía, sin perder nada de su fervor. Hiciéronle despues maestro de gramática, y este nuevo empleo dió ocasion á que brillase más su celo y virtud. Enseñó letras humanas en Billon, en Auch y en Puy, siendo en todas partes venerado con admiracion, y conocido por el nombre comun de *ángel del cielo*. Consideraba su clase como el campo de la mision que le habia tocado en suerte; desvelábase en hacer á sus discípulos cada dia más hábiles; pero al mismo tiempo dedicaba su atencion á hacerlos tambien más santos, extendiéndose á todos sus desvelos; pero se le notaba no sé qué predileccion hácia los más pobres.

Persuadido de que el tiempo de los estudios es ocasionado á que se entibie el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con piadosas precauciones, frecuentando las visitas al Santísimo Sacramento, siendo muy exacto en cumplir muchas y muy tiernas devociones en honor de la Santísima Virgen, Madre de Dios, leyendo libros espirituales, haciendo fervorosas oraciones, y domando su cuerpo con secretas penitencias. De estos preservativos se valió contra la disipacion del es-

píritu y contra la sequedad del corazon, á que es tan expuesto el estudio de las ciencias abstractas.

No esperó el celo de nuestro fervoroso jóven á la sazón regular para producir copiosos frutos. Apénas habia salido del noviciado, cuando le mandaron explicar la doctrina en una poblacion llamada Andace, poco distante de Turnon. Fué extraordinario el concurso, y el fruto prodigioso; reformó las costumbres de todo aquel pequeño pueblo, fundó la adoracion perpétua del Santísimo Sacramento, y aun mucho despues se acordaban de la grande impresion que hicieron en los corazones de los habitantes sus exhortaciones y ejemplos.

Enviáronle á estudiar teología en el colegio de Tolosa, y muy desde luégo dió pruebas claras de excelente ingenio y eminente talento para las facultades mayores. Pero al paso que crecian sus progresos crecian tambien sus aplausos, y haciéndose estos insoportables á su profunda humildad, procuró muchas veces hacerse despreciable, fingiéndose rudo ó ignorante. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio; y aquí fué donde se sintió como aturdido á vista de su indignidad: mas precisado en fin por la obediencia recibió las órdenes sagradas, y celebró el Divino sacrificio con tanta devocion, continuada despues por toda la vida, miéntras estaba en el altar, que la infundia á cuantos oian su Misa. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen asistir á los apestados. Señalóse mucho su celo; y si no tuvo la dicha de morir en aquel acto heróico de caridad, como lo habian logrado muchos de sus hermanos, fué sin duda porque la divina Providencia le conservó la vida para cooperar á la salvacion de innumerables almas, destinándole el

cielo á mayores y más penosos trabajos. Llevábale fuertemente la inclinacion al ejercicio de las misiones, y tanto fué lo que pidió, instó y clamó á los superiores, para que le permitiesen dedicarse á él entera y totalmente, que éstos, no tanto movidos de sus instancias cuanto de su vocacion, que conocian ser señaladamente del cielo, le destinaron á este sagrado ministerio aun ántes del tiempo regular. Pidió con instancias ser enviado al Canadá por saber lo mucho que padecian los Jesuitas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le habia destinado para santificar las provincias de Francia, y renovar en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dió principio al ejercicio de las misiones en Foncu-bierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fué tenido por buen profeta en su tierra. Apénas se puede concebir vida más austera y laboriosa, ni dias más verdaderamente llenos que los suyos. Antes de amanecer estaba ya en la Iglesia, donde despues de la oracion hacia al pueblo una fervorosa plática; decia despues Misa, predicaba dos y tres veces al dia, y empleaba en el confesonario todo el tiempo que no ocupaba en el púlpito. Visitaba á los enfermos por via de descanso, y casi todos los que llamaba alivios eran alguna nueva obra de misericordia. Apénas dormia más que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en alguna silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, pescado, huevos y vino, siendo por lo regular su alimento pan y agua; y si tal vez se veia precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida jamas se desnudó el cilicio. Para él no habia en todo el año estacion más agradable que la

del rígido invierno en aquellas montañas frigidísimas y asperísimas, porque en ninguna otra tenia más que sufrir y padecer. Los hielos, nievës, lluvias, vientos, arroyos, simas, precipicios, borrascas, no le acobardaban: nada era bastante para moderar su celo. Si le representaban los compañeros, que aquello era tentar á Dios, les respondia sonriéndose: *Tengo mucha experiencia de lo que Dios cuida de mí, y no es razon caírgame yo de ese inútil cuidado. Agraviaríale mucho, si alguna cosa me acobardase.* Su confianza en Dios era sin límites, y obraba el Señor grandes prodigios en su favor. Rompióse un dia una pierna, de resultas de una caída, y al punto se le consolidó perfectamente sin emplear ningun remedio humano.

No se ciñó sólo al Langüedoc el teatro de la inmensa caridad de nuestro apóstol. No hubo pueblo ni aldea en el Vivarës, ni choza ó cabaña en el Velai, adonde no penetrasen los ardores de su celo. Apénas se dejaba ver en el púlpito, cuando se mostraba enternecido todo el auditorio, dando las lágrimas de los pecadores muy rebeldes público testimonio de su sincéra conversion; y lo más asombroso fué, que de tanto número de almas convertidas ni una sola, segun se puede piadosamente conjeturar, dejó de conseguir por las oraciones de Régis el don de la perseverancia. En Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó casas de Recogidas, adonde voluntariamente se refugiaban las mujeres arrepentidas; si bien estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Por no citar más que un ejemplo, ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron ya muy entrada la noche á la iglesia del colegio, fingiendo querian confesarse; supo el siervo de Dios por revelacion divina sus sacrílegos intentos; bajó, púso-

seles delante, les habló, movió, convirtió, y la respuesta de aquellos infelices fué derramar un torrente de lágrimas.

Los felicísimos sucesos de la mision que hizo en Cheylard, apénas parecian creibles aun á los mismos que fueron testigos de ellos. Lachau, Privás, San Aggreve, San Andrés, Fangas, Marlhes, y todos los pueblos comarcanos, acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico; de modo que hasta los herejes, no pudiendo resistir á hombre tan poderoso en obras y palabras, abrazaron la religion católica. Todo aquel país, mucho más espantoso por el desórden de las costumbres, que por sus escarpadas montañas, breñas y bosques, se convirtió en asilo de la virtud é inocencia. Es verdad que ningun predicador autorizaba más que San Francisco de Régis la santidad del ministerio con la santidad de la vida. Su semblante extenuado por los rigores con que trataba su cuerpo, la modestia que de contado se llevaba hácia sí los ojos, su profundo recogimiento y apacibilidad que ganaba los corazones, todo era sermon en el Santo.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrasaban su inflamado corazon, se le oia muchas veces prorumpir en estas exclamaciones: *¡Oh Dios! ¡Oh amor mio, y delicias de mi corazon! ¡Es posible que yo no os pueda amar todo lo que Vos mereceis ser amado, y yo deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpian la íntima union con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vió muchas veces extático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba el

corazon, nacia aquella tierna compasion con que miró siempre á los pobres, de los cuales se hallaba frecuentemente rodeado. Considerábalos como la porcion más querida del rebaño de Jesucristo, sintiendo particular inclinacion á los de las aldeas y caseríos, por verlos más desamparados. Su celo no reconocia límites; de forma que en tratándose de salvar una alma, nada se le hacia dificultoso.

El gran teatro de su inmensa caridad, se puede decir que fué la provincia del Puy, adonde le enviaron los superiores el año de 1636, para explicar la doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese excursiones por las aldeas de la comarca. Tan grande era el concurso á las doctrinas, que fué preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en los auditorios. Correspondió el fruto al concepto que se tenia de su santidad, de suerte que en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. Pero el retiro de las mujeres de mala vida, y sobre todo la conversion de una famosa dama cortesana, fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fué insultado, abofeteado, apaleado, acoceado y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y dulzura desarmaron á los furiosos y convirtieron á los disolutos. Con todo eso, no fueron estas las pruebas más sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso misionero.

Ejercitósela terriblemente cierto Rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy; porque estando fuertemente impresionado contra el santo, desaprobó desde luego su *derramamiento* á las cosas exteriores, como él decia. Limitó su celo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacia al hospital; prohibióle

el ejercicio de muchos ministerios; empeñóse en mortificarle, reprendiéndole en público y en particular; en una palabra, nada hacia el Santo que mereciese la aprobacion de su Rector. Pero esto no bastó para arrancar de la boca del así perseguido ni una sola palabra que sonase á queja, defensa ó apología de su proceder, obedeciendo por lo demas en todo con puntual exactitud y alegría, y padeciendo con religioso silencio. Terrible fué el ejercicio, pero de corta duracion, porque desaprobaron los superiores la conducta del Rector, quien tambien reconoció al cabo, y condenó sus violencias. Removiéronle del empleo, y el sucesor que le señalaron dejó libre al Santo el ejercicio de sus ministerios, sin poner límites á la extension de su celo. No sería fácil proceder de otra manera, porque el cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy con una extrema carestía de granos, tomó de su cuenta el sustentar á todos los pobres; juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo, encerróle en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora, llamada Margarita Baud. Muy presto se acabó la provision, y avisado el Santo de que no habia trigo, ni dinero para comprarle, no por eso dejó de enviar á la caritativa señora una pobre mujer cargada de hijos, con órden de que le diese todo lo que hubiese menester para mantenerse y mantenerlos. Admirada la virtuosa matrona fué á buscar al siervo de Dios, y le dijo que extrañaba mucho la órden que habia dado, pues no ignoraba que no habia ni un grano de trigo. Sonrióse el Santo, y le respondió: *Andad, y á nadie me negueis limosna.* No replicó la buena señora; volvió á casa, y halló la panera llena de trigo. Este prodigio, que se repitió por tres veces durante la carestía, tuvo por

testigo á toda la ciudad. Ni fué este solo milagro el que obró San Francisco de Régis durante su vida. Siendo aún mozo, y enseñando gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo, que ya habia recibido los Sacramentos: y por abreviar, no hizo mision que no fuese señalada con algun prodigio.

Siendo tan inmenso el celo de nuestro misionero, no podia encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza, ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers y en el territorio de Velay, que no hubiese recorrido el siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marlhes, San Salvador, San Pedro de los Macabeos, San Bonet el Frio, Vourey, Monregard, Monfaucon, Rocouilles, Marcou, Chambon, Lalovesco, jamas dejarán de publicar los asombrosos trabajos y maravillosos frutos del celo de su nuevo apóstol. En Fai dió vista á dos ciegos; en Marlhes libró á un endemoniado; en Monregard convirtió á la religion católica á la célebre Madama de Romecin; en Monfaucon expuso su vida asistiendo á los apestados, logrando por sus oraciones cesase el contagio. En todas partes correspondia el fruto á su celo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir en primero de abril de 1640, al Padre General de la Compañía la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la Casa Profesa de Roma.

M. R. P. N.

Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto más persuadido estoy de que la súplica que voy á hacer á V. P. no será de su desagrado. Es, pues, que V. P., por su bondad, se digne permitirme consagrar la

vida y fuerzas que me restan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo por experiencia, habiéndolo visto por mis propios ojos, y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentarlo más frecuentemente. Pido, pues, permiso á V. P. M. Reverenda para emplearme por lo ménos seis meses al año en este divino ministerio. El Sr. Obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y pueblos piden con grandes instancias la mision; pero el Padre Rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo, á pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplico á V. P. se sirva hacer reflexion á que en los lugares grandes se distribuye el pan con abundancia, mientras que los pobrecitos del campo se mueren de hambre, por no haber mano caritativa que les reparta el pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V. P. que no me negará la gracia que le pido; aunque no sea más que por consolarme en la repulsa que me dió cuando pedí ir al Canadá. Si la respuesta fuere favorable á mis deseos, me colmará de alegría, etc.

Condescendió con gusto el General á estos deseos, y el Provincial, que se hallaba en Puy cuando llegó la respuesta, tuvo especial complacencia en que aprobase el General lo mismo que él habia ya permitido. Despues que el siervo de Dios santificó todo el país de Monfaucon, Rocoules y Veirines, publicó para la vigilia de Navidad la mision de Lalovesco. Retiróse al colegio de Puy los últimos dias del Adviento, para disponerse á morir, con tres ó cuatro dias de ejercicios, porque ya le habia el Señor dado á entender claramente que aquella mision habia de poner fin á sus trabajos. Pasó el siervo

de Dios aquel tiempo en íntima comunicacion con su Majestad, sin tratar con persona humana, ocupado únicamente en el pensamiento de la eternidad. El Padre á quien comunicó San Francisco de Régis la noticia de su cercana muerte, hizo cuanto pudo para disuadirle que saliese á aquella mision; pero éste le respondió, *Lláname Dios á Lalovesco, y es preciso que vaya*. Dió fin á sus ejercicios con una confesion general, y la antevíspera de Navidad partió para su amada Mision. El tiempo estaba terrible; el país por donde viajaba era el más quebrado y escarpado del mundo; se perdió en el camino, y no tuvo otro arbitrio que refugiarse en una choza abierta á todos aires, y pasar en ella toda la noche, expuesto á un viento frigidísimo y muy violento. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de ardentísima calentura, con la cual fué sin embargo hasta Lalovesco. Entróse luego en la iglesia, y sin hacer caso de sus dolores ni fatigas, abrió la mision, predicando un fervoroso sermon, y despues se fué al confesonario, donde estuvo hasta muy entrada la noche, supliendo el celo las fuerzas que faltaban al cuerpo. El dia de Navidad predicó tres sermones; otros tantos el dia siguiente, y confesó lo restante del tiempo; pero cediendo el espíritu á la debilidad, le dió un desmayo. Lleváronle á casa del cura, y no acertando á rendirse aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres paisanos, que le habian ido siguiendo desde la iglesia; hasta que repitiéndole otro desmayo, le fué preciso hacer cama.

Despachóse un propio con esta noticia á los Jesuitas de Anonay, distante solas tres leguas de Lalovesco, los cuales acudieron prontamente, llevándose consigo á un médico. Declaró éste, que á su juicio la enfermedad no tenia remedio; y no se puede explicar el gozo con que

oyó el moribundo tan alegre nueva. Antes de recibir los Sacramentos quiso repetir con el Padre Lascombe la confesion general, que ocho dias ántes. habia hecho en Puy. Recibió el Viático y la Extremauncion como un hombre abrasado en el fuego del divino amor. Suplicó á dicho Padre que le hiciese conducir á un establo, para tener el consuelo de morir en lugar semejante al que Cristo habia escogido para nacer, ya que no podia morir en una cruz como su divino Salvador; pero el Padre le respondió, que su extrema debilidad no permitia se le removiese. El hermano Bideau, su compañero ordinario, que á la primera noticia se puso en camino, y desde que llegó no se separó un punto de su cabecera, aseguró que todo aquel tiempo le habia pasado el siervo de Dios en continúa oracion. La noche del último dia de diciembre, poco ántes de las doce, quiso el Salvador colmar de alegría á su siervo, anticipándole los gustos de la gloria, pues se le aparecieron visiblemente Jesus y María. Confortado con esta celestial vision, y no pudiendo contener el gozo, exclamó todò trasportado, mirando al hermano Bideau: *¡Ah, carísimo hermano mio! ¡Y qué dicha es la mia! ¡Qué contento muero! Jesus y María se dignan convidarme á la dulce mansion de los bienaventurados.* Un instante despues, juntando las manos y fijando los ojos en el Crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesucristo, Salvador mio, te encomiendo mi alma, y la pongo en tus manos;* y entregó dulcemente su espíritu en las de su Criador, hácia la media noche del mismo dia, año de 1640, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, habiendo vivido veinticuatro en la Compañía, de los cuales habia empleado los diez últimos en las misiones.

Luégo que espiró resonaron por las montañas veci-

nas estas palabras: *murió el Santo*. Las lágrimas de los pueblos comarcanos fueron toda la pompa de sus funerales. Disputóse algun tiempo dónde se le habia de enterrar, porque los Padres querian llevar el cuerpo al colegio de Puy ó de Turnon, para restituir á los Jesuitas lo que parece era suyo; pero, piadosamente amotinados aquellos pueblos, protestaron que nunca sufririan se les despojase del tesoro que el cielo les habia regalado. Enterráronle en la iglesia cerca del altar mayor, con la precaucion de dar á la sepultura más de doce piés de profundidad. Los innumerables milagros que obró Dios, y está obrando cada dia por su intercesion, hicieron glorioso su sepulcro; y el lugar de Lalovesco, que era una infeliz aldea, es ya un pueblo numeroso, y célebre por la concurrencia de peregrinos que acuden á él aun de provincias muy distantes, para venerar las cenizas del santo apóstol. De todas partes recurren á su proteccion, como á remedio seguro aun contra las enfermedades más desesperadas; y la feliz experiencia de infinidad de curaciones milagrosas que el Santo ha obrado incesantemente desde que acabó el curso de su apostólica vida, enciende cada dia más la devocion de los fieles en todos los reinos del mundo, y la viva confianza que tienen en su poderosa intercesion. Esto movió al Papa Clemente XI, despues de haberse examinado y aprobado jurídicamente sus virtudes y milagros, á declararle Beato por su Breve de 8 de mayo de 1716, en cuyo dia se celebró en Roma con extraordinaria pompa la solemnidad de su beatificacion, señalando el dia 24 del mismo mes para su fiesta.

El dia 31 de setiembre del propio año fué exhumado el santo cuerpo por el Ilmo. Sr. Berton de Crillon, Arzobispo de Viena de Francia, en cuya jurisdiccion

está Lalovesco, y expuesto sobre el altar mayor en una caja. Costó dificultad el encontrarle, por el cuidado que se tuvo en ocultarle cuando le enterraron, hasta que en los registros de bautizados, enterrados y casados, por el Sr. Bayle, cura de Lalovesco, se encontró una partida donde se expresaba el lugar de la sepultura que se habia dado al santo misionero. El Papa Clemente XII le canonizó el 16 de junio de 1737, á cuyo dia trasladó Benedicto XIV su fiesta.

VIDA
DE
SAN LUIS GONZAGA,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS. ¹

San Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mantua, ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo, y por la inocencia de su vida, fué hijo de Ferrante ó Fernando, Marques de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse esta tan apurada en el parto de nuestro Santo, que llegaron á desahuciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Virgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad, el dia 9 de marzo de 1568. Bautizáronle de socorro luégo que nació, y pocos dias despues le puso el nombre de Luis su padrino y deudo muy cercano Guillermo, Duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa Marquesa de Castellon de que la primera obligacion de una madre es cuidar de la educacion de sus hijos, así que vió á Luis capaz de alguna, tomó de su cuenta el dársela ella misma muy piadosa y cristiana. Desde luégo-se conoció que no necesitaba de

¹ Véase la novena en el núm. 8 del apéndice.

muchas instrucciones la índole del niño, cuyo aire, inclinaciones, y natural propension á la virtud, le merecieron desde entónces el renombre de ángel.

El Marques, militar de profesion y de genio, observando la viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba á las armas, y á los cinco años de edad le llevó consigo á Casal. Mostraba Luis grande gusto en los ejercicios militares, con indecible placer de su padre; pero le hubo de costar cara al niño aquella marcial inclinacion; porque habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y pegándole fuego incautamente, faltó poco para que al retroceder la cureña, no le hiciese pedazos la violencia de las ruedas: y no fué este el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasiadamente libres; pero apénas fué reprendido por su ayo, las miró con horror; y aunque las habia dicho sin entender su significado, fué esta la mayor culpa que cometió en toda la vida, la lloró amargamente en toda ella, é hizo rigurosa penitencia.

Al paso que crecia el santo niño en edad, iba tambien creciendo en juicio y virtud, por haberse entregado tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el Cardenal Belarmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenia ya desde entónces sus devociones arregladas, siendo tan exacto en su cumplimiento, que se observó no haber faltado ni una sola vez á ellas, aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron mucho unas molestas cuartanas. Enamorado el Marques del juicio y grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas, y á darle educacion digna de su nacimiento. Llevóle á la córte del gran Duque de Tos-

cana, estrecho amigo suyo; y aunque el aire de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, en nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfeccion, reduciéndose todas sus diversiones á la oracion y al estudio. Creció tanto su fervorosa devocion á la Santísima Virgen, que á los nueve años hizo voto de perpétua castidad, siendo en la observancia de esta virtud muy admirable su delicadeza, pues nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara; y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamas á la cara á mujer alguna.

Desde la corte de Florencia pasó á la del Duque de Mantua, su cercano pariente; y en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y grandeza de su casa, allí fué donde resolvió dejar al mundo. Sirvióle de pretexto la falta de salud, para salir de la corte, y restituirse á casa de sus padres. Pasando por ella San Carlos Borromeo, descubrió y admiró los tesoros de gracia y perfeccion que encerraba el alma del santo niño: exhortóle á que cuanto ántes comulgase por la primera vez; le encargó que despues lo repitiese con frecuencia; y le dió otros muchos consejos espirituales, que el jóven tuvo gran cuidado de poner en práctica.

No es fácil explicar la tierna devocion y fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por la primera vez á Jesucristo, inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas, claro indicio del divino fuego que abrasaba aquel amante corazon. Durante toda su vida fué para él la devocion al Santísimo Sacramento la principal de todas, de modo que pasaba horas enteras en su presencia al pié de los altares. Aplicábase ya entónces al estudio de las letras, pero sin que este le

debilitase ni distrajese el espíritu interior, que tenia cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podia subir más de punto el santo odio que se tenia á sí mismo, ni que podia juntarse mayor inocencia con mayor austeridad, pues ayunaba tres dias á la semana, y muchos á pan y agua, y sus maceraciones pudieran acobardar á los religiosos más austeros. Muchas veces se veia salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas le servia de cama la desnuda tierra; por no tener cilicios, se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto cuajado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aún en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo y pasaba así muchas horas en oracion.

Enviéronle á la córte de Felipe II, donde presto, como en todas partes, se hizo admirar su anticipada madurez y elevada santidad. Parece como que se complacia el Señor presentándole en varias córtes de Europa, para demostrar con su ejemplo que la virtud no está reñida con alguna condicion, y que la inocencia puede y debe conservarse en todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolucion de abrazar el estado religioso. Los grandes ejemplos de virtud, observancia y desprendimiento del mundo, que habia notado en los Padres Capuchinos, y en los Barnabitas, durante su residencia en Casal, y aquel espíritu de penitencia y recogimiento interior que admiraba en los Carmelitas descalzos, le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religiones; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus, por cinco razones que él mismo declaró. Primera: porque siendo más reciente su Instituto, por precision se habia de conservar en su primitivo fervor. Segunda: por el voto que en él se hace

de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. Cuarta: porque los Jesuitas se dedican por su Instituto á la conversion de los herejes y gentiles en todas las partes del mundo. A estas cuatro razones añadia otra, y era la particular devocion que, segun habia observado, se profesaba á la Santísima Vírgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinarle á esta eleccion. Juntóse á todo esto, que un dia de la Asuncion de esta gloriosa Reina á los cielos, despues de haber comulgado, le pareció haber percibido clara y distintamente una voz articulada por la hermosa imagen de la Soberana Reina, que con el título *del Buen Consejo* se venera en el Colegio Imperial de Madrid, y que le intimaba entrase en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres. No hubo vocacion más examinada ni mejor probada. Pusiéronse en ejecucion para desviar á Luis de su piadosa resolucion, cuantos medios pudo sugerir á su padre la reflexion de su elevado nacimiento, la circunstancia de primogénito, la ternura de los padres, y las lágrimas de sus vasallos. Lleváronle de propósito por las córtes de los príncipes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad, para disuadirle de que se hiciese religioso: pero todo fué en vano; hasta que el mismo Marques, su padre, despues de una repulsa demasiadamente seca y desabrida que le dió, encontrándole un dia postrado á los piés de un Crucifijo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle; atónito y enternecido, no ménos que temeroso de resistir más tiempo á una vocacion tan clara, se rindió, en fin,

á los santos deseos de su hijo; pero quiso que ántes de ponerlos en ejecucion, pasase á Milan á terminar algunos negocios de la familia. Mostró en el manejo de ellos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo no le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque prendado el Marques de la destreza con que habia dado dichoso fin á unos asuntos tan graves como espinosos, no se pudo resolver á dejarle partir: y así le dijo á su vuelta de Milan:—*Mucho te engañaste, si creiste que yo consentiría en tu determinacion: pensarás en eso cuando tengas veinticinco años; y en este supuesto puedes tomar tus medidas.*—Sobrecogido Luis al oir tan no esperada resolucion, se arrojó á los piés del Marques, y con aquella ingenuidad que siempre ganaba los corazones de todos, le dijo:—*No permita Dios, amado padre y señor, que yo me aparte jamas de vuestra voluntad: en todo y por todo seréis siempre obedecido. Sólo os suplico tengais á bien os represente que Jesucristo me llama á su Compañía: si vos no me permitis entrar en ella, ciertamente os oponeis á la voluntad de Dios.*—Hicieron impresion estas palabras en el corazón del Marques; echóle los brazos al cuello, bñóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato sin poder articular palabra, prorumpió al cabo en estas voces:—*Hasme abierto, hijo mio, una herida en el corazón, que manará sangre por mucho tiempo: yo te amo y lo mereces: tenia fundadas en ti todas las esperanzas de la familia; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama á su Compañía, yo no te detengo: ve, hijo mio, á donde te llama el Señor.*—En acabando de decir estas palabras se retiró el Marques deshecho en amargo llanto. Tampoco dejó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado por otra parte de gozo se postró delante

del Crucifijo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mantua, donde, con licencia del Emperador, hizo la renuncia del Marquesado en favor de su hermano Rodolfo, y despedido de sus padres y parientes, se encaminó á Loreto.

En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devocion y ternura á la Santísima Virgen, desahogándose el corazón en inflamados afectos y lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad, después de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para Roma, donde, recibida la bendicion del Sumo Pontífice, y habiendo visitado á los Cardenales parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo aún cumplido los diez y ocho de su edad.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron aún á los más perfectos. Desde luego se impuso la inviolable ley de observar con exactitud y puntualidad hasta las más menudas reglas. No era fácil, ni apenas posible que subiese más de punto la observancia; tanto que los Superiores nada tuvieron que hacer sino moderar su fervor, y poner límites á sus deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado, fué haber levantado los ojos, y mirado á un Hermano que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó más perfectamente que él á su pueblo y la casa de sus padres. Fué un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió que como habia dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenia en él ni crédito ni poder. Tambien era muy señalado en Luis el santo odio y desprecio de sí mismo. Cualquiera señal de distincion que con él se hiciese, le daba

verdadera pesadumbre. Jamás se excusó ni disculpó, aunque tuviese mil razones para hacerlo, llegando á tener escrúpulo de que sentia demasiada complacencia al ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los ejercicios humildes y repugnantes: tanto que juzgó se debia acusar de lo mucho que habia contentado á su amor propio, yendo por las calles de Roma con vestido vil, y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacia el perfecto desasimiento de todas las cosas, y espíritu de pobreza, que le hizo verdadero discípulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario algo mejor que el de los otros, y dos sillas en su aposento, eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni fué posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideracion, que le envió su madre la Marquesa, juzgando que tenia mucha necesidad de él; y costó gran trabajo reducirle á que recibiese dos estampas de papel, una de Santo Tomás de Aquino, y otra de Santa Catalina, por la particular devocion que profesaba á estos Santos. Notábase siempre en él una igualdad de ánimo y tranquilidad inalterable, la que singularmente se echó de ver en la muerte de su padre, que sucedió poco tiempo despues de entrado él en la Compañía. Sabian todos el tierno amor que le profesaba, y con todo apénas hizo otra señal de sentimiento que levantar los ojos y manos al cielo, y dar gracias á nuestro Señor de que en adelante podria decir sin estorbo, y á boca llena:—*Padre nuestro que estás en los cielos.*

Como tenia tan puro el corazon, continuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle nunca de vista. Dando cuenta de conciencia, dijo con ingenuidad, que en el espacio de seis meses sólo se habria dis-

traído á su parecer, como el tiempo necesario para rezar una *Ave Maria*. Temiendo el Superior que los grandes dolores de cabeza que siempre padecía fuesen efecto de su intensa aplicacion á la oracion, le suspendió este ejercicio por algun tiempo: si bien fué peor el remedio que la enfermedad.—*No sé qué hacer*, decia el Santo con gracia, *mándanme que no piense en Dios, porque no me haga daño á la cabeza, y me le hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar en él*.—Casi desde la cuna tuvo don muy elevado de oracion, siendo Dios su principal y aun único Maestro. Cuando el célebre Cardenal Belarmino daba los Ejercicios á los Hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos ó reglas de meditacion, solia decir:—*Esto lo aprendí de nuestro Luis*.

Tenia tan mortificados todos sus sentidos, que parecia haber casi perdido el uso de ellos. Frecuentaba muchas veces algunas habitaciones de casa, y no podia dar señas de lo que en ellas habia. Estando en el refectorio, de lo que le presentaban escógia lo más ingrato al paladar, de manera que la mortificacion era la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que casi rayaba en escrúpulo su circunspeccion; mas no por eso dejaba de ser muy divertida su conversacion, ni le faltaba una muy delicada sal para sazónarla. Juzgando los Superiores que diria bien á su salud el clima de Nápoles, le enviaron allá para acabar los estudios. Como era de ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresalió mucho en ellos; y obligado á defender conclusiones públicas al fin de su carrera, le persuadia su humildad á que de propósito se mostrase ignorante, y le fué necesaria toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto á su director y maestro. Mereció en aquella funcion los

aplausos de todo el colegio romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses despues de haber vuelto á Roma se suscitó cierta diferencia entre su hermano Rodulfo y el Duque de Mantua, sobre la sucesion al señorío de Solferino, con cuya ocasion se vió precisado el Padre General á enviarle á Castellon. Recibíanle en todas partes como á ángel venido del cielo; y la Marquesa, su madre, así que le vió se sintió movida á cierta especie de veneracion, que sin libertad la hizo poner las rodillas en tierra; ¡tanto fué el respeto, y tan grande el concepto que formó de la santidad de su hijo! Siempre que salia de palacio se encontraba con multitud de gente, formada en dos hileras, que le llenaba de bendiciones, se deshacia en tiernas lágrimas, y cuando se retiraban todos á su casa, decian:—*Ya hemos visto al Santo*.—No obstante lo irritado que estaba el Duque de Mantua con el Marques de Castellon, y á pesar de hallarse los ánimos sobre manera enconados, apénas les habló este ángel de paz, se compusieron las diferencias; restituyósele al Marques el señorío de Solferino, y quedó más sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos príncipes. Nunca se vió reconciliacion más sincera, y así fué tenuta por uno de los primeros milagros de San Luis.

Ni fué este el único que obró durante su estancia en Mantua y en Castellon. Fueron pocos los señores de las dos córtes, que no se moviesen y reformasen con la conversacion del Santo jóven. Obligóle el Rector del colegio de Mantua á que hiciese una plática doméstica á la Comunidad; y él la hizo sobre la caridad, con tanto fervor y mocion, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellon pidió la Marquesa á los

Superiores que mandasen á Luis predicar á sus vasallos: hízolo él á muy crecido concurso, y con tan copioso fruto, que al acabarse el sermon se confesaron más de setecientas personas, considerándose como otros tantos milagros del santo las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya que hacer en Castellon, recibió orden de pasar á Milan para continuar sus estudios; pero así que llegó, se halló con otra del Padre General, en que le mandaba volver á Roma. Obedeció con el mayor gusto, y más habiéndosele dado á entender en la oracion, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda ella habia sido una continua preparacion para la muerte, en el último año redobló el fervor, siendo tan tierno y encendido su amor á Dios, que sólo con oirle nombrar, se le alteraba é inflamaba sensiblemente el semblante. Cualquiera sentencia ó expresion afectuosa que oyese en la lectura del refectorio, bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresion en su pecho, que no podia ménos de derramar dulces lágrimas. Con solo contemplar una estrella ó una flor crecian sus incendios; por eso tenian gran cuidado sus compañeros de evitar en las conversaciones, ciertas voces algo más afectuosas y expresivas, por escusarle una alteracion que podia perjudicar gravemente á su salud. Los mismos efectos producía su tierna devocion á la Santísima Virgen; y siempre que comulgaba se quedaba como extático y arrobado su espíritu.

Hallándose por este tiempo afligida Italia por la peste, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fué aquella ciudad doloroso teatro de la más triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasion la

caridad de los Padres de la Compañía; porque además de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió uno á su costa, en el cual el mismo Padre General servia á los enfermos. Imitaron este ejemplo todos los Jesuitas del Colegio Romano y de la Casa Profesa; pero se señaló entre todos el fervor de nuestro Luis, sin que fuera posible moderar su caridad y celo; pero aunque se le procuró contener y libertar, destinándole á un hospital donde sólo se recogian los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la Divina Providencia que la caridad consumase aquella preciosa víctima. Habíase llegado el contagio á muchos Jesuitas, y no perdonó á nuestro Santo. Sintiéndose acometido por el mal, no pudo disimular la alegría, tanto que tuvo escrúpulo de ello, y consultó al Padre Belarmino si habia alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podría esconder algun artificio del amor propio. Como desde luégo se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los Sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y devocion, que arrancó lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entónces de que varias veces le habian dicho que á la hora de la muerte habia de tener escrúpulo de sus excesivas penitencias, y suplicó al Padre Rector asegurase á todos, que este punto no le daba el más mínimo cuidado, y que sólo sentia no haber podido conseguir licencia de los Superiores para hacer muchas más. Declinó despues su enfermedad en una calentura ética, y parece que sólo le duró algo más la vida, para que nos dejase más ejemplos de virtud, y él con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reinaban iban degenerando en peste, pidió licencia al Padre General para hacer voto

de asistir á los apestados, si Dios le daba salud; y obtenido el permiso, lo hizo con grande fervor.

Los Cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salian siempre con el corazon penetrado de dolor, y sensiblemente conmovido por la devota impresion que en todos hacian sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentia su alma de verse morir Jesuita, todas las veces que le visitaba el Cardenal Gonzaga le daba de nuevo gracias, por los buenos oficios que habia hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocacion. Se consolaba teniendo en la mano un Crucifijo, y una imágen de la Virgen delante de los ojos. Habiéndole enviado la Marquesa, su madre, un propio, envió, por medio del mismo, la contestacion, despidiéndose de ella en términos tan tiernos y fervorosos, que se deshicieron en lágrimas cuantos la leyeron. Oyendo despues el enfermo, que los médicos sólo le daban ocho dias de vida, fué tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te Deum*, en accion de gracias al Señor por noticia tan alegre. Vínole á visitar un Padre, y luégo que le vió, exclamó como trasportado:—*Marchamos, Padre mio; y marchamos con alegría.*—Tres dias ántes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetia sin cesar aquellas palabras del Apóstol:—*Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.*—Aunque no se reconocia novedad particular en su enfermedad, dijo positivamente con su acostumbrada y natural alegría, que aquella noche moriria. Recibió la bendicion apostólica *in articulo mortis*, que le envió Su Santidad, y quiso tambien que le volviesen á administrar los Sacramentos; despues de los cuales pidió le leyesen la recomen-

dacion del alma, con las últimas oraciones de la Iglesia, cuyo piadoso rito enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian recomendar en las del mismo moribundo. En fin, el juéves por la noche, 21 de junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del *Corpus*, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los veintitres años, tres meses y once dias de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que habia muerto el Hermano Luis Gonzaga, excitó esta noticia en los ánimos de todos aquellas impresiones de admiracion, de devocion y de respeto, que de ordinario suele causar la muerte de los justos. En toda la ciudad resonaba esta voz general:—*Murió el Santo*.—Concurrian todos á besarle piés y manos, solicitando alguna reliquia suya. Fué tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los piés, ó á tocar por lo ménos el féretro, que se hubo de interrumpir muchas veces el Oficio. Depositaron el santo cuerpo en la iglesia del Colegio Romano, dedicado á la Anunciacion, y en seguida comenzó Dios á manifestar la santidad de su siervo, por los muchos milagros que obró por su intercesion, haciendo célebre y glorioso su sepulcro. Siete años despues, con aprobacion del Sumo Pontífice, su santo cuerpo, exhumado y colocado en una caja de plomo, fué depositado en el grueso de la pared de la misma capilla de la Virgen. Treinta años más tarde, en 1624 le beatificó el Papa Gregorio XV, permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el dia 21 de junio, aniversario de su muerte. El año de 1699 fueron sus preciosas reliquias trasladadas con grande solemnidad á la magnífica capilla de la misma iglesia, que el Marques

Escipion Lanceloto hizo fabricar en honor del Santo, y es reputada por una de las más ricas y adornadas de Roma. Finalmente, el último día del año de 1726 el Papa Benedicto XIII le canonizó y puso en el catálogo de los Santos.

El autor de la vida de Santa María Magdalena de Pá-
zis, asegura que el día 4 de abril del año de 1609, estan-
do la Santa en uno de sus acostumbrados éxtasis, comen-
zó á exclamar de repente con una como especie de entu-
siasmo:—«¡Oh, qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio!
»Nunca la hubiera creído, si no me la hubiera mostrado
»el Señor. Paréceme que no he visto en el cielo gloria
»igual á la de Luis: digo que Luis es un gran Santo. Te-
»nemos muchos Santos en la Iglesia, que no creo estén
»tan elevados. Quisiera poder ir por todo el mundo para
»decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo; y
»quisiera poder mostrar la gloria de que goza, para que
»fuese glorificado el mismo Dios: fué elevado á grado tan
»sublime, porque vivió vida interior. ¿Quién pudiera
»explicar el valor y precio de la vida interior? No hay
»comparacion de la interior á la exterior. Mientras vivió
»Luis acá abajo, siempre tuvo fijos los ojos en el Divino
»Verbo. Luis fué mártir oculto; porque el que te conoce,
»Dios mio, y te conoce tan grande y amable, es para
»él verdadero martirio ver que no te ama tanto como de-
»sea amarte, y que léjos de ser amado de las criaturas,
»seas de ellas ofendido. Fué tambien mártir, porque él
»mismo se atormentó mucho. ¡Oh, cuánto amó á Dios
»Luis en el mundo! Por eso goza ahora de Dios en el cie-
»lo con plenitud de amor. Cuando estaba en esta vida
»mortal, lanzaba continuamente flechas de amor al Cora-
»zon del Verbo: ahora que está en el cielo vuelven estas
»flechas hácia su mismo corazon, y se mantienen clava-

»das en él, porque los actos de amor y de caridad que
»hacia entónces, le causan una extremada alegría.»—Di-
chas estas palabras enmudeció la Santa por un rato, te-
niendo fijos los ojos en el cielo, y despues exclamó:—
«Yo quiero aplicarme á ayudar á las almas, para que si
»alguna fuere al cielo por mi medio, ruegue á Dios por
»mí, como lo hace Luis por todos los que le hicieron este
»beneficio.»

VIDA
DE
S. ESTANISLAO DE KOSTKA,
NOVICIO
DE LA COMPAÑIA DE JESUS ¹.

El poder de la gracia divina, no sólo se manifiesta en la conversion de grandes pecadores, sino tambien en la inocencia de los que nunca pecaron gravemente. Dios es de todas maneras admirable en sus Santos, ya haciendo de pecadores Santos, ya deteniendo á los Santos para que no sean pecadores. Y como es admirable en mudar de repente la voluntad de un pecador envejecido en sus culpas, así es admirable en prevenir á algunos desde su infancia, para que nunca le ofendan, ni pierdan su gracia, conservándolos sin quemarse en medio de los ardores de la juventud.

De esta maravilla es buen ejemplo el angélico jóven S. Estanislao Kostka, que nació en el reino de Polonia el año de 1530, en un castillo de su familia que se dice Rostkou. Su padre se llamó Juan Kostka, y su madre Margarita Keiskan, personas ilustres, y principales en aquel reino, pues contaban entre sus ascendientes á muchos obispos, señores palatinos, electores, senadores, capitanes y otros varones notables por sus elevados empleos;

¹ La Novena está en el apéndice, núm. 9.

pero ambas familias eran más recomendables por haber conservado siempre la religion católica y sincera piedad.

Luégo que Estanislao, que fué el quinto y último de sus hermanos, llegó á edad competente, le dieron por ayo y maestro en los rudimentos de la lengua latina, un jóven llamado Juan Bilinski; pero anticipándose el Espíritu Santo á la vigilancia de este, muy de antemano habia dado á Estanislao las primeras lecciones en la ciencia de los Santos. Así que fué capaz de conocer á Dios, se sintió inclinado á amarle, y decia muchas veces, que el primer uso que hizo de su entendimiento, fué ofrecerse y consagrarse al Señor. Mucho se debia esperar de una alma que al primer asomo de la razon supo enternecerse á vista de la amabilidad de Dios, y rendirle al punto amoroso vasallaje. Todos llamaban á Estanislao ángel, y á la verdad era en extremo hermoso; pero se decia de su hermosura lo que San Ambrosio habia dicho de la belleza de la Santísima Virgen, que inspiraba castidad, y que sola su vista disipaba las tentaciones impuras. Su pudor era tan delicado, que bastaba para desmayarle una palabra algo más libre que se dijese en su presencia: el sumo amor que profesaba á la pureza, le obligaba á evitar con exquisito cuidado todo cuanto podia ocasionar en ella aun la más mínima mancha. Gustaba de vestir sencillamente; aborrecia el juego; huia las conversaciones peligrosas; pero lo que más contribuyó á la conservacion de su inocencia, fué el estar siempre ocupado en el estudio ó en la oracion.

Hasta la edad de catorce años estudió en casa de sus padres, y despues trataron estos de enviarle á algun colegio. Habia á la sazón en Viena de Austria un céle-

bre Seminario á cargo de la Compañía de Jesus, fundado por el Emperador Ferdinando para la educacion de la juventud alemana, así en el santo temor de Dios como en el estudio de las letras humanas. Enviáronle á él sus padres, en compañía de otro hermano suyo llamado Pablo. No podia haber cosa más oportuna para la virtuosa inclinacion de Estanislao; por eso fué en breve cabal modelo de las más perfectas virtudes. Pero no podia durar mucho sin alguna tribulacion una vida tan sosegada, pues rara vez deja el Señor por largo tiempo á los Santos en reposo. Porque debiendo conformarse ellos con la cabeza de los predestinados, que es Jesucristo, varon de dolores, siempre les envia el Señor varias cruces para que se asemejen á él por medio de los trabajos.

En efecto: salió Estanislao de Kostka del Seminario, y se vió precisado á vivir en casa de un luterano, donde tuvo mucho que padecer; porque viendo su hermano Pablo, que la vida de Estanislao era muy contraria á la suya, y considerándole como incómodo censor, cuyo arreglado porte era muda repension de sus desórdenes, concibió contra él tanta aversion, que le comenzó á perseguir sin término ni medida. Gustaba mucho de sonrojarle en todas ocasiones; burlábase de cuanto hacia; tratábale de tonto y mentecato: pero como vió que nada de esto bastaba para hacerle mudar de intento y de fervor, se enfureció tanto contra él, que muchas veces le llegó á poner las manos con extremado rigor.

Sufria Estanislao estos indignos tratamientos con la constancia de un mártir; pues perseguido por él, ni murmuraba, ni se quejaba, ni se alteraba jamas la serena igualdad de su semblante. Pero al fin, los malos tratamientos de su hermano, juntos á la austeridad de su penitente vida, le causaron una enfermedad, que le

puso á las puertas de la muerte. Al principio de ella, estando en su aposento, se le apareció el demonio en figura de un gran perro negro, horrible y espantoso, y por tres veces le acometió, y se llegó á su garganta para ahogarle; pero Estanislao se encomendó muy de veras al Señor, y con su favor y la señal de la Cruz le ahuyentó, de manera, que desapareció aquel monstruo, y no le acometió más.

Creció tanto la enfermedad, que ya los médicos le desahuciaron, causándole grande afliccion esta noticia, no por la muerte que tenia presente, sino porque deseaba comulgar y recibir el cuerpo del Señor por Viático, y no sabia cómo poderlo hacer; pues el dueño de la casa en que él y su hermano vivian, era hereje luterano. Acudió al Señor, y encomendóse muy entrañablemente y con gran devocion á la bienaventurada vírgen y mártir Santa Bárbara; así porque esta Santa es Patrona y abogada de la Congregacion del colegio de la Compañía de Jesus en Viena, donde él estudiaba; como especialmente por haber leído en su vida, que todos los que le son devotos y se encomiendan á ella no mueren sin Sacramentos. Y ántes de esto, el mismo dia de Santa Bárbara, que es á 4 de diciembre, habiendo acabado de confesarse y comulgar, le habia suplicado que le alcanzase del Señor la gracia de no salir de esta vida sin recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia; y entónces, estando tan apretado de la enfermedad, y en peligro de morir, de nuevo y con mayor instancia se lo suplicó. Oyóle el Señor, y así, una noche, estando despierto y muy fatigado del mal de la muerte, vió entrar en su aposento á la bienaventurada Santa Bárbara, acompañada de dos ángeles, vestidos de celestial resplandor, que con gran reverencia traian el Santísimo Sacramen-

to en sus manos, de las cuales le recibió él; porque aunque no habia de morir de aquella enfermedad, lo ardiente de sus deseos habia merecido tan singular favor. Mandó á su ayo, que se hallaba presente y despues lo depuso con juramento, que hincado de rodillas, hiciese reverencia al Santísimo Sacramento, que los ángeles le traian. Hizo Estanislao á su Dios y Señor toda la reverencia que le permitió su mal, supliendo los afectos de su espíritu las demostraciones de culto que no le permitia hacer la flaqueza de su cuerpo; y atónito por lo excesivo del favor, y absorto por los admirables efectos de devocion que sentia su alma, comulgó, recibiendo de mano de uno de los ángeles el Cuerpo de Cristo Sacramentado. Consolóle Santa Bárbara en su mal, y desapareció, volviéndose al cielo, de donde por favorecer á su devoto habia venido, dejando á Estanislao con sumo gozo, y á todos los que fueren devotos de esta gloriosa Santa, singular confianza de cuán seguro tendrán su patrocinio para morir como católicos, recibiendo los Sacramentos en la última hora.

Despues de este gran favor recibió otro singular y no ménos maravilloso; porque estando muy congojado del mal, y casi al cabo de la vida, se le apareció la Virgen Santísima Nuestra Señora, con el Niño Jesus en sus brazos; y despues de haberle recreado con su vista, y regalado con sus amorosas palabras, le entregó á su benditísimo Hijo, poniéndole en la misma camilla en que estaba enfermo Estanislao. Faltan palabras para declarar los júbilos que sintió el alma de este angelical mancebo; la admiracion con que contempló albergado en su pobre lecho al Señor, y reducida á la pequeñez de un Niño, la Majestad que por inmensa no cabe en cielos ni tierra. Añádase que no fué tan de paso este favor, que

no permitiese la Soberana Reina á Estanislao tener á su Hijo algun rato en sus brazos, para que se recrease más con su presencia, que le sirvió de total medicina, pues huyó la enfermedad al contacto de la verdadera salud, y se retiró la muerte á vista del Autor de la vida, recobrando Estanislao desde aquel punto la salud, como si nunca hubiera tenido mal alguno, y deseando emplearla totalmente en servicio de Jesus y su Madre. Supo de esta Señora, que no podria hacer de la salud y vida, oblacion más grata á ella y á su Hijo, que dejando el mundo, y entrando en la Compañía de Jesus. Prometió Estanislao hacerlo así, y desapareció la vision, quedando él sano en el cuerpo, y fortalecido en el espíritu; y deseando por instantes sacrificar la vida que habia recibido, en el ara de la religion, alistándose por soldado de la Compañía de Jesus.

Cuando el santo niño trató por primera vez con los de la Compañía, cobró tanta aficion á su instituto, que juzgaba por el mejor logro de sus empleos el ser admitido en ella, y sólo la dificultad de ser tan conocido por su linaje, le acobardaba al querer hacer la peticion, temiendo que sin beneplácito de sus padres no le habian de admitir los Superiores. Pero el haberle mandado Nuestra Señora que entrase en la Compañía, le animaba á esperar poder conseguir lo que le ordenaba el cielo. Y para que no quedase por su parte, quiso obligarse con voto á poner todas las diligencias que alcanzase, aunque fuese peregrinando por todos los colegios que la Compañía tiene en el mundo, hasta ser admitido en ella.

Alentado Estanislao con esta resolucion, dió parte de sus piadosos intentos á su confesor, pidiéndole los propusiese al Padre Provincial, de quien esperaba ser

recibido. La respuesta que le dió fué, que consiguiese primero la licencia de su padre, y despues se trataria de su entrada en la Compañía.

Faltan palabras para ponderar su afliccion por tal resolucion; porque como conocia que poner este negocio en la voluntad de sus padres, era medio para que nunca tuviese logro, sentia ver que quien le habia de dar la mano para salir del mundo, hiciese dependiente su piadosa resolucion de la voluntad de su padre, quien tan pegado vivia á él. No son buenos consejeros para estos casos la carne y sangre, pues de ordinario se oponen á todo lo que toca al espíritu; fuera de que creia el Provincial, habia de ser bastante el fervor de Estanislao para conquistar la voluntad de sus padres, y conseguir de ellos la licencia, aunque el cariño y amor que le tenian fuese tan grande. Pero Estanislao, que conocia mejor que todos el genio de los suyos, afligíase grandemente de ver, que para conseguir el ser religioso se le pidiese diligencia tan ardua; y así instó una y muchas veces al Padre Provincial, para que sin esperar el beneplácito de los suyos le recibiese en la Compañía.

Con estos fervorosos deseos, no dejaba piedra por mover para conseguir su intento, y así pareciéndole que el Cardenal Comendono, que se hallaba en Viena por Legado de la Santidad de Pio V, y habia sido Nuncio en Polonia, podria recabarle la licencia del Provincial; y por conocerle muy bien y á toda su casa, no se negaria á dar aquel paso: determinó ir á hablarle y declararle su pretension. Mas el Cardenal, aunque le hizo mucha honra mirando á su persona, pero atendiendo á sus padres le persuadió que recabase de ellos la licencia, y de otra manera no entrase.

Viendo el Santo mancebo frustrados todos los me-

dios puestos hasta entónces en juego para conseguir lo que deseaba, resolvió tratar el negocio únicamente con Dios: púsose en oracion, y suplicó fervorosamente al Señor le indicara el modo de obedecerle. En el mayor fervor de la oracion, se sintió fuertemente movido á dejar á Viena y alejarse más de su país, conociendo bien que la cercanía á él sería siempre estorbo á sus piadosos intentos. Obedeció á la inspiracion; y al salir de Viena se desnudó de su vestido, y se lo dió á un pobre, vistióse una túnica que llevaba prevenida, ciñóse con una cuerda, colgó de ella el rosario, tomó un bordon en la mano, y en este traje de peregrino se encominó á la ciudad de Ausburgo, donde pensó encontrar al Padre Provincial; pero no hallándole en ella partió en direccion de Dilinga para verse con él, y entre estas dos ciudades sucedió el prodigio siguiente. Queriendo un dia comulgar, entró en una iglesia que estaba abierta, y vió en ella unos paisanos en oracion. Pareciéndole buena ocasion para oir Misa y rezar sus devociones, se puso en oracion como los otros; pero bien pronto conoció en el modo con que se celebraban los oficios, que era templo de luteranos. Afligióse imponderablemente, viendo profanados nuestros sagrados misterios por aquellos impíos ministros; y como no pudo satisfacer aquel dia sus ansiosos deseos de recibir á Jesucristo, lloró amargamente, y se quejó con tan amorosa ternura á su amado Dueño, que mereció ser consolado; porque miéntras le estaba dando estas amorosas quejas, vió venir hácia sí un coro de Angeles, uno de los cuales traia en sus manos el Pan de vida, y acercándose á Estanislao con aire lleno de majestad, le dió la Comunión, dejándole en posesion al Rey de la gloria.

Halló Estanislao en Dilinga al Provincial, que era

el Beato Pedro Canisio, el cual le amó desde que le vió; y sintiéndose movido á favorecer sus santos intentos, quiso probarle. Descubrió en él tan raras prendas, y tantos dones sobrenaturales, que le consideró como á un niño que enviaba Dios á su recién nacida Religion, para ser con el tiempo una de sus más brillantes antorchas. Con este pensamiento resolvió enviarle á Roma, para desviarle más de sus padres, y quitar á estos la gana de retirarle, cuando llegasen á entender que estaba tan distante. Envióle, pues, á Roma, y luégo que este llegó, se echó á los piés del Padre General, que lo era á la sazón San Francisco de Borja. Abrazóle el Santo tiernamente, y le dijo estas palabras, que le llenaron de inefable consuelo: *Estanislao, te recibo, y no te puedo negar este gusto, porque tengo muchas pruebas de que Dios te quiere en nuestra Compañía.* Halló Estanislao en el retiro una especie de celestiales dulzuras, que nunca habia probado, pues Dios, que le habia retirado á la soledad para hablarle al corazon, derramó sobre él tal abundancia de luz y tan copiosa inundacion de consuelos interiores, que la persona á quien señaló el Maestro de novicios para que le fuese instruyendo en los primeros ejercicios, decia hallarse confuso de que le hubiesen obligado á encargarse de la direccion de uno, de quien podia y debia aprender como discípulo. ¿Pero quién podrá explicar la avenida de su gozo, cuando le vistieron la sotana, y fué recibido entre los demas novicios? Estaba tan preocupado, tan alegremente embebido en la idea de su dicha, que no acertaba á hablar de otra cosa.

Recibió una sentida carta de su padre, llena de desprecios y de amenazas; leyóla, lloró su ceguedad, pero no le hizo la más mínima impresion. No cabia mayor fervor que el de nuestro santo novicio: respiraban to-

das sus acciones no sé qué fragancia de santidad, que las distinguia de las otras, aunque no hiciese precisamente sino lo que hacian todos los demas. Imitaba lo más perfecto que notaba en cada uno de sus hermanos; sus mortificaciones sólo tenian por límite el que le prescribia la obediencia. Esta era en él tan perfecta, que el Maestro de novicios decia no parecerle posible serlo más; pues guardaba con ejemplarísima exactitud todas las reglas y ordenaciones de los superiores.

Su humildad era profunda; inexplicable su dulzura y amabilidad; todo respiraba en él un carácter suavísimo y dulcísimo. Pero hasta dónde llegaba su amor de Dios? No le amaba Estanislao con sólo aquel amor de preferencia, en que consiste la esencia de la caridad: amábasele tambien con amor de ternura, efecto de la caridad abrasada y encendida que se dejaba sentir vivamente en su corazon. De tal manera se habia apoderado de este aquel divino fuego, que algunas veces le era preciso tomar el aire para desahogarse, y no caer en deliquio; porque cuanto más se acercaba esta víctima del divino amor á la consumacion del sacrificio, tanto más le colmaba Dios de gracias. Explicábase en lágrimas la ternura de su amor; y el Cardenal Belarmino escribe en su libro intitulado: *El gemido de la paloma*, que las derramaba á torrentes, cuando comunicaba con el Señor.

De la íntima union con Dios, nacia aquella gracia particular que tenia para tranquilizar las almas turbadas y afligidas. Confiábanle algunos sus trabajos interiores; y luego que Estanislao hacia oracion por ellos, sentian restituirse á sus corazones la calma y serenidad apetecida. Su celo por los intereses de la Madre de Dios fué superior á todo encarecimiento; y para conservarlo y aumentarlo, hizo estudio particular en los autores, de

los pasajes más sublimes y más propios para formar un elevado concepto de su grandeza.

Pero la víctima se iba cada dia consumiendo: aún no contaba diez meses de noviciado, cuando tuvo un interior presentimiento de que estaba cercana su muerte. Explicóse en términos bastantemente claros, para que se conociese su disposicion; pero atendiendo á su corta edad y á su salud, no se dió mucho crédito á lo que positivamente afirmaba sobre su cercano fin. Como Estanislao amaba á Dios con todo su corazon, no podia amar la vida que le separaba de él, y deseaba la muerte que le habia de unir para siempre con su adorado Dueño: por eso la estaba continuamente pidiendo, y al cabo fué oida su oracion. Rindióle á la cama una calentura, y esta primera señal que quiso el Señor dar á Estanislao, de que habian sido oidas sus oraciones, le causó tal alegría, que se comunicó del corazon al semblante. Mantúvose la enfermedad por algun tiempo sin agravarse ni disminuirse; pero al fin cayó en un desfallecimiento tal, que ya se comenzó á temer fuese cierto lo que habia dicho de su próximo fin. Vuelto en sí del desmayo, se le administraron á toda prisa los Sacramentos. Recibió el Viático y Extremauncion con tanto gozo, que no lo pudo disimular en medio de su extremada debilidad, manifestándolo en la fogosa vivacidad de los ojos y del semblante; ni el frio de la muerte que ya comenzaba á apoderarse de él, fué capaz de extinguir la viveza de su amor. Preguntado si estaba resignado á la voluntad de Dios, respondió con admirable tranquilidad: *Aparejado está mi corazon, Dios mio; aparejado está.* Pasó despues algun rato regalándose con su Dios, teniendo en la mano una imagen de la Santísima Virgen, y el rosario rodeado al brazo. Finalmente, dejándose ver de

él esta Soberana Reina, acompañada de una numerosa multitud de vírgenes, como lo dijo el mismo Estanislao, entregó su espíritu en manos de su querida Madre, á poco más de las tres de la mañana, el día 15 de agosto del año 1568, hácia el fin de los diez y ocho años de su edad, y á los diez meses de noviciado. Fué tan extraordinario el concurso de los que asistieron á sus exequias, que más parecia aparato de triunfo que de funerales; descubriéndose en el hermoso semblante del cadáver, un como destello de la gloria que gozaba aquella alma dichosísima.

Y para que en la Compañía fuesen notorias á todos las virtudes de Estanislao, mandó el Padre General San Francisco de Borja, que el Padre Rector del Noviciado escribiese una carta, en que diese noticia de ellas á toda la Compañía, para que á todos sirviese de ejemplar para adelantarse en la perfeccion; la carta dice así:—«Por órden y obediencia de nuestro M. R. P. General, el Padre Francisco de Borja, hago saber á V. R. que á 14 de este mes de agosto de 1568, cerca de la media noche, fué nuestro Señor servido de llevar para sí al Hermano Estanislao de Kostka, de edad de diez y ocho años no cumplidos, y diez meses de novicio. Fué natural de Polonia, hijo de padres nobilísimos, de tantas y tan relevantes virtudes, y de tan ejemplar y santa vida, así en la religion como en el siglo, que se ha juzgado por conveniente dar noticia á toda la Compañía, para comun edificacion y ejemplo, y honra nuestra y suya; y por la esperanza que tenemos de verle escrito en el catálogo de los Santos.

»Escogióle Dios para Santo, marcándole con su nombre Santísimo de Jesus en el vientre de su madre: mostrólo cuando niño, inclinándose á todo género de virtu-

des, en las cuales se esmeró desde que vino á cursar en nuestros estudios, donde descolló entre los demas, así en las letras humanas y retórica, como en el recogimiento, modestia, templanza, frecuencia de Sacramentos, mortificacion, y devocion á la Santísima Virgen María y otros Santos, y compostura grande con que ayudaba á las Misas. Aborrecia á los herejes como á gente pestilencial; defendia la fe católica siempre que se ofrecia alguna disputa; fué perseguido de los malos, y amado de los buenos; defendido y honrado de Dios y de su Santísima Madre, que se le apareció en una grave enfermedad, le sanó y dejó en los brazos á su Santísimo Hijo, con inefable gozo de su espíritu; dos veces le dieron la Comunión los Angeles milagrosamente, porque deseó recibirla, y no pudo por hallarse entre herejes; y una de ellas se le apareció tambien con ellos la gloriosa vírgen Santa Bárbara, de quien era muy devoto. Llamóle Dios á la Compañía por medio de Nuestra Señora, que con voz clara le dijo entrase en ella; y luégo lo ejecutó como obediente hijo, aunque contradiciéndole sus padres y parientes, á quienes resistió con valor, viéndose precisado á caminar más de mil millas á pié y pidiendo limosna, para lograr su vocacion. Recibióle en esta ciudad de Roma nuestro Padre General, y envióle á este noviciado, en donde ha procedido como un ángel del cielo. Me faltan palabras para referir el caudal de sus virtudes, y el raro ejemplo de su vida, que ha sido norma y espejo á todos de perfectísima religion.

»Fué sobre manera humilde, despreciador de las honras del mundo, y de sí mismo, abrazando con entrañable afecto los oficios más bajos y viles, encubriendo su nobleza y las buenas habilidades que Dios le habia dado. Su modestia fué admirable, su obediencia

puntualísima y muy rendida; jamas propuso ni replicó á cosa que le ordenasen, ni faltó en la menor de las reglas, ni mostró repugnancia ó resistencia, ejecutándolo todo como si oyera la misma voz de Dios, á quien miraba y reverenciaba en la persona del Superior, mostrándose siempre alegre y cariñoso. Con todos era muy afable, y sólo consigo riguroso y áspero, macerando con frecuentes penitencias su delicado cuerpo, en tanto grado, que fué necesario enfrenarle en ellas, porque no acabase con su vida más presto. En la pobreza y angelical honestidad de alma y cuerpo, y en todas las virtudes religiosas fué tan extremado y perfecto, que como San Benito á San Mauro, le poníamos á todos por ejemplo, por ser su vida acabado dechado de perfecto religioso, cual le pide y dibuja nuestro Santo Padre Ignacio en las Constituciones. No se le oyó palabra destemplada, ni ociosa, ni fuera de tiempo, por ajustar todas sus acciones á las reglas.

»Su oracion fué continua, porque nunca perdía á Dios de vista; y como las águilas aunque más se remontan al cielo, no apartan los ojos de sus hijos, así ésta águila, dechado de santidad, aunque se ejercitaba en las obras exteriores, se remontaba con el espíritu á la contemplacion de las divinas, sin faltar un punto á las otras; orando trabajaba, y trabajando contemplaba, teniendo á Dios presente en cuanto hacia. Vióse muchas veces resplandecer su rostro en la oracion, en la cual se inflamaba de manera, que se le encendia el pecho, y era necesario refrigerarle con paños mojados en agua fria; y como ardía en su pecho esta divina llama, las palabras que de él salían eran llamas que encendían en devocion á los que le oían. De dos materias especialmente eran sus conversaciones: la primera, de la Santísima

Virgen María, con cuya memoria se derretia en dulces lágrimas, no sabiendo cesar en sus loores y alabanzas. Por el amor y cariño tan cordial que le tenia, siempre la nombraba mi Madre y mi Señora; porque siempre fué su hijo y su siervo fidelísimo, haciendo cuanto pudo en su servicio. La otra fué su vocacion á la Compañía, de que tuvo tan alta estima, que le faltaban palabras para decirlo, publicando que era don inestimable, en quien se encerraban todos los dones que podia recibir en esta vida; porque con él le vinieron todos los bienes, le preservó Dios de los males, y le dió un paraíso en esta vida; de modo que sólo en el cielo pudiera hallarse más gozoso que en la Compañía. Tan unido estaba con Dios, que nunca se distraia, por largas horas de oracion que tuviese, y en especial cuando comulgaba, que era muy á menudo, recreándose su alma con su dulce Esposo con tiernísima devocion. Cuando llegó este mes de agosto, con ocasion de una plática que hizo en este Noviciado nuestro Padre Pedro Canisio, se encendió de manera en vivos deseos del martirio, y de salir de esta vida, que contemplando el de San Lorenzo, la víspera de su dia, le dió un mortal desmayo junto con calentura; y aunque se templó á la tarde, no se entibió su deseo de salir de esta vida, ántes con mayor fervor y vehemencia, llevado de su afecto y devocion, escribió una carta á la Santísima Virgen, pidiéndole le llevase á celebrar la fiesta de su Asuncion en el cielo. En comulgando á la mañana, se le encendió el pecho más que otras veces solia, y á la tarde le resultó calentura, de que nos certificó no sanaria, sino que la víspera de la Asuncion saldria de esta vida, como en verdad sucedió; porque dando crédito al oráculo divino, se dispuso santísimamente, recibiendo los Santos Sacramentos de la Iglesia,

y entre divinos coloquios á Dios y á sus Santos, y á la Santísima Virgen María, que acompañada de los Angeles bajó á asistirle, entregó su santa alma en manos del Criador, que la llevó triunfando á las moradas eternas. Su cuerpo quedó hermosísimo, y de su gloria se tuvo revelacion á la misma hora en que expiró. La aclamacion de santo voló por toda la ciudad; concurrieron muchísimos á venerarle como á tal, y á tomar si pudiesen alguna reliquia suya. Fué enterrado en una caja de madera, en el cementerio de este Noviciado de San Andres, siendo el primero que le estrenó, para que santificase esta tierra, y abriese paso á los demas para caminar al cielo.»

Hasta aquí la carta enviada á las Provincias, en la cual se comprenden los casos más singulares de nuestro Santo, demostrando bien, que en poco tiempo se puede obrar mucho, y que para servir á Dios, toda edad es á propósito.

En atencion á sus virtudes y milagros, le canonizó y puso en el catálogo de los Santos el Papa Benedicto XIII, el último dia del año de 1726. Bien podemos decir ahora con el Sabio, «que se hizo perfecto en poco tiempo, y que en el corto número de años que vivió, se adelantó á los que lograron vida más larga.»—Dióse prisa Dios á retirarle de este lugar de miseria y de pecado, porque le era agradable su alma.

VIDA
DE
S. FRANCISCO DE JERÓNIMO,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS.¹

El infatigable apóstol de Nápoles, San Francisco de Jerónimo, nació el 17 de diciembre de 1642 en la ciudad de Grotalla, de la provincia de Otranto. Fueron sus padres Juan Leonardo de Jerónimo, y Gentilesca Gravina, ambos de honradas familias, mas tan pobres de bienes temporales, como ricos de virtudes. Apenas despuntó en la mente del niño Francisco la luz de la razon, se echó de ver en él un juicio muy superior á sus años; modestia angelical, grande obediencia á sus padres, mucha aficion á la oracion, y tal compasion con los necesitados, que cuanto venia á sus manos, ya se sabia, habia de parar en las de los pobres. A la edad de doce años le consagraron sus padres al divino servicio, en la Congregacion que, bajo los auspicios de San Cayetano, habia fundado el Arzobispo de Taranto. Luégo que fué recibido en aquella Comunidad de ejemplares eclesiásticos, que sin compromiso de ningun voto procuran la santificacion propia y la de los prójimos, redobló

¹ Véase la novena en el núm. 10 del apéndice.

su fervor, empezando por cercenarse las horas de sueño, para darlas á la oracion. A pocas semanas de estar allí le miraban todos como á su modelo, y no se hablaba de otra cosa que de las grandes esperanzas que daba de ser algun dia otro cazador de almas como San Cayetano.

Dos incumbencias le dieron á cuál más de su genio; explicar la doctrina á los niños, y cuidar del aseo del templo; y cumplió con ellas de tal modo, que suplicaron los superiores al Arzobispo le destinase al estado eclesiástico, como lo hizo, tonsurándole en diciembre de 1658. Acababa á la sazón de cumplir los diez y seis años, y como estuviese perfectamente impuesto en las humanidades, le enviaron á Taranto, á estudiar filosofía en el Colegio de la Compañía. De allí pasó á Nápoles á cursar ambos derechos y sagrada teología, y á 20 de marzo de 1666 fué ordenado de presbítero.

Es indecible el júbilo de su corazon, y el fervor de espíritu que concibió con la nueva dignidad. Mas aunque vivia en medio del siglo como pudiera vivir un religioso dentro del claustro, suspiraba por una casa religiosa, y así pretendió y obtuvo el cargo de prefecto de sala en el Seminario de Nobles de aquella córte, confiado á la direccion de los Padres de la Compañía. Su ejemplar y sábia conducta le granjeó entre los seminaristas la estimacion de Santo, mayormente desde que observaron sus frecuentes ayunos y largas horas de oracion, hurtándolas al descanso del cuerpo.

Buena prueba de virtud dió cuando un seminarista se desmandó contra él, y aun le pegó en su venerable rostro una fuerte bofetada. Postróse el Santo de rodillas á sus piés, y ofreció al ofensor la otra mejilla.

Cuatro años llevaba en el Seminario, cuando le vino ardentísimo deseo de vestir la sotana de la Compañía; y

obtenida la licencia de su padre, fué recibido en el Noviciado de Nápoles, á los veintiocho años de edad, el dia 4.º de julio de 1670. Dijo el Padre Mari, que á la sazón regia aquella Casa de Probacion:—Hoy ha adquirido la Compañía un Sacerdote santo.—Correspondió en el nuevo estado al juicio que de su santidad habia formado el Padre Rector, y satisfizo á las pruebas extraordinarias que de su vocacion quiso hacer; así que, acabado su primer año de noviciado, le enviaron al colegio de Lecce de compañero del Padre Añelo Bruno.

Recorrió con este célebre misionero las provincias de Otranto y de la Pulla, haciendo mucho fruto en todas aquellas poblaciones. Tres años ejercitó el Padre Francisco el ministerio apostólico, concurriendo la Divina Majestad con dones sobrenaturales, por ejemplo: de discrecion de espíritus, profecía y curacion. En 1674 regresó á Nápoles, á fin de completar el curso de teología y disponerse para la Profesion solemne. Concluida la carrera escolástica, le destinaron los Superiores á la Casa Profesa, llamada vulgarmente el *Jesus Nuevo*.

Su apostólico celo le inclinaba á las misiones de las Indias, y no desistió de esta pretension hasta que el P. General le respondió, que sus Indias habian de ser la ciudad y reino de Nápoles. Aquietado con la resolucion de su Prelado, aceptó el cargo que le dieron de las misiones de aquella populosa ciudad y reino. Es increíble el ardor con que el siervo de Dios abrazó su penosísimo apostolado. Comenzó á regir la Congregacion de los artistas, sin perdonar á fatiga alguna por encaminar á sus congregantes á la perfeccion cristiana. Los dias de fiesta se formaban procesionalmente todos los congregantes, á cuya cabeza iba el Santo con algunos jóvenes de la Compañía de Jesus, destinados tambien á predi-

car en las inmediaciones de la plaza que escogiese para sí el fervoroso misionero. En llegando al punto que parecia más necesitado, subia sobre un escaño, y hacia un enérgico sermon, llevándose en pos de sí á la Casa Profesa la mayor parte de su auditorio deshecho en lágrimas. En el oratorio de la mision volvía á la carga, ponderando la monstruosidad del pecado; despues tomaba con sus congregantes y otros muchos una disciplina de sangre, para dar alguna satisfaccion á la Divina Majestad ofendida por los pecadores; y al fin oía en el confesonario á los que querian ponerse en gracia de Dios.

Otro cargo que desempeñaba con mucho fruto era convocar al pueblo á la Comunión general de los terceros domingos del mes. Diez dias ántes empezaba esta tarea, saliendo temprano con algunos congregantes, y haciendo, donde veía algun concurso, un breve razonamiento convidando á la próxima Comunión general. Hecha esta invitacion en un paraje, pasaba á otro, y despues á otro, variando el argumento del discursito, y por la tarde proseguia del mismo modo; de manera que cada uno de aquellos dias venia á hacer de treinta á cuarenta razonamientos cortos. Y porque tales Comuniones suelen ser numerosísimas, de diez y aún de quince mil y más personas, no es fácil declarar lo que trabajaba el Santo, para que saliese su funcion con orden y lucimiento. Miéntras se distribuía el Divino Pan, hacia tiernísimos coloquios, con tal vehemencia y ardor, que parecian sus palabras otras tantas saetas de fuego.

Predicaba en los barrios de mujeres públicas, y siempre con increíble fruto. Hubo una más desvergonzada, que no queriendo oír sus sermones, se ponía con otras de su ralea á hacer ruido con castañuelas y sona-

jas, para obligar al predicador á que se fuese á otra parte. Disimulaba el siervo de Dios con prudencia y caridad; pero sucedió una vez, que yendo de mision á aquél paraje, vió cerrada la puerta de aquella mala mujer, y preguntó qué se habia hecho de Catalina.—*¿No lo sabe V.? Ayer le acometió un accidente, y murió repentinamente.*—Entónces dijo el Padre:—*Vamos á verla.*—Entró con otros donde estaba el cadáver, y revestido de superior espíritu, le preguntó:—*Catalina, ¿dónde estás ahora?*—Abrió los ojos la difunta, en presencia de todos, y con triste y ronca voz respondió:—*En el infierno; estoy en el infierno.*—Todos salieron espantados de la casa, y tanto eco hicieron estas palabras en aquel concurso, que muchos no quisieron volver á sus casas sin confesarse.

En sus sermones ocurrian casos bien extraordinarios, que servian no poco á que los oyentes se apartasen del pecado. Estaba un dia haciendo el acto de contricion con que ponía fin á sus pláticas, y todo el pueblo arrodillado delante del Crucifijo, cuando unas mujeres que salieron de una casa de mala nota, subidas á un coche, no quisieron, por más que se lo suplicaron, detenerse por algunos momentos para no turbar la funcion, ántes bien dieron orden al cochero de echar á andar sin tardanza. Pero no bien lo hubo reparado el santo misionero, cuando inflamado en celo de la gloria de Dios:—*¡Ay, Jesus mio!* exclamó con el Crucifijo en las manos, *ya que estas diosas no os tienen respeto, haced al ménos que os le tengan sus caballos,*—y diciendo esto, puso en tierra, delante de ellos, el Santo Cristo. ¡Cosa maravillosa! Paráronse los caballos, y dobladas las rodillas, permanecieron en esta humilde postura como medio cuarto de hora. De estos casos se cuentan varios en su vida.

No hubo ministerio por molesto que fuese, á que no se entregase, ni necesidad que no procurase remediar. Fréquentaba los hospitales, exhortando á los enfermos á la paciencia, á llevar con mérito la cruz que el Señor les enviaba; y á reconciliarse pronto con Dios; y no se retiraba sin haber oído algunas confesiones, ó auxiliado á algun moribundo. Para lograr este bien espiritual solia ejercer las obras de misericordia corporal, dándoles la comida por su propia mano, limpiándoles el sudor, componiéndoles la cama, y llevándoles á menudo algun regalito. Asimismo le llamaban muchos enfermos particulares, deseosos de verle en su casa; á todos acudia, á nobles y á plebeyos, á los que estaban cerca y á los que vivían léjos, y á cualquiera hora del dia ó de la noche; y muchos de ellos protestaban que morían gustosos, por morir en sus benditas manos. En las cárceles declamaba enérgicamente contra las blasfemias, robos y homicidios, de que comunmente son reos los que allí están encerrados; y cuando ya los veía contritos y compungidos, estrechándolos entre sus brazos, los obligaba cariñosamente á que le descubriesen sus llagas, que se ofrecia á cicatrizar perfectamente con el saludable bálsamo de la penitencia. Oía tambien con increíble paciencia sus quejas y necesidades, y procuraba remediarlas.

No fué poco lo que le dieron que hacer los forzados de las galeras, gente soez y desalmada: no contento con predicarles y confesarlos entre año, tomó por su cuenta que cumpliesen todos con el precepto pascual, no mostrando el menor desden ó repugnancia de sus muchas y quizas abominables suciedades, y acababa santamente su obra con admirable aprovechamiento de aquellas almas, y pasmo y maravilla universal.

El fruto que hizo con los Ejercicios es inexplicable; apenas habia en toda la ciudad de Nápoles congregacion, monasterio, ó colegio alguno que no experimentase la singular virtud y admirable eficacia de los Ejercicios espirituales, que San Ignacio de Loyola escribió en la cueva de Manresa: porque San Francisco de Jerónimo, á fuer de buen soldado de la Compañía de Jesus, no soltó de la mano, hasta su última enfermedad, esta excelente arma, heredada de su Santo Patriarca. En cualquier tiempo del año, y por abrumado que estuviese de mil otras ocupaciones, no rehusaba dar los Ejercicios espirituales á cualquiera Comunidad que los quisiese recibir, y frecuentemente los proponia á dos y á tres de ellas á la par, en especial durante el Adviento y Cuaresma; y dábalos con tanto fervor de espíritu, que cada palabra suya parecia una encendida llama, que salida de su pecho, luégo prendia en los corazones de los ejercitantes, cuyos afectos, purificados de las cosas terrenas, dirigia á Dios.

Difícil es referir las muchas almas que el Padre Francisco de Jerónimo ganó para Dios: de solos pecadores que hacia veinte, treinta, cuarenta y aun más años que no se habian confesado, y tocados de la divina gracia en sus sermones, se reconciliaron con Dios nuestro Señor, se sabe que pasaban anualmente de cuatrocientos. No hacia el Santo sermon en que no convirtiese alguna de estas almas más duras y empedernidas; en uno solo, convirtió diez públicas pecadoras, y en otro hasta quince; y á todas ellas puso en salvo, para que hiciesen penitencia de sus culpas. Predicando un dia en una calle se postró á sus piés una mujer, rogándole la colocase en alguna casa de recogidas; y él muy gustoso exhortó á sus oyentes á contribuir con alguna limosna, para li-

brar del peligro á la que se hallaba resuelta á entregarse á Dios. Una mujer de mala nota, movida de compasion natural, echó desde su ventana á la calle una moneda de plata, y el Padre en tono de profecía le dijo:—*Esta limosna te servirá, y presto.*—Y efectivamente, al cabo de pocos dias buscó al Padre Francisco, el cual la confesó y colocó en la casa de Arrepentidas, y llegó á tanto su fervor, que pidió ella misma á Dios le enviase gravísimas enfermedades en castigo de sus culpas, gracia que le fué concedida por el Señor.

En otra ocasion, una jóven mundana, movida á compuncion con una plática, no satisfecha con haberse ella misma cortado su rubia cabellera, volvió las espaldas al mundo encerrándose para siempre en un monasterio: y un hombre de treinta años, oida la plática de la monstruosidad del pecado, horrorizado de su mala vida, subió al púlpito, y desnudándose de medio cuerpo arriba, se golpeó con tanta fuerza, que llegó á arrojar cantidad de sangre por boca y narices, no bastando á contenerle la autoridad del Padre misionero. Un criminal condenado á muerte se endureció de tal modo, que nadie pudo recabar de él se confesase: llamado el Santo, fué allá, y no le dijo más que estas palabras:—¡Dichoso tú, que sabiendo la hora de tu muerte, tienes tiempo de prepararte á ella! ¡Sabe Dios si le tendremos nosotros!—Lo cual bastó para que se confesase, y pidiese perdon del escándalo.

De tal modo se llegó á divulgar por todo el reino la fama del sumo agrado con que el Padre Francisco recibia á cuantos le buscaban, que iban de países distantes á Nápoles por confesarse con él. Trabajaba aun con exposicion de su vida, por impedir los pecados, mayormente de escándalo. Muchos, que se burlaron del San-

to, ó menospreciaron sus saludables avisos, tuvieron funesto fin. Uno de estos fué un mozo insolente, que dió en pasar muchas noches por delante de la Casa Profesa, donde moraba el Santo, remedando su modo de predicar, y llamándole con indignos apodos; pero bien presto pagó su atrevimiento, habiéndose suscitado una pendencia, en que sólo este infeliz perdió la vida, cosido á puñaladas.

Una mujer criminal, oyéndole predicar muy cerca de su casa, despues de burlarse de él desde su ventana, la cerró de golpe, con escándalo del auditorio. El Padre exclamó:—¡Ah pobre y desventurada, que has muerto repentinamente!—Y así sucedió. Muchas fueron las contradicciones que le fué preciso vencer en el ejercicio de sus apostólicos ministerios. Una vez le reprendió el Superior para probar su espíritu, en presencia de los Padres más autorizados, diciéndole que aquel continuo salir de casa no era celo de la salvacion de las almas, sino genio de andar vagueando con disturbio de toda la Comunidad; y así, que se guardase de salir sin expresa licencia suya. Oyó el siervo de Dios con los ojos bajos la reprension, y no dijo otras palabras sino estas:—Será obedecido V. R.—Duróle algunos meses esta obediencia, al cabo de los cuales, persuadido el Superior de la solidez de la virtud y celo del Padre Francisco, revocó la órden dada.

De no menor disgusto fué el encuentro que tuvo en cierta ocasion con un predicador de otra Orden Religiosa. Habia llegado el Santo con algunos otros estudiantes de la Compañía, para hacer la mision en una plaza, y estando predicando compareció el otro predicador, y los obligó á que suspendiesen las exhortaciones comenzadas, y se retirasen de aquella plaza que decia le perte-

necia. Obedecieron todos con el Padre Francisco, que añadió á la obediencia el esmalte de la humildad, echándose á los piés del misionero de la otra Orden, para besárselos, de lo cual más irritado aquel predicador, le volvió las espaldas y aun le trató de hipócrita. Calló el Santo á todo, mas Dios habló por él, tan claro, que no pudo ménos de entenderlo el otro predicador. Dióle á este una apoplejía aquella misma noche, y al punto pidió que rogasen al Padre Francisco le hiciese una visita. Hízosela en efecto, y se redujo esta á mutuos abrazos y actos de profunda humildad, con gran consuelo de ambos, y notable mejoría del enfermo.

Una señora ilustre vivía en un convento, y ofreció á la Comunidad un rato de diversion, haciendo ir á cantar una cantatriz de buena voz y mala fama. El Santo escribió á la Superiora, que de ninguna manera permitiese tal concierto, pues desdecía de una Comunidad tan religiosa y respetable. Encolerizóse la dama luego que supo que el Padre Francisco se habia opuesto á su determinacion, y haciéndole llamar le llenó de injurias. Oyó el Santo con humildad cuanto le quiso decir, y despues contestó:—¿Y para tan poco me ha llamado usted, Señora? Se ha quedado usted muy corta, y debia haber añadido, que soy un villano, descortes, ignorante y hombre sin juicio.—A esta respuesta no tuvo que replicar la Señora, quedando admirada de la heroica santidad del P. Francisco, de quien fué panegirista toda su vida.

Fiel nuestro Santo á la gracia de la vocacion religiosa, se esmeró hasta el fin de su vida en observar puntual y exactamente los votos de pobreza, castidad y obediencia, y las reglas todas del Instituto. Amó la pobreza como á madre, y sentia especial complacencia en experimentar sus efectos. De las muchas limosnas que pa-

saban por sus manos, jamas gastó un maravedí en beneficio suyo. Ocupaba la peor habitacion de casa; sus muebles se reducian á una gran cruz de madera, dos estampas, una mesita, dos sillas, algunos libros ascéticos, y una pobre cama, para que no viniesen en conocimiento de que dormia sobre el suelo. Instrumentos de penitencia tenia en abundancia, pero escondidos para que no se divulgase la aspereza con que se trataba. Jamas quiso estrenar nada, todo lo que usaba era viejo y remendado. Su comida no sólo era pobre, sino escasa, pues la mayor y mejor parte daba á los pobres. Viajaba á pié, y cuando no se lo permitia su salud, se valia de un jumento.

Guardó perpétua virginidad; una sola vez fué tentado en sueños contra esta virtud, y se disciplinó tan inhumanamente luégo que despertó, que el Padre compañero suyo de mision le dijo,—que no pensase en predicar, sino en curarse.—Siempre tuvo enfrenados los sentidos, y especialmente la vista; no permitia le besasen la mano, no sólo las mujeres, mas ni aun las niñas.

En la obediencia no sólo fué exactísimo, ejecutando puntualmente todo cuanto se le mandaba, sino admirable; pues obedeció aun á los inferiores. Un Hermano del Oratorio de la Mision ganaba la vida yendo por las calles de Nápoles cambiando jabon por telas deslucidas y fragmentos de vidrio. Un dia, pues, encontró al Padre Francisco en la calle, y le dijo que por obediencia le ayudase á llevar la espuerta de los trapos viejos, y la fuente del jabon, y le puso en una mano la espuerta y en la otra la fuente. Tomó el Santo ambas cosas, y las llevó públicamente por largo espacio, hasta que el jabonero le dijo se fuese á sus negocios.

No es ménos admirable la puntualidad con que observó las reglas de la Compañía, aunque tantas y tan menudas. En cuarenta y un años que vivió en la Casa Profesa, nadie notó que faltase á la más mínima; y jamas se le pudo reducir á que aceptase ninguna dispensa en las observancias comunes en atencion á sus muchísimas fatigas. Era tan humilde, que se tenia por el mayor pecador del mundo, y como tal se reputaba indigno del pan que comia y agua que bebia, y por indignísimo de la sotana de la Compañía que llevaba puesta. Sentia en extremo que se hiciese caudal de su persona, y se avergonzaba de ello y de que le alabasen. Era amigo de honrar á todos, y especialmente á los que murmuraban de él ó le mortificaban. Yendo un dia el siervo de Dios á predicar á una plaza, y estando predicando ya un religioso de otra Orden, aunque le sobraba espacio para hacer su sermon á la gente que le seguia, sin estorbar al otro predicador, se pasó con todo el auditorio á oirle, diciendo que aquel Padre era docto y santo.

Maltrataba su carne con asperísimas y diarias penitencias; los sábados del año y vigiliass de la Santísima Virgen, de S. Ciro, S. Ignacio de Loyola y S. Francisco Javier, ayunaba á pan y agua, y los demas dias era mortificadísimo en la comida, cuya mayor parte reservaba para los pobres, y lo poco que comia procuraba hacerlo desabrido echándole mucha sal. Su sueño era brevísimo y sobre unas desnudas tablas, y las noches de los viérnes las pasaba unas en el duro suelo, y otras sobre una cruz tendida en él. Disciplinábase tres veces al dia estando en misiones, y las disciplinas que se daba morando en la Casa Profesa eran tales, que ponian grima al que las oia, y aun hubo fundadas sospechas de que se las diesen á veces los demonios. Usaba á raiz de la

carne una especie de jubon, hecho de malla de hierro, y guarnecido de agudas puntas de acero.

Aunque habia suplicado al Señor no le comunicase aquellos dones que pudieran granjearle la estimacion de Santo, su Divina Majestad le revistió á veces, hasta cierto punto, de los dotes propios del cuerpo glorioso; pues varias veces le vieron arrobado y levantado de la tierra, y bañado el rostro de luz celestial: tambien recibió del Señor los dotes de agilidad y sutileza, y el don de penetrar corazones. Estaba el Santo una mañana en el confesonario, y levantándose de pronto, salió á la puerta de la iglesia, paró á uno que pasaba por delante, y le dijo:—¿A dónde vas, hijo mio?—La respuesta que dió fué llenar de oprobios al Santo, que en vez de alterarse le dijo:—¿No vienes de tal ciudad, bien armado, con intencion de asesinar á tu enemigo? ¿Y quieres de un sólo golpe perder dos almas, la suya y la tuya?—Viéndose descubierto enmudeció, y el siervo de Dios le abrazó y acabó de reducirle, aumentando con esta oveja descarriada el gran rebaño que habia dejado al rededor de su confesonario.

Era muy devoto de San Ciro, y procuraba con gran celo promover su devocion; y fueron muchas las gracias y maravillas que dispensaba Dios nuestro Señor con la reliquia de este Santo, por los méritos é intercesion del Padre Francisco de Jerónimo. Exhortaba á que se encomendasen con gran confianza al glorioso médico S. Ciro, porque hacia frecuentes milagros: de estos prodigios referia continuamente muchos, y una vez dijo:—S. Ciro ha curado hasta ahora cuarenta y ocho mancos.

Otros muchos milagros hizo el Padre Francisco sin invocar á San Ciro. Preguntó en un monasterio, entrando á consolar á una enferma, si les ponian fruta á

la mesa, y le dijeron que una sola vez al año, en que aparecían algunos pocos higos en la única higuera de su huerta. Quiso ver el árbol; asomóse á la ventana el Santo, y bendijo á la higuera, con estas palabras:—Higuera mia, sé por caridad en adelante algo más generosa con estas esposas de Jesucristo;—y esto bastó para que los años siguientes diese abundante fruto cinco ó seis veces.

Un Padre de la Orden de Predicadores advirtió al Prepósito, que no le parecía bien que nuestro Santo anduviese solo haciendo tantos prodigios, de los cuales muchos quedarían necesariamente en el olvido; y añadió por ejemplo, que en aquellos días había hecho hablar á un niño de dos meses. Tomó una lega por su director espiritual á nuestro Santo, y como no pudiese ir todas las veces que esta le necesitaba, le ordenó que en ocurriéndole alguna cosa que decirle, tomase la pluma y le escribiese:—¡Ojalá, dijo la lega, pudiese hacerlo; pero soy ignorantísima, y no sé escribir!—Respondió el Santo:—Eso nada importa; obedece y escribe.—O fuese por la obediencia, ó por las oraciones del Padre, la primera vez que ocurrió á la buena lega tomar la pluma, escribió perfectamente, y siguió haciéndolo siempre que fué necesario, con admiración de las otras religiosas, que le preguntaron—cómo había aprendido;—y ella respondió, que el Padre Francisco de Jerónimo se lo tenía mandado, y ella obedecía.

Enriqueció también el Señor á este Siervo suyo con el don de profecía; predijo cosas distantes y ocultas, la vida y la muerte; en suma, fueron tantos y tales sus vaticinios, que se cansaría de leerlos el lector más curioso si se hubieran de referir todos. Noventa profecías se cuentan en los procesos, y se hallan muchísimas otras

esparcidas en los libros, y autentizadas por una pública, universal y constante tradicion. A los padres de San Alfonso María de Ligorio, predijo que este, entónces niño, viviría noventa años, sería sublimado á la dignidad Episcopal, y haría grandes servicios á la Iglesia.

Fué el Padre cierto dia muy de mañana á casa de una mujer de la peor nota en Nápoles, le representó el infeliz y miserable estado en que se hallaba, y le avisó con caridad del corto espacio que le restaba de vida, para que se dispusiese á confesarse luégo. Ella al principio no daba crédito al aviso del Padre, por sentirse del todo buena; preguntada—qué devocion habia tenido durante su vida,—respondió, que á Santa Ana.—Pues esta santa Señora, añadió el Padre Francisco, ha impetrado á usted la gracia de recibir los Santos Sacramentos ántes de morir.—Y sin pérdida de tiempo la dispuso y confesó, y despues prosiguió preparándola á recibir el santo Viático. Comulgó, y al punto se sintió acometida de un violento mal que indicaba su próxima muerte, cuyo amargo trago bebió confortada del Santo.

Regaló este al Arzobispo de Tesalónica, que era Nuncio de Su Santidad en Nápoles, un relicario de S. Ciro, y obtenida la reliquia pidió al siervo de Dios extendiese la auténtica por su mano; habida esta salió Monseñor contentísimo, diciendo á los Padres que le acompañaban:—Dos reliquias he adquirido, que aprecio igualmente; la de San Ciro y la del Padre Francisco de Jerónimo.—Y nótese la expresion *igualmente*, que supone mucho más, por haberla dicho el Sr. Nuncio, poco despues de haber oido de boca del Santo, que pasaban de diez mil las gracias que habia obrado el Santo mártir por sola su mano.

No son ménos de admirar los ejemplos que dió de

las virtudes teologales: la fe, fundamento y madre de las demas virtudes, estuvo tan arraigada en la bendita alma del Santo, como puede inferirse del sumo respeto y profunda veneracion que profesó toda su vida á la Santísima Trinidad. No podia nombrarla sin que se le encendiese el rostro, ni hablar de este adorable misterio, sin que pareciese á los oyentes haberle prestado su lenguaje los más abrasados Serafines. Exhortaba á invocar todas las mañanas y noches á la Santísima Trinidad en accion de gracias por los beneficios recibidos, y nunca bendecia á los enfermos con la reliquia de San Ciro, sin rezar algunas oraciones á la Trinidad Augustísima, origen de todo bien. Reflexionando sobre el gran peligro en que estaban los cristianos, esclavos en Berbería, de renegar la fe, juntaba, de limosnas que recogia, muy buenas sumas para su rescate. Testimonios son de la gran fe del varon de Dios, el religioso culto que tributó á todos los misterios de nuestro Señor y de su Santísima Madre, y á los Santos; las continuas fatigas de su largo apostolado, y los heróicos actos de las demas virtudes, practicados por amplificar el reino de Jesucristo.

De la esperanza de los bienes eternos sacaba aquel constante y total desprecio de los honores, bienes y comodidades de esta vida, siendo inexorable en no tomar para sí el más pequeño alivio. Animado de esta virtud comenzó y acabó tantas y tan arduas empresas del divino servicio, é hizo frente á tantos peligros, sin que el temor de la muerte bastase á desalentarle, al presentarse á poner en paz á furibundos soldados, que esgrimian las espadas unos contra otros, ó al ir á las casas de prostitucion á echar de ellas á los hombres licenciosos que allí encontrase. Solia repetir en las contradic-

ciones que se le ofrecian, que aunque se rebelasen contra él todas las criaturas, no le faltaria Dios, en quien estribaba toda su confianza.

Más notable se hizo todavía esta excelente virtud desde que se juntó con la caridad, pues desde entónces proveyó el Padre Francisco á la indigencia de tantas mujeres arrepentidas, de muchas doncellas que peligraban, y de no pocos enfermos abandonados. En suma, no habia obra de caridad que no ejecutase con el prójimo; y fué tanto lo que padeció de parte de los pobres, que segun el sentir de una persona respetable, el Padre Francisco podia ser canonizado por solo su paciencia en sobrellevar á los menesterosos. De su grande amor á nuestro Señor es gran prueba, no uno ú otro caso de su vida, sino toda la larga serie de ella, pues más que del aire que respiraba, vivia del fuego de la caridad, encendido en su pecho; no perdiendo un punto su íntima union con Dios, aun en medio de las ocupaciones distractivas de suyo. En la contemplacion del misterio de la Encarnacion todo él se derretia de amor, no acabando de admirarse, de que la Majestad Divina se abatiese tanto por salvar al hombre. Y para que los fieles se inflamasen en el amor del amabilísimo Niño Jesus, arreglaba por sus propias manos el Nacimiento, en la iglesia, con el arte y maestría que su devoto afecto le inspiraba. La sagrada Pasion de Cristo nuestro Señor era la materia ordinaria de sus meditaciones, y el argumento más comun de sus pláticas. De la entrañable devocion que profesaba á la Sagrada Eucaristía, basta decir que todo el tiempo que le sobraba le empleaba en oracion delante del Santísimo Sacramento, siendo tal la abstraccion de sus sentidos, que era menester tirarle muchas veces de la ropa para que volviese en sí. Al

acercarse la hora de ofrecer el sacrosanto Sacrificio de la Misa, se le encendia el rostro de manera, que parecia un serafin. Puesto en el altar no podia reprimir los suspiros, acompañados de copiosas lágrimas. Nunca dejó de celebrar no estando gravemente enfermo.

A la Santísima Virgen amaba y reverenciaba como á Madre. Predicó en su obsequio todos los mártres, durante más de treinta años seguidos, las grandezas y prerogativas de esta Soberana Reina; promoviendo admirablemente su devocion, y concurriendo muchísima gente á oirle, y á comulgar. Muchas eran las prácticas devotas que tenia en honra de Nuestra Señora.

Habia suplicado al Señor le otorgase la gracia de morir como buen soldado, con las armas en la mano, y no se le frustró su piadoso deseo; porque dando los Ejercicios espirituales á los seminaristas nobles de Nápoles, en marzo de 1745, se le encendió una fiebre tan violenta, que fué menester trasladarle inmediatamente á la Casa Profesa; pero el ataque fué de más susto que peligro, y así no bien convalecido partió á Capri, donde ademas de hacer una mision dió los Ejercicios á la ciudad, al clero y á una comunidad de religiosas, por lo cual, empeorado de salud, hubo de restituirse á Nápoles harto desfallecido. Esto no obstante, continuaba sus apostólicas tareas, que á lo mejor se veia obligado á interrumpir por sus frecuentes ataques al pecho; pero á fines de marzo de 1746 se vió obligado á retirarse, si bien la enfermería, donde él estaba, se podia considerar como una escuela pública de todas las virtudes.

Cuando le consolaban en sus dolores decia que sufría contento, anhelando padecer más, pues todo era poco para lo que merecia. Estando moribundo, cercado de personas de dentro y fuera de casa, dijo:—*Espero ir*

*al cielo, espero ver el rostro divino. ¡Oh, cuántos viven engañados! Quieren irse al cielo; pero unos pretenden ir cargados de un lio de ropa ajena, otros llevando á la amiga del brazo, otros satisfaciendo todos sus caprichos. ¿Y es posible entrar allá de ese modo?—Este fué el último sermón que hizo, breve, pero digno de imprimirse en los corazones de todos. El día 3 de mayo recibió el santo Viático, puesto de rodillas en medio del aposento, con humildísimos y muy tiernos coloquios; y los que tuvieron el consuelo de verle y oírle, se confirmaban en la opinion de que moria tan santamente como habia vivido. Con igual devocion comulgó los días 7 y 9; la noche del 9, en que recibió la Extremauncion, pidió se le aplicasen las Indulgencias de que goza la Compañía, y luégo habló al Padre Rector en estos términos, propios de su profunda humildad:—Yo me reconozco indigno de que mi cuerpo sea enterrado donde descansan los de tantos insignes siervos de Dios, y así suplico á V. R. haga abrir una fosa en medio de la huerta, para enterrarme con los perros y gatos.—Finalmente, viendo abiertas de par en par las puertas del paraíso, anhelando por aquella celestial patria, exclamaba:—¡Qué espaciosa es la casa del Señor! ¡Dichosos los que en ella moran; por los siglos de los siglos te alabarán, Dios mio!—Siguió diciendo devotas jaculatorias y tiernos afectos al Señor y á su Santísima Madre, hasta que oidas aquellas palabras de la recomendacion del alma:—*Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo*,—expiró tranquilamente. Pasó el Padre Francisco de Jerónimo al eterno descanso el lunes, 11 de mayo de 1716, á los setenta y cuatro años de edad, de los cuales vivió cuarenta y seis en la Compañía.*

Apénas se divulgó la noticia de su dichoso tránsito,

cuando empezaron todos los que habian sido testigos de sus heroicas virtudes, á invocarlo con fe viva, concediéndoles el Señor lo que le pedian por los méritos é intercesion del Santo. Muchos se libraron de sus males con solo aplicarse su sagrada imágen, otros con el contacto de sus preciosas reliquias, y otros á la simple invocacion de su bendito nombre. Viendo las grandes pruebas que dió el cielo de la gloria de que gozaba, por los muchos milagros que obró, se comenzó desde luégo á trabajar en los procesos de su canonizacion. En 1751 declaró el Papa Benedicto XIV heroicas las virtudes del Padre Francisco de Jerónimo; y Pio VII le beatificó á 19 de marzo de 1806, en cuyo año fueron trasladadas á Roma las preciosas reliquias del Beato, donde permanecieron hasta el de 1822, en que fué restablecida la Compañía de Jesus en Nápoles; y á petición del rey de las Dos Sicilias, D. Fernando I de Borbon, del clero, grandeza y pueblo napolitano, concedió benignamente Su Santidad, que la caja de los sagrados restos del Beato Francisco de Jerónimo fuese trasladada procesionalmente á la iglesia llamada del *Jesus Nuevo*, por especial gracia que no pueda alegarse como ejemplo en lo sucesivo, y que allí, aquel año solamente, y por una sola vez, se celebrase un solemne tríduo.

Ocurrieron muchos prodigios y curaciones milagrosas en esta ultima traslacion y solemnidad con que fué celebrada, y el año de 1839 le canonizó el Papa Gregorio XVI, el dia de la Santísima Trinidad, con grande aparato, juntamente con los Beatos Alfonso María de Ligorio, Pacífico de San Severino, Juan José de la Cruz y Verónica Juliani. La ciudad de Nápoles pidió y alcanzó de la Santa Sede declarase á nuestro Santo por su especial patron. Los sagrados huesos y cenizas del San-

to se pusieron dentro de un sepulcro nuevo, construido de preciosos mármoles, debajo de la mesa de altar de la capilla que le está dedicada, y en la cual recibe los supremos honores eclesiásticos, debidos á su heroica santidad, siendo invocado y venerado de propios y extraños.

VIDA
DE LOS SANTOS MÁRTIRES
DEL JAPON,
PABLO MIKI, JUAN DE GOTO Y DIEGO KISAI,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS ¹.

Con verdad se puede decir, que quiso Dios en estos postreros tiempos renovar en la Iglesia del Japon todas las maravillas que obró su poder en los primeros siglos de la primitiva Iglesia. Viéronse los mismos milagros de la gracia, en la pronta conversion de pueblos y reyes; la misma piedad y fervor en los nuevos cristianos; los mismos prodigios, obrados por San Francisco Javier, que fué el Apóstol de aquella nueva porcion del rebaño de Jesucristo; y en fin, la misma persecucion, que así en el número de las personas como en el horror de los tormentos, excedió á las más crueles persecuciones de los reyes de Persia, y de los emperadores romanos; pero tambien se vió en los nuevos cristianos el mismo valor, la misma magnanimidad y constancia.

El año de 1549, siete años despues que los portugueses aportaron al Japon la primera vez, entró en él San Francisco Javier, para dar á conocer la fe de Jesucristo. El inflamado celo y portentosos prodigios del nuevo Apóstol, y el que á su imitacion mostraron los muchos

¹ La novena está en el núm. 11 del *Apéndice*.

de la Compañía que le sucedieron en sus apostólicas empresas, obtuvieron tan feliz resultado, que se vió como renacer la primitiva Iglesia en el Japon, contándose en pocos años muchos millares de cristianos en aquellas numerosas islas.

El año de 1587, treinta y ocho despues que San Francisco Javier habia sembrado el primer grano del Evangelio en aquella inculta gentilidad, se contaban ya más de doscientos mil cristianos en el Japon, entre los cuales habia muchos reyes, príncipes, generales, los primeros señores de la corte, y la flor de la nobleza japonesa. Aumentábase cada dia la cristiandad por la particular estimacion que hacia de la religion cristiana el Emperador Cambacundono, que despues tomó el nombre de Taycosama, esto es, muy alto y soberano señor; pero envidioso el infierno del triunfo de Jesucristo, y lleno de rabia por tantas conquistas, excitó una persecucion tan deshecha y tenaz, que todavía dura en nuestros tiempos, habiendo convertido en víctimas de ella un prodigioso número de cristianos.

Resuelto Taycosama, tirano el más cruel que acaso ha visto hasta hoy la Iglesia de Jesucristo, á exterminar el cristianismo de todo el Imperio del Japon, comenzó por el destierro de los misioneros. Tanto los Jesuitas como otros religiosos que se hallaban en aquel Imperio quisieron más exponer su vida, que abandonar aquella afligida cristiandad, teniéndose por dichosos en derramar la sangre por la fe, y merecer por su celo la palma del martirio. Como el fuego de la persecucion se habia extendido por todo el vasto Imperio del Japon, tambien ellos se repartieron por todas las provincias, no solo para conservar, sino tambien para aumentar, si pudiesen, el rebaño de Jesucristo, durante aquella furiosa

tormenta. De tal manera bendijo Dios sus apostólicos trabajos, que desde el principio de la persecucion hasta el año 1597, en menos de diez años, bautizaron más de setenta mil personas.

Hacia el fin de 1596 llegó órden del Emperador al Gobernador de Ozaca, para que prendiese á todos los religiosos de San Francisco y de la Compañía, que se hallasen en aquella ciudad. No se encontraron en ella más que seis frailes de San Francisco y tres Jesuitas, porque los demas se habian repartido por los lugares y aldeas de la provincia, para animar á los cristianos y disponerlos á padecer con mérito propio aquella persecucion. Los Jesuitas eran Pablo Miki, Juan Goto y Diego Kisai: los dos últimos estaban todavía en el noviciado; pero su abrasado celo no era inferior al de los más antiguos.

Nació Pablo Miki en el reino de Ava, el más oriental de los cuatro en que se divide la isla de Jicoco. Su padre Fandaidono, era de los capitanes de Nobunanga más estimados y favorecidos del Emperador; habia recibido el Bautismo en 1568, juntamente con sus hijos, siendo nuestro Pablo el menor de todos, y teniendo á la sazón solos cinco años; pero ya desde aquella edad mostraba tanta inclinacion á la virtud, que todos se prometian de él una eminente santidad; y por eso se dedicó su piadoso padre con particular desvelo al cuidado de su educacion. Descubriéndose en el niño un natural feliz, ingenio vivo y penetrante, y piedad, que aunque tierna, parecia muy superior á su edad; le envió al Seminario de Anzuquiana, que estaba á cargo de los Padres de la Compañía, donde en brevísimo tiempo hizo admirables progresos en el estudio de las letras, y en la verdadera ciencia de los Santos. La inocencia de cos-

tumbres, junto á una devocion ardiente y fervorosa, encendió luégo en aquel pequeñito corazon un celo tan abrasado de la salvacion de sus paisanos, que apénas supo Pablo el Catecismo, cuando comenzó á enseñársele á los otros; y supo ya hacer catecúmenos en una edad en que hacia mucho en saber lo que era ser cristiano.

Una virtud tan precoz y tan pura le inspiró gran disgusto del mundo; no permitiéndole su ardiente amor á Jesucristo dedicarse al servicio de otro dueño. Apénas conoció la Compañía de Jesus pidió con instancia ser admitido en ella, siendo los principales motivos que le determinaron á esta eleccion, la particular profesion que hace la Compañía de honrar singularmente á la Madre de Dios, de quien el niño Pablo Miki era devotísimo, y despues el dedicarse por instituto á trabajar sin treguas ni intermision en la salvacion de los prójimos. Fué recibido en ella, y en seguida dió señales inequívocas de lo mucho que habia de honrarla con el tiempo, en el extraordinario fervor con que hizo su noviciado.

Concluido este con felicidad, y acabados ya los estudios, le aplicaron los Superiores de lleno al ministerio de la predicacion, para el cual descubrió tan singular talento, que con admirable facilidad se hacia dueño de los corazones de todos. Con sólo dejarse ver en el púlpito, no habia pecador tan obstinado que no se le rindiese, ni idólatra tan ciego, que pudiese resistir á la eficacia de sus discursos, é invencible fuerza de su elocuencia, siempre victoriosa. Predicó durante los primeros años en el reino de Arima, y en el principado de Omura, con tan prodigiosos concursos y asombrosas conversiones, que no habia memoria de haberse visto jamás semejante conmocion. Noticiosos los Superiores

del fruto que hacia nuestro predicador, pusieron en él los ojos para que fuese á ayudar al Padre Organtino, que con trabajos inauditos cultivaba la cristiandad de Ozaca y Meaco.

Teniendo Pablo Miki por teatro de su apostólica predicacion el centro del Imperio, hizo en él prodigios de celo, como en los dilatados reinos de Jimo. Concurrían á oírle de las partes más distantes, siendo muy raro el sermón suyo que no fuese seguido de alguna conversion ruidosa. En vano se coaligaron los bonzos contra el portentoso predicador del Evangelio; pues los combatió y confundió, triunfando de ellos como quiso, ya de viva voz en sermones y disputas, ya por escrito en los nerviosos tratados que publicó de controversias.

A la verdad, la eminente virtud del siervo de Dios, aquella tierna devocion, humildad profunda, natural modestia y vida penitente, de tal manera se apoderaban de los corazones, que ninguno podia resistirse á la impresion que en ellos hacian sus dulcísimas palabras. Sólo con estar en el púlpito cautivaba; pero en comenzando á hablar, derretia, convencia y conquistaba los entendimientos y voluntades, mereciéndole justamente el renombre de apóstol estas evangélicas conquistas; y como entre ellas se contaban muchas conversiones portentosas, le veneraban todos como á hombre extraordinario. Sin temeridad se puede creer, y aun afirmar, que su inocencia de vida, piedad y grandes trabajos apostólicos, le merecieron la gloriosa corona del martirio.

Juan Soan, llamado Juan de Goto, porque era natural de aquel reino, nació en 1578, reinando Luis I, uno de los más cristianos y celosos príncipes de aquellas islas. Eran sus padres cristianos, y luégo que nació el niño fué bañado en las saludables aguas del Bautismo;

pero como no sólo eran cristianos, sino tambien muy piadosos, no contentos con haberle hecho bautizar, le criaron en toda virtud con el mayor cuidado; y recayendo esta vigilante educacion en una alma prevenida ya por la divina gracia, lograron ver á su hijo con todas las señales de verdadero predestinado.

Muerto Luis I, le usurpó un hermano suyo la corona á Luis II, hijo del rey difunto; y muchos cristianos, por evitar la persecucion que se siguió inmediatamente á la usurpacion de la corona, se refugiaron al reino de Jimo, siendo de este número el padre y la madre de nuestro Juan, quien hallándose trasplantado á un país donde ninguno le conocia, comenzó á serlo desde entónces con el nombre de Juan de Goto, y con este nombre se le apellida tambien en las actas de su martirio.

Viéndole sus padres tan niño, temiendo mancillase su inocencia, y se perdiese el fruto de su educacion con el contagioso comercio de otros niños de su edad, le pusieron en el Seminario de los Padres de la Compañía. Estaba Juan dotado de excelente ingenio, y corazon verdaderamente dócil; por lo cual en breve se perfeccionó en las letras humanas, y en la ciencia de los Santos, mereciendo por sus angelicales costumbres ser propuesto como modelo á la juventud del Japon. Habiendo pasado algunos años en la isla de Jequi, le enviaron los Padres de la Compañía á que sirviese de catequista en Ozaca al Padre Morejon, que cultivaba con feliz suceso aquella nueva viña. No era fácil encontrar otro mozo de mejor condicion, ni de virtud tan á toda prueba, como la del nuevo catequista.

Toda su ansia era dar su vida por la fe, á fin de merecer la corona del martirio. Habia pretendido muchos años ántes ser recibido en la Compañía; pero como

era de tan tierna edad, y el Padre Provincial estaba muy distante, no habia podido lograr sus fervorosos deseos. Luégo que llegó la noticia de haberse encendido la persecucion, y de que el Emperador estaba resuelto á quitar la vida á todos los cristianos, no es explicable el gozo que le causó la esperanza de ser mártir, y el ansia con que instó para que le vistiesen la sotana, muy persuadido de que la persecucion habia de comenzar por los Jesuitas. Fueron oídos finalmente sus deseos, y no bien habia sido recibido en la Compañía, cuando llegó el gobernador de Ozaca á poner guardas á la casa, que es el modo de hacer las prisiones en el Japon. Bien pudo Juan libertarse; pero estaba muy léjos de malograr una ocasion tan propicia, el que con tan ardientes ansias suspiraba por la corona del martirio.

El tercero de la Compañía que fué preso, se llamaba Diego Kisai: era natural del reino de Bigen, y habiendo recibido el Bautismo en su juventud, se habia distinguido siempre por su celo, fe viva, arregladas costumbres y vida ejemplar. Aunque era un pobre oficial, de oscuro y humilde nacimiento, tenia corazon noble y generoso para con Dios, sin ceder á nadie en fervor, celo y virtud. Habia sido casado, y miéntras lo fué vivió con tanta inocencia y piedad, que era dechado de todos, y confusion de muchos. No así su mujer, cuyas desarregladas costumbres la precipitaron, no se sabe con qué ocasion, en la apostasia de la fe. Dejóla Diego, y llevándose consigo un hijo único que habia tenido de ella, le colocó en lugar seguro, donde pudiese ser educado en la religion cristiana.

Despues de dar órden en sus negocios domésticos, se retiró á la casa de los Padres de Ozaca, donde ejercio el oficio de portero, sin dejar de ayudar al Hermano

Juan de Goto en el ministerio de catequizar á los que deseaban recibir el santo Bautismo. El grande amor á la penitencia le hacia atormentar su cuerpo con muy dolorosas mortificaciones. Era muy tierna la devocion que profesaba á la Santísima Virgen. Todo el tiempo que tenia libre le empleaba en oracion, y en meditar la Pasion de Jesucristo, que leia infaliblemente toda entera cada dia, trayendo siempre consigo para este fin un librito de la Pasion. Ya habia tiempo que era pretendiente de la Compañía, deseando ser admitido por Hermano coadjutor; y luégo que supo la órden que habia llegado de prender á los Jesuitas de Ozaca, reiteró sus instancias con tanto fervor, que logró en fin sus deseos, viéndose contado en el número de los novicios. El gozo de verse ya en la Compañía fué mayor cuando se halló preso por amor de Jesucristo, y no cesaba de dar gracias á Dios en compañía de sus nuevos Hermanos, por este singular favor que á todos les dispensaba.

Fueron estos tres héroes de la fe conducidos á Meaco por órden del Emperador, y en aquella ciudad se encontraron con otros quince cristianos, destinados á ser compañeros suyos en la corona del martirio: los más eran criados ó domésticos de los religiosos de San Francisco, y casi todos de la Tercera Orden del Santo Patriarca. Entre ellos habia tres niños, cuya constancia llenó de admiracion á los mismos gentiles, y dió mucho honor á nuestra religion. Llamábanse Luis, Antonio y Tomé: el primero de doce años, los otros dos no pasaban de quince, y todos tres estaban dedicados á servir en la iglesia y sacristía del convento. El niño Luis no estaba al principio puesto en la lista; pero en sabiéndolo, fué tanto lo que lloró y se afligió, y daba tales gritos, que para acallarle fué preciso escribirle en ella con todos los

demas. Hallándose un dia cierto caballero gentil en el convento donde estaba preso el santo niño y diciéndole, que si queria él tenia modo seguro para librarle, al punto le respondió el fervoroso Luis:—*Mejor haria V. en recibir el santo Bautismo, sin el cual será V. infeliz por toda la eternidad; en esto sí que estaria bien empleada su industria.*

El dia 3 de enero de 1597, fueron los veinticuatro confesores de Jesucristo sacados de la prision, y llevados por las calles de Meaco á pié, las manos atadas á las espaldas; y así que llegaron á la plaza, les cortaron á todos la parte superior de la oreja izquierda; cuyas preciosas reliquias, arrojadas al suelo por los verdugos, fueron recogidas con tierna devocion por los cristianos.

El Secretario del Gobernador de Ozaca, llamaba Víctor, tomó las de los tres Jesuitas, y se las regaló allí mismo al Padre Organdino, Provincial del Japon. Cuando las tuvo en sus manos aquel venerable anciano, se las ofreció á Dios, derramando dulces lágrimas, y diciéndole:—*Estos son, Señor, los primeros frutos, estas las primicias de vuestra nueva Iglesia, que consagro á Vuestra Majestad. La sangre de estos vuestros fieles siervos, al regar esta inculta tierra, sea como semilla de otros innumerables, que en este último rincon del mundo os honren con sus ejemplos, virtudes y tormentos, con su vida y con su muerte.*

Concluida esta primera ejecucion, cruel y humillante, hicieron subir á los Santos Mártires de tres en tres en unas carretas prevenidas al intento, y de calle en calle los fueron paseando por toda la ciudad de Meaco, siendo innumerable el gentío que concurrió á ver aquel espectáculo. Pareciéndole al Santo Pablo Miki, que no debia malograr tan propicia ocasion, convirtiendo en

púlpito la carreta, empezó á predicar con gran fervor, exhortando á los cristianos á la constancia en la fe, y persuadiendo á los gentiles que se hiciesen cristianos, sin lo cual no podia haber salvacion para ellos.

Al dia siguiente los condujeron en las mismas carretas de Meaco á Ozaca, y sucesivamente de Ozaca á Sacai, y de aquí á Nangasaqui, paseándolos en todas partes por las calles, como en Meaco, y predicando en todas nuestro Pablo con el mismo celo, intrepidez y feliz suceso. No hay voces para explicar lo mucho que padecieron los Santos Mártires durante viaje tan penoso, y en tan cruda estacion, por ser extremadamente rigurosos los inviernos en aquellas islas; pero la alegría que se retrataba en sus semblantes, mostraba bien la dulzura interior con que acompañaba el cielo sus tormentos. Parecia que los llevaban en triunfo, segun el gozo con que derramaban su sangre, y daban sus vidas por la fe de Jesucristo.

El Gobernador de Nangasaqui, no pudo reprimir las lágrimas, viendo entre los presos á su antiguo amigo Pablo Miki. Rogóle el Santo que no llorase su dicha, y le pidió dos favores: el primero, que les permitiese recibir la Sagrada Comunion; y el segundo, que dispusiese fuesen ajusticiados en viérnes. Esta última circunstancia era la única que faltaba á la muerte de nuestro Santo para ser en todo semejante á la de nuestro Salvador.—Yo, repetia Pablo muchas veces, inundado de alegría, *tengo ahora la misma edad que Jesucristo al dar su vida por los hombres: estoy tambien sentenciado á morir en una cruz; sólo me falta, pues, la dicha de morir en el mismo dia en que murió mi Divino Maestro.*—Oyó el cielo sus piadosos deseos, porque todos lograron el consuelo de morir en viérnes, y tambien crucificados, si no en el

monte Calvario, por lo ménos en un montecillo ó colina que se elevaba á doscientos ó trescientos pasos de la ciudad de Nangasaqui, y que desde entónces se llamó *Monte de los Mártires*. Habiendo llegado nuestros ilustres confesores de la fe á una pequeña capilla, se les permitió el dulce consuelo de reconciliarse con el Padre Pasio, que los esperaba en ella, y en sus manos hicieron los votos de la Compañía los dos Hermanos Juan de Goto y Diego Kisai. Acabada esta devota funcion, llegó aviso de que el Gobernador, llamado Facemburo, los estaba aguardando en la colina donde se habia de consumir el sacrificio: al punto echaron los Santos Mártires á andar con tanta velocidad, que apénas los podia seguir un inmenso gentío, que por curiosidad ó devocion deseaba presenciar la ejecucion.

Luégo que descubrieron las cruces á bastante distancia, corrió cada cual á abrazar la suya con tanto gozo, y presteza tal, que la ternura hizo derramar muchas lágrimas á los cristianos, y la admiracion dejó como suspensos y atónitos á los gentiles. Tendiéronlos en ellas, y los aseguraron por brazos, piernas y cintura con fuertes bandas, y por el cuello con un collar de hierro, que sin estorbar la respiracion les apretaba la garganta, obligándoles á mantener las cabezas rectas, con violencia y no pequeña incomodidad. Elevaron despues las cruces, y dejándolas caer en unos profundos hoyos, abiertos en la roca viva para asegurarlas, el estremecimiento del golpe les causó por precision agudísimos dolores.

Ibase á dar principio á la ejecucion, y ya los verdugos habian empuñado las lanzas para sacrificar al Señor aquellas valerosas víctimas de la fe, cuando descubriendo el Santo Juan de Goto á su piadoso padre, que ven-

ciendo heroicamente los tiernos impulsos de la naturaleza, habia acudido á decir el último adios á su querido hijo, le dijo con animosa generosidad:—*Bien ve usted, padre y señor, que no hay en el mundo cosa tan amable, que no se deba sacrificar por asegurar la salvacion eterna: yo tengo la dicha de dar la vida por la fe de Jesucristo: dé usted mil gracias al cielo por el gran beneficio que nos hace á ambos.*—*Tienes razon, hijo mio,* respondió el animoso padre, *yo quedo muy agradecido al Señor por favor tan singular, y humildemente le ruego te asista con su gracia, para que lleves adelante hasta el último suspiro esos nobles sentimientos, tan dignos de tu profesion y estado. Puedes morir con el consuelo de que tu madre y yo estamos resueltos á seguirte en el combate, si somos tan dichosos, que se nos presente la ocasion de padecer el martirio.*—Tuvo valor el esforzado padre para mantenerse inmóvil junto á la cruz de su felicísimo hijo, hasta que atravesó á este la lanza de parte á parte el corazon; y aun se dice que se mantuvo firme y constante, hasta que bien empapado el vestido en aquella noble sangre, se retiró áun más bañado el corazon de gozo, que de sangre el vestido, rindiendo al cielo mil gracias por haberle hecho padre de un Mártir, ilustrando así con inmortal honor á su familia.

Pablo Miki predicaba desde la cruz con divina elocuencia, y habia dado principio á una devota oracion por los verdugos que le crucificaban, cuando vino la lanza por el aire, y le desgarró el corazon, volando de este modo su dichosa alma á concluir la caritativa súplica en el cielo. Sesenta y cuatro años de edad tenia el Santo Diego Kisai, y estaba íntimamente penetrado de los más vivos sentimientos de admiracion, devocion y ternura, fijo el pensamiento en la Pasion dolorosa de

Jesus, que habia sido su dulce y perpétua materia de no interrumpida meditacion desde sus más tiernos años. Viéndose, pues, tendido en una cruz y amarrado á ella, no le cabian en el pecho los amorosos ímpetus del gozo, considerando que presto iba á expirar por amor de su Divino Maestro, imitándole hasta en el género de muerte.

Luégo que se elevaron las cruces, levantaron todos los Mártires los ojos al cielo, y ofreciendo á Dios el sacrificio de sus vidas, pronunciaron todos el dulceísimo Nombre de Jesus, que áun tenian en los labios quando llegaron las lanzas á introducirseles por el corazon, consumándose casi á un mismo tiempo el martirio de todos.

Refiérese en las actas, que el santo niño Luis no cesó de rezar en alta voz el Padre nuestro y el Ave María, todo el tiempo que se conservó vivo en la cruz, y que el tiernecito Antonio convidaba á los asistentes á que le ayudasen á cantar el Salmo *Laudate, pueri, Dominum*, correspondiendo todos, no con voces, que ahogaba dentro del pecho el dolor y la ternura, sino con lágrimas, que á torrentes brotaban dulcemente de los ojos. El dichoso dia en que aquella generosa cohorte, primicias de la sangre cristiana del Japon, aumentó el número de mártires que registra la Iglesia en sus Anales, fué viérnes, 5 de febrero de 1597.

No tardó el cielo en mostrar con sensibles y brillantes señales la gloria con que habia premiado el valor de los invictos campeones de Jesucristo; pues durante los cuarenta dias que permanecieron sus cuerpos en las cruces, se conservaron incorruptos, frescos y aun hermosos; pues las aves de rapiña, no sólo no los maltrataron, sino que huyeron reverentes sin acercarse á ellos;

y exhalaban todos tal fragancia, que hasta los gentiles confesaban el milagro, porque se les entraba por los sentidos.

Con otras muchas maravillas testificó ademas el cielo la gloria de nuestros Mártires, autorizadas todas con multitud de testigos, que jurídicamente se examinaron en los procesos. Habiéndose mezclado entre los Santos Mártires dos famosos cristianos para asistirlos en el camino, los acompañaron tambien en el cielo, porque tuvieron parte en la misma corona, digno premio de su caridad ardiente.

Treinta años despues de este tan glorioso martirio, precediendo las informaciones necesarias, decretó el Papa Urbano VIII á los veintiseis confesores de Jesucristo los honores debidos á los Mártires, dando licencia para que en todas las iglesias de la Compañía, por lo que toca á los tres Jesuitas, y en toda la religion Seráfica respecto á los demas, se pudiese rezar de ellos, y decir Misa en memoria suya, por cuantos quisiesen concurrir á rendirles este culto; y aunque lo permitió provisionalmente hasta que se procediese á su solemne canonizacion, no dejó por eso el mismo Sumo Pontífice de apellidarlos con el glorioso título de Mártires.

Las reliquias de los tres de la Compañía están expuestas á la pública veneracion en el colegio de Meaco.

Finalmente, el dia 40 de junio del año 1862 los canonizó solemnemente el Sumo Pontífice Pío IX.

VIDA

DEL

B. ALONSO RODRIGUEZ,

COADJUTOR TEMPORAL

DE LA COMPAÑIA DE JESUS ¹.

Nació Alonso Rodriguez en Segovia á 25 de julio de 1534. Llamáronse sus padres Diego Rodriguez y María Gomez, personas honradas y de cristianas costumbres, comerciantes en paños, mercadería propia de aquella ciudad. Criáronle con mucho cuidado, enseñándole virtud y buenas costumbres, y él mostró siempre un natural muy inclinado á la devocion, especialmente hácia la Virgen Santísima.

Estudió gramática en la insigne ciudad de Alcalá, hasta que faltándole su padre, le fué forzoso volver á casa, para atender á los negocios de ella, y llegando á edad competente se casó con una doncella, no ménos virtuosa que bien nacida. Vivió con ella algunos años, ocupado en los negocios domésticos, pero mucho más en los que tocaban á su alma, frecuentando los Sacramentos, y dándose á cosas del servicio de Dios N. Sr. Llamábale su divina Majestad á mayor perfeccion, permitiendo le sobreviniesen varios trabajos y pérdidas temporales, de

¹ La Novena está en el núm. 12 del Apéndice.

modo que en breves dias se le disminuyó notablemente el caudal, agregándose una larga enfermedad que aquejó á su mujer, y que al fin le quitó la vida.

Tres años estuvo en estado de viudo, empleándolos en santas obras y ejercicios de mucha penitencia. Vistióse de áspero cilicio, tomaba disciplina todos los dias, ayunaba y mortificaba su carne para que sirviese al espíritu, con tan firme resolucion, que en tres años no interrumpió ni alivió su método de vida. Hizo confesion general con un Padre de la Compañía de Jesus con mucha preparacion y lágrimas; tenia cada dia cuatro horas y media de oracion, mereciendo que se le apareciese una vez Cristo N. Sr. acompañado de muchos santos, y tambien que la Virgen Nuestra Señora le regalase muchas veces con su presencia.

Con tan señalados favores del cielo, no es extraño que perdiese toda la aficion á las cosas de la tierra, de manera que aun para con un hijo único que le quedó, la perdió en cuanto al afecto natural, amándole sólo para Dios; y así pidió á su divina Majestad, que si le hubiera de ofender, se le llevase. Oyóle el Señor, y dentro de un mes murió el niño, con lo cual quedó desembarazado para entrar en la Compañía de Jesus, á la cual le llamaba el Señor, para que floreciese en ella con gran pureza y santidad. Se partió á Valencia en busca del P. Luis de Santander, pues por sus sermones y trato se habia movido en Segovia á caminar por la derecha senda de la virtud, para tomar su consejo en órden á la ejecucion de sus buenos deseos. Con parecer del mismo Padre se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus, y pidió ser recibido en ella para hermano Coadjutor.

Pretendió el demonio estorbarle tan santos intentos, y á este fin, tomó figura de ermitaño, y se le hizo amigo

por muchos dias, convidándole con una ermita. Pero conociéndole con luz superior el devoto pretendiente, le dió de mano, dejando frustrados sus ardides y asechanzas.

Movióse mucho á escoger la vida religiosa, por haberle dicho el P. Santander, que en la soledad habia de hacer su voluntad, en lo cual hay no poco peligro, miéntras que en la religion haria la del superior. En oyendo esto se levantó, y con extraordinario fervor, arrojado á los piés del Padre, le dijo estas palabras: pues si es que en hacer mi voluntad hay peligro, y sólo seguridad en cumplir la de Dios, yo propongo no hacer mi voluntad en todos los dias de mi vida. Con el fervor de este acto mereció le asistiese Dios para cumplir su propósito y deseo; porque desde entónces parece le quitaron de raiz su propio querer.

Tenia ya unos cuarenta años de edad, y pocas fuerzas á causa de su mucha y continuada penitencia, y así hubo dificultad en recibirle en la Compañía: mas el P. Cordeses, varon insigne en espíritu, que á la sazón era Provincial, dijo: *Recibamos á Alonso para santo, que con sus oraciones y virtud nos ayudará mucho á todos*; y efectivamente logró la dicha de verse alistado entre los hijos de San Ignacio, en el colegio de Valencia, á 31 de enero de 1574. La primera noche que durmió en casa, para recibirle al dia siguiente, se recogió muy alegre á su aposento, cuyas ventanas daban á la calle: á poco rato, entrada ya la noche se sintió llamar de afuera por su propio nombre. Abrió la ventana, y conoció ser su ermitaño, el cual hablaba tan alterado, y con tanto enojo, que casi no se podia persuadir que fuese él; tratóle mal de palabra, diciéndole mil injurias, las cuales no sirvieron sino de confirmarse el siervo de

Dios en su vocacion. Allí dió principio á su noviciado, con raro ejemplo de mortificacion y virtud, y admiracion de su grande santidad: al cabo de seis meses fué enviado al Colegio de Mallorca, donde vivió lo restante de su vida.

Por la gran estima que hacia de su vocacion, le daba gran cuidado imaginar que podia perderla, despidiéndole de la Compañía, hasta que un dia estando en oracion, llamando á Dios con gemidos y suspiros del alma, oyó que le decian:—*Alonso, basta que lo quiera yo.*—Estas palabras, aunque tan breves, bastaron para obrar en su alma cosas grandes, porque con solas ellas le dió á entender nuestro Señor, cuanto hubo menester para sosegarse.

Despues de hechos los votos religiosos corrió con mayores veras por el camino de la perfeccion; y el Señor, satisfecho de su virtud, á fin de purificarle y acrisolarle más, dió amplísima licencia á los demonios para que le tentasen. El fin de las potestades infernales, que en grandes escuadrones le acometian, era mancillar su castidad por cuantas vias pudiesen, ya con pensamientos feos, ya con representaciones imaginarias, ya con exteriores de figuras torpes y deshonestas, sin darle un momento de alivio. Él mismo, hablando de ellas, dice que las tentaciones fueron las mayores que pueden ser, tan grandes, tan horrendas y peligrosas, que no hay modo cómo declararlas, ni palabras con que puedan pintarse cuáles fueron, porque muchas veces llegó el trabajo á tal punto, que llegara á morir del todo, si Dios no quitara la licencia á los enemigos, mandándoles dar algunas treguas y descanso. Apenas le habian dado algo de reposo, cuando volvian á la batalla con tanto mayor furor y rabia, cuanto se sentian más corridos y afrentados.

Viendo ellos que por aquel camino habian alcanzado poco, mudaron la forma de pelear, haciendo grande ruido, que parecia venir al suelo toda la casa, poniéndole miedos y terrores con amenazas y crueles tratamientos, hasta apretarle la garganta, y quererle ahogar sino consentia con lo que querian. Fué esta acometida tan horrenda, que el mismo siervo de Dios dijo le fuera más suave padecer cuantos tormentos aplicaron los tiranos; mas no por eso se amilanaba el fuerte varon, ántes cobraba más ánimo, despreciando todo su poder y ardidés infernales.

Entre tantos combates y terribles luchas le consolaba el Señor algunas veces con modos admirables, para disponerlo á mayores encuentros. Quejándose una vez amorosamente, como lo hizo San Antonio, diciendo:—Señor, ¿á dónde estábais Vos cuando padecia yo? ¿Cómo así me habeis dejado?—Se le mostró nuestro Señor, y con aquel mismo rostro que serena cielo y tierra, y es gloria de los bienaventurados, le dijo: *¿Por qué temes, oh amado hijo mio? No te dejé yo, ni te dejaré.*—Mostrábale sus llagas, y con sola esta vista le animaba y esforzaba. Otra vez le enseñó cómo se ha con sus muy queridos siervos para perfeccionarlos, á fin de que consigan grandes merecimientos, viéndose en breve donde apenas llegaron otros en largos años de ejercicio de virtudes.

Dióle á entender clarísimamente que los sustenta en los trabajos, y les da fuerzas para vencer las tentaciones, como si con una mano les entregara al enemigo, para que pruebe lo que puede en ellos, segun leemos del Santo Job; y con la otra los sustenta y regala: porque siendo tan grande el amor que les tiene, por estos caminos, aunque extraordinarios, los enriquece, acrecienta sus tesoros de merecimientos, y los guarda seguros

con su diestra poderosa. También la Virgen Santísima se le mostraba propicia, y le decia:—*Hijo Alonso, no temas; que yo te amo.*

Ultimamente, al cabo de siete años de terribles combates, determinó el infierno hacer contra el siervo de Dios el último esfuerzo. Dijéronle los demonios en voz inteligible:—No pienses estar libre de nuestras manos; te perseguiremos de día y de noche, sin permitirte un sólo momento de descanso y reposo, por donde, ó turbado ó loco, consentirás en lo que queremos, y morirás sin juicio muerte larga, ó miserable.—Había días que sentía un gran desasosiego sin poder dormir ni descansar, y advirtiéndole la causa de tan pesados efectos, vuelto á su Dios, le dijo:—De muy buena gana, Dios mio, acepto la muerte, con todos los trabajos y molestias que me pueden dar estos desventurados espíritus enemigos vuestros; las mismas penas del infierno me ofrezco á padecer, ántes que ofenderos con un mínimo pecado, todo puramente por el entrañable amor que os tengo, y voluntad de servirlos.—Y á ellos les decia:—Hasta el día del juicio pasaré esto y mucho más, por amor de mi Señor Jesucristo, por hacerle placer, y á vosotros pesar;—y escupiéndoles á la cara, mostró la poca estima y temor que les tenía.

Apénas había acabado el Santo Hermano de hacer este acto tan heróico, cuando se desvaneció la tempestad que le amenazaba, y cesó la batalla preparada por los demonios, porque desde aquel punto se les acabó la licencia que nuestro Señor les había dado de afligir con estas tentaciones á su siervo, como también sucedió lo mismo á Santa Catalina de Sena. Quedó por entónces tan amedrentado el enemigo, que apénas se atrevía á ponerse cerca del siervo de Dios.

Cesaron aquellas tentaciones, que tan afligido le habian tenido tantos años, y su alma, destinada ya para compañera de los ángeles, fué de allí adelante muy parecida á ellos en la pureza y limpieza. Navegó con viento próspero, sin sentir por mucho tiempo contradiccion de los demonios, hasta que volvió el Señor á darles licencia para que le tornasen á molestar, aunque de diversa manera; porque fué estorbándole el orar, en que tenia tan gran consuelo; y así en arrodillándose por la mañana á tener su oracion, se apoderaba de él en lo interior y exterior una enfermedad no conocida, y manifiesta vejacion del enemigo. Todo era dolor, tormento, pesadumbre y bascas mortales, pareciéndole muchas veces que á durar algo más aquel estado, le causaria la muerte; pero queria Dios que viviese, y padeciese por su amor.

Diez años le duró esta tentacion, y diez años perseveró él con igual constancia y fortaleza; y pasado este tiempo de guerra, gozó de otro tan benigno y favorable, cual no le habia experimentado en su vida. Eran frecuentes y ordinarias en la oracion las visitas de Dios nuestro Señor; y libre el cuerpo y alma de aquella pesadumbre y gran trabajo, apénas se recogia para orar, cuando súbitamente y sin discurso se hallaba metido en lo interior de la Divinidad, comunicándole el Señor gran conocimiento de sus misterios, de suerte que, encendido y abrasado con su amor, se sentia como trocar en otro.

Otra prueba de su virtud fueron las enfermedades con que el Señor ejercitó su paciencia, é hizo ilustre su santidad; pues fueron tales y tan extraordinarias, que apénas tenia un punto de descanso. Queriéndole labrar el eterno Juez muy rica corona, dispuso tuviese de ordi-

nario un desfallecimiento y quebranto de fuerzas tan grande y tan continuo, que como el mismo siervo de Dios confesó, padecía más que si lo estuvieran azotando siempre cruelmente. Preguntóle un dia su Superior cómo le iba de achaques, y respondió:—Padre, padezco dolores de estómago, riñones, piedra, hijada, cólico y de piernas, las cuales por no poderlas mover más que si fuesen de mármol, me dan gravísimos dolores. Pero yo no tengo estas por enfermedades; pues si Dios me las quitase, me hallaria sin ellas desconsolado, al paso que con ellas estoy contento, por hacerme el Señor tanta merced, que cuantas veces quiero tratar con la Virgen Santísima, la veo en el cielo muy alegre y propicia, y cerca de ella á nuestro Señor Jesucristo, siéndome ambos muy favorables y despachando con benignidad mis súplicas.

Tambien fué para el siervo de Dios nuevo y terrible trabajo, cuando pocos años ántes de su muerte le dieron un nuevo combate, procurando borrarle de su memoria las cosas divinas, de suerte que apenas recordaba las oraciones del Padre nuestro y Ave María, que solia traer siempre en la boca, y lo que más es, se olvidaba de levantar el corazon á Dios. Sin duda fué para él esta lucha de las más fuertes que se le podian ofrecer, por ser persona que vivia de oracion y trato con Dios; el cual le sacó luégo misericordiosamente de aquella trabajosa contienda, cortando los brazos y poder á los demonios, con gran confusion de ellos, y notable medra de su siervo.

No acabaron sin embargo con esto las crueles batallas de los espíritus infernales; ántes bien volviendo á hacer el último esfuerzo, con la licencia que por sus secretísimos fines les concedió el Señor, le atormentaron como

los tiranos á los mártires. Tendiéronle en la cama, como en potro, y estirándole con increíble fuerza el encorvado cuerpo, y casi consumido por los años y trabajos, le aplicaron mil tormentos, despedazando sus carnes y descubriéndole las entrañas. Viendo que no le podían vencer, sino que en medio de acerbísimos dolores, pedía al Señor padecer más aún, por última tentativa le aplicaron á las carnes tan consumidas, láminas encendidas, causándole tan vivo dolor, que le llegaba hasta las entrañas; pero el santo Hermano, vuelto á su Señor, con amorosos suspiros le pidió socorro en aquel trance, suplicándole mirase cuál estaba. Acudió al punto el amantísimo Jesus, y ahuyentando con su presencia aquel ejército infernal, consoló al atribulado religioso, sanóle las heridas, le quitó los dolores, quedando desde entonces el Beato Alonso libre de sus enemigos, con la gloriosa victoria que de ellos alcanzó.

Estas tentaciones, con que permitió Dios fuese probado su fiel siervo, fueron á la medida con que él se ejercitaba en todas virtudes, especialmente en la mortificación y penitencia, sin perder ocasion de darse disgusto, y de negarse cuanto pudiera darle algun contentamiento humano, aun en las cosas más mínimas. Pulgas, mosquitos, moscas y otras sabandijas, jamas las echó de sí. Pudiendo ir á un lugar por dos caminos, siempre escogia el más largo y de menor comodidad. Jamas se quejó de las mudanzas de tiempo, ántes se holgaba mucho más con el borrascoso, frio y excesivamente caluroso, que con el apacible, porque de este modo se le presentaban frecuentes ocasiones de padecer y mortificar su carne sin testigos.

Preguntándole uno cómo le iba con el calor y frio, spondió el fervoroso Hermano:—Fácilmente se pasa

todo esto; aquello del infierno es lo malo de llevar; líbrenos Dios de aquellos calores sempiternos, que arden sin menguar, y abrasan sin fin, pues todo lo de acá es regalo.

Puede muy bien decirse que fué perpétuo verdugo de su delicado cuerpo, sin darle en tiempo alguno ninguna manera de alivio, porque hasta en el dormir buscaba la postura que más le habia de afligir. Miró una vez inadvertidamente, y en una ventana que estaba léjos vió á su parecer una mujer; pero este descuido lo expió él con penitencia de muchos años. Fué cosa maravillosa, que en cuarenta y cuatro años no vió rostro de mujer advertidamente, á pesar de las innumerables veces en que se vió precisado á hablar con ellas por su oficio de portero.

Respecto al sentido del gusto no buscó cosa alguna en que le pudiese agradar, ántes bien pidió á Dios que se le ofreciesen ocasiones de padecer en él, y nuestro Señor se las daba muy colmadas, ordenando algunas veces que por descuido le diesen huevos podridos, calabazas amargas, y otras cosas semejantes, que él comia como si fuesen manjares sabrosos y delicados. Fué forzoso limitarle rigurosamente las disciplinas, cilicios y otras penitencias exteriores; mas él acudia cada mes al Superior á pedirle permiso para castigar más su carne; y si la dolencia llegaba á no darle lugar á usar de ellas le suplicaba se las conmutase en otras mortificaciones.

Toda esta guerra que hacia á sus gustos, nacia del odio santo con que se aborrecia, sintiendo bajísimamente de sí. Teníase por el mayor pecador del mundo; y el conocimiento que de su vileza le comunicó N. S. fué tal, que confesó él mismo de sí esto:—Una de mis grandes penitencias secretas es, que habiéndome Dios metido en

el propio conocimiento, me veo hediondo y abominable, y como tal me aborrezco, y no me querria ver ni oír de puro aborrecimiento que me tengo; y si pudiese huir de mi carne, enemigo tan malo, y ausentarme de ella á tierras muy lejanas, lo haria por no verla, ni saber de ella, lo cual me serviria de muy gran consuelo.

Es más de admirar la humildad del santo Hermano, porque algunos virreyes, obispos, magistrados y otros caballeros no hacian cosa alguna de importancia sin su consejo, porque los dejaba consolados y seguros de lo que habian de hacer. Llegó á tal extremo su encogimiento y humildad, que huia los favores y regalos de Dios, y pedíale que le llevase por diferente camino. Con este tan profundo sentimiento y aversion que se tenia á sí mismo, se holgaba con cualquier agravio, pena ó descomodidad que le venia; resplandeciendo siempre en él una paciencia invencible.

Venian en ciertos dias á cortar el cabello y afeitar á los religiosos unos barberos, y entre ellos un mancebo, que sobre ser liviano, era cruel y despiadado; cayó en sus manos el Hermano Alonso, y no le faltó en qué ejercitar la paciencia. Cortábale muchas veces al correr la navaja por las mejillas, ó con la punta de la tijera, y no era inadvertencia, sino deseo de probar si le podia sacar algunas palabras menos moderadas y compuestas. Mas Alonso sufria, estando tan ajeno de quejarse, que recibia con agradecimiento la injuria, no tanto con palabras, cuanto con acciones y alegría de su rostro. En sus enfermedades, aun cuando padecia dolores muy intensos de hijada ó cólico, estaba con admirable paciencia, sin quejarse, ni aun significar de palabra que le diesen pena. Una vez se le apareció Cristo muy lastimado y llagado, como lo estuvo en su Pasion, y uno á uno le dió á

conocer los tormentos y dolores de su espíritu que por todos habia ofrecido al Padre Eterno en el ara de la Cruz, y todo lo que por su bien habia padecido, exhortándole á su perfecta imitacion; y á su ejemplo, á llevar alegremente los trabajos de alma y cuerpo, sin dar muestra alguna de flaqueza, ni quejarse. El consuelo y alegría que experimentó entónces le duró mucho tiempo, y la memoria fresca del favor y doctrina de su Maestro perseveró con singular provecho suyo, y mucho deseo de padecer continuamente por su amor.

No fué ménos señalado en la pobreza, ántes bien se aventajó notablemente en ella, no estando contento sino cuando sentia sus efectos. Si por yerro ó por otra causa le quitaban alguna cosa, no abria la boca para pedirla. Sacáronle un dia con cierta ocasion la única silla que tenia en el aposento, y por olvido no se la volvieron, y estuvo un año sin ella, como estuviera hasta el fin de su vida, si pasado el año no se la hubieran llevado. Gran parte de sus apuntes están escritos en papeles desechados.

Su obediencia fué puntualísima, aprendida más del divino Espíritu, que sacada de enseñanza y razon humana. Llegó con el ejercicio continuo de esta hermosísima virtud á donde muy pocos, que fué á obedecer, no solo conformando su juicio con el del Superior, pero ni aun ofreciéndosele cosa en contrario. Dejó escritos de esta virtud altísimos documentos, y por haberla ejercitado recibió muchos y extraordinarios favores y regalos del cielo. De ella hicieron los Superiores varias pruebas con el siervo de Dios, y una fué enviarle de repente á Indias, y él echó luego á andar; mas llegando á la portería le mandaron volver. Preguntado qué se le habia ofrecido partiéndose á aquella hora, que era de noche, y qué hiciera

si no hallara bajel? Respondió:—No se me ofreció cosa sino cumplir lo que me ordenaban: y si no hallara bajel en que ir, yo me hubiera arrojado á las aguas, fiado en la santa obediencia.

El don que tuvo de oracion fué maravillosísimo, andando siempre en la presencia de Dios, sin poderse apartar un punto de ella. Para descubrirle el Divino Redentor lo mucho que le agradaba en este empleo, una vez, al abrir el santo anciano la puerta de la portería, se le apareció visiblemente y entró por ella, acompañado de su Madre Santísima y varios Angeles y Santos; y lo hizo el Señor en pago de la prontitud y devocion con que acudia todas las veces que le tocaban la campanilla de la portería, representándosele que le llamaba Jesucristo, á quien respondia siempre:—Señor, ya voy;—y así nunca apartaba su memoria de Dios.

Era devotísimo del SS. Sacramento; y no faltando á sus quehaceres, todo el tiempo restante lo empleaba en su adoracion. Por esto mismo tenia entrañable devocion de ayudar á Misa, hallándosele en todas las ocasiones no sólo pronto para ello, sino con tanto gusto, que se le echaba de ver en el contento y alegría que mostraba; y las ayudaba con tanta devocion y modestia, que la causaba en todos los que lo veian. Bien se lo recompensó el bondadosísimo Jesus, haciéndole muchos favores y regaladas visitas durante el santo Sacrificio de la Misa.

Tenia muy grande devocion á los Santos, pero, como es natural, la tuvo mucho más cordial á la Reina de cielos y tierra, María, tratando con ella y con su Hijo benditísimo, con tanta familiaridad como un hijo regalado con sus padres; que en esta cuenta de padre y madre los tenia. Díjole en varias ocasiones la Virgen Santísima palabras muy dulces: unas veces le decia:—*¿No quieres*

que te ame, hijo Alonso, amándome tú tanto?—¿Cuál estaría su corazon al oir palabras tan regaladas? Otras veces, en ocasiones que se le ofrecian de necesidades suyas y ajenas, en las cuales acudia por remedio á la Virgen María, le decia esta Señora:—Donde yo estoy no hay que temer, yo tengo á mi cargo tus cosas;—siendo muy de advertir que estos favores los recibia con mucha frecuencia.

Caminando un dia acompañando al P. Barrasa á un elevado castillo que hay cerca de Mallorca, por ser el tiempo caluroso, y la cuesta áspera, iba Alonso cansado, rezando poco á poco sus devociones, miéntras que le corrian por el rostro arroyos de sudor y lágrimas: mostrósele la Virgen con muy apacible semblante, como solia otras veces; y añadió á los ordinarios favores uno concedido á pocos Santos; y fué que con un finísimo lienzo le limpió el sudor del rostro, favor singular que le llenó el alma de celestial consuelo.

Tambien le hizo otro singular favor la celestial Señora cuando estando para comulgar se le ofreció un escrúpulo; acudió á Jesus y á María, su querida Madre, la que al punto se le apareció y le dijo:—*Hijo, no temas, que todo está ya perdonado;*—y allí mismo se le mostró Cristo dándole ósculo de paz, y dejando su alma bañada de inefable dulzura. En la fiesta de la Asuncion de la Virgen recibió diferentes visitas: una vez le fué mostrado el triunfo gloriosísimo con que fué recibida de todas las celestiales jerarquías, y sobre todo de la Santísima Trinidad.

Fué el B. Alonso muy particular devoto de su Purísima Concepcion, á la cual rezaba cada dia, entre otras oraciones, un Oficio breve que tenia en honor de este misterio; y la misma Virgen le declaró, que esta de-

vocion y oficio le eran muy aceptos. Rezaba tambien tantas veces el Rosario, que se le hicieron en los dedos grandes callos de pasarle. No podia el siervo de Dios hablar de la Santísima Virgen sin enternecerse, ni de la pureza de su alma en su Concepcion, sin particulares sentimientos de dulzura.

Le ilustró el Señor y esclareció con el don de profecía, por lo cual solia decir algunas cosas ausentes y venideras, con tan gran certeza como si las tuviera delante. Obró muchas maravillas en el discurso de su vida, la mayor parte para ejercitar la caridad, con la cual alcanzó de Dios para muchos salud y algunos años de vida, y no pequeños consuelos y bienes espirituales.

Hallábase un caballero herido en un brazo de un pistoletazo; estando ya desahuciado de los médicos y cirujanos, y avisado que no tenia remedio, recibidos los Santos Sacramentos, se dispuso para morir. Visitándole algunos Padres de Casa, y entre ellos el Padre Rector, pidió á este le enviase al Hermano Alonso, porque le daba Dios á entender, que por su medio le daria la vida que no le podian dar los remedios humanos. Acudió al punto el venerable Hermano, y pidiéndole el enfermo le echase la bendicion sobre sus llagas, se excusó con que no era Sacerdote.

Viendo frustrado su deseo, le pidió la mano, y él Santo Hermano se la dió, aunque con dificultad; tomola el enfermo, acercóla á la herida del brazo, y luégo sin otro remedio humano, sino fiado en las palabras que al despedirse le dijo, que fiando en Dios cobraria presto salud muy entera, tuvo esperanza de sanar en seguida; como efectivamente sucedió. Un estudiante estaba enfermo de lamparones; despedido de otros remedios vino al colegio, más á buscar consuelo en el Hermano Alonso que

á pedirle remedio; pero el santo anciano, compadecido de su mal, hizo sobre la parte enferma la señal de la Cruz, y á ella se siguió de repente la salud.

En las maravillas que obró nuestro Señor por este bendito Hermano, se puede echar de ver la grandeza de su caridad; y se puede añadir, que el amor de Dios y el celo de la salvacion de las almas, fueron dos alas con que el Hermano Alonso se remontó y subió á muy elevada santidad. Con las conversaciones espirituales, modestia y ejemplo, hizo en treinta años que fué portero, cosas admirables y conversiones milagrosas, adelantando á otros en mucha perfeccion. Todo el mundo era poco para su abrasado celo; y ya que no podia predicar á Cristo en todo él, hacia con tan gran fervor oracion por la conversion de todos los reinos de la tierra, y cuantas personas vivian en ella, que se ofrecia á padecer por cada una todos los tormentos del infierno por una eternidad, mereciendo por esto que le arrebatase Dios una vez en espíritu, y le mostrase todos los hombres del mundo, revelándole que con aquellos ansiosos deseos habia merecido tanto, como si en realidad hubiera convertido á toda aquella gente.

Repetia muchas veces trasportada su alma de inefable gozo:—Jesus y María, mis dulcísimos amores, muera yo, y padezca por vuestro amor; hacedme esta gracia, que sea todo vuestro y nada mio.—Con estas palabras, una y otra vez repetidas, disponia su alma para el gran incendio de amor, que andando el tiempo le comunicó nuestro Señor, tan sobre la comun medida, que muchas veces le apretaba tanto, que si no le templara Dios, ó le esforzara, aquel fuera para él el último dia de su vida; solia repetir muy frecuentemente:—No hay cosa mejor en esta vida, que lo que Dios ha dado á su Hijo, esto es,

trabajos y penalidades; y si los Angeles pudieran tener envidia, la tuvieran del que más padece por Dios. Y así, no hay mayor dicha en esta vida ni hombre más venturoso, que aquel á quien el Señor carga de trabajos.

A este grado de perfeccion y caridad habia llegado aquel dechado de perfectos religiosos á los ochenta y siete años de edad, habiendo empleado los cincuenta y tres en coger la mirra escogida de la continúa mortificacion, penitencia, humildad, paciencia, obediencia, oracion, caridad y demas virtudes. Convidábanlo á recibir la paga debida á sus merecimientos los Santos moradores del cielo, con los cuales trataba muchas veces, y más Cristo Señor nuestro y su Santísima Madre, que muy á menudo lo llevaban allá en espíritu, mostrándole la gloria que le tenian preparada. Pero al santo Hermano con aquella gloriosa vista se le encendia más el deseo de padecer, y repetia lo que toda su vida solia decir:—*Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*. Léjos de mí el gloriarme sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, con quien tengo clavada mi vida y toda mi alma, y en quien cifro mi contento y todo mi bien.

Todo el último año de su vida, á pesar de sus frecuentes achaques y enfermedad, tomó tres disciplinas cada semana, y pedia ayunar todos los dias de ayuno; de suerte que la gravedad de sus dolores no fué parte para remitir el rigor de su penitencia y mortificacion. Como nada bastaba para satisfacer la grande hambre que tenia de padecer por Cristo, el mismo Señor con grande benignidad le colmó sus deseos, para que su muerte fuese muy preciosa en su divino acatamiento; pero tres dias ántes de su dichosa muerte, habiendo recibido el Santísimo Sacramento, y hallándose ocupado

en dar gracias por tan singular beneficio, pararon de repente todos sus dolores, se le puso el rostro hermoso como de ángel, y le elevó el Señor con un dulcísimo raptó, en que estuvo tres dias enteros, gozando de los consuelos que el Señor le habia prometido para la hora de su muerte.

La noche del último dia de octubre de 1617 despertó de aquel raptó y maravillosa quietud, con un dulcísimo Jesus en la boca, y el pulso empezó á faltarle por momentos. Estando el aposento lleno de religiosos, que oraban por él, y acabada de rezar la recomendacion del alma, abrió los ojos, y miró á todos con vivo y alegre semblante, como despidiéndose de los presentes; volviéndose despues al Crucifijo, inclinó la cabeza para adorarlo, y diciendo el dulce Nombre de Jesus le entregó su alma.

Fué cosa bien maravillosa que no oyéndose de léjos la campana, en un punto se supo y dijo por toda la ciudad, que el Hermano Santo habia muerto; y era admirable ver la honra que al cadáver de un humilde coadjutor de la Compañía de Jesus, que en vida no tuvo letras ni autoridad alguna, dispensaba á porfía todo el estado eclesiástico, y desde el Virrey hasta el más ínfimo del pueblo. Obró el Señor muchos milagros por su intercesion, ántes y despues de enterrado su sagrado cuerpo, y por medio de los objetos que muchas personas habian tomado por reliquias. Su cuerpo se venera en la iglesia de Montesion.

Clemente XIII declaró ser sus virtudes en grado heroico, en 25 de mayo del año 1760, y en el de 1825, Leon XII le dió el título de Beato.

VIDA
DEL
BEATO PEDRO CLAVER,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS ¹.

Nació el Beato Pedro Claver el año de 1585 en la villa de Verdú, del obispado de Solsona, en Cataluña. Su padre se llamó Pedro Claver, y su madre Ana de Sobocano, de noble sangre, por ser este apellido de Claver de los más ilustres de aquel Principado. Criaron á su hijo en el temor del Señor, enseñándole desde la cuna la virtud; y como, por otra parte, era dócil y bien inclinado, crecía más en la virtud que en la edad.

Le enviaron á Barcelona al colegio que en ella tenían los Padres de la Compañía, donde aprendió latinidad y retórica, en que salió aventajadísimo; pero lo que más importa es, que se esmeró en las virtudes, siendo un perfecto dechado de todas ellas. Aficionado á la Compañía por el trato con sus maestros, pidió entrar en ella, y como ya le conocían los Superiores le recibieron el 7 de agosto de 1602, siendo de diez y siete años. Empezó su noviciado con indecible fervor en Tarragona, desco-

¹ La Novena está en el núm. 13 del apéndice.

flando como generosa planta entre todos los demas, dando copiosísimos frutos de santidad y perfeccion, de suerte, que desde sus primeros años dió á todos ejemplo de madurez en la virtud, siendo acabado modelo de observancia religiosa.

Terminado el noviciado, le enviaron los Superiores á Gerona, donde estaba el Seminario, para perfeccionarse en las letras humanas; salió insigne retórico, y aprendió la lengua griega con mucho primor. Habiéndole destinado en 1605 á Mallorca, donde debia estudiar filosofía, se embarcó en Barcelona con gran gozo de su alma, por el deseo de ver y comunicar al Beato Hermano Alonso Rodriguez, haciéndose discípulo de tan insigne maestro en la ciencia altísima de la perfeccion, que es la verdadera sabiduría, y la de más estima en los ojos de Dios. Y así en llegando á Mallorca, y en dando la obediencia al Superior de casa, lo primero que hizo fué visitar al santo Hermano y pedirle su direccion. Descubrióle su corazon, y los deseos con que venia de adelantarse en la ciencia del espíritu, de lo cual tuvo el Beato Alonso mucho gozo, y como buenos Hermanos se concertaron de encomendarse á Dios, y tratar entre sí las cosas del espíritu, aprovechándose ambos, y avivando las llamas del amor divino, que ardia en sus pechos.

Con la familiar comunicacion creció el amor que el beato Hermano le tenia, y le encomendaba á Dios en sus fervorosas oraciones. Orando un dia con mayor afecto por su buen discípulo, fué llevado en espíritu á la corte del cielo, donde vió los coros de los Angeles y de los Santos bienaventurados en compañía del Cordero, y en medio una silla de mucha gloria y resplandor; y admirándose de verla vacía en medio de aquellos tronos, le fué significado, que estaba preparada para su discípulo

Pedro Claver, porque habia de ir á las Indias, donde convertiria muchas almas á la fe de Jesucristo.

Cesó la vision, y el hermano volvió á sus sentidos lleno de gozo por lo que habia visto, y con nueva estima de su santo discípulo, á quien preguntó amigablemente si habia tenido intentos de ir á las Indias, y si lo habia pedido á los Superiores. El Padre Claver respondió—que hasta entónces no lo habia pedido, si bien habia tenido siempre en grande estima aquel empleo, como tan útil á las almas, y glorioso para la Compañía.—Pues encomiéndelo á Dios, le replicó el beato Hermano, y mire si se anima á representarlo á los Superiores, pues á mí se me ofrece, que le quiere Dios para las Indias.—No fueron necesarias más exhortaciones; pidió luego á los Superiores, que le enviasen á aquellas misiones; y aunque no se lo concedieron por entónces, el santo Hermano le aseguró que iria, y que Dios le daria su gracia para que hiciese gran fruto en las almas de los indios.

Acabado el curso de filosofía, le mandaron ir á estudiar teología en Barcelona, donde continuó con muchas más veras en el camino de la perfeccion, dándose de lleno á la mortificacion y penitencia, y á la oracion, con tanto fervor, como si entónces empezara su noviciado.

Llegado el año de 1610, hizo nuevas instancias á los Superiores para conseguir el deseado permiso; y en efecto, le señalaron para la provincia del Nuevo reino de Granada, á donde se partió con sumo gusto, dejando en todas partes suave olor de santidad. Veinticinco años tenia cuando llegó á Cartagena de las Indias, donde fué recibido de los nuestros como si fuera un ángel del cielo, pasando en seguida á la ciudad de Santa Fe para acabar sus estudios, en los cuales gastó otros tres años, pasados los cuales volvió á Cartagena, y allí se ordenó

de Misa el año de 1616. Con la nueva dignidad parece que se mudó en otro hombre, empezando otro género de vida perfectísima, poniéndose nuevas leyes de grande observancia, mortificacion y penitencia. Dijo siempre la Misa como la primera, con exquisita preparacion, atencion y recogimiento; y despues de acabada daba gracias muy despacio, gozando de la presencia de aquel Divino Señor que habia venido á su alma. Rezó siempre el Oficio Divino con notable reverencia y atencion á las palabras que pronunciaba.

Llegando á los treinta años de su edad empezó á predicar, siguiéndose de sus sermones el fruto que era de esperarse de su abrasado celo, saliendo sus palabras como saetas encendidas en el fuego que ardía en su corazon. Predicaba en casa, en las parroquias, en las calles y plazas, sin dejar ocasion alguna en que pudiese ganar alguna alma para Dios. Hacia doctrinas á los niños, y enseñaba á los negros y esclavos las verdades de nuestra santa fe; visitaba las cárceles y hospitales, consolando y doctrinando á todos, y dándoles pasto á sus almas, y procurando juntamente el de sus cuerpos, con limosnas y regalos. No se limitaba su celo á sola Cartagena, ántes bien se extendía á los pueblos comarcanos, á los cuales salía, y predicaba á los labradores y jornaleros, atrayendo á todos al servicio de Dios, no ménos que por medio de sus conversaciones ordinarias, pues como tan fervorosas, eran un continuo sermon, que encendía á cuantos trataba en el fuego del amor de Dios.

En el confesonario era tan puntual, que al amanecer se hallaba ya en él, recibiendo á todos con entrañas de bondadoso Padre para atraerlos á Dios, y no le dejaba hasta que no habia quién se quisiese confesar. Como era tan penitente, y gastaba lo más de la noche en oracion,

y la tierra es calurosa, acontecia muchas veces desfallecer y faltarle el sentido en el confesonario, pero no el fervor; y así le sacaban en brazos á repararse un tanto.

Si habia alguno condenado á muerte allí estaba el P. Claver, asistiéndole, consolándole y moviéndole con poderosas razones á deseos de los bienes eternos, y desprecio de todo lo temporal, animándole con el ejemplo de Cristo á llevar el último suplicio con paciencia, y á merecer con él la gloria, moviéndole á fervorosa contrición.

Habia en Cartagena un moro, á quien por espacio de veinticuatro años, que allí estuvo libre, habian exhortado muchas personas, á que dejase su falsa secta abrazando la Ley santa de Cristo; pero él, obstinado en sus errores, nunca quiso hacerse cristiano. Dió la casualidad que el moro hacia oficio de verdugo cuando el Padre Claver ayudó á bien morir á un ajusticiado; y como estaba tan á la vista, atendió mucho á la caridad y celo con que le asistió en aquel trance. Quedó tan admirado y movido, que sin detenerse un punto, convencido con su ejemplo, se arrojó á sus piés y le pidió que le instruyese en la fe de Jesucristo, porque se queria bautizar y profesar la religion que él profesaba, pareciéndole imposible que no fuese buena ley, la que enseñaba y practicaba tal género de caridad para con sus prójimos: siendo más eficaz el ejemplo del Padre Claver para convertir aquel infiel, que las exhortaciones de tantos hombres doctos por espacio de veinticuatro años. El buen Padre le abrazó, le catequizó y bautizó, contento sobre manera de haber ganado dos almas, conduciendo al ajusticiado al cielo, y atrayendo al verdugo al conocimiento y servieio de Dios, en que perseveró hasta la muerte.

En las misiones que hacia, iba á pié todo el camino, llevando el breviario y algunos rosarios y objetos piadosos que repartir á los negros y esclavos. Su cama era el duro suelo, su comida un poco de arroz cocido en agua, y por grande regalo añadia tal vez un plátano. Predicaba al anochecer y al amanecer á los esclavos, y por la noche los confesaba; y el dia le gastaba con los españoles y naturales de la tierra, instruyéndolos en las verdades de nuestra santa fe, y obligaciones de cada uno: despues visitaba y confesaba á los enfermos. Como era tan amable, bajaban de los montes los negros huidos, y se ponian en sus manos para que los reconciliase con sus amos, y el Padre los recibia y regalaba como si fueran sus hermanos, logrando por este medio ganar muchas almas. Y no eran estas solas las misiones que hacia, porque durante el tiempo que estaba en la ciudad predicaba por los arrabales de ella.

Conociendo los superiores el fervor de su espíritu, le encargaron el ministerio más apostólico que hay en aquella tierra, que es el de convertir, catequizar y bautizar á los negros y esclavos, que traen á aquella ciudad de las costas de Africa. Son estos en tanto número, que el año que vienen ménos, pasan de ocho ó nueve mil, sin otra gran partida de moros y herejes que llegan á la misma ciudad en todas las flotas y galeones; y como son tan bozales, y tan obstinados en sus errores, y las lenguas de unos y otros tan diferentes, es suma la dificultad de enseñarlos, y convertirlos á la fe verdadera.

Ejercitó el B. P. Claver este ministerio con grande espíritu, y con tan crecido fruto, que en 37 años bautizó más de 210.000 negros, sin otra gran suma de moros que convirtió á nuestra santa Fe, y fuera de estos cate-

quizó al pié de 400.000, que no tenían de cristianos más que solo el nombre. En llegando á Cartagena algun navío de negros, los iba á recibir cargado de muchos regalos, y les daba la bienvenida, disuadiéndolos del error en que estaban, de que los traian para matarlos y hacer pólvora de sus huesos; acariciábalos, y les daba frutas y vino, y algun buen refresco, con que les ganaba la voluntad. En saltando en tierra, iba á sus casas, y lo primero procuraba convertir y bautizar á los enfermos, y bautizar á los niños recién nacidos, y luego empezaba la enseñanza de los sanos, predicándoles y enseñándoles el camino del cielo, continuando hasta convertirlos y bautizarlos á todos, visitando para esto todas las casas donde sabia que vivian algunos.

Entre otros notables casos que le sucedieron, fué uno el de una negra infiel, que halló en un establo boqueando y casi muerta, el cuerpo frio y sin muestras de sentido. Dolióse mucho el piadoso P. Claver de ver morir aquella pobre sin bautismo; y como quien entra en lucha con el demonio, empezó á batallar por sacarla de sus uñas, y llevársela al cielo. Hizo lumbre, trajo aromas y vino, y tantas diligencias hizo por espacio de cinco horas, que la negra cobró calor, volvió á sus sentidos, y habló; entónces la catequizó, bautizó, y confortó y ella voló del Bautismo al Cielo, con suma alegría del misionero, por haber sacado á aquella alma de las prisiones del infierno.

Trajo Dios á los piés del P. Claver para que la remediasse y sacase del infierno á una negra, de casi cien años, que habia vivido todo aquel tiempo con opinion y fama de buena cristiana, confesándose, comulgando y acudiendo como los demas á oir Misa y sermon, y á rezar, pero que no estaba bautizada, y ella por la honra

mal entendida, lo habia encubierto siempre, no obstante que padecia continua guerra del gusano de su conciencia, que le remordia perpétuamente. Por fin, una noche se le aparecieron Cristo nuestro Señor, y la Santísima Virgen, y mirándola con ojos airados, la reprendieron porque no se bautizaba, amenazándola con eternos castigos si dilataba más su conversion. Quedó atemorizada; y como la cierva acosada de los cazadores, vino al Padre Claver, y le contó lo que le habia pasado, y que cuando la trajeron de Angola, la habian preguntado si queria ser cristiana: ella respondió que sí, y le dijeron, pues llámate Juana, y así se habia quedado sin recibir el agua del Bautismo. Entonces el Padre Claver la bautizó, y la instruyó en lo que le convenia, y de esta suerte la sacó de su ciego error, poniéndola en el verdadero camino de salvacion.

Llegaron un año de varias partes tantos navíos cargados de negros, que llegaron éstos á diez mil. Juntóse á esta flota otra de navíos ingleses, y de la ciudad, y no cabiendo en ella la gente, vivian muchos en los navíos y en los campos. Con la muchedumbre faltaron los mantenimientos, y con las incomodidades perdieron no pocos la salud, y se encendió tan grandísima peste, que no hubo casa libre del contagio. Los hospitales y navíos estaban llenos de apestados, sin poder hallar quién los curase ni sacramentase; pero aquí fué donde se hizo rico nuestro Padre Claver, empleando todo su caudal en esta mercadería del cielo; porque se entregó con todas sus fuerzas á la cura de tantos enfermos, y á la salvacion de las almas. Repartió á los del Colegio por las estancias de la ciudad, encargando á unos la tierra y á otros la mar; tomó para sí los hospitales y las casas de los negros; juntó cuantas limosnas pudo, acudió

por sí y por los de la Compañía al remedio de todos con admirable caridad, dándoles el sustento del cuerpo y el del alma, y hubo un día en que fué preciso sacramentar á más de quinientos. En esta feria de nuevo género ganó para Dios á muchos infieles; pues en bautizándolos, volaron al cielo; tambien redujo á muchos ingleses de la herejía á la fe católica.

Tres meses duró aquel terrible y pertinaz contagio, en que trabajó el buen Padre de día y de noche en servicio de los apestados, con increíble esfuerzo, y tan continuo trabajo, que todos juzgaron excedia los límites de la naturaleza, y que Dios le aumentaba las fuerzas milagrosamente, para servir á tantos sin admitir ningun descanso. Entre otros redujo á la fe, á un Arcediano de Lóndres, de muchas canas y autoridad, maestro de la herejía y gran predicante de los herejes, el cual se convirtió en vista de la inmensa caridad que vió en el Padre Claver, y en los otros Religiosos de la Compañía, siendo él á su vez parte para reducir otros muchos á la fe católica.

Habia en el Hospital un negro casi podrido, y le tenían en un aposentillo retirado, porque no inficionase á los demas; pasó por allí el Padre Claver, y sintiendo el mal olor, tapóse las narices por el horror que le causó; mas corrido de su repugnancia se retiró á un lugar secreto, y tomó una recia disciplina, por la poca caridad que habia tenido con su prójimo, pidiendo á Dios gracia para vencer la repugnancia que sentia hácia aquel enfermo. Acabada la disciplina entró con ánimo varonil donde estaba el enfermo, le descubrió las llagas, sufriendo el mal olor que despedia de ellas; y para mayor victoria de sí mismo, puso sus ojos y su boca en ellas, y con gran valor las lamió con su lengua, como

lo hicieron algunos Santos. Con aquel acto verdaderamente heróico, venció de tal modo la repugnancia de la naturaleza, que de allí adelante no tuvo dificultad en llegar á los enfermos, por muy llagados que estuviesen, y aun le vieron, no una, sino muchas veces, acercar su boca á las llagas podridas de los negros, con admiracion y notable edificacion de todos.

Más de 30 años fué confesor del colegio, confesando á los religiosos de casa, y á los criados y domésticos, haciéndoles pláticas y exhortaciones. Tuvo tambien algunos años el cargo de maestro de Novicios; llevábalos consigo á los hospitales á barrer y hacer las camas, y curar los enfermos, amaestrándolos en este santo ministerio. Fundó algunas congregaciones de negros, para mayor firmeza en la fe, y devocion al Redentor y á su Santísima Madre, enseñándoles á frecuentar los Sacramentos: obra de gran provecho para sus almas, y de no pequeña edificacion para los fieles. Otras muchas ocasiones se le ofrecian en que dar libre expansion al celo, y era cuando llegaban los galeones de España, y abordaban las naves del Perú con la plata, llenándose Cartagena de forasteros, que parece beben como agua los vicios, dándose desenfrenadamente á ellos. Al nuevo torrente de pecados se oponia el Padre Claver, predicando por calles y plazas, haciendo doctrinas con que refrenaba á los viciosos, y teniendo siempre cierta una gran cosecha de almas para el cielo. Porque muchos se convirtieron por su predicacion, de manera que dejaron el mundo y se hicieron religiosos, dando mucha gloria á Dios por su vida ejemplar, y ardiente celo por la salvacion de las almas.

En aquellas flotas ganó para Dios á muchos herejes que llegaban enfermos, porque llevándolos al hospital los asistia y curaba con tanta caridad, que les cautivaba

las voluntades: y ganadas estas, fácilmente tenia entrada en sus almas, procurándoles el conocimiento de la verdadera religion. Veinte años continuos cuidó de una pobre negra enferma y desamparada, llevándole comida, medicinas y cuanto habia menester. Lo mismo hizo con otro pobre tullido, que supo estaba desamparado.

Hizo la profesion solemne de cuatro votos el dia 3 de abril de 1622, con más devocion que ostentacion, reconociéndose por el nuevo grado más obligado á la observancia regular, y á los votos que habia hecho. Fué en su guarda un espejo de observancia á todos los religiosos, porque en 52 años de religion no hubo quién le viese quebrar ni aun la más mínima regla, ni la menor ordenacion del Superior.

Con tanto extremo observó el P. Pedro Claver el voto de pobreza, que parecia nimio en ella, viviendo siempre en el más estrecho y vil aposento del colegio; sus muebles todos eran pobrísimos: tenia por cama una manta vieja sobre una tabla; su silla era un pobre serijo; los objetos de piedad se reducian á una estampa de papel, de Nuestra Señora, y una cruz, con una medalla de San Ignacio; del mismo breviario con que se ordenó de epístola se sirvió hasta que murió, estando al fin tan viejo y roto, que apenas tenia forma de libro: no era mejor el sombrero, manteo y sotana. Nunca se puso cosa nueva; y una vez que el superior le ordenó que se vistiese una sotana nueva, fué su afliccion tal, que no le pudieron consolar, porque decia él:—¿cómo puedo conversar con los pobres estando ricamente vestido?—Y viéndole tan afligido, mandó el Superior le diesen una sotana vieja, con que el Siervo de Dios quedó muy contento.

No fué menor su obediencia que su pobreza, ni me-

nor su observancia en este que en aquel voto; porque si quisiéramos pintar un perfecto obediente, habíamos de pintar al Padre Claver, el cual obedeció siempre á sus Superiores con sumo rendimiento de voluntad y entendimiento, y con toda puntualidad, persuadido de que no obedecía á hombres sino á Dios. ¿Qué diremos del voto de Castidad, y de las diligencias que hizo para guardarle? No hubo hombre tan enemigo de otro, como el Padre Claver lo fué de sí mismo; porque en primer lugar guardó purísima la entereza de su cuerpo y alma, murió vírgen como habia nacido, y desde niño hasta que murió no perdió la gracia bautismal.

De las penitencias con que afligió su carne para sujetarla al espíritu habia mucho que decir, porque á falta de tiranos que le diesen el martirio, que tanto deseó y procuró, él mismo se hizo Neron de sí mismo, sin dejar parte alguna de su cuerpo, que no martirizase con particular tormento. Nunca usaba lienzo, sino una cota larga de cerdas ásperas, que le vestia todo el cuerpo; para los brazos tenia otros cilicios, siendo para él descanso padecer por Cristo. Ningun dia se le pasó sin tomar una sangrienta disciplina; recostaba sus molidos huesos sobre una pobre estera, y los últimos años tomó por cama el duro suelo: en llegando á su aposento se ponía una corona de espinas, que le clavaba las sienes.

Aunque se esmeró cuanto pudo en adquirir todas las virtudes, pero en la humildad especialmente parece que sobresalió, y venció á muchos en ella. Porque no hay hombre tan ambicioso de honra, que tantas y tan grandes diligencias haga para conseguirla, como el Padre Claver hizo para huir de ella, y ser despreciado y abatido. En la religion tomó siempre el oficio más bajo; y cuando los ministerios le daban lugar, se iba á ayudar

al cocinero á fregar, barrer y traer leña, á lavar los vasos y jarras, y limpiar los cuchillos; al despensero á traer lo necesario de los desvanes, cargándose la carne y el pescado sobre sus hombros; y así ayudaba á los demás en sus oficios, rogándoles le ocupasen en ellos.

Aunque tuvo aventajados talentos para predicar y enseñar; singular prudencia para gobernar; y pudo ocupar los más autorizados púlpitos y cátedras de la Compañía, y ejercer los cargos de más importancia en ella: todos sus talentos los sepultó, poniendo suma diligencia en encubrirlos, y ocuparse en el oficio humilde de enseñar la Doctrina cristiana á los niños, á los negros y gente ruda. Tuvo tan bajo concepto de sí, que se miraba siempre como á un cuerpo muerto, hediondo y lleno de gusanos. Iba por las calles cargado de escobas y espuertas, á barrer los hospitales, gozándose de que le tuviesen en poco, y por uno de los más viles del mundo, hasta posponerse á los mismos esclavos. Los humildes son muy pacíficos y sufridos, y la paciencia de este siervo de Dios fué invencible, como incontrastable su humildad. No le faltaron frecuentes ocasiones de ejercitarse en ella, unas veces por medio de los de casa; otras por los de fuera; otras por sí mismo, enviándole el Señor grandes enfermedades y trabajos, todos los cuales llevó con suma paz, alegría y paciencia, como dones de la mano de Dios.

¿Qué diremos de su oracion sino que acudia á ella como el sediento á una fresca y cristalina fuente? Recogíase al principio de la noche á tomar un breve reposo; de ordinario se levantaba á la una; tomaba luégo una sangrienta disciplina, se ponía la corona de espinas en la cabeza y la soga al cuello, é hincando las rodillas desnudas en tierra, y tomando el Crucifijo en las manos,

se ponía en oración, en la cual perseveraba hasta las seis ó siete de la mañana, hora en que salía á los ministerios. Varias veces le vieron absorto de sus sentidos, levantado en el aire y cercado de resplandor.

Era devotísimo de la Pasion de Cristo, y del SS. Sacramento; acudía siempre que podía al templo para adorar á su Divina Majestad, deseando que todas las criaturas estuviesen siempre en su presencia alabándole, como le asisten y alaban los Angeles en el cielo.

No fué menor la devocion que profesó á la SS. Virgen, á quien desde sus tiernos años reverenció como á Reina y reconoció por Madre, amándola con amor de hijo, acudiendo como tal á su altar en todas sus necesidades, segun lo habia aprendido del santo Hermano Alonso Rodriguez. Todos los dias le rezaba el Rosario entero de quince dieces, y procuraba imprimir esta devocion en los corazones de todos, siendo la primera que enseñaba á los negros que bautizaba. Tuvo tambien singular devocion á San Ignacio, y traía una medalla en que estaba su imagen, la cual aplicaba á los enfermos, obrando cosas maravillosas, que las atribuía á los méritos é invocacion de su Santo Padre.

Comunicóle Dios el espíritu de profecía, dándole luz para conocer las cosas futuras, y las ausentes y ocultas á los ojos de los hombres. Hallándose en una mision halló un negro, más negro de alma que de cuerpo, porque habia soltado la rienda á sus apetitos, viviendo con grande escándalo de toda la tierra: amonestóle el Padre Claver que se enmendase, amenazándole, si no lo hacia, con la Justicia divina, la cual experimentaria presto en su persona. No se aprovechó el obstinado pecador de sus amenazas, mas Dios hizo que se verificasen, porque á pocos dias, pasando por cerca de unas lagunas, le aco-

metieron unos caimanes, le hicieron pedazos, y se le comieron vorazmente, quedando los indios con espanto y temor de la Justicia divina, que tan de contado castiga á los pecadores empedernidos en sus vicios. Otros muchos casos se refieren en su vida que prueban lo mismo, no siendo el menor la profecía de su muerte, que hizo algunos dias ántes de morir, y se cumplió como lo habia profetizado.

Muchos son los milagros que obró el Todopoderoso por medio de este su siervo fidelísimo, así en vida como en muerte, honrándole su Divina Majestad al paso que él se esmeró en su servicio. El primero fué la resurreccion de una negra. Enfermó esta gravemente, y estando en los últimos alientos de la vida, enviaron á llamar al Padre Claver para que la ayudase á bien morir. Acudió el Padre, pero cuando llegó la halló ya cadáver. Sintiólo mucho, y movido á compasion, se hincó de rodillas junto á la difunta, y rogó á Dios por ella. Una hora larga perseveró en la oracion, hasta que la difunta dió muestras de vida, moviéndose y diciendo:—*¡Jesus, qué cansada vengo!*—el Padre le dijo, que pues Dios le devolvía la vida, se confesase despacio, y dispusiese su alma.—Mandó el Padre salir á todos, y quedóse sólo con la negra, á la cual preparó y examinó, y por el discurso de su confesion conoció que no estaba bautizada, aunque vivia como cristiana veinte años habia; la bautizó con grande gozo de su alma, asistiendo los de su casa, y expirando esta dentro de medio cuarto de hora, fué á gozar de las moradas eternas, habiéndola restituido Dios á la vida durante aquel espacio de tiempo, por los méritos y oracion de su siervo.

Cuatro años estuvo el Padre Claver cargado de enfermedades y dolores en el colegio de Cartagena, ántes

de su muerte, preparándose para ella, purificándole Dios en el crisol de la paciencia con el fuego de tantos trabajos. Hubo peste en aquel tiempo, y con ella la falta de todo lo necesario, no sólo para la cura de sus enfermedades, sino para el sustento de la vida: porque como todos padecian, ninguno podia compadecerse del otro; y como el buen Padre estaba baldado de piés y manos, necesitaba de ayuda para cualquiera accion humana. Pero el Señor, que si bien prueba á los suyos en la piedra del toque de los trabajos, nunca los desampara del todo, proveyó de ayuda á este su siervo, dándole dos negros de los que habia bautizado, que le acudiesen y sirviesen con más caridad que sabiduría, porque eran bozales y de poca habilidad. De estos se valia el siervo de Dios para levantarse, vestirse, salir del aposento é ir á la iglesia para oir las Misas que se decian, confesarse y comulgar todos los dias que no pudo decirla él.

Aunque estaba tan impedido de los miembros, no le faltaban fuerzas para servir á los otros, confesando á los de Casa, á los negros, y á los que venian de fuera; y las veces que mejoraba salia á confesar los enfermos, ejercitándose hasta la muerte en obras de caridad.

En estos ejercicios le halló el año de 1654, quando por agosto llegó la flota de España á Cartagena; y en ella un Padre, predicador del rey, que le sucedió en su oficio de catequizar los negros. Todos se persuadieron que habia tenido del cielo aviso de su muerte; porque empezó á prepararse con mayor fervor, certificando á muchos, que sería muy presto su partida. Despidióse de los hijos de confesion, exhortándolos á que tomasen otro Director espiritual, porque él se partia al cielo; noticia que escucharon con lágrimas y sollozos, pidiéndole des-

pues su bendicion, como Eliseo á Elías cuando este se partió al cielo. El dia 6 de setiembre le acometió una lenta calentura; y reconociendo él, que era la precursora de su cercana muerte, se hizo llevar á la iglesia, y puesto de rodillas recibió con suma devocion el santo Viático, deramando arroyos de lágrimas, en las cuales le acompañaron sus hijos. Volviéronle á su aposento, y como al dia siguiente se le agravase la calentura, pidió la Extremauncion, y recibida esta, suplicó le dejasen á solas con Dios.

Finalmente, el lunes, 8 de setiembre, á las dos de la mañana, dia de la Natividad de Nuestra Señora, cercado de los otros religiosos, que de rodillas le decian la recomendacion del alma, acabó esta mortal vida, para empezar la eterna, con la quietud y paz con que siempre habia vivido.

Cuál fuese la constante opinion en que se le tenia, adquirida con heróicos actos de altísimas virtudes, y con obras milagrosas que Dios obró por su medio, se echó bien de ver así que murió. La ciudad de Cartagena juntó Cabildo en sabiéndolo, y decretó tomar por su cuenta el entierro y honras solemnísimas, corriendo ella con todos los gastos. De todas partes acudia gente en tropel á venerar su cadáver, resonando por do quiera estas voces:—*¡Vamos al Santo; vamos á ver el Santo!*

Calles y plazas se llenaron de personas, que por ser tantas no podian llegar hasta el Colegio, y se empujaban unas á otras para tener la dicha de ver al siervo de Dios; tanto, que porque no sucediesen desgracias acudió el Gobernador con guardias para establecer cierto órden, á fin de que todos pudiesen satisfacer sus piadosos deseos, evitando los atropellos, confusion y vocería de los

grandes concursos, ávidos de conseguir un fin muy apetecido.

Tenia el santo religioso cuando murió sesenta y nueve años, de los cuales pasó cincuenta y dos en la Compañía. La Santidad de Pío IX le puso en el catálogo de los Beatos el año de 1830.

VIDA Y MARTIRIO
DEL
BEATO ANDRES BOBOLA,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS ¹.

El Beato Andrés Bobola nació el año de 1592 en Polonia, en el Palatinado de Sandonuria, de una familia de las más ilustres del reino. Pasó la niñez con la inocencia de un ángel, dócil á sus mayores, propenso sobre manera á la imitacion de las virtudes de sus padres, muy devoto, y afecto á las prácticas de piedad.

Jóven ya, empezó á estudiar en un colegio de la Compañia de Jesus, donde en breve aprovechó tanto en virtud y letras, que podia servir de modelo á aquella noble juventud.

Siendo de diez y nueve años volvió las espaldas al mundo, resuelto á entrar en la Compañia de Jesus, en la cual fué recibido el 31 de julio de 1611. Atendió durante el noviciado al logro de la perfeccion y de todas las virtudes, especialmente de las más propias de la sublime gloria á que el Señor le habia destinado: estas eran gran sed de humillaciones y padecimientos, y celo ardentísimo de la salvacion de las almas.

¹ La nove na está en el núm. 14 del *Apéndice*.

Concluidos los dos años de noviciado fué destinado á estudiar filosofía en el colegio de Vilna, y á los tres años empezó á enseñar gramática. Satisfechos plenamente los Superiores de su humildad, obediencia y celo de la gloria de Dios, de que tantos ejemplos habia dado en los dos años que enseñó gramática, no le hicieron aguardar más la prosecucion de sus estudios, y así el año 1649 le llamaron de nuevo á Vilna, para que emprendiese la teología. Correspondieron los adelantos á su privilegiado talento, y á la luz particular que le infundia el Señor, con quien tenia comunicacion íntima en todo tiempo y lugar, pudiendo decirse que su mente no se ocupaba jamás en cosa que no se refiriese á Dios.

Ordenado de Sacerdote el año de 1622, fué enviado por los Superiores al colegio de Niesvyz, para hacer el año de tercera probacion. Tuvo el Padre Andres por compañeros en aquella palestra de virtudes, á hombres de gran corazon y de eminente virtud, pero con todo eso llamaba la atencion universal por el fervor extraordinario con que se dedicaba, no ménos á los ejercicios religiosos propios de aquel año, que á medrar día por día en las virtudes más necesarias á su vocacion, principalmente en el desprecio de sí mismo, obediencia perfectísima, y celo puro y constante de la mayor gloria de Dios.

Llegó, finalmente, el tiempo de emplearle en los ministerios, y fué destinado en 1624 á la Casa Profesa de Vilna, para que mantuviese á aquel pueblo en la adhesion sincera á la Iglesia católica, y en la santidad de costumbres, propia de quien hace profesion de ser su hijo legítimo. Desempeñó el cargo de predicador en la iglesia de San Casimiro, de la cual fué Prefecto algunos años, con gran provecho de toda clase de personas;

siendo constante é incansable en el confesonario, recibiendo á todas horas un sinnúmero de penitentes, instruyéndolos y consolándolos con solicitud de padre. Siempre se le encontraba pronto á acudir con el posible socorro, y con el consejo á quien sabia haberlo menester: todo su placer era que le llamasen al hospital para asistir á moribundos, ó confesar enfermos, y más cuando eran pobres, abandonados ó repugnantes por su miseria y dolencias.

Tenia sus delicias en la Congregacion llamada de la Asuncion, la que dirigió por diez años, no habiendo industria que no practicase para santificar á los congregantes, y promover en ellos la devocion á su amable Abogada y Patrona, porque se hallaba dotado de singular gracia para esta clase de ministerios, por lo cual en varios tiempos y en muchos colegios desempeñó el cargo de Prefecto de las Congregaciones de la Virgen.

Era amado de todos, y en las conversaciones privadas como en los sermones, oído con universal complacencia, y buscado á porfía hasta de los primeros personajes de la ciudad. Con la afabilidad admirable de su trato atraia muchos á sí, y con la dulzura é industrias de que se valia para inspirar y nutrir en los corazones la devocion á la Virgen, de quien era amantísimo, estimuló á no pocos á pretender la entrada en la Compañía y en otras órdenes religiosas.

Habiéndose declarado el año de 1630 la peste en Vilna con tanta crueldad, que murió la mayor parte de sus habitantes; en medio de aquel terrible estrago se dejaba ver el Padre Bobola, pródigo de su vida por atender al servicio espiritual y corporal de los apestados: no se separaba un momento de los atacados entre la clase más abandonada y menesterosa, ó de los ricos y nobles mé-

nos dispuestos á hacer servir la dolencia corporal para beneficio de sus almas. Jamás se negó á persona, ni á fatiga alguna, por grave que pareciese, lo mismo de noche que de dia, aunque le llamasen de improviso, sin cuidar del alimento ó del reposo, sino cuando la naturaleza desfalleciendo se lo pedia imperiosamente.

En 1634 le nombraron Superior de la Residencia de Bobruiski, en la que vivió cinco años. Predicaba en la iglesia de Casa y en la parroquia, animando más que con palabras con el ejemplo á los otros Padres, que se reputaban dichosos por tener á la cabeza un hombre tan grato á los ojos de Dios, y tan estimado y querido de los hombres. Bien es verdad que su método en el gobierno merecia y obtenia que se le amase y obedeciese, más por lograr un premio en el cielo por los trabajos y fatigas, que como deber de sujecion religiosa; lo que dió lugar á que algunos Jesuitas de Orsa y de Esmolensko se acogiesen al seno paternal de Andres, cuando se temia una invasion de los turcos. Vivía con sus súbditos como si fuese uno de ellos, templando la autoridad de Superior con la sumision de Hermano, amor entrañable á los demas y desprecio de sí mismo, dejándose ver en su modo de obrar una admirable destreza propia suya, con que se constituia como el corazon de la Comunidad, ó mejor dicho, el centro de la caridad, «haciéndose todo á todos,» segun el Apóstol. En cayendo enfermo algun Padre, ó siendo llamado á otra parte, siempre se hallaba pronto á suplirle y tomar á su cargo lo que quedaba interrumpido. Así sucedió en la muerte de un Padre dedicado á enseñar la doctrina cristiana á los niños, cuyo penoso ministerio emprendió Andrés con tanto júbilo, y lo continuó por algunos años con tan seria aplicacion, que parecia no haber en el mundo cosa de ma-

yor cuantía. Al fin llegó á conseguir le exonerasen del cargo de Superior, que su humildad le hacia tener por insoportable, y consagró todo el resto de su vida exclusivamente á procurar la salvacion de las almas, en las misiones que emprendió y prosiguió con fruto copiosísimo de aquellos pueblos.

Dedicado en varios colegios de la Lituania á los ministerios en beneficio de los prójimos, halló campo abundante para su ardiente celo; y en cuantas ciudades moró en aquellos años se mejoraron las costumbres, y se robusteció el espíritu de adhesion á la Iglesia católica. Mas no se limitó el fruto de sus fatigas apostólicas á los verdaderos fieles, librándolos de los vicios, y haciéndoles crecer en caridad; sino que ademas obtuvo de un sinnúmero de cismáticos que recibiesen la luz necesaria para conocer el error, y fuerza para abjurarle, volviendo al seno abandonado de la Iglesia verdadera. Entre las conversiones obradas por el siervo de Dios hubo una que, por lo muy difícil, llenó de consuelo á los buenos polacos, quienes la celebraron con singulares muestras de regocijo.

Un cismático párroco de Polok quedó tan prendado de los dulces modales y conviccion profunda con que procuraba el Padre Andres hacerle ver con evidencia lo injusto y pérfido que era Focio en lacerar la unidad católica, que parte por la claridad de las razones, parte por la santidad de quien las manejaba con tanta maestría, se dió por vencido, renunció al cisma, uniéndose á la Iglesia Romana, y trabajó con felicísimo resultado para conducir al seno de esta á todos sus feligreses, á quienes desengañó primero, entregándoselos despues al Padre Bobola para que los instruyese en las verdaderas creencias. Porque, á la verdad, era tal la conviccion

que poseía el alma del Padre, que comunicaba á sus palabras una eficacia que parecia irresistible; de suerte que, como se explica un testigo de grande autoridad, la palabra de Dios en boca de nuestro Beato, era un rayo que reducía á pavesa á los pecadores.

Esta llama de caridad tomaba cuerpo en el pecho del Martir, por la continúa oracion é íntima union con Dios, á quien no perdía de vista, ni aun en medio de las ocupaciones distractivas que llevan consigo los ministerios y empleos del apostolado; de donde procedía que no sólo los ejercitaba con perfeccion suma y sin economizar trabajo ni fatiga alguna, sino que se avivaban por momentos sus ansias de padecer, y de sentir en todo la dureza de la cruz y el dolor de las espinas.

Dícese, por tanto, en los procesos, que el P. Bobola imitó perfectamente al grande Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, en el anhelo insaciable de padecer, y en el soportar las penalidades y trabajos con invicta constancia y magnánima alegría. No parecerá esto extraño, ni se creerá exajerado, si se considera la paciencia y longanimidad con que por más de veintiun años regó con sus sudores un campo estéril y lleno de malezas, á cuya cultura se oponia, no la índole del terreno, de por sí buena, sino la malignidad de enemigos prepotentes, que corrian aquel campo, y sembraban en él la mala semilla del error y de la mentira.

No eran suficientes los trabajos á que le exponia su empeño por salvar almas, y la persecucion mortal de los adeptos del cisma, si no añadía por colmo de tanto padecer el peso enorme de gravísimas penitencias, con las cuales afligia su inocente carne, ofreciéndolas al Señor para aplacar su Justicia irritada, y atraer sobre la infeliz Polonia sus divinas misericordias. No emprenden

dia, mision alguna sin prepararse por muchos dias con riguroso ayuno á pan y agua; no admitia cabalgadura alguna para los viajes; donde no habia casa de la Compañía se hospedaba pobremente, comiendo poco y á lo pobre. Anhelaba muy de atras á la palma del martirio, y teniendo seguridad completa de conseguir tan distinguido favor, se disponia poco á poco á aquella prueba terrible, por todo género de mortificaciones.

Con tan nobles y magnánimas disposiciones recorrió el Padre Andres la Lituania por espacio de muchos años, evangelizándola con las santas misiones para que se mantuviese firme contra los furiosos embates del cisma, y diese al mundo el espectáculo admirable de un pueblo mártir. No es decible lo mucho que trabajó con este objeto el ferventísimo misionero, y el copioso fruto que correspondió á sus fatigas, así de conversiones de pecadores, como de mudanzas prodigiosas de herejes, que volvieron al seno de la unidad católica.

Pero lo admirable de las misiones del varon apostólico es el haberlas emprendido y proseguido con ardor, en medio de incendios y destrozos, de fuegos y desolacion de ciudades y provincias enteras, cuales ocurrían por aquellos años en Lituania y en toda la Polonia, vejada y destrozada con las perpétuas correrías de cosacos, tártaros y moscovitas, que por ser enemigos jurados de aquel reino y de la religion católica, pasaban á hierro y fuego los habitantes, talaban sus posesiones, y cometían excesos de crueldad inaudita. No hay por qué decir si cupo á la Compañía de Jesus gran parte en aquella calamidad. Cuarenta de sus hijos fueron víctimas del furor cismático, y ella vió ademas incendiados y destruidos varios de sus colegios.

En tanto el Padre seguia ejerciendo para con los ca-

tólicos el oficio de maestro y amante pastor, menospreciaba los riesgos, descubría las tramas de los enemigos, sufría con júbilo sus malos tratamientos; así que todos los buenos le tenían por el sosten principal y apoyo de su desventurado país. Esta universal estima, granjeada no ménos con su doctrina que con su ardoroso celo, fué la causa de que le llamasen á la Polesia, donde la fe estaba en mayor peligro, por ser el punto que eligieron los cismáticos para centro principal de su secta.

Era el Padre el blanco principal de sus desaforadas iras, odiábanle de muerte, porque su audacia y sus ficciones se estrellaban sin remedio contra el cielo franco, y superior á todos los obstáculos, del insigne misionero. Los denuestos de todas clases que sin cesar le hacían, pagando para ello á la vez de la plebe, y mil otras invenciones, no saciaban su encono, y á todo trance deseaban darle la muerte. Cuando el varón apostólico salía de casa para acudir á donde la caridad y el bien de las almas le llamaban, una numerosa turba de muchachos cismáticos, que solía esperarle junto á la puerta, apenas le divisaba, se vengaba de él con gritos, silbidos, apodos é improperios, y le acompañaban repitiendo todos á una:—*¡A él, á él, al perro Jesuita, al Sacerdote católico!*—y le arrojaban lodo, inmundicias y gruesas piedras.

Al cabo, pues, de mucho tiempo, espiando con perseverancia sus salidas y acciones, y los sitios que frecuentaba más, lograron que fuese cogido en la Aldea de Peredylna por dos oficiales cosacos, que seguidos de pelotones de gente armada devastaban aquel desgraciado territorio. Estaba el siervo de Dios en aquel momento unido estrechamente con el Señor, dándole gracias después de la Misa que acababa de celebrar, y fijos los ojos

en el cielo se ofrecia todo en holocausto á Dios, repitiendo:—*Fiat voluntas tua, fiat voluntas tua.*—Al decir estas palabras se vió cercado de gran número de aquellos foragidos, que gritando y blasfemando le dieron en un brazo dos terribles golpes de cimitarra; y llenándole de vituperios, le desnudaron hasta la cintura, le arrastraron hácia la orilla del camino, y atándole fuertemente á un árbol, descargaron sobre su cuerpo una desapiadada lluvia de azotes. Bajo aquella tempestad de golpes con que le destrozaron el cuerpo, no soltó un lamento, sino que lleno de mansedumbre invocó sin cesar los santísimos nombres de Jesus y de María, miéntras los verdugos desahogaban su saña hasta quedar rendidos por el cansancio.

Desatado por último del árbol, le ataron al cuello una larga sogá, y montando á caballo aquellos sayones, uno de ellos anudó al arzon de la silla el otro cabo, y emprendieron la marcha precipitadamente, llevando poco ménos que á la rastra al Siervo de Dios, y dando violentos tirones para que los siguiese á buen paso. Si bien no habia menester de tanto, pues le seguia á la espalda, á pié, y con la cimitarra en alto un cosaco más brutal que los otros, con el encargo de herirle sin piedad cuando le viese tropezar ó pararse: lo cual no dejó de cumplir fielmente, por toda la media legua que hubieron de andar hasta conducirle á Janov.

Apénas entraron en la ciudad como en triunfo, con gran dolor de los católicos y fiesta de los herejes, le arrastraron á la presencia del cruel bárbaro capitán, el cual le dirigió una mirada entre rabiosa y sarcástica, y—*¿Quién eres, le preguntó, y con qué objeto te ocultas en estos paises?*—El Mártir confesó al punto que era sacerdote romano, y Jesuita, deseoso de conservar la reli-

gion católica en aquel reino, y de conducir al seno de la verdadera Iglesia á los que la habian abandonado, y que este y no otro era el designio de su demora y fatigas en aquellos pueblos.

Arrebatado de furor el bárbaro, y lanzando fuego por los ojos al oir respuesta tan generosa,—*Ah perro papista, exclamó, yo te arrancaré del corazon esa fe católica, aunque fuese menester para ello sacártele del pecho: mira pues, pronto por ti, y renuncia aquí sin tardanza á la comunión de Roma, ó te lo harán hacer los tormentos.*

El invicto campeon de la fe protestó de nuevo que era católico y sacerdote, pronto á tolerarlo todo, hasta la más desapiadada muerte, ántes que abandonar á Dios, y hacer traicion á la verdad: añadiendo ser más bien justo, que él y su gente pensasen bien, que si no abjuraban el error y no volvian á la fe romana, se perderian para siempre. Estas palabras, pronunciadas por el Siervo de Dios con voz intrépida, enfurecieron al impío capitan, el cual interrumpiéndolas á lo mejor, se arrojó sobre él, y le descargó un enorme sablazo sobre la cabeza, haciéndole caer en tierra sin sentido, y como muerto. Pero bien presto le hizo volver en sí el bárbaro cismático, abriéndole otra profunda herida en un pié con segundo golpe, y uno de los soldados con la punta del puñal le arancó de raiz un ojo.

Habia no muy distante de aquel sitio una carnicería, y arrastrándole á aquel lugar, le dejaron enteramente desnudo, y encendiendo unas teas se las aplicaron, teniendo quieta la llama hasta que se deshiciesen las carnes. Decíanle que renegase de la fe Católica, que de lo contrario se esperaba todavía peor martirio; pero el santo Mártir parecia no cuidar de la propia vida sino de la conversion de aquellas almas.—*Soy religioso, res-*

pondia, y no puedo negar la santa Fe. ¡Oh, si vosotros conocieseis los errores en que el cisma os tiene envueltos! ¡Si abrieseis el corazon á la santa Fe! ¡Entónces sí que conoceríais á Dios, y salvaríais vuestras almas!

Pasaron en seguida á otra clase de tormento, que consiste en rodear la cabeza del paciente con varillas verdes y flexibles, haciéndolas pasar por ambas sienes, y concluir en medio de la frente. Rodeada así la cabeza, y teniendo el verdugo todos los cabos de las varillas, empieza á apretarlas con gran fuerza hasta que penetren en el hueso: y pueden seguir apretando tanto que llegue á romperse el cráneo, y saltar el cerebro. A este tormento sujetaron los Cosacos al invicto Mártir, y si en él no le quebrantaron la cabeza, no fué de seguro piedad ó compasion, sino deseo de hacerle experimentar más exquisitos tormentos.

Aborrecen sobremanera los Cosacos la tonsura eclesiástica; y descubiéndola en el santo Mártir, idearon hacerla argumento de tragedia. Echando, pues, mano á los cuchillos, le rodean todos, y uno de ellos le desuella la cabeza desde la mitad hasta la nuca, mientras otros, por mofa y desprecio de la unción sacerdotal, le desuelan asimismo las manos, gritando—que se unja enhorabuena con su propia sangre.—Los demas en tanto daban gritos y feroces ahullidos, descargando sobre él puñadas y cachetes, tan sin piedad, que le hicieron saltar los dientes.

Es clérigo, gritó uno de ellos: hay que vestirle una hermosa casulla.—Colocan sin tardanza al Santo Mártir boca abajo sobre una mesa, y asiendo la piel de la cabeza le despellejan de arriba abajo, y sobre la carne viva le frotan con paja desmenuzada: le vuelven boca arriba, y le clavan agudas puntas de caña entre las uñas y la car-

ne, en cada dedo de ambas manos. No contentos con todo esto le cortaron las narices, los labios y la lengua.

Agonizaba ya el glorioso Mártir, y vertía sangre de todo su cuerpo, sin tener casi forma de cadáver humano, y causaba no ya solamente compasion, sino horror y repugnancia insoportable. En tal estado le arrastraron fuera, le arrojaron á la calle, y en ella estuvo hasta que, viendo el capitan de aquella gavilla que respiraba aún, le dió un golpe con el sable, y abriéndole honda herida acabó de quitarle la vida el día 16 de mayo de 1657.

Así voló á ceñir la corona de Mártir en el cielo aquella alma grande, imitadora perfecta de Jesucristo hasta en pedir á Dios piedad para sus perseguidores, y en morir encomendando su alma al Padre con las mismas palabras del Redentor:—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Cuando los verdugos vieron ya muerto al invicto Campeon, se pusieron á mirarle con feroz complacencia, y se daban el parabien por haber descargado un terrible golpe á la Religion Católica, la cual, sin aquel firme apoyo, imaginaban que no llegaria á rehacerse de sus repetidos ataques. Mas no tardó el cielo en darles á entender cuán vanas eran sus impías esperanzas: pues una luz nueva y rutilante los hirió de repente, y los espantó de tal suerte, que como si tuviesen á la espalda un poderoso ejército enemigo, emprendieron una precipitada fuga, siguiéndolos cuantos cosacos habia en Janov.

Por este medio tuvieron los católicos el sagrado cadáver en su poder, y acudieron aun de muy léjos á contemplar aquel trofeo de fortaleza cristiana.—*Han muerto á un Sacerdote Santo: han muerto á un Santo*,—fué el grito de toda aquella buena gente, y le repitió mil veces sollozando y vertiendo lágrimas de dolor. Divulgada en

breve la noticia de esta muerte por toda la Polesia, y por las demas provincias de Lituania, despertó en todos la memoria de las virtudes y santas obras del bienaventurado mártir, y no hubo aun entre los más señalados en piedad y doctrina, quien no concluyese las alabanzas diciendo:—Oh santo Mártir, roga por nosotros.

Cuatro dias hacia ya que estaba el santo cuerpo expuesto al sol y al aire libre, y como que era todo una llaga, parecia mucho más propenso á la putrefaccion; pero no consintió el Señor que se corrompiese; ántes bien permaneció en un estado de frescura y con color tan vivo como si acabasen de desollarle, exhalando al mismo tiempo olor tan suave y agradable, que consolaba á todos los circunstantes. Aquellos sagrados despojos fueron trasladados á Pinsko, y colocados en la sepultura que los Padres tenian en el Colegio.

Nadie volvió á ocuparse del sagrado depósito hasta el año 1702. Disponia entretanto Dios honrar á su fidelísimo siervo, donde él habia dado tantas pruebas de amarle de veras, confirmando con su sangre la verdad de la fe, y quiso hacer que le conociesen mejor los hombres. Hallábase en grande estrechez y penuria el Colegio de Pinsko, por efecto de la calamidad pública de la guerra, y se veia ademas amenazado del asalto y nueva devastacion de los Cosacos. Estas circunstancias tenian en gran consternacion al Padre Rector, y no viendo cómo poder esperar socorro y defensa de los hombres puso toda su confianza en la proteccion divina.

Buscaba un patrono que abogase por su Colegio en la presencia de Dios, y una noche, que fué la del 19 de abril de 1702, miéntras hacia oracion pensando á qué Santo recomendar su causa, y considerando los merecimientos que debian tener delante de Dios varios de

quienes era muy devoto, vió delante de sí al Mártir Andres Bobola, que le habló de esta manera:—*Estás buscando un protector para con Dios, ¿mas por qué buscas otro? Yo soy el Padre Andres Bobola, á quien por odio de la fe dieron muerte los cosacos: y seré el protector de tu colegio: búscame entre los hermanos.*—Dicho esto desapareció, dejándole segurísimo de la vision, y lleno de gran confianza: hizo buscar su cuerpo en la sepultura comun; mas no fue posible hallarle, hasta que á la tercera noche se apareció el Padre Andres al sacristan Procopio, y le indicó el sitio donde estaba. Tomó el sacristan dos criados que le ayudasen á excavar el terreno, empezaron su tarea en presencia de dos Padres, y á poco encontraron cerca de la puerta de la iglesia esta inscripcion.

P. ANDREAS BOBOLA, SOC. JESU,
A COSACIS JANOVIE OCCISUS.

El año 1709 cayó en poder de los moscovitas el Príncipe Visniwsceski con otras personas notables, y fué encerrado en una estrecha cárcel con evidente peligro de la vida; pero oyendo la Duquesa su consorte las gracias y prodigios obrados por Dios en favor de los que invocaron al mártir Bobola; acudió en tamaño aprieto á la proteccion de un santo á quien nada parecia fuese difícil, haciendo voto de trabajar de propia mano una rica casulla bordada de oro, para vestir el cuerpo del Santo Mártir, si hacia volver sano y salvo á su esposo; y sin pérdida de tiempo puso manos á la obra, que debia estar concluida el 13 de diciembre de 1710. ¡Cosa maravillosa! El mismo dia, despues de hacer su esposo la señal de la cruz, miéntras hacia la Duquesa esta súplica en la Iglesia, y habiendo invocado el patrocinio del Martir,

pudo descolgarse por una ventana, y huyendo en un caballo que le prepararon los amigos, ponerse en libertad.

Un niño de dos años se vió acometido de mal de corazon, y al tercer dia exhaló su espíritu. Vestido ya el cadáver en casa para trasportarle al cementerio, acudió su afligido padre, lleno de confianza, á la proteccion del mártir Bobola, postrándose ante su sepulcro, y diciendo:—Glorioso mártir, santo abogado mio, consoladme en tan aguda pena; resucitad á mi hijo, que yo quiero más ofrecer este dinero para honrar vuestro sepulcro, que expenderlo en sus funerales: por Dios que me socorraís en mi afliccion.—Mientras hacia el padre esta súplica en la iglesia, abre el niño los ojos con inmenso estupor de las gentes que rodeaban el cadáver, y se pone en pié por sí mismo, de modo que al volver el padre á casa, le halló no solamente vivo, sino libre de todo rastro del mal que le habia dado la muerte.

El año 1714 fué mortalmente herido en Vilna un noble polaco, habiéndole descargado en las vértebras de la espina dorsal siete balas de arcabuz. Fué llevado á su casa, y acudió al punto el médico más entendido de Vilna, y con sumo cuidado procuró, aunque en vano, sacar el plomo. Conoció el paciente que no tenia cura, por lo que pensó en encomendarse á Dios, y suplicarle que por los méritos del ínclito mártir Andres Bobola se sirviese conservarle la vida, y devolverle la salud. Al concluir esta breve plegaria se quedó dormido, gozó por algunas horas de tranquilo sueño, y al despertarse halló en la cama las siete balas, que sin el menor dolor habian salido, dejando cerradas las heridas.

En otra ocasion se le fracturó un pié á cierto caballero por una caida que dió, y acudiendo á médicos ó ci-

rujanos poco expertos en su profesion, le juntaron tan mal los huesos, que apenas dió el primer paso advirtió que quedaria cojo toda su vida. Oyó el parecer de muchos peritos en el arte, y todos á una le dijeron que no habia más recurso que someterse á una amputacion. Aconsejéronle algunos amigos que recurriese á la proteccion del Siervo de Dios, Andres Bobola, á quien nadie invocaba jamás en vano, trayéndole en confirmacion, que habia curado el mártir al rey de Polonia, sanándole un pié atacado por la gangrena, en premio de la fe con que acudió el rey á sus oraciones. Hízolo tambien, y muy de veras, el caballero, deseoso de verse sano, diciendo al santo Mártir:—Tú, que cuidas de los reyes, no me abandones á mí desgraciado, que acudo á tu intercesion:—y dicho esto procuró dormirse. En lo mejor del sueño vió al Siervo de Dios, que con suma benignidad y deseo de consolarle, le decia esperase tranquilo el buen éxito de su súplica, que él iba á darle el premio merecido por su confianza; y echándole su bendicion desapareció. Despertó al punto el enfermo, miró su pié, y encontró el hueso encajado perfectamente, como si jamas hubiese habido en él fractura alguna. Gozoso sobremañera empezó á dar gracias á su bienhechor, y á pisar fuertemente en el suelo, en prueba de que la cura era radical y perfecta.

Divulgada por la Lituania y por toda la Polonia la fama de sus milagros, no es creible cuánto se acrecentó la universal confianza en el patrocinio del Mártir, y la afluencia de los pueblos á su sepulcro. Los milagros obrados de nuevo fueron muchísimos, y no habia enfermedad de que no se creyese poder sanar con solo hacer un viaje, y tocar el sepulcro del santo Mártir, ó invocar su glorioso nombre: no faltando quien asegura que los

boticarios se quejaban de sus pérdidas, desde que se curaban los enfermos sin más que invocar el nombre de Bobola.

La beatificacion de este glorioso Mártir, lustre y ornamento de la Iglesia Católica en Polonia, fué procurada y promovida por los serenísimos reyes de aquella ilustrada nacion, por varios esclarecidos obispos, y por príncipes y señores de las naciones septentrionales. El Pontífice Benedicto XIV dió un decreto el dia 9 de febrero del año 1755, con el que declaró aprobaba el martirio y la causa del martirio del Venerable P. Andres Bobola. Finalmente, el Sumo Pontífice Pio IX le colocó en el Catálogo de los Beatos, cuya solemne Beatificacion se celebró en la basílica Vaticana el dia 30 de octubre del año 1853.

VIDA Y MARTIRIO
DEL
BEATO JUAN DE BRITTO,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS ¹.

El beato Juan de Britto nació en Lisboa el día 4.º de marzo del año 1647. Su padre, D. Salvador de Britto, era Caballerizo mayor, é íntimo confidente del duque de Braganza, que despues fué rey de Portugal con el nombre de Juan IV. No habia aún entrado en los cuatro años, cuando su padre, enviado dos años antes en clase de Gobernador á Rio-Janeiro, murió allí en el ejercicio de su cargo. Doña Beatriz Pereira, su esposa, sobre quien recayó el cuidado de la educacion de sus hijos, supo desempeñarle con notable acierto y solicitud, hallando sus lecciones en el niño Juan un natural admirablemente dispuesto para recibir las buenas impresiones, por ser de carácter dulce y constante, de corazon generoso, que solo gustaba de los grandes sentimientos, y de las nobles inspiraciones de la virtud.

Atento el Rey á la educacion de su hijo D. Pedro, le rodeó de mancebos nobles que sobresalian en vir-

¹ La Novena está en el núm. 15 del apéndice.

tud y ciencia, y que le parecieron más capaces de hacer progresar en ambas al Príncipe por los ejemplos y emulacion que veria en ellos. Juan de Britto fué admitido con sus dos hermanos á este honor, porque las gracias de su persona, noble sencillez de sus modales, y elevacion grande de ideas, le hacian propio para servir de modelo al Príncipe, y digno al mismo tiempo de participar de su educacion.

Algunos religiosos de la Compañía de Jesus habian tomado, por real disposicion, el cargo de educar en virtud y letras á los pajes de Palacio. Nadie correspondió mejor á sus desvelos que Juan Britto, quien, léjos de pretender honras mundanas poniendo su corazon en lo que falsamente llama el mundo bienes; ántes bien valiéndose del conocimiento que tenia del brillo de palacio para despreciarlo, sólo guardaba la admiracion para los que se consagran al servicio de Dios en la oscuridad del claustro, y más especialmente para los hombres apostólicos. Sobre todo, la vida de San Francisco Javier le ofrecia un carácter de grandeza, que parece llenaba su ambicion, por lo cual habia concebido una devocion filial al Apóstol de las Indias.

Resuelto ya á abandonar el mundo, pidió con instancia ser admitido en la Compañía de Jesus, y venciendo todos los obstáculos, principalmente el que le oponia la ternura maternal, fué recibido en el noviciado el 17 de diciembre del año 1662, teniendo la dicha de vestir la sotana de la Compañía el dia de la fiesta de Navidad. Jamas cesó de gloriarse de haber vestido la librea de Jesus pobre, el dia en que este divino Salvador apareció en el mundo con la librea de nuestra carne.

Desde aquel punto versaron sus miras y resoluciones sobre los duros trabajos del apostolado, haciendo

desde entónces continuos ensayos para prepararse á él con una generosidad que jamas se desmintió. En todo era admirable, pero sobre todo en las comunicaciones secretas que durante la oracion se entablaban entre Dios y su alma.

Cumplidos con felicidad los dos años de noviciado, hizo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y fué enviado á Evora para estudiar retórica. De allí pasó á Coimbra, donde estudió filosofía y teología, no desmintiendo en estos nuevos estudios la reputacion de santidad, ni la de discípulo aventajado, que anteriormente se habia granjeado. No buscaba en cuanto hacia sino la gloria de Dios, y no se aplicaba á las ciencias sino para tener un medio más de procurarla y promoverla, sin que sus trabajos, progresos en los estudios, ni lo débil de su salud hubiesen podido desviar sus miras y deseos del camino de las Indias.

Habiéndole destinado los Superiores, á fines del año 1669 á enseñar gramática en el Colegio de Lisboa, léjos de perder entre los cuidados de este empleo el pensamiento y deseo de las misiones, miró la enseñanza como un ensayo de la vida apostólica, aplicándose no ménos á la santificacion que á la instruccion de sus discípulos.

Estas tareas de tal manera inflamaban su noble corazon, que no habia ocasion en que no las manifestase bien claramente, si bien nunca lo hizo de un modo más público que el dia en que hubo de predicar el panegírico del Apóstol de las Indias en presencia de los Padres del Colegio. Al solo nombre de Francisco Javier se conmovia el panegirista: su discurso, su desembarazo, su accion, todo respiraba un santo entusiasmo; tanto que el auditorio, penetrado de iguales sentimientos, dió

muestras de dividir su admiracion entre el Apóstol y el orador. No debia tardar el cielo en oir á este, y satisfacer sus piadosos deseos de ir á las Indias.

Habia llegado por aquel tiempo del Malabar á Lisboa el Padre Baltasar de Costa, á reclutar misioneros entre sus hermanos de Europa, y el primero que se le presentó fué el Hermano Britto. Habia conocido el Padre Costa los íntimos secretos de aquel corazon lleno de Dios, en las conversaciones que entre los dos habian mediado; y notando la vocacion que le llevaba á las misiones, el ardor de sus deseos, y la pureza de sus motivos, todo le parecia venir del cielo, confirmándose en su dictámen con la pública veneracion de que era objeto Juan de Britto. Comunicó á los Superiores todas estas sus ideas y pensamientos, y el resultado fué decidir que este santo religioso fuese comprendido en el número de los misioneros que el Padre Costa habia de llevar consigo al Maduré.

Se le dió por tanto aviso de prepararse para recibir las sagradas órdenes, como lo hizo con todo el ardor de su celo y piedad. Pasó Juan de Britto en santas ocupaciones el retiro que debia disponerle al Sacerdocio, que recibió el 1673 á la edad de 26 años. El dia en que tuvo la dicha de ofrecer por primera vez el augusto Sacrificio de nuestros altares, ofreció juntamente á Jesucristo el de su vida, no pensando ya sino en correr á las Indias á inmolarse en obsequio de la gloria de Dios. Bien pronto se divulgó por palacio y por toda Lisboa el rumor de que iba á las misiones de Ultramar, y que se estaban haciendo los preparativos para la marcha. Pero el Padre Britto, previendo todo lo que haria su madre para que le dejasen á su hijo en Portugal, habia manejado el negocio de su vocacion á las Indias con tal destreza y tino,

que logró vencer cuantos obstáculos y dificultades se le presentaron.

Llegó por fin el 25 de marzo de 1673, designado para la partida, y los veintisiete misioneros salieron juntos en procesion del Colegio de San Antonio, encaminándose en orden de dos en dos hácia la ribera del Tajo. Iban divididos en dos bandas casi iguales: la una debia dirigirse á las misiones de la China, presidiéndola el Padre Próspero Intorceta, su Superior; el Padre Baltasar de Costa conducia la otra á las Indias Orientales. Todos llevaban, como divisa, colgada al cuello la imágen del Crucifijo, cuyo Evangelio iban á anunciar á las naciones infieles, y en sus semblantes la expresion del celo y alborozo.

Mucho tuvieron que sufrir todos en tan larga y penosa navegacion; pues á una calma tenaz se siguió una cruel epidemia, que diezmaba la tripulacion y los pasajeros, pasando de ochenta los enfermos que esperaban la muerte tendidos sobre los lechos de dolor. En medio de tan terribles pruebas, les habia reservado la divina Providencia un consolador en el Padre Juan de Britto, que inmediatamente consagró su salud y fuerzas al servicio de sus hermanos, y de los demas enfermos del navío. Veíasele á todas horas ir del uno al otro, llevando á todos los consuelos y alivios que su caridad industriosa y activa lograba proporcionarles. Así es que todos aquellos desgraciados, atónitos de su abnegacion evangélica, le dieron señaladas pruebas de su gratitud y veneracion, y le llamaban Nuevo Francisco Javier.

La nave sólo presentaba el triste y desgarrador espectáculo de muertos, moribundos y enfermos; cada dia sepultaban las olas algunas víctimas del contagio, y en el mes de abril doce de los misioneros terminaron la

vida, que querian consagrar á la salvacion de los indios. Todos los socorros humanos se habian ya agotado: el arte era impotente, carecia ademas de todos sus ordinarios recursos, y la caridad no podia hacer más que llover sobre las víctimas. Propuso, pues, el Padre Britto al capitán del navío, y á los demas pasajeros, invocar el poder divino por medio del Apóstol de las Indias.

Se empieza una novena en obsequio de san Francisco Javier: todos los que pueden hacerlo, puestos de rodillas alrededor del santo misionero, adoran con él al Dios que manda á la calma y á las tempestades, y suplican al gran Jávier que presente á los piés de su trono sus homenajes y súplicas. No puede ménos de escuchar el Señor con agrado oracion tan humilde y ferviente: se empieza á sentir una ligera brisa; se despliegan é hinchan las velas, y el navío puede por fin emprender otra vez su curso; los enfermos recobran sus fuerzas, y las emplean en dar gracias á Dios.

En el mes de setiembre del mismo año llegaron á Goa, y en seguida fueron á postrarse ante el sepulcro de san Francisco Javier, para dar libre expansion á la gratitud de que estaban penetrados sus corazones, suplicándole les obtuviese bastante celo para imitarle, y consagrar como él, á la salvacion de los infieles, la vida que les habia salvado. El Padre Britto se detuvo en Goa para concluir sus estudios teológicos. Su grande amor al trabajo, la facilidad y penetracion de su entendimiento, el deseo en fin de verse cuanto ántes aplicado á las misiones, le pusieron bien pronto en estado de poder sujetarse al exámen que debia dar ántes de la Profesion solemne. Por él pasó con éxito tan feliz, cual no lo hubieran proporcionado á otros estudios muy largos.

Desde que pudo hacerse entender de la poblacion

indígena, recorrió los pueblos de las inmediaciones de Goa, dando en todas partes muestras de aquel celo tan ardiente que despues ejerció en las misiones del Malabar. No las dió menores en la misma ciudad: salia por las calles á recoger los niños del pueblo, juntábalos en una iglesia, y les enseñaba y explicaba la doctrina cristiana. Su caridad, siempre activa, indagaba los sitios ocultos, en que familias enteras yacian postradas en la más desastrosa miseria, y les llevaba los consuelos de la religion, y los socorros que no osaban ellos pedir. Los pobres encarcelados y enfermos de los hospitales, recibian tambien sus socorros y consuelo. Todos los domingos, y á veces entre semana, hacia instrucciones á un numeroso auditorio. Portugueses, españoles é indígenas se agolpaban alrededor de su púlpito, de donde salian conmovidos y animados con sus lecciones á practicar los preceptos de nuestra santa ley. Del púlpito bajaba el siervo de Dios al tribunal de la penitencia, y allí acababa con sus avisos el bien que tan felizmente habia empezado con sus discursos. Por lo que hace á los pecadores que en fuerza de su obstinacion huian de las iglesias, él mismo iba á sus casas para hacerles oir las invitaciones ó amenazas de la religion. Sobre todo se dirigia á los dichosos del siglo, cuyos escándalos gozaban de mayor y más peligrosa influencia, y con la energía de su celo los arrancaba de los desórdenes que deshonoraban su vida, y afligian á los buenos, logrando que se hiciesen discípulos activos y fieles.

Llegado el tiempo en que debia el Padre Britto dejar á Goa, esto es, en los primeros dias de abril de 1674, determinaron los Superiores que ántes de entrar en el Maduré, se dirigiese al colegio de Ambálagate; hizolo así, y allí se preparó, por medio de los Ejercicios, á su

apostolado, partiendo despues con el Padre Freire para la mision del Maduré, á donde finalmente llegaron, despues de haber pasado en el viaje muchos trabajos y peligros, que seria largo de contar. Era Colei una pequeña villa situada en los confines de Ginja, y cabeza de una cristiandad considerable; detúvose en ella el Padre Britto para gobernarla, y completar sus estudios sobre la religion de aquellos pueblos, al mismo tiempo que ejercitaba con gran celo el ministerio apostólico, empezando por la reina de las virtudes, que es la caridad. Habiendo sido acometido un pueblo casi todo cristiano, por una enfermedad epidémica, cuyos estragos eran muy violentos y crueles, se presentó el Padre Britto en la desolada poblacion, y al punto se dedicó á la asistencia de los neófitos que se hallaban acometidos del mal; se mostró verdadero padre, procuróles los remedios más necesarios, y á todos los dejó llenos de consuelo administrándoles los Sacramentos.

Instruido ya en los usos, costumbres, supersticiones é idiomas de los indios, podia de allí adelante ejercer su celo en campo más vasto; por esta razon los Superiores, que habian admirado sus primeros ensayos, no vacilaron en confiarle el gobierno de una parte considerable de la mision, cual era el distrito de Tatuvancheri, situado al norte del rio Coleron. Empezó inmediatamente el Padre Britto la visita de aquellas cristiandades, teatro de frecuentes excursiones de bandoleros, que ponian la vida del misionero expuesta á continuos peligros; pero, como tenian los cristianos urgente necesidad de su presencia, ningun riesgo fué capaz de detenerle. Recorrió los diferentes pueblos y aldeas en que contaba habia algunos neófitos, los afirmó en la fe, reorganizó la institucion de los catequistas, dió una sabia

direccion á sus funciones, bautizó los catecúmenos; en una palabra, la actividad de su celo imprimió por do quiera á la obra del Señor un nuevo impulso, procurando con mucho empeño no herir, en cuanto la fe y su conciencia se lo permitian, las delicadezas ó susceptibilidades de los indios. Así, en lugar de prohibirles el uso de la ceniza ó del agua bendita, él mismo bendecía en ciertas circunstancias estos objetos con las ceremonias de la Iglesia, y enseñaba á los neófitos el modo de valerse de ellos con el espíritu de esta. El mismo siervo de Dios se sirvió más de una vez de la ceniza y del agua consagradas con las preces y bendiciones de la Iglesia, para obrar los singulares milagros que el cielo concedía á su virtud.

Acudieron un dia al santo misionero los padres de un jóven mudo, suplicándole restituyese el uso de la palabra á su hijo. Al principio se excusó alegando su impotencia, y les exhortó á que se dirigiesen al Señor. Luégo, implorando el favor del cielo sobre aquel desgraciado, formó sobre él la señal de la Cruz echándole agua bendita, y añadió como por una secreta inspiracion:—Vete, hijo mio; de aquí en adelante tendrás el uso de la palabra,—siguiéndose el efecto á la promesa; pues apenas dijo esto el siervo de Dios se le soltó la lengua al jóven, y allí mismo empezó á hablar.

En las cristiandades visitadas hacia revivir el culto divino, restablecía el uso de los Sacramentos, los administraba á sus neófitos, confería el del Bautismo á innumerables catecúmenos, y con una invencible energía luchaba sin cesar contra los abusos introducidos por la condicion de los tiempos. ¡Cuántas veces no fué visto este buen pastor trepando afanosamente por las montañas, y penetrando en las selvas, para ir en busca de las

ovejas que la guerra habia dispersado! Tales muestras de interes, su heróico celo y sublimes rasgos de virtud, no sólo le habian granjeado la veneracion de sus neófitos, sino tambien el respeto de los mismos gentiles, mirándole todos sin distincion como á hombre poderoso en obras y palabras.

Estableció una cristiandad entre Cutur y Colei, á pesar de las iras de los Bracmanes; y acabada la fábrica de la iglesia muy en breve, más de trescientos setenta cristianos, molestados en su patria por los disturbios políticos, fueron á fijar sus tiendas al rededor de la casa de oracion. En esta especie de nuevo pueblo organizó el Padre Britto un órden admirable, estableció reglamentos fundados sobre la caridad, socorrió las necesidades de las familias, y proveyó ademas al porvenir de aquella cristiandad. Despues de lo cual partió el Padre á su distrito, y llegó á Tatuancheri al principio de la Cuaresma de 1678. Los neófitos corrieron como á bandadas á ver á su amado Padre, el cual ejerció dia y noche los ministerios, y oyó las confesiones de más de tres mil cristianos: trescientos catecúmenos, preparados de antemano, se presentaron á recibir el santo Bautismo, ante una multitud de paganos que habian acudido á la solemnidad: la contemplaron atónitos, y concibieron hácia la religion cristiana una admiracion tan grande, que dispuso sus corazones á la gracia de la conversion.

Los cristianos de todas aquellas localidades hallaron en el Padre Britto celo, ternura, abnegacion, y aquella sed de la gloria de Dios, de fatigas y padecimientos, que tantas veces los habia llenado de asombro. En el trascurso de pocos años bautizó más de seis mil idólatras; y los prodigios de su celo y caridad le merecieron el aprecio y veneracion de los Superiores, y el honor de gobernar

toda la Mision del Maduré, cuya jurisdiccion abrazaba doce residencias. Él por su parte se desquitó, por medio de excesivos trabajos, del sacrificio que se le habia exigido de su humildad, pues su nuevo cargo le ofrecia los medios, permitiéndole hacerse el siervo de sus hermanos, imponiéndole la obligacion de dar á todos ejemplo de actividad y de toda virtud: este fué el único lado por donde el santo misionero miró su nueva posicion.

La energía de su celo, su impavidez inflexible, sus correrías evangélicas, todo recordaba en él la idea del gran Apóstol de las Indias; así que los tres años que duró su gobierno, fueron para la iglesia del Maduré una época de combates y triunfos. Propagó la fe católica en todos los cinco reinos en que se extiende aquella vasta Mision, sustentando la vida al uso de aquellos misioneros, con solo yerbas y arroz, sin probar jamas carne, pescado ni vino. Se vió varias veces encarcelado, arrastrado por peñascos y abrojos, molido á coces, puñadas y palos.

Catorce años llevaba ya en aquella trabajosa mision, con insigne fruto de las almas, cuando le prohibió el rey gentil proseguir su predicacion, y le enviaron los Superiores á Europa á graves negocios de la Mision. En 1687 partió de Goa para Lisboa con el virrey Francisco de Tavora. Este señor, los oficiales de marina, y toda la tripulacion, habian oido hablar de los inmensos trabajos del misionero, de sus milagros, y de los muchos padecimientos que habia sufrido en el Maravá, por lo cual le miraban todos como á Santo. En esta opinion se confirmaron luégo que fueron testigos de la humildad, celo, dulzura y caridad que desplegó el Padre Britto en el navío; y al tomar tierra en Lisboa el 8 de setiembre de

1688, le dieron pruebas inequívocas de sumo respeto y agradecimiento, encomiando además sus virtudes y gloriosas hazañas.

En la corte, á las relaciones del apostolado del siervo de Dios, se añadian los recuerdos de su juventud cuando era paje de Pedro II; pues hallaban en las virtudes de su infancia los presagios de su futura santidad. Fijóse, pues, la atencion general en el Padre Britto, quien desde aquel momento no pudo salir de su retiro sin ser acogido con muy singulares demostraciones del aprecio y veneracion de todos. Pero sin duda alguna fué inexplicable el consuelo de Pedro II al recibir á su antiguo paje: le estrechó entre sus brazos, visiblemente conmovido, y le condujo á su habitacion, donde estuvieron largo tiempo á solas; en seguida le presentó á la reina, la cual le recibió á su vez con muestras extraordinarias de aprecio y estimacion, y mayores de veneracion y respeto: se encomendó á su valimiento para con Dios, y le pidió por favor le dispensase el consuelo de poder asistir un dia á su Misa, y recibir la Comunión de su mano.

El Padre Britto fué recibido siempre en la corte como un hombre de Dios, y como el íntimo confidente del rey; pero léjos de entregarse al goce de tantos honores, no cesó de vivir con el pensamiento entre sus queridos indios, sin disminuir en nada la austeridad de su profesion. Una tabla de madera, ó una piel de oso extendida sobre el suelo, era toda su cama; no hacia más que una sola comida al dia, que se reducía á legumbres, arroz y agua. Concluidos sus negocios con felicidad, se restituyó á Oriente, llevando consigo á veinticinco compañeros, sin acceder á las graves instancias con que el rey D. Pedro II le pedía fuese ayo y maestro del Príncipe del Brasil.

Así que llegó á divisarse desde la ciudad de Goa el navío que conducia al misionero del Maduré, salieron á su encuentro, hasta el muelle, los alumnos del colegio de Santa Fe, y le recibieron en la playa con un armonioso concierto. Tambien la poblacion tomó parte en la fiesta, y acompañó al siervo de Dios con vivas demostraciones de cariño y respeto hasta el Seminario de Santa Fe. El hombre de Dios, firme en su humildad ante estas manifestaciones de aprecio, sólo se mostró sensible á la dicha de hallarse en un establecimiento fundado por San Francisco Javier, y de ver que el espíritu del grande Apóstol animaba á una juventud destinada á continuar su obra entre los diversos pueblos de la India. Exhortó á aquellos generosos corazones á perseverar en la noble resolucion que el cielo les habia inspirado, y á fortificar sus almas con las virtudes sólidas, que debian hacerlos dignos de su vocacion, y capaces de hacer todo el bien que la Misericordia divina por medio suyo queria obrar entre los idólatras, añadiendo que él por su parte habia apresurado todo lo posible el poder volver á verse entre sus neófitos.

Despues de visitado el sepulcro de San Francisco Javier partió para Tala, sita en la costa de la Pesquería, rehusando el arzobispado de Cranganor, que le ofrecieron de parte de Pedro II, contestando, que jamas trocaria la palma del martirio por la mitra episcopal. Volvió á entrar sucesivamente en los reinos de Tanjaur y Maduré, y á pesar de los desórdenes y peligros de la guerra, visitó todas sus cristiandades, recibió las bendiciones de sus neófitos, los colmó de las suyas, reanimó su fe y fervor, y comunicó ademas sus ardores á los otros misioneros, viéndose bien pronto toda la mision del Maduré inflamada de aquel sagrado fuego que consumia su

corazon. Este cambio extraordinario fué notado hasta por los mismos gentiles, que acudieron de tropel á pedir al siervo de Dios los instruyese en las doctrinas de la fe, y les administrase el Sacramento del Bautismo.

Entró en el Maravá en mayo de 1691, y se dirigió al principio á la cristiandad de Verugapati, á donde los neófitos y catecúmenos acuden de todas partes; de allí fué á Curudacuri, pasando inmensos trabajos; pero á fin de evitar el furor de los Bracmanes y de los ministros del rey, se retiró el santo misionero á un bosque, en donde ejerció su ministerio con igual éxito. Viendo que un gran número de neófitos no podian ir á reclamar los beneficios de su ministerio, trasladó su residencia á Muni, en los confines del Maravá, y allí edificó una iglesia, á donde muy pronto acudieron los neófitos y catecúmenos, logrando de este modo el Padre Britto dedicarse enteramente á satisfacer los deseos de unos y otros. En efecto, pasó los dias y las noches oyendo sus confesiones, administrándoles los Sacramentos del Bautismo y Eucaristía, y fortificándolos en su fe y buenos propósitos; penetró despues en el interior del reino, y retirado, ya en un bosque espeso, ya en algun valle sombrío, ejercia los ministerios, como otras veces lo habian hecho los primeros Apóstoles del Evangelio, en medio de las amenazas del paganismo.

Cada dia bautizaba trescientos ó cuatrocientos gentiles. He aquí lo que entre otras cosas decia en carta de 28 de abril de 1692.—Yo me hallo en mi Mision, muy consolado; ni las persecuciones de los gentiles me impiden tener por gran merced la que Dios me hace en poder anunciar otra vez el santo Evangelio á estas gentes. Hace cuatro meses que estoy desterrado en un bosque, viviendo entre tigres y serpientes, animales que aquí

son muchos en número, y muy feroces; pero hasta ahora no me han ofendido, y además vivo debajo de un árbol. La causa de mi destierro es la guerra que hay entre el Maraven y el Naiken; pero espero en Dios que pronto se compongan, para poder yo entrar otra vez en mis amadas tierras del Maraven, y acudir á lo mucho que allí tengo que hacer: porque *la conversion es grande, y la cristiandad es mucha*. Yo por la divina Bondad, tengo ya bautizados aquí, despues que vine, muchos miles. ¡Y cuánto mejor es esto que todas las honras y delicias de Europa!»

El príncipe Teriadeven, cuya familia habia ocupado por mucho tiempo el trono del Maravá, sorprendido de todo lo que oia contar del misionero y de la religion cristiana, concibió deseos de conocer el uno y la otra. Escuchó al principio las lecciones de un catequista, y bien pronto quiso inscribirse en el número de los catecúmenos; vista, pues, la sinceridad de su conversion, le administró el Padre Britto el santo Bautismo el dia 6 de enero, en medio de las imponentes ceremonias de que se vale la Iglesia para celebrar aquel dia la vocacion de los gentiles. Pero ántes de recibir el Bautismo, se apartó el príncipe de las mancebas que tenia con nombre de mujeres propias, y despues contrajo matrimonio con la primera, con quien en su gentilidad se habia desposado. Una de las repudiadas era sobrina del rey, y celosa concitó á este y á los Bracmanes contra el Padre y su ley.

Da, por lo tanto, el Rey órden de que sean saqueadas las casas de los neófitos, incendiadas sus iglesias, y traído con cadenas á su presencia el santo misionero. Inmediatamente parten cuatro columnas de soldados á ejecutar la voluntad del tirano. Tres se dirigen cada una de por sí á las tres iglesias marcadas, la cuarta en derechu-

ra marcha hácia Muni, donde los estaba esperando el Padre Britto; les sale al encuentro, y los recibe con toda la alegría y gozo que experimenta en su corazon, por ir finalmente al martirio. Fué preso en el dia mismo que habia él pronosticado, y despues de haber predicado con libertad apostólica al rey y á su corte, y manifestado cuán justa y santa era la religion católica, por lo cual recibió ultrajes y desprecios, y fué condenado á que se le cortase la cabeza léjos de la capital.

Conducido, finalmente, al lugar del último suplicio, apénas llega se hinca de rodillas, y ofrece á Dios el sacrificio de su vida. Todos, así gentiles como cristianos, tenían los ojos fijos en el hombre de Dios, y animados del mismo sentimiento, parecian respetar con un sumo silencio la oracion del ilustre mártir. Llega el verdugo, y participa del respeto y asombro general; levántase el Padre Britto, le abraza y le invita á que ejecute la orden de su amo. Da éste un paso hácia atras, alza la cimitarra, descarga sobre el Padre tres golpes, le corta la cabeza del todo, y la hace rodar por el polvo: corta en seguida las manos y los piés al mártir, los ata juntamente con la cabeza á la cintura del tronco, y lo cuelga todo de la punta de un gran madero, que para este efecto estaba fijado ya mucho ántes en la colina.

A la vista de aquellos mortales despojos, venerables trofeos de la constancia del santo mártir, un general pavor se apodera de todos los espectadores; los gentiles se van preguntando—qué religion es aquella, que inspira á sus discípulos tanto valor y heroismo;—y los cristianos, en medio de su triste orfandad, se congratulan de haber conocido, y de profesar una ley que, publicada en el Calvario, se ve sellada tambien con la sangre de sus apóstoles.

La santidad de la vida realzó tambien en este gran siervo de Dios la gloria del martirio: porque durante los muchos años que ejerció el ministerio apostólico en el Malabar, no cesó de dar muy admirables ejemplos de todas las virtudes: celo verdaderamente digno de un apóstol; energía de alma, que le hizo arrostrar incesantemente, por la exaltacion de la fe y por la conversion de los gentiles, grandes peligros de perder la vida; austeridad espantosa, tanto en la abstinencia como en la mortificacion de su cuerpo; profunda humildad, que le hizo preferir la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y los trabajos indecibles de las misiones, á los honores de la corte del rey de Portugal; en fin, el amor perfecto que manifestó á Dios con el sacrificio de su vida.

Los milagros con que Dios se dignó manifestar la gloria de su siervo entre los cristianos de aquellas regiones fueron numerosos. Unos alcanzaron por su intercesion la vista perdida, ó la de que no habian gozado jamas por haber nacido ciegos; otros recobraron la salud en el momento mismo en que iban á perder la vida; á muchos confirmó en la fe el venerable mártir, apareciéndoseles despues de muerto. Los mismos gentiles contribuyeron á su gloria, asegurando que habian visto, por tres noches seguidas, llamas brillantes que permanecian fijas sobre el madero en que estaba colgado su cuerpo.

Padeció este gloriosísimo martirio el dia 4 de febrero de 1693, á los cuarenta y cinco años de edad, treinta y uno de religion, y veinte de misionero. El soberano Pontífice Pio IX le beatificó el dia 21 de agosto del año 1853.

VIDA Y GLORIOSA MUERTE

DEL

B. IGNACIO DE ACEVEDO,

Y SUS 39 COMPAÑEROS MÁRTIRES,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS ¹.

El Beato Ignacio de Acevedo, portugues, nació en la ciudad de Oporto, de noble linaje, á que correspondia la generosidad de su ánimo. Fué hermano de D. Jerónimo de Acevedo, valeroso capitan en la India oriental, y gobernador de ella; pero á nuestro Ignacio escogió Dios para capitan de otra más valerosa milicia, y gobernador insigne de más dichosa república.

Habiendo estudiado facultades mayores, entró en la Compañía de Jesus, en la que luégo dió claras señales de lo que habia de ser, humillándose y despreciándose á sí mismo, y poniéndose á los piés de todos. Conforme á esta humildad era su pobreza, contentándose con lo peor de casa, gozándose de que aún le faltasen las cosas necesarias.

Hiciéronle muy presto, por sus grandes virtudes, Rector del colegio de Lisboa, siendo el primero que tuvo en él aquel cargo; y con padecer los súbditos á los prin-

¹ La Novena está en el núm. 16 del Apéndice.

cipios grandes necesidades en la comida y vestido, no habia quién se quejase, viendo el raro ejemplo de pobreza y paciencia que les daba su santo Superior. Ni sólo en estas virtudes, sino en todas fué ejemplo de religiosos, así cuando fué Superior, como cuando no lo era. Su fervor era tan grande, que no contentándose con los ministerios que ejercitaba ordinariamente dentro de casa, no habia necesidad, ni enfermo á que no quisiese acudir, siendo el primero en todo lo que pedia trabajo y caridad.

Visitaba muy á menudo en Lisboa el hospital de los Incurables y el Real. Acudia á las cárceles, enseñaba la Doctrina cristiana á los presos, obteniendo tantas conversiones, que se detenía confesándolos hasta muy tarde.

Las visitas de los hospitales no eran de corrida, sino muy despacio, consolando á los enfermos, y curándolos él mismo, por asquerosos y hediondos que estuviesen; no habiendo ningun espectáculo tan horrible, que menoscabase un punto su grande fervor.

Supo que habia tres enfermos de enfermedades horribles al sentido y asquerosísimas, sin que se hallase quien les acudiese, ni aun quien los llevase al hospital; como si le dijeran dónde estaba un grande tesoro, así corrió á verse con ellos; pero su deformidad era tal, que no parecían hombres vivos, sino figuras espantosas de cuerpos muertos y podridos. Cuidó de ayudar y curar á entrambos, y aunque no los admitieron en los hospitales ordinarios, los llevó al de los peregrinos, proveyéndoles él de sustento y medicinas. Procuróles limosnas; les curaba sus llagas, haciéndose su cirujano; y como si estuviera tocando rosas, les limpiaba la podre y materia de las llagas, poníales hilas, y las vendaba despues con grande amor y caridad.

Mayores beneficios les hizo en el alma, confesándolos y disponiéndolos para la muerte, que tuvieron en sus mismas manos: porque no los desamparó su caridad, hasta que las almas desampararon sus cuerpos.

Estas eran sus ocupaciones ordinarias; ni habia para él nueva de mayor gusto, que saber la necesidad de alguno para remediarla luégo, disponiéndose con tales obras para la merced que le habia de hacer el Señor, de la corona del martirio. Tambien, siendo Rector del colegio de Braga, continuó con el mismo fervor que en Lisboa, y logró sacar muchas mujercillas de mal estado; pero sobre todo trabajó mucho y con fruto en componer enemistades y odios capitales que habia en aquella ciudad.

Estaba dividida en bandos y odios heredados de padres á hijos, y tan entrañables, que ni los Arzobispos de Braga, ni el Cardenal Infante, aunque lo procuraron, pudieron componerlos: pero asistió el Dios de la paz al Padre Ignacio de Acevedo, concurriendo maravillosamente á sus santos deseos y trabajos, para recabar lo que muchos no habian podido conseguir.

En los demas ministerios de la Compañía le favorecia el Señor de la misma manera, y él era el primero en todos, no contentándose con el fruto que se hacia en Braga, sino extendiendo su fervorosa caridad á los pueblos comarcanos. De uno, llamado Barcellos, pidieron para la Cuaresma un predicador; partióse á pié, y queriendo la gente más principal hospedarle á porfía cada uno en su casa, él se fué á la de Dios, recogién dose en el hospital con los pobres.

Nunca quiso recibir para sí cosa alguna, á pesar de que le hacian grandes presentes; estaba de ordinario

en el templo, predicando ó confesando, á no hallarse ocupado en semejantes obras de caridad espiritual con los presos de la cárcel y enfermos del hospital.

Descuidaba de su comida y sustento, el cual buscaba de puerta en puerta de limosna, despues de quedar rendido de sus fervorosos sermones y muchas confesiones. Tres dias quedaba en Barcellos haciendo estos officios; pues durante los restantes de la semana recorria varios pueblos, para que no se escapase ninguno sin participar de su celo y fervor, siendo muchos los dias en que predicaba tres veces.

En Barcellos compuso muchas é inveteradas enemistades, llegando para conseguirlo hasta á postrarse á los piés de los agraviados, para que perdonasen á sus injuriadores. Deshizo no pocos amancebamientos; redujo á muchos hombres á mejor vida, sacándolos de la desmoralizacion en que vivian; y convirtió á tantos que, con trabajar el Padre Ignacio por muchos, fué necesario llamar de Braga quien le ayudase á recoger la mies que habia segado.

Nada faltaba á este siervo de Dios para ser un varon apostólico; tenia bien conocida su virtud y celo San Francisco de Borja, General de la Compañía, porque le trató en Portugal; y celebraba tanto la fama sus heróicas obras, que habian tenido eco en Roma; y así satisfecho el Padre General de la persona que elegia, le señaló por Visitador del Brasil.

Pasó luégo el Padre Ignacio á visitar los colegios y residencias de aquella Provincia, haciendo la visita con tal prudencia y fruto, que ántes de acabarla le llegó la órden de San Francisco de Borja para que se quedase por Provincial. En los tres años que ejerció este officio, tuvo tiempo de observar con particular atencion

las necesidades de aquella tierra, y la falta de obreros que en ella habia.

Para el remedio de todo, le pareció que el medio más eficaz sería ir él mismo en persona á Roma, y verse con San Francisco de Borja para darle cuenta de lo que convenia. Con este intento partió del Brasil y llegó á Portugal, donde fué tanta la gente que se movió para ir en su compañía, que le importunaban muchos estudiantes en la Universidad de Evora, para que los recibiese y llevase consigo; y de los Hermanos de la Compañía, ninguno quedara si lo dejaran á su eleccion. De esta manera iba comunicando su fervor y espíritu, por donde quiera que pasaba.

Holgóse S. Francisco de Borja de ver al B. Ignacio; y despues de haber comunicado entre los dos lo que convenia practicar para la conversion de los brasileños, y visto el estado de aquella Provincia, le ordenó que volviese á ella con el mismo cargo de Provincial, y que en cada Provincia de Europa por donde pasase, le diesen cinco sujetos para llevarlos consigo, que serian bastantes para la necesidad presente, mas no para satisfacer á los deseos de los muchos que pretendian aquella jornada, por hacer y padecer más por Jesucristo.

Mostró singular gozo San Pio V con la llegada del Padre Acevedo; concedióle singulares privilegios, y le enriqueció de dones sagrados. Dióle San Francisco de Borja una copia de la imágen de Nuestra Señora que pintó San Lúcas, y que el Padre Ignacio estimó en mucho. Volvió el siervo de Dios en direccion de su Provincia, alistando soldados para aquella apostólica empresa, llegando á reunir hasta setenta sujetos.

Estuvo esperando con toda su gente en una quinta de San Antonio de Lisboa, llamada Valderrosal, mién-

tras se disponia la embarcacion. Durante el tiempo que se detuvieron allí el Padre Ignacio y sus compañeros, hacian una vida más de ángeles que de hombres, gastando todo el tiempo en oracion y meditacion, y leccion de libros santos, acompañando estos devotos ejercicios con otros de mortificacion y penitencia, con muchos ayunos, rigurosas disciplinas y ásperos cilicios; disponiéndose de este modo para la empresa del Brasil, ó por mejor decir para el glorioso martirio, que en el camino habian de padecer, para el cual iba Dios nuestro Señor previniendo á sus siervos, con tanta abundancia de dones y consolaciones celestiales, que, segun decia muchas veces el Padre Ignacio, no esperaba mejores dias que los de Valderrosal, por ver las misericordias que nuestro Señor hacia á él y á sus compañeros.

Se embarcaron en la escuadra de D. Luis de Vasconcelos, que pasaba de gobernador al Brasil, repartiéndose al efecto en tres navíos, en uno de los cuales, llamado Santiago, iba el Padre Acevedo con otros cuarenta y cuatro de la Compañía. Salieron el dia 5 de junio por la barra de Lisboa, y pudo recabar el espíritu fogoso del Padre Provincial, que cada navío se convirtiese en una casa religiosa, teniendo distribuidas las horas para los Ejercicios espirituales á que se hacia señal con la campanilla, guardando el mismo órden que en los colegios. Hacíanse frecuentes exhortaciones á los soldados, á los que tambien se les preguntaba y explicaba la Doctrina cristiana, á lo cual se prestaban ellos estimulados y animados por el ejemplo de sus jefes.

Rezábase el santo Rosario á coros, y se cantaban las Letanías tambien á coros: los domingos y fiestas hacia el Padre componer un altar, con frontal y ricos ornamentos, y en él ponía la imagen de nuestra Señora que traía

de Roma; y ya que no se atrevia á consagrar en la mar, por no exponer el *Sanguis* á ser derramado, decia lo demas de la Misa con toda la solemnidad que podia, y al fin de ella predicaba á todos, tomando por asunto ordinario de sus exhortaciones la caridad, como quien traia el corazon tan abrasado de ella; con lo cual iban todos los pasajeros tan compuestos y concertados, que parecian religiosos en la quietud, paz y sosiego con que estaban, y en la devocion con que rezaban, y oian sus sermones.

Dió fondo la armada en el puerto de Santa Cruz de la isla de la Madera, donde fueron hospedados veinticuatro dias por el P. Sequeira, Rector del nuevo colegio. Tuvo necesidad la nave Santiago de ir á la isla de Palma, á descargar buena parte de las mercaderías que llevaba, para tomar desde allí el camino del Brasil.

Como el Padre Ignacio supo la determinacion del capitan, representándosele el peligro que podian tener, por haber algun rumor de que andaban herejes de la Rochela á vueltas de las Canarias, procuró con mucho celo que todos los de la nave se confesasen y comulgasen ántes de salir de la isla de la Madera. Así, pues, juntando á sus compañeros les dijo, «que porque él entendia que el mar por donde habian de navegar estaba sembrado de herejes corsarios, los cuales no pretendian más que quitar las haciendas y vidas á los católicos; que todos se preparasen para dar las suyas, si fuese menester, por amor y servicio del Señor; y si habia algunos que no se hallasen con esta fortaleza y determinacion, se lo avisasen luégo; porque los dejaria allí, para que se fuesen al Brasil en compañía de los otros navíos.

Entre cuarenta y cuatro que iban en aquella nave con el Padre Acevedo, solos cuatro novicios hubo que

pidieron licencia para quedarse en la isla de la Madera, y él se la dió de buena gana. Todos los demas resolvieron con grande alegría y consuelo acompañarle, y si fuese menester dar, con la gracia del Señor, sus vidas por la honra y gloria de su santo Nombre.

Iban muy gozosos con las prendas que tenian en su corazon de la merced que les queria hacer el Señor, quien reveló á varios la corona del martirio que les aguardaba. Sus pláticas familiares eran del martirio, y así, hablando unos con otros, decian frecuentemente:— «Oh, si Dios nuestro Señor fuese servido, que topásemos por estos mares, con quien por causa de la fe católica nos quitase la vida! ¡Qué suerte tan dichosa, y qué dia tan alegre sería para nosotros! ¡De cuántos y cuán crueles enemigos nos libraríamos!»

Pero señaladamente al Padre Acevedo, desde que partió de la isla de la Madera, le oian los Hermanos dar unos suspiros muy encendidos, y oian que decia repetidas veces:—¡Oh si Dios nos hiciese, Hermanos, tan señalada merced, que muriésemos por su amor!

Prosiguieron su viaje con buen viento siete dias, y cuando estaban muy cerca del puerto de Palma, vieron que se acercaban cinco velas francesas, en las cuales iba Jaques ó Diego Soria, famoso corsario, hereje y capital enemigo de católicos. Era este conducido en un galeon grande y poderoso, defendido por mucha artillería y gente.

El Padre Ignacio, en viendo el peligro, conoció que esto era lo que le decia ántes su corazon, y lo que el Señor le daba á entender cuando tenia presentimiento del martirio. Despues de haber animado á la gente que venia en la nave á pelear y morir por la fe, mostrándoles que no podian dejar de tener victoria, ó venciendo

á los enemigos, ó muriendo á manos de los herejes por Jesucristo, sacó el retrato que traía de Roma, de la imagen de Nuestra Señora, y volviéndose á sus Hermanos que estaban cantando la Letanía, con alegre rostro, y pecho esforzado, les dijo:—Ea, carísimos Hermanos, ya es tiempo de hablar abiertamente de nuestra felicidad: sabed, que este es el día destinado para que entremos triunfantes en el cielo, donde reinaremos con Jesucristo nuestro Redentor, y con la gloriosa Virgen María, su Madre, en compañía de todos los Bienaventurados. ¿No veis cuán mejorados seremos, pues en lugar del Brasil tomaremos puerto en el cielo? Pongámonos en oracion, y hagamos cuenta que esta es la última hora que Dios nos da para merecer, y para disponernos á morir por su amor.

Levantaron todos las manos y los ojos llenos de lágrimas al cielo, diciendo en voz alta:—Hágase así, Señor; cúmplase en nosotros vuestra santísima voluntad, que aquí estamos todos prontos á dar la sangre y mil vidas por Vos.—Andaba presuroso de una parte á otra el ínclito Padre Acevedo, con la imagen siempre en la mano, inflamado el espíritu, confesando á unos, y esforzando á otros.

Estaban los Hermanos en un camarín de rodillas, lanzando tiernos suspiros al cielo, cuando se acercaron algunos portugueses pidiéndoles, que fuesen á pelear con ellos, porque eran solos cuarenta soldados contra millares de enemigos, pues sola la Capitana traía trescientos hombres de guerra. A esto respondieron, «que no debían pelear sino con oraciones y gemidos, que son las armas de los religiosos; pero que asistirían á los heridos, confortarían á los flacos, exponiendo su vida gustosamente á todos los riesgos.»

Miéntras tanto emprendieron los cabos una esforzada resistencia, que solo podia servir para que no se dijese algun día, que se habia rendido cobardemente un navío en que iban portugueses armados. Empezaron, pues, los enemigos á jugar furiosamente la artillería, y embestida por uno y otro costado la nave portuguesa, comenzó á hacer agua por todas partes, á causa de los boquetes abiertos por las balas; entónces la abordó Jaques Soria con su Capitana, y arrojó dentro del navío portugues alguna gente capitaneada por el patron de su bajel, con valor digno de mejor causa. Mas los portugueses rebatieron valerosamente el asalto, echando al mar los más de aquellos infelices, que vestidos de hierro se fueron luego á fondo, y entre ellos un soldado de mucha fama, en quien tenia su confianza Jaques Soria; este aferrando á un mismo tiempo con la Capitana y con los demas navíos, hizo prisionera á la nave portuguesa.

Mandó que saltasen cincuenta hombres dentro, y aunque se trabó un sañudo combate, no pudo durar mucho, porque muerto el Piloto portugues, perdieron todos el aliento y el valor, dando lugar al enemigo que se apoderó del bagel Santiago, rindiéndose á discrecion la nave y su dueño. Dió órden el general Soria de que no ensangrentasen la espada, ni en los soldados ni en la chusma, perdonando á todos liberalmente la vida; pero noticioso de los cuarenta Jesuitas que allí iban, y del motivo que los llevaba á tan remotas playas, se acercó lleno de saña diciendo á grandes voces:—*¡Mueran, mueran los Papistas, que van á sembrar falsa doctrina al Brasil!*—Y renovando el odio con más desenfrenadas voces, repetia:—*¡Echad al mar esos perros Jesuitas, enemigos mortales de nuestra secta!*

Con este pregon repetido, dispuso el cielo que su-

piese el mundo el motivo porque aquel tirano perseguia y daba la muerte á tantas inocentes víctimas, y que fuese á sangre fria, cuando trataba á los demas rendidos con humanidad desacostumbrada; á fin de que se conociese, que sólo el odio de la fe, sin el ímpetu de otra alguna pasion, habia sacrificado aquellos inocentes é inofensos religiosos, porque eran defensores y propagadores de la Religion Católica, Apostólica, Romana.

Al mismo punto que oyeron este mandato de su general, sus soldados, herejes calvinistas como él, arremetieron á los Jesuitas, y despojándolos de sus pobres sotanas, y haciéndoles muchas heridas, especialmente á los que eran sacerdotes, y cortándoles á algunos los brazos, los echaron en la mar.

Mas porque el bendito Padre Ignacio de Acevedo, como valeroso soldado de Cristo, y padre y capitan de los demas, los estaba animando con su imágen de Nuestra Señora en las manos, y les decia:—*Muramos, Hermanos, alegremente por amor de Dios, y por la confesion de su fe, que estos sus enemigos impugnan;*—uno de los herejes descargó sobre su sagrada cabeza tan fiera cuchillada, que se la abrió hasta descubrirle los sesos. El animoso Padre, sin retirarse ni moverse de su lugar, le esperó, y al mismo tiempo le dieron tres lanzadas, con que cayó diciendo en altas voces:—*Séanme los hombres y los ángeles testigos, de que muero por defender la santa Iglesia Romana, y todo lo que ella confiesa y enseña;*—y vuelto á sus compañeros, y abrazándolos con singular caridad y alegría, les decia:—*Hijos de mi alma, no tengais miedo á la muerte; agradeced la misericordia que Dios os hace, en daros fortaleza para morir por Él. Y pues tenemos tan fiel testigo y tan liberal remunerador, no seamos pusilánimes ni flacos, para pe-*

lear las batallas del Señor.—Dichas estas palabras, expiró. Quisieron los herejes sacarle de las manos por fuerza la imagen que tenia de Nuestra Señora, mas no lo pudieron conseguir.

El fervoroso Hermano Francisco Perez Godoy, pariente cercano de Santa Teresa de Jesus, animaba á sus compañeros diciendo á voces:—Ea, Hermanos, no degeneremos de los altos pensamientos de hijos de Dios;—con esto les comunicaba tanto esfuerzo, que él y ellos se ofrecieron valerosamente á la muerte, volviendo como fieles hijos por la honra de su Padre celestial.

Al H. Benito de Castro, que aunque no estaba aún ordenado de Sacerdote, hacia oficio de maestro de novicios, y tenia un devoto Crucifijo en las manos, y mostrándole decia:—Yo soy católico, é hijo de la Iglesia Romana;—le atravesaron con tres balas de arcabuz; pero viendo que todavía estaba en pié, y perseveraba en su confesion de hijo sumiso de la Iglesia, le dieron muchas estocadas, y ántes que espirase le echaron en el mar.

A otro Hermano que se llamaba Manuel Alvarez, el cual, encendido en vivas llamas de amor de Dios, deseaba morir por Él, y reprendia á los herejes su ceguedad, le hirieron en el rostro, y tendiéndole en tierra, le quebrantaron las piernas y los brazos, moliéndole los huesos; y para que penase más no le quisieron luego acabar de matar: entónces él, volviendo los ojos serenos á sus Hermanos, les dijo:—Tenedme, Hermanos, envidia y no lástima; pues yo confieso que nunca merecí de Dios tanto bien como me hace al proporcionarme estos tormentos y muerte tan honrosa. Quince años ha que estoy en la Compañía, y más de diez que pido esta jornada del Brasil, preparándome para ella; y con sola esta dichosa

muerte me tengo por muy bien pagado de Dios y de la Compañía, por todos mis servicios;—dichas estas palabras, y estando ya boqueando le echaron en la mar.

Hallaron los herejes á dos Hermanos haciendo oracion de rodillas delante de algunas imágenes, que ellos tanto aborrecen; arremetieron, pues, á ellos con diabólico furor y rabia, y con los pomos de las espadas quebraron la cabeza al uno de ellos, que se llamaba Blas Ribera; el cual, saltados los sesos, cayó luégo muerto. Al otro Hermano, llamado Pedro de Fontaura, le dió un hereje con la daga tal golpe en la boca, que le cortó la lengua y le derribó una quijada.

Al Padre Diego de Andrada, que muerto el Padre Acevedo era el principal y superior de los demas, porque vieron que era sacerdote, y que habia confesado á algunos de sus compañeros, y que los exhortaba diciendolo:—Hermanos mios, preparad vuestras almas, que muy cerca está vuestra redencion:—dándole muchas puñaladas, sin acabarle de dar la muerte le lanzaron en el mar.

Cuando esto pasaba estaban enfermos en sus camas dos Hermanos, cuyos nombres eran Gregorio Escribano y Alvaro Mendez; y aunque pudieran disimular y estarse quedos, pero con el deseo que tenian de morir por Cristo, se levantaron como mejor pudieron, y mal cubiertos con sus sotanas, y descalzos, se mezclaron entre sus Hermanos, por no perder tan buena coyuntura, y así murieron con ellos.

Habian llevado los herejes otro Hermano, llamado Simon de Acosta, al galeon de Jaques Soria, entendiendo que era hijo de algun caballero ó persona principal, porque en su porte exterior lo parecia; pues, en efecto, era mozo de diez y ocho años muy bien dispuesto. Lla-

móle aparte Jaques, y preguntóle si—él tambien era de los Jesuitas.—Aunque, negándolo, pudiera escapar con la vida, no quiso sino confesar que—efectivamente, era compañero en la religion, y Hermano de aquellos que morian por la Fe Católica, Apostólica, Romana;—lo cual indignó tanto á Jaques, que le hizo luego degollar y arrojar en la mar: poco hacia que aquel dichoso jóven y mártir esforzado habia entrado en la Compañía.

Estaba la nave tan mal tratada de la artillería, que temian los corsarios no se fuese á fondo, por la mucha agua que hacia. Para desaguarla juntaron á los Hermanos que habian quedado, y dándoles muchos bofetones y empellones los pusieron á dar á la bomba. No duró mucho este trabajo, porque el obstinado capitan, así que supo que estaban vivos, envió á decir desde su galeon:—Mueran los Papistas, que van á sembrar falsa doctrina al Brasil;—y llegando él mismo con su navío más cerca, dijo:—Echad á la mar esos perros Jesuitas.

Al mismo punto que oyeron esto sus soldados herejes calvinistas, arremetieron á los Jesuitas, y desnudándolos de sus pobres sotanas, daban á unos de cuchilladas, á otros de estocadas ó puñaladas; y de esta manera los arrojaron todos al mar, y con ellos el cuerpo del Beato Pedro Ignacio, que hasta entónces habia estado tendido en el navío. Fué cosa maravillosa, que vieron todos los marineros ir aquel santo cuerpo sobre el agua, tendidos sus brazos en forma de cruz, todo el tiempo que con su vista pudieron divisarle.

De todos los cuarenta compañeros que entraron en la nave Santiago con el Padre Acevedo, no quedaba más que uno, por nombre Juan Sanchez, al cual dejaron los herejes vivo, porque sabiendo que servia de cocinero á

los demas, le guardaron para servirse de él en aquel oficio, y estuvo con ellos hasta que volvieron á Francia, de donde nuestro Señor le libró para que contase lo que de la muerte de sus compañeros queda referido; aunque no fué él solo, sino tambien otros que se hallaron presentes, los que hicieron despues relacion de todo lo que habia pasado.

Mas para que el número fuese justo, y hubiese cuarenta coronas para cuarenta de la Compañía que habian entrado en aquella nave, con deseo de morir por Cristo; en lugar de este Hermano proporcionó el Señor otro, llamado Sanjuan, jóven virtuoso y honrado, sobrino del Capitan de la misma nave, el cual comenzó á aficionarse tanto á los Hermanos de la Compañía, que pidió ser recibido en ella; y aunque el Padre Acevedo no le recibió entónces, no se apartaba él de su lado ni dejaba de hacer la oracion y penitencia que veia hacer á los Hermanos; se tenia por uno de ellos, y como si lo fuera los imitaba en todo. Por fin, á causa de sus repetidas instancias mereció ser admitido en la Compañía, con promesa de darle la ropa en el Brasil, por no tenerla entónces á mano; y entre tanto, lleno de fervor como novicio, asistia con los demas Hermanos á todas las distribuciones. Al tiempo que los herejes apartaban de los seglares á los Jesuitas para matarlos, él se pasó al lado de estos, protestando que era Jesuita, y que deseaba morir entre ellos, en defensa de la Religion y de la Iglesia Romana. Y luégo tomando una sotana que vió en el suelo, despojo de un mártir, Hermano suyo, se la vistió presuroso, y el tirano, furioso, le dió crueles golpes, y le arrojó en el mar, volando de este modo su dichosa alma á gozar sin fin de la compañía de los Bienaventurados.

Otro de los que tuvieron tan venturoso fin, fué Estéban Zuraire, vascongado; era este uno de los que habian tenido revelacion de su martirio, y así al salir del colegio de Plasencia, dijo á su confesor el Padre José Acosta,— que en los santos Ejercicios que acababa de hacer, disponiéndose á la jornada del Brasil, le habia comunicado el cielo la gloria que le esperaba por medio del martirio.—Y cuando le hirieron mortalmente, y le iban á precipitar en la mar, como quien habia llegado al término de sus deseos, entonó en voz alta el *Te Deum*, en accion de gracias por tan señalado beneficio, y prosiguió cantando hasta que pudo. Desempeñaba este Hermano coadjutor el oficio de sastre, y por su rara inocencia y candor era muy estimado y amado de cuantos le trataban.

El mismo dia que tuvo lugar el martirio de estos santos religiosos, ó sea el 15 de julio de 1570, se lo reveló nuestro Señor á Santa Teresa de Jesus, mostrándole el triunfo con que aquellas santas almas entraban en el cielo. Vió esta Santa á todos muy gloriosos, y adornados con coronas y hermosísimas aureólas de mártires de Cristo, para reinar con él por toda la eternidad, conociendo entre ellos á su pariente. Quedó la Santa muy consolada y regalada con este favor, que al punto descubrió á su confesor. Pero no fué esta la única revelacion que hubo de la gloria de estos dichosos Mártires, pues tambien á otras personas virtuosas se la manifestó nuestro Señor.

Muchos fueron, pero no indicaré sino uno, los prodigios con que acreditó el cielo la gloria de estos cuarenta mártires: luégo que expiró el Padre Ignacio de Acevedo se apareció vestido de resplandor á su hermano Don Jerónimo de Acevedo, que estaba en la India.

El Santo Padre Benedicto XIV publicó solemnemente, en el año de 1742, un Decreto, en virtud del cual se dió á estos Mártires el culto acostumbrado á los Beatos; pero por algunas dudas que se originaron se suspendió despues, hasta que, bien examinadas las circunstancias, y dilucidadas mejor las dudas, el Sumo Pontífice Pio IX, el 11 de mayo del año de 1854, aprobando el parecer de la Sagrada Congregacion, confirmó la reintegracion del culto al venerable siervo de Dios Ignacio de Acevedo, y á los treinta y nueve compañeros mártires, cuyos nombres se pueden ver al fin de este libro, juntamente con algunos datos de su vida.

VIDA
DEL
BEATO PEDRO CANISIO,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS ¹.

El Beato Pedro Canisio fué de nacion flamenco, nació en la ciudad de Nimega, del ducado de Gueldres, hoy provincia de Holanda, el dia 8 de mayo del año de 1521, el mismo cabalmente en que San Ignacio de Loyola fué gravemente herido en el castillo de Pamplona. A la edad competente le llevó su padre á Colonia, para cursar en ella la retórica y elocuencia, bajo la enseñanza de Nicolas Esquio, sacerdote virtuoso y docto, con quien aprovechó grandemente en ciencias y virtud.

Deseoso de unirse más estrechamente con Dios, hizo voto de perpétua castidad á la edad de diez y nueve años, ciñéndose ademas, para tener la carne enfrenada, un muy áspero cilicio de cerdas, á que añadía la modestia de los sentidos, junto con ferviente y larga oracion. Por dar gusto á su padre aprendió Derecho civil y canónico, y despues Escritura y Teología escolástica, armas muy poderosas contra los errores de los herejes; y

¹ La novena está en el núm. 17 del apéndice.

con tales pertrechos empezó en Lovaina los primeros ensayos de los combates acérrimos, y victorias ilustres, que hasta la muerte habia de sostener y alcanzar de innumerables sectarios, pues allí tomó la costumbre de rebatir y convencer á sus compañeros inficionados de herejía.

Ya el Señor con la suavidad que suele le estaba llamando al estado religioso; y luégo que llegó Canisio á Maguncia, le dió el Padre Fabro los Ejercicios Espirituales; el cual, acabando de conocer en ellos la voluntad divina, con la extraordinaria luz que comunican siempre á las almas, le recibió en la Compañía de Jesus el día 8 de mayo de 1543, á la edad de veintidos años, siendo el primero de aquellas partes que en ella entró, para tanto bien suyo y de infinitos otros.

Fueron ambos á Colonia, y en ella empezó Canisio con tan insigne maestro su noviciado, en el cual echó para siempre los sólidos fundamentos de aquella santidad que le dió tanta gloria en el cielo, y ahora se la da en los altares. Concluidos los dos años de noviciado, y lo poco que le faltaba para terminar la Teología, se ordenó de Sacerdote, y su notoria santidad tomó desde entónces mucho mayor impulso, desplegando muy pronto las alas del celo que le consumia. Y á la verdad, ni la Religion católica tenia allí por aquel tiempo defensor más valiente, ni los herejes enemigo mayor.

Increibles parecen las obras heróicas que emprendió y llevó á cabo en más de dos años que de allí no salió. Despues de pasar en oracion, lectura y estudio no pocas horas de la noche, empleaba las mañanas en enseñar á los niños la Doctrina cristiana, en predicar, ya en una ya en otra iglesia, en visitar los enfermos de los hospitales, y luégo daba lecciones en la Universidad y

en el colegio Montano, sobre los Evangelios y Epístolas de San Pablo. Al mismo tiempo en público y en privado aconsejaba, desengañaba y aquietaba conciencias atribuladas, y respondía á las dudas que le proponían personas de todos estados y condiciones.

Dispuso con gran trabajo y estudio una edicion de las obras de San Cirilo de Alejandría y de San Leon el Magno, ambas muy á propósito para refutar los engaños y errores que diseminaban los ministros del infernal enemigo. Sólo por breve tiempo le desvió de tan santas ocupaciones otra más útil al bien de la Iglesia. Enviado de intermedio y procurador por el fidelísimo clero y pueblo de Colonia, al Emperador Cárlos V y al Archiduque Jorge, Obispo de Lieja, á fin de implorar su proteccion contra Herman, que siéndolo de la iglesia coloniense, seducido del falso aliciente de los nuevos errores, y enredado en los lazos de los herejes, habia llamado á muchos de ellos á la ciudad; desempeñó Canisio el encargo con tanta destreza y felicidad, que poco despues aquel mercenario, y no ya pastor, pues metia los lobos en el rebaño de Jesucristo, fué excomulgado y depuesto.

No bien habia cumplido veintiseis años, el Cardenal Oton Truchees, Obispo de Ausburgo, conociendo bien su ciencia y virtud, le envió de teólogo suyo al Concilio de Trento, y en aquel augusto teatro y Junta sagrada de los Prelados católicos, no hubo uno que dejase de aplaudir su vasta doctrina, madurez, pulso y prontitud en el proponer, raciocinar, disputar, y dar en todo acertados dictámenes.

Habiéndole llamado á Roma San Ignacio, fué extraordinario el gozo del Santo al ver en sus brazos á un hijo tan querido, y no fué menor el del Padre Canisio

al abrazar y conocer más de cerca á Padre tan amado de todos sus hijos, y tan favorecido y colmado de dones celestiales. Con la vista y trato frecuente del Santo Fundador, llegó á penetrar muy á fondo sus máximas, planes y deseos, que no eran otros, sino de inflamar y santificar el mundo entero; y todo lo que le oia, y mucho más que entendia, lo depositaba en su pecho, para valerse de ello con el favor divino, y redoblar los esfuerzos en las comenzadas empresas, ú otras mayores en que Dios se sirviese ponerle.

Cinco meses estuvo en la santa ciudad, y un año en Mesina enseñando elocuencia, de donde fué vuelto á llamar á Roma, en la cual hizo la Profesion solemne de cuatro votos acostumbra en la Compañía, á 7 de setiembre del año 1549, con cuyo grado y union más estrecha con la Divina Majestad, se sintió tan fervoroso, renovado y tan otro, que llamaba despues á aquel dia, el de su conversion. El motivo que determinó á S. Ignacio á mandarle volver tan presto de Sicilia, fué tenerle designado para Baviera con los Padres Jayo y Salmeron, á fin de que hiciesen frente á los herejes, como lo pretendia con vivas instancias Guillermo, duque de aquel Estado, y celosísimo de la Religion católica, el cual, para conseguirlo, habia interpuesto por medio de su ministro en Roma la mediacion del Sumo Pontífice.

Partieron los tres á poco, y en Munich los recibió el Duque con señales de cordialísimo afecto y benevolencia, declarándoles que sus intentos y deseos eran que desde luégo se encargasen en su Universidad de Ingolstadt de tres cátedras de Teología, para servir de dique á la irrupcion herética, pues algunos maestros de ella habian empezado á dejarse llevar del torrente de los nuevos errores. Por su órden fueron recibidos en Ingols-

tadio con todo agasajo; y reconocido en seguida el estado interior de la instruccion, descubrieron que muy pocos eran los maestros de sana doctrina, y acordaron que el remedio más eficaz sería poner á la vista de la juventud estudiosa, con la autoridad de las divinas Letras, Padres, Concilios y tradicion apostólica, la doctrina antigua y segura de la Iglesia de Dios. Sin más empezó el Padre Salmeron á exponer las Epístolas de San Pablo, el Padre Jayo los Salmos, y el Padre Canisio á enseñar la Teología escolástica.

No fué menester otra cosa para que á poco tomase otro semblante muy diverso la Universidad, y luégo todo el pueblo que la imitaba: pero las clases eran corto recinto al ánimo ardiente de nuestro Canisio, y así empezó á predicar en aleman con tanto concurso y general conmocion, que pronto se vió precisado á salir á las plazas, porque ningun templo era capaz de auditorios tan numerosos, correspondiendo el fruto á la avidez de escucharle. Persuadida la ciudad de que revisiéndole de mayor dignidad sería el fruto colmado, toda clamó á una voz que se le diese el Rectorado de aquella insigne Universidad. Señalado por Rector de ella, contra toda su voluntad, lo primero que hizo fué desterrar de todas las clases los libros heréticos y otros perniciosos, que estragaban los ánimos juveniles: luégo procuró que acabasen los juegos prohibidos, embriagueces, riñas y desafíos, que con la licencia y el desórden de aquellos tiempos se habian hecho comunes entre los estudiantes.

Habia caido casi en total desuso la costumbre de congregarse el pueblo á orar en las iglesias; hasta se avergonzaban muchos de poner el pié en ellas, y los pocos que entraban á oir Misa, apenas se alzaba la Hostia

se salian á la calle. Corrigió ambos abusos, predicando contra ellos con eficacia, fundando una congregacion de jóvenes, que con él oraban y cantaban en los templos las Letanías de Nuestra Señora y los Santos, y renovando la costumbre antigua de las procesiones, en que iba delante de todos con gran modestia y recogimiento. Dejó tambien edificadísima la ciudad con su desinterés, rehusando enteramente los emolumentos de Rector, y de la dignidad de Canciller, que desempeñó algunos meses por obediencia.

No podian quedar por mucho tiempo encerrados en el estrecho ámbito de una sola ciudad el resplandor y fragancia de sus esclarecidas virtudes. Muchos á una, y especialmente Obispos, deseaban con ansia verle, tratarle y valerse de su celo y persona para iguales empresas del divino servicio y bien de las almas. Más que ninguno estaba el duque Alberto en la firme resolucion de no dejarle salir de Ingolstadio; pero tuvo que ceder á las pretensiones de Fernando, rey de romanos, quien gobernando á la sazón el imperio, veia con amargura los daños que en los dominios de Austria, y más en Viena, estaban causando á la fe cristiana, las herejías y el desenfreno y perdicion de costumbres que se habia seguido. A los pocos dias empezó á predicar, y corriendo pronto la fama de su elocuencia y espíritu, le fué menester trasladarse á iglesia mayor por el gran concurso que acudia. Siguiéronse á poco multiplicadas conversiones, y más cuando entró la peste en la ciudad; pues sin descansar un punto, iba solícito de casa en casa y de hospital en hospital, asistiendo á los apestados, sin omitir ni el predicar, ni dar lecciones de teología en la Universidad.

Logró que se fundase un Seminario, dotado de maes-

tros de integridad y saber, en el cual se criaron muy buenos jóvenes, y entre otros San Estanislao de Kostka

Contribuyó tambien á fundar el Colegio Germánico en Roma, donde se educan jóvenes alemanes destinados al Sacerdocio; y para gran socorro y utilidad de aquellas naciones tan necesitadas, ha sido y sigue siendo uno de los semilleros más floridos que tiene la Iglesia de Dios. No tardó mucho en entrar en la palestra con los doctores herejes de más nombradía; y disputando con ellos, y poniendo de manifiesto los errores á un lado y la verdad al otro, convenció y persuadió á unos, á otros cerró la boca, y los más obstinados le volvieron la espalda llenos de confusion. Desde aquel eminente lugar en que Dios reviste á los suyos de autoridad y fortaleza, no hubo abuso ni vicio contra el cual no se lanzase como leon, sin que nadie se diese por ofendido. Mayormente el rey de romanos se complació tanto en oirle, que casi por fuerza le obligó á aceptar el título de predicador de la corte.

Cada vez más prendado el religioso príncipe de su eficaz elocuencia, no dejó piedra por mover con el mismo Papa, con San Ignacio y con el Nuncio, para que tambien aceptase la silla vacante de Viena; mas á esta honra resistió Canisio por tres veces, venciendo otros tantos combates que le dieron sobre ello. Seguia predicando en palacio; y deseando coger cosecha más abundante salia por las villas, lugares y aldeas de la comarca, predicando, enseñando y administrando los Sacramentos, en más de trescientas poblaciones desprovistas de Sacerdotes, haciendo un bien inmenso en las almas.

A instancias del piadoso rey se encargó del Colegio externo llamado de los Archiduques, en que se enseñaban diferentes facultades á buen número de estudian-

tes; y no bien hubo tomado las riendas en la mano, cuando se vió el colegio reflorcer. Viendo que los libros perversos propinaban cada vez más el veneno en los ánimos, escribió como antídoto de mal tan grave una Suma de la doctrina católica, con tanta erudicion, acierto y claridad, que para instruir y confirmar en la verdad á los fieles, no hay otra que se le aventaje; por cuyo motivo aprobada de teólogos y obispos con aceptacion y aplauso, se difundió por do quiera con gran utilidad de las almas.

A todo esto crecian más y más los deseos y peticiones de Prelados, ciudades y provincias enteras, en demanda de hombre tan incansable; pero el rey de romanos puso los ojos con preferencia en su reino de Bohemia, donde pensaba fundar colegio á la Compañía.

Partió, pues, para Praga nuestro Beato, y á poco de haber llegado, echó con el favor del virrey los cimientos del nuevo colegio, tanto más necesario, cuanto que la ciudad era ya una sentina de herejes zuinglianos y luteranos, todos los cuales resolvieron sofocar en la cuna con todas sus fuerzas la fundacion. No bastándoles las intrigas, echaron mano de violencias, calumnias, injurias, pedradas; y hasta intentaron pegar fuego á la casa en que el Padre vivia, de suerte que la autoridad se vió precisada á darle escolta para salvarle la vida.

Nombrado por San Ignacio primer Provincial de Alemania, se encargó del cuidado de los dos colegios de Viena y Praga, con el que estaba para abrirse en Ingolstadt. Muerto San Ignacio el año de 1556, hubo de partir para Roma nuestro Canisio á elegir con los otros vocales segundo general de la Compañía, lo cual por causas imprevistas no se verificó hasta principios de julio de 58. Vuelto á Ratisbona, empezó á cultivar aquella

viña inculta, predicando con numeroso concurso; entre los Prelados apenas hubo uno que dejase de consultar con él los medios más conducentes al gobierno de sus iglesias, y extirpacion de las herejías. En Munich dejó sentados los fundamentos del colegio de aquella ciudad, que despues fué siempre uno de los más ilustres y útiles de Alemania. En la Dieta de Worms desplegó tanto caudal de erudicion y elocuencia con los herejes, que aunque tan locuaces y destituidos de todo pudor, los obligó á enmudecer, deshaciendo victoriosamente con las obras científicas que dió á la estampa contra los Centuriadores de Magdeburgo, sus falsedades y calumnias.

Recorrió con igual celo y fruto que en todas partes varias ciudades y poblaciones de Alsacia y Baviera. Llamado de nuevo á Roma para hallarse á la eleccion del General, se verificó finalmente ésta en la persona dignísima del Padre Diego Laínez. El Papa Paulo IV envió á Polonia su Nuncio apostólico, ansioso de poner algun coto á la defeccion de aquellas regiones, y quiso que el Padre Canisio le acompañase con título de Teólogo, para que defendiese y sostuviese la Religion gravemente amenazada.

Pio IV le mandó por delegado suyo especial á los Obispos y Príncipes de Alemania, para la publicacion y admision del Concilio Tridentino, reparo de la fe, y reformation de la disciplina y costumbres. Gregorio XIII se valió de él en otros asuntos de suma importancia, que con entera satisfaccion del Pontífice desempeñó felizmente, venciendo dificultades, y arrostrando peligros; porque ni baldones, ni amenazas, ni riesgos de perder la vida le retrajeron nunca de sostener con denuedo la Religion, y pelear á brazo partido con los protestantes, que pérfidamente la combatian.

Asistió por segunda vez al Concilio de Trento, y á su tiempo, mereciendo la aprobacion de aquella respectable Asamblea, habló con profunda erudicion en las sesiones en que se explicó y definió el dogma del Santísimo Sacramento. Fué tambien de suma importancia la jornada que hizo á Inspruk para hablar al Emperador Fernando sobre negocios públicos de la Iglesia, y en ocasion bien dificultosa. Tuvo en todo tan buena mano, que cuando avisó el Cardenal Moron al Papa lo que pasaba, no acababa Su Santidad de engrandecer á Canisio, y agradecerle lo que por la Iglesia habia hecho y trabajado; y llamando á San Francisco de Borja, á la sazón Vicario General de la Compañía, no se pudo contener el Pontífice sin abrazarle, y contarle cuanto habia hecho Canisio, alabando su persona, y dándole gracias por los servicios prestados á la religion.

Mandóle tambien Pio V ir con su Nuncio á la Dieta de Augusta, que se celebró en tiempo del Emperador Maximiliano II. Las cosas llegaron á un estado muy lastimoso; pero el siervo de Dios dió salida á grandes dificultades, sin disgusto del Pontífice, y con satisfaccion del Emperador, que desde allí le quedó aficionado, y le quiso hacer Arzobispo, y Elector de Colonia; pero no se pudo acabar con el humilde Padre que aceptase aquel honor.

Prelados, Príncipes, Archiduques, Emperadores, Sumos Pontífices, todos acudian á este venerable Padre en los negocios públicos del bien de la Iglesia, como si dependiese el ser feliz el suceso de que Canisio pusiese en él la mano. Tambien los PP. Generales de la Compañía le ocuparon no poco, conociendo su fervor é infatigable celo; porque fuera del continuo oficio que tuvo de Provincial y Visitador, le encargaron varios negocios de

mucha importancia. Sacó á luz muchas obras para bien público, y confusion de los herejes, y es gran maravilla, cómo hombre tan ocupado, pudo escribir tanto y tan bien.

Otra cosa dió nuevo lustre á Canisio, y fué el odio capital que le tuvieron los herejes, á causa de sus libros y sermones, de las victorias que de ellos habia alcanzado, y por la estimacion que todos hacian de él; por eso procuraban oscurecer con falsos testimonios su fama y nombre inmortal. Se aumentó este odio de los herejes al ver el cuidado que ponía el Padre en dilatar por toda Alemania la religion de la Compañía de Jesus, que ellos tanto aborrecian, lo cual hacia aquel varon prudentísimo, por entender que con este medio echaria en aquellos paises, nuevas y más firmes raíces la verdadera religion.

A él se debe la fundacion de los colegios de Colonia, Praga, Ingolstad, Augusta, Inspruk, Dilinga, con otros muchos que por su influjo y persuasion se fundaron. Por estas obras era muy alabado Canisio, tenido y aclamado por Santo; y los de Alemania le reconocen por su Apóstol, nombre bien merecido, por lo que trabajó en aquel imperio.

Pero lo que sin duda le hizo más admirable á los hombres, y agradable al Señor, fueron sus raras virtudes. No habia oficio humilde á que no se abatiese; en casa fregaba los platos, barria los tránsitos, y se tenia por inepto para cualquier negocio; no aborrecia cosa alguna tanto como verse estimado. De la humildad le nacia una grande aversion á honras y dignidades; sirva de ejemplo lo que le pasó al ir á Nimega, su patria, para predicar: toda la ciudad le salió á recibir con extraordinario regocijo; sus deudos, gente rica y principal, de-

seosos de obsequiarle, preparaban grandes banquetes; pero el humilde religioso, sin dejar de cumplir con lo que pedia la gratitud y urbanidad, fué á decirles, que deseaba fuese el convite de todos juntos y en alguna sala del hospital. Hizose así; llegado el dia predicó á los enfermos, los confesó y comulgó, y á la hora competente se sentó con sus deudos á la mesa; pero de los muchos platos que se iban poniendo apartaba no pocos, dejando á los necesitados sustento para muchos dias, alegres á los convidados, y edificada la ciudad.

En la mansedumbre y paciencia fué tambien muy señalado, pues con no menor rendimiento y conato procuraba hacer en todo la voluntad de Dios, llevando con resignacion y alegría las cruces que se dignaba enviarle, alegrándose de que en él se cumpliesen plenamente los designios del Señor, aun á costa de su salud, honra y bienestar. Cuanto más le insultaban y perseguian los herejes, más los encomendaba al Señor, los calmaba primero con el silencio y discrecion, despues les ganaba la voluntad, y al cabo los reducía á la unidad católica.

No ménos excelente fué su pobreza: ántes de entrar en la religion, de afecto y desprendimiento; y luégo evangélica y efectiva, dejando resueltamente cuanto el mundo le prometia. Ni aun de jóven tuvo aficion alguna á los bienes perecederos; y de las muchas cantidades de dinero que su padre y otros parientes ricos le mandaban siendo él estudiante, se privaba gustoso, empleándolo casi enteramente en mantener y proveer de todo lo necesario á muchos estudiantes pobres y bien inclinados, para que fuesen con el tiempo sacerdotes doctos, ó padres de familia cristianos y ejemplares. Muerto su padre, y distribuido que hubo entre los pobres el

rico patrimonio que le dejó en herencia, superando para ello la indignacion de su madrastra, que todo lo queria para sí, jamas admitió en adelante más de lo estrictamente necesario para vivir, diciendo que su misma pobreza era su mayor tesoro. Muchos príncipes y señores, con razones plausibles, y repetidas súplicas, le ofrecieron frecuentemente sumas considerables; pero en esta parte siempre se mantuvo inflexible, ó si algo tomó alguna vez, fué para socorrer necesidades ajenas.

Hermana de la humildad y pobreza es la obediencia, que en este insigne varon fué singularísima; porque como sus ansias eran cumplir la voluntad de Dios, y en esta virtud la hallaba, fué notablemente enamorado de ella. Preguntado una vez por San Ignacio—qué ánimo tenia para obedecer,—le respondió por escrito lo siguiente:—Habiendo deliberado un poco sobre la propuesta de mi Padre y Preósito, el Reverendo Padre Maestro Ignacio, digo que con el divino favor me siento igualmente dispuesto á pasar á Sicilia, á quedarme siempre en Roma, ó ir á las Indias, ó á cualquiera otra parte del mundo que se me ordene: gustosísimo haré cualquier ministerio ú oficio, por bajo que sea, como de cocinero, hortelano, portero, y tambien de discípulo ó maestro de cualquier facultad que sepa ó no sepa. Y desde este dia, 5 de febrero, hago voto de que en nada de lo que toca á mi persona, lugar, habitacion, empleo, destino ú ocupacion, he de cuidar de mí, sino que una vez para siempre dejo todo este cuidado y solicitud á mi Padre en Cristo el Preósito General. Y esto, no sólo en cuanto al gobierno del cuerpo sino tambien del alma, con todo el entendimiento y voluntad, pues todo lo rindo, sujeto y humildemente dedico y ofrezco, en Jesucristo nuestro Señor. Año de 1548.

Su penitencia era grande en abstinencias, ayunos, vigilijs, cilicios y disciplinas, viéndose obligados los Superiores á moderarle sus rigores, porque no se acabase con la mucha penitencia que hacia, y trabajos que sobre sí tomaba; mas Dios le daba fuerzas para todo. Hasta sus últimos años le duró el rigor para consigo; de forma, que siendo de setenta y cinco años, y estando cargado de enfermedades, era menester esconderle las disciplinas; ni queria se usase con él de singularidad alguna, por mucho que lo pedia sus achaques.

Con ser tan grandes sus ocupaciones, fué mayor su oracion, sin la cual no se persuadia, que ni en sí ni en otros podia hacer provecho: porque fuera de las largas horas que daba al trato con Dios, estaba en las mayores ocupaciones orando, no haciendo cosa, por mínima que fuese, que no la consagrase con la presencia de Dios, é invocacion de su gracia, siéndole materia de oracion cualquiera cosa que se le ofrecia. Por cualquiera provincia y lugar que pasaba, hacia oracion á los Angeles custodios y Arcángeles á quienes estaba encomendada aquella provincia, y á los Santos sus patronos, que intercediesen por sus moradores; y si habia de parar allí, que le asistiesen para hacer fruto en sus almas. Tenia algunos dias señalados, que los gastaba casi enteros en oracion, durante la cual muchas veces le hallaban fuera de sí, y arrobado con su Dios. Rogaba por todos los negocios públicos, y tenia más de cincuenta causas anotadas que tratar con Dios; tenia presente á todo el mundo en su corazon, y pedia por su remedio. Cuando estaba en Friburgo, su ordinaria oracion y conversacion de propósito con Dios, eran siete horas cada dia. Los júbilos del corazon y consuelos con que Dios le regalaba eran tan grandes, que decia—no los sabia, ni

podria explicar;—aunque él como verdadero humilde lo atribuia á que Dios le regalaba como á principiante en la virtud, porque no sería para más.

Dióle tambien el Señor grande luz sobrenatural, espíritu de profecía, y el don de milagros aun en vida. Tuvo revelacion cómo sus padres se habian salvado, porque quiso Dios consolarle en la afliccion que tenia de haber muerto su padre de repente. El caso pasó así. Cayó su padre malo de cuidado, y avisado luégo el santo hijo partió al punto á Nimega, su patria, y en entrando en el aposento del enfermo, al punto que le vió su padre, de puro contento de ver á tal hijo se quedó muerto sin poder hablarle palabra. Quedó Canisio con este caso muy desconsolado, por la muerte tan repentina, y ante sus ojos, de persona que tanto le tocaba; pero el Señor le consoló más de lo que pretendia su siervo, diciéndole cómo no solamente su padre se habia salvado, porque habia dias que vivia muy bien, sino tambien su madre, que hacia años era ya difunta. Revelábale tambien Dios los pensamientos ajenos, y los secretos del corazon: á un enfermo suyo le dijo cuanto pasaba en su alma, con que de allí adelante reverenció más al siervo de Dios. Cuando el Colegio romano estaba en gran necesidad y aprieto de lo temporal, solian llegar algunas gruesas limosnas, que Canisio, sin esperarle nadie, le enviaba desde Alemania; porque la caridad de este siervo de Dios se extendia á todas partes.

El fué tambien el que recibió en la Compañía á San Estanislao de Kostka, ilustrado de Dios de lo que habia de ser aquel novicio, cuya santidad dicen que profetizó. Asimismo á su hermano el Padre Teodorico Canisio, que fué tambien de la Compañía de Jesus, y hombre muy señalado en santidad, le profetizó una extraordi-

naria enfermedad que le habia de sobrevenir; y así sucedió.

Curaba tambien muchas enfermedades y dolencias. La segunda vez que fué al Concilio Tridentino sucedió una cosa con que creció mucho la fama de la santidad de este insigne varon. Estaba enfermo el Cardenal Osio, Presidente de aquel Santo Concilio; fuéle á ver Canisio, abrazóle, y juntamente le dió de repente salud entera y cumplida.

Mucho más atendia á curar males espirituales, y no con menores maravillas, á unos con sus sermones y pláticas, á otros con oraciones; si bien á los que huian de él, por temer que les persuadiria á mudar de vida, haciendo más oracion los atraia, y hacia que le buscasen, sucediendo en esto cosas milagrosas. Muchas veces cuando, aunque enfermo, se ocupaba en gravísimos negocios del servicio de la Iglesia, le fortalecia Dios, y daba mayores fuerzas miéntras más trabajaba; prodigio de que aun él mismo se admiraba. Experimentó esto más singularmente en Worms, cuando fué á la Dieta habida en aquella ciudad contra Melancton y los demas heresiarcas, pues parece increíble lo que allí trabajó de dia y de noche, siempre con las fuerzas muy enteras; y hasta su compañero el Padre Guadano, desahuciado de los médicos por tísico, con acompañar al Padre Canisio cobró salud contra la esperanza de todos.

Las ocupaciones más ordinarias en sus últimos años fueron escribir cartas, y componer libros en lengua latina y vulgar, de controversia y apología, ó de devocion, y de vidas de Santos; con estas postreras obras, como con fruto sazonado y dulce, puso colmo á las muchas y excelentes ya publicadas por él. De esta manera, y hasta el último suspiro, santificó los pocos años que le que-

daban de vida, con los talentos de que el Señor le había tan á manos llenas enriquecido, cooperando siempre á su gracia, granjeando al propio tiempo un muy rico caudal de merecimientos, y trono de aventajadísima gloria. También entónces le escribieron cartas muchos y encumbrados sujetos de toda la Iglesia, contestando á las suyas, encomendándose en sus oraciones, pidiéndole direccion y consejo, ó sobre asuntos pertenecientes á la gloria divina y bien de las almas; porque en toda la Iglesia era venerado como oráculo. Una entre tantas es dignísima de ser leída, por ser de San Francisco de Sales, y mostrar la estima y concepto que tenía formado del siervo de Dios, como en su contenido se ve.

A fines de agosto de 1597 le asaltó de improviso una grave y penosa enfermedad que hasta la muerte le tuvo sufriendo continuamente. Cuatro meses hizo de su aposento escuela de paciencia y de toda virtud, edificando á cuantos de dentro y fuera de casa le visitaban. Más de una vez le aconteció, que oyendo leer los trabajos, tribulaciones y martirios que los Santos habían pasado, exclamaba deshecho en lágrimas:—¡Oh cuánto hicieron y padecieron los Santos por Jesucristo! ¡Y yo, inútil, indolente y perezoso me estoy aquí sin hacer nada!

Recibió el santo Viático con extraordinaria devocion, y se le administró en seguida la Extremauncion, despues de lo cual decia á cuantos entraban á verle:—Gozosos vamos; pedid por mí á Jesus.—Poco ántes de expirar, fijos los ojos en una imágen de Nuestra Señora, abrió de pronto la boca, y con dulce sonrisa dijo:—Miradla, miradla: Ave María, Ave María;—y aunque los demas nada vieron, no les quedó duda de que él estaba viendo á la Soberana Señora, que para llevarle á la gloria le hacia tan amorosa visita. Y así fué que al punto

entró en agonía, y diciéndole la recomendacion del alma, el dia 21 de diciembre de 1597 dió al Señor su espíritu plácidamente, habiendo cumplido los setenta y seis años y siete meses de edad, de los cuales pasó cincuenta y cuatro en la Compañía.

El Papa Gregorio XVI declaró en 1844 heróicas sus virtudes, y Pio IX le beatificó en 1864. Murió en Friburgo, donde se veneran sus reliquias.

VIDA
DEL
BEATO JUAN BERCHMANS,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS ¹.

El purísimo y angelical mancebo Juan Berchmans nació en Diest, del ducado de Bravante, el 13 de marzo del año de 1599, en sábado, día dedicado á la Santísima Virgen, de quien habia de ser especial hijo y devoto. Su padre se llamó tambien Juan, y su madre Isabel Hove, personas de gran virtud, pero tan pobres de los bienes de la tierra, como ricos de los del cielo, que merecieron tener tal prenda suya por fruto de bendicion.

Siendo el niño de siete años notaron que se levantaba muy de mañana, y preguntándole para qué madrugaba, dijo que era para tener oidas dos ó tres Misas, á las cuales ayudaba ántes de entrar en la escuela. Nunca fué muchacho, sino como se dice de Tobías, guardó siempre gravedad. Sus palabras eran muy prudentes y espirituales, con las cuales consolaba á su madre enferma, y admiraba á todos los vecinos que le oían; no siendo de cosas de Dios no hablaba sino preguntado.

Quando llegó á los diez años le pusieron sus padres

¹ La novena está en el núm. 14 del *Apéndice*.

á aprender gramática; y la primera poesía que hizo, fué sobre el nombre de Jesus. Estuvo tres años en un colegio, dirigido por un religioso premonstratense, y en él se dió con mucho ahinco á la virtud, despegando su corazón de la carne y sangre, y poniéndolo en solo Dios, con cuyo trato se deleitaba más que los otros niños con sus juegos y entretenimientos.

Él mismo pidió comulgar, para lo cual se preparó con rara devocion y pureza. En las confesiones apenas se hallaba de qué absolverle, y toda su vida guardó tal limpieza de conciencia, que no cometió pecado grave, por lo cual daba él mil gracias á nuestro Señor. Enseñóle el Salvador á meditar su pasion; le iba tan bien en la oracion, que muchas veces no se acostaba para poder orar más. Llamábanle ángel los que le conocian; y el arcipreste de Diest decia que estaba en Juan Berchmans el tesoro de todas las virtudes.

No teniendo sus padres con qué poderle sustentar, y hacerle proseguir en los estudios, les pareció que sería mejor aprendiese algun oficio: cuando se lo dijeron se echó á sus piés, y les suplicó no le impidiesen que siguiese la carrera eclesiástica; que no se congojasen, porque él no habia menester más que pan y agua para proseguir en sus estudios. Persuadieron á los padres las lágrimas del santo hijo, y acomodáronle para que sirviese á un Canónigo de Malinas, con que le permitiese preparar las lecciones.

Acudia á los estudios de la Compañía de Jesus: teníanle tanto respeto los otros sus iguales, que si estando hablando de burlas llegaba Berchmans, luégo callaban ó mudaban de conversacion. Juntaba con el estudio la oracion, recogándose en algun sitio retirado de casa, especialmente los sábados, en que daba todo el tiempo

que podia á este santo ejercicio. Cuando comulgaba daba gracias por espacio de dos ó tres horas. Tenia gran celo que los demas estudiantes fuesen devotos de la Virgen, y así consiguió que muchos se hiciesen sus congregantes, como él lo era, habiendo ademas por su parte hecho voto á la Reina de los Angeles, de perpétua castidad.

Como crecia en años y en gracia delante de los hombres, crecia tambien en gracia delante de Dios, y en una sabiduría divina, con la cual conoció el bien del estado religioso. Ayudóle mucho el leer la vida de San Luis Gonzaga, á quien deseaba imitar, entrando en la Compañía de Jesus; y para conseguirlo lo encomendaba á nuestro Señor y hacia muchas penitencias. Hizo luego voto de ser de esta religion, que ha sido tan favorecida de la Santísima Virgen: tambien prometió no pocas veces, en llegando á estar en la Compañía, procurar tender á la perfeccion cuanto pudiese.

Recibido de edad de 17 años, le enviaron al noviciado con otro novicio, y al entrar por la puerta de los carros vió á uno de los nuestros, que estaba trabajando en la huerta; dióle tanto gusto aquel oficio de humildad, que dijo á su compañero. Por cierto no podemos entrar con mejor pié en la vida religiosa, que empezando á ejercitar la humildad y caridad, ayudando á este hermano; y diciendo y haciendo se puso luego á trabajar, y hacer lo mismo que él.

Esmeróse tanto en la vida religiosa, que no parecia sino bajado del cielo. No le notaron jamas falta deliberada, y nunca vieron que le faltase virtud alguna. Preguntando el Maestro de novicios á todos ellos, que eran ciento, si habian advertido en el hermano Juan alguna falta ó imperfeccion, ninguno hubo que le notase algu-

na, que es cosa bien rara. Encargóle el Padre Rector que tuviese cuenta con todos los demas novicios, y los gobernase en las ocupaciones de entre dia, lo cual hizo con tan rara prudencia y caridad, que no hubo quien se quejase de él.

Era el primero en los oficios más humildes, el que traia más pobre vestido, y mortificaba más su cuerpo. Era muy dado á la oracion, la cual tenia con tal compostura y devocion, que para cobrar fervor no era menester hacer otra diligencia que mirarle, y por esta causa iban muchos á verle: no solo cuando oraba, sino en todas partes componia su presencia y recogimiento. Guardaba tan notable compostura y mortificacion, que acostado nunca mudaba de postura, sino como se echaba, así habia de pasar toda la noche, sin moverse de un lado á otro, ni menear pié ni mano. Su comida era muy tenue; decíase á sí mismo: Hazte esta cuenta, que juntamente contigo has de sustentar á Cristo con la mortificacion, y así siempre que te sientas á la mesa te has de mortificar.

Ardia en grande celo de las almas, por lo cual deseaba ir á la China, porque en menor provincia no cabia su caridad. Pedia frecuentemente licencia para ir á hacer doctrinas á los labradores de los pueblos cercanos; y gustaban tanto de oirle los rústicos, que no querian les enviasen otro predicador. Muchas veces le venia gran parte del auditorio acompañando hasta el mismo noviciado, no sabiéndose apartar de aquel que miraban como ángel. Era respetado y amado de todos los de casa, novicios y antiguos, pues no podian imaginar que obrara de otra manera si un ángel encarnara y viviera entre ellos. No solo sus ejemplos y palabras, sino aun su presencia y vista los encendia en el fervor y amor de Dios,

pareciéndoles era aquel mancebo más ángel, ó bien-aventurado del cielo, que hombre mortal.

Acabados sus dos años de noviciado, y hechos sus votos con la devocion que se puede imaginar, fué enviado al Colegio Romano para estudiar en él las artes. En Roma fueron mayores los resplandores de sus ejemplos y edificacion que daba, no en cosas extraordinarias, sino lo que es más de maravillar, en las muy ordinarias. Porque así como nuestro Señor ha escogido varios santos, para que se señalen en diversos géneros de virtudes, y se aventajen en ellas por varios caminos, algunos muy extraordinarios, para mostrar lo que puede su gracia; así tambien escogió á este bendito Hermano, para dar á entender lo que puede la misma aun en cosas ordinarias, y vida de Comunidad; y que solo la guarda de las Reglas de la Compañía de Jesus, y la vida comun, segun ellas, puede hacer á uno santo.

Fué la santidad de Juan más maravillosa, en cuanto sin salir del paso ordinario fué extraordinaria, y tuvo una virtud singular en cosas comunes. Por esto se escribe esta vida, para mostrar, cómo con la observancia de cosas pequeñas se puede uno hacer gran santo. La verdad es, que quien se vence por Dios, aun en las cosas menores, más hace que resucitar muertos, como dice Blosio. Bien pequeña cosa es el echar la madre de familias la mano al huso, hilar y coser; con todo eso alaba de esto el Espíritu Santo á la mujer fuerte, y no especificando de ella hazañas grandes, dice: Empleó sus manos en cosas valientes y heróicas; porque es gran valentía cumplir las obligaciones de su estado, aun en cosas pequeñas. Así tambien este santo Hermano, con las virtudes proporcionadas á su estado, aunque en acciones al parecer pequeñas, venció al demonio, y

triunfó del mundo, subiendo á una excelentísima santidad.

En todo el tiempo que estuvo en Roma, hasta que murió, no advirtió nadie que faltase á constitucion, ni regla alguna, con ser las de la Compañía unas de cosas muy menudas, y otras de suma perfeccion y árduas. No se notó en él virtud en que no fuera excelente, porque si solo se hubiera aventajado en la inocencia de vida, ó en una ú otra virtud, no fuera tan admirable, porque tuviera otros semejantes; pero lo que ponía admiracion, era que no solo en la pureza, é inocencia de vida, ni sólo en dos ó tres virtudes, sino en todas hacia á todos ventajas; y así tenia la perfeccion de todas como si solo tuviera una. No hacia cosa que no fuese con suma perfeccion, y que si se pusiese uno á pensar cómo se haria aquella obra bien, habia de decir que no de otra manera, que como la hacia el hermano Juan.

Vivia, al parecer de todos, como vivirian los hombres en el estado de la inocencia, con la justicia original, como se puede imaginar que vivieran los bienaventurados. Tenia en su pecho esculpidos, y en un libro que tenia de sus propósitos, escritos éstos: Morir mil veces ántes que cometer un pecado, por levísimo que sea: abstendréme siempre con tanta diligencia de toda culpa venial, con cuanto conato pudiere alcanzar mi alma; evitaré eternamente cualquier falta por pequeña que sea; morir ántes que violar una sola regla; perder la salud ántes que no hacer caso de la más pequeña ley de nuestra religion.

Gastaba los tres primeros días del mes en considerar y ponderar las reglas, examinar cómo las guardaba, y prevenir cómo las guardaria mejor; tenía puesta esta pena, que si hallase que hubiese faltado en alguna, ha-

bia de pedir por ello penitencias, pero no se halló que faltase en toda su vida. Cada semana daba cuenta de su conciencia á su superior, para declararle cómo habia procedido en la observancia del Instituto. Fué tan exacto en guardar las reglas, que no admitia interpretacion en ellas.

Yendo una vez acompañando á otro hermano á la Casa profesa, le encontró en ella un Padre flamenco, y le llamó para hablarle bien pocas palabras, por ser de su tierra; pero él no le quiso oír, diciendo con gran modestia y humildad, que no tenia licencia para hablarle, que se aguardase y la pediria. Lo mismo le sucedió otras veces con Padres que le encontraban fuera de casa, con los cuales por la misma razon se excusaba con modestia, de modo que no se pudieran ofender. Un dia de san Ignacio le preguntó su compañero, qué gracia particular habia pedido á su santo Padre. He pedido, dijo, morir en la Compañía sin quebrantar regla alguna. Siempre tenia abierto en la mesa el libro de las reglas; y cuando se echaba á dormir, le ponía debajo de la almohada, porque entónces le parecia que dormia descansado, con ánimo más sosegado y quieto.

Tuvo particular cuidado de guardar la regla que encarga se procure tener una castidad angélica, y así tenia escrito este propósito: Aborreceré, detestaré, y serán para mí execrables eternamente cualesquiera imperfecciones, por levísimas que sean, que puedan menoscabar la castidad, como son la inclinacion á la comida, y descuido en los ojos, así dentro como fuera de casa; porque el que es impuro es peor que todos los diablos.

Por el amor á esta hermosa virtud, aborrecia como la muerte la comida regalada, y cualquier destemplan-

za; de modo que con su mucha abstinencia se fué enflaqueciendo y debilitando sobre manera. En la guarda de los ojos no era ménos extremado, no alzándolos sino con necesidad; de modo, que muchos habian procurado saber de qué color tenia los ojos, y no lo pudieron conseguir; y aunque es cosa natural cuando se oye algun gran ruido volver luégo los ojos á aquella parte, por más ruido que sintiese nunca los volvía este modesto Hermano, ni se movia un punto de como estaba.

La vista de la mujer decia que se habia de huir como la del basilisco; pero él ni á mujeres, ni á hombres miraba, estando siempre recogido, y así tenia cerradas las ventanas de sus ojos, por donde se suele relajar más el alma y disipar el corazon. El mismo recato tenia en mirar otras cosas curiosas.

Representaron una comedia los estudiantes, como acostumbran en nuestros Colegios: no pudo excusarse de estar presente el Hermano Juan, porque se lo mandaron; pero él nada vió de ella, más que si estuviera cien leguas distante, porque todo el tiempo que duró tuvo bajos los ojos, sin mirar, ni el aparato, ni vestido de alguno. Notaron esto los que estaban más cerca, y para ellos fué más admirable espectáculo la rara modestia y mortificacion de aquel ángel, tal les parecia, que no toda la comedia, y así le veneraban por santo.

Nunca quiso ver alguna de las muchas curiosidades que hay en Roma. Acabado de elegir el Papa Gregorio XV, y pasando con gran acompañamiento por nuestra Casa Profesa, para tomar posesion en San Juan de Letran, salieron todos los nuestros á tomar su bendicion, y asistir allí hasta que pasase. Preguntaron despues al hermano Juan, que se habia hallado presente, qué le habia parecido de aquella pompa. Él respondió

con gran sencillez, que no la habia visto, y era así, porque aunque estuvo presente con el cuerpo, no lo estuvo con el alma, que la tenia en otra region mejor, mortificando entretanto la curiosidad de los ojos. Cuando iba á la leccion sacra á la iglesia del Jesus, luégo se ponía en oracion con tal modestia, que un caballero acudia allí todos los domingos sólo para verle, diciendo á sus amigos: yo no vengo á lo que los demas, sino á ver este santo mancebo.

Llegó su pureza virginal, robustecida con grande abstinencia, y guardada con tan rara modestia, á ser una castidad de ángel: porque como afirmaron sus confesores, y él mismo lo declaró á sus superiores, en toda su vida no se contaminó con pensamiento, ni movimiento malo, ni aun lo sintió. Aborrecia tanto aun el oír nombrar cosa que no fuese casta, que apénas comenzó á leer las confesiones de San Agustin, las dejó, por lo que el Santo confiesa de su vida primera y licenciosa.

Echaráse de ver la heroica pureza de este castísimo mancebo, por dos raros privilegios con que le honró nuestro Señor, uno en vida y otro despues de muerto; el primero fué, que muchas personas, tan tentadas de la deshonestidad, que no osaban mirar á nadie á la cara, en viendo al hermano Juan Berchmans, con ser muy hermoso de rostro, se hallaban sosegadas y sin tentaciones, y lo que más es, no solo se hallaban sin peligro de este vicio, sino con la virtud contraria, muy movidas é inclinadas á la castidad y pureza. El otro consiste en ser especial abogado de esta virtud: porque muchísimas personas de todos estados y condiciones, hallándose con fuertes tentaciones y grandes peligros de perder la castidad, hallaron luégo remedio encomendándose á este virginal Hermano.

Era muy afable y dulce con todos; hablaba con grande gracia, la cual Dios habia derramado en sus labios; y aunque en sus obras era muy serio y grave, á ninguno era pesado, sino afable. Parece que prevenia con la razon todos sus afectos y pasiones: ni primer movimiento de enojo ó ira le notaron. Despues de muerto hallaron que no tenia hiel, porque aunque tenia la vejiguilla en que suele estar, no contenia ni una gota de ella.

Fué exactísimo en la regla del silencio, sin que le oyeran palabra que no fuese útil ó necesaria. Cuando hablaba á sus tiempos, y en el de recreacion, siempre era de cosas edificantes, encendiendo á los que le oian en amor divino. Decian Padres muy graves que iban á oirle, que se sentian más movidos y devotos con sus pláticas, que con la oracion retirada; y así pretendian todos juntársele.

Tenia anotados los dias en que murieron los mártires de la Compañía, y otros varones insignes en santidad, y aquel dia todo era celebrar sus virtudes. Decia, que sus delicias eran las reglas, los ejercicios de san Ignacio, y las vidas de los santos de la Compañía, á la cual amaba grandemente.

Era muy dado á la oracion, y cada mes tomaba un dia, en el cual no hacia otra cosa sino orar y meditar las cosas divinas. Los dias en que comulgaba, empleaba toda la mañana en orar y leer libros espirituales y vidas de santos.

En la oracion recibia del cielo grandes consuelos y muchas ilustraciones, en que le revelaba el Señor muchas cosas. Una vez, acompañando á otro Hermano, éste le llevó á la Cartuja, y entró á hablar al Prior en un aposento apartado, quedando el hermano Juan dos aposentos ántes. Allí se estuvo encomendando á Dios, el cual

le declaró lo que el compañero estaba tratando, que era dejar la Compañía. Cuando salieron del convento le dijo el H. Juan:—¡Ay, hermano mio! ¿por ventura piensa que no sé el asunto que trae entre manos? Sepa que lo sé todo muy bien. Trata de dejar su vocacion; pero no será así, porque yo haré oracion á Dios tan de veras, que no podrá irse.—Quedó atónito el hermano tentado: y pudieron tanto con Dios las oraciones de Berchmans, que se sosegó el otro, se confirmó en su vocacion, y perseveró en ella santamente.

La devocion que tenia con la Madre de Dios era tiernísima: obligóse delante del Santísimo Sacramento á defender su Purísima Concepcion, por cédula firmada de su nombre, que dice así: «Yo, Juan Berchmans, indignísimo hijo de la Compañía de Jesus, prometo á vos, Señora, y á vuestro benditísimo Hijo, presente en el Santísimo Sacramento, que tengo de confesar siempre y defender vuestra Inmaculada Concepcion, sino es que la Iglesia definiere lo contrario.» Este voto lo escribió y firmó, no con tinta, sino con sangre de sus venas; y le hizo este castísimo Hermano, porque como tan puro é inocente, era devotísimo del misterio en que se apoya la pureza total de la Madre de Dios, con la mayor inocencia que pudo tener, sin mancha de pecado original. Invencion suya fué la corona de la Virgen que llaman de las doce estrellas, con doce meditaciones sobre otras tantas virtudes de la Señora. Era tambien muy devoto de rezar el Ave María, y por consiguiente del Rosario, el cual aun de noche no le apartaba de sí; sino que con él rodeado en el brazo, ó puesto al cuello, dormia.

Con el Santísimo Sacramento eran sus delicias; procuraba visitarle cuantas veces podia, quedando tan enajenado de los sentidos delante de él, que no atendia á

otra cosa, ni oía ni veía. Tenía gran deseo y hambre de este celestial Pan, y con su virtud se hallaba grandemente confortado.

Acompañaba el trato con Dios con una insigne mortificación, buscando siempre su mayor abnegación y continúa mortificación en todas las cosas posibles. Decíase á sí mismo:—Estaré cierto que amo la vocación, si amo la mortificación: mi vocación es ser compañero de Jesús; pues si no estoy crucificado con Jesús, ¿cómo podré ser su compañero?—Dejando aparte sus disciplinas, cilicios, ayunos y admirables abstinencias, en que era muy señalado, había determinado que su más particular penitencia fuese la vida comun, siguiendo en todo, aunque achacoso, la Comunidad; sentencia muy digna de estar en la memoria de todos los religiosos.

Aborrecía grandemente la singularidad, á la cual llamaba enemiga de la caridad, y decía que la vida comun era medio cierto para alcanzar la santidad, y sin peligro de vanagloria. Echóse de ver, que no erró este bendito Hermano esmerándose en tomar por penitencia la vida comun, por el gran punto de santidad y perfección á que por este medio llegó, imitando á San Dositeo, así en su observancia como en su santidad, y aun en los años de la vida religiosa; y también manifestó el Señor, después de muerto el Beato Berchmans, la gloria que tenía en el cielo, haciendo que se apareciese muchas veces glorioso.

Por ser muy amante de la pobreza, no tenía en su aposento sino lo precisamente necesario, hallando motivos de llanto toda su vida, porque dió una estampita de papel á otro Hermano con propósito de pedir licencia, presumiendo de antemano el consentimiento del Superior. Con todo eso, porque no tuvo primero muy expre-

sa licencia, derramaba abundantes lágrimas, acusándose muchas veces á los Superiores de aquel descuido, que fué segun pensaba su mayor pecado, despues que entró en la religion. No tenia pegado el corazon á cosa del mundo, ni le quedaba deseo de la tierra.

Íbasele el alma tras los oficios humildes; limpiaba á escondidas los zapatos y el lodo de los manteos de los otros, y cuando podia les hacia las camas. El fregar en la cocina los platos y ollas era su alegría; la misma tenia en limpiar las lámparas de la casa, y cuidar de encenderlas y cebarlas, lo cual hacia en honra de San Luis Gonzaga, que habia tenido el mismo oficio, de quien era tan devoto, como parecido en la vida. Solia ofrecer á sus Superiores, para que le diesen reprehensiones públicas, un catálogo de las que á sus ojos eran falta, pero á los de los demas antes eran virtudes.

Miraba á todos como á Superiores, y en ellos á Cristo, como dice la Regla. Teníase á sí mismo por esclavo de todos, dábales lo mejor y más honroso, ayudábales en sus oficios, y les suplía cuando se lo pedian. Mirábase tambien como pobre mendigo, á quien de limosna y pura gracia daban lo que gastaba. Tenia especial placer en tratar con los Hermanos coadjutores, y se iba con ellos despues de comier para hablar de Dios. Cuando los veia, por léjos que estuviesen, se quitaba el bonete, y cuando estaban enfermos los iba á servir.

La obediencia que tenia á los Superiores bien se deja entender, pues la tenia á los iguales é inferiores; no sólo obedecia en lo que le mandaban, mas aun se les ofrecia para que le mandasen cuanto quisiesen, aunque fuesen cosas contrarias á su salud. Y advirtiéndole uno que mirase lo que hacia, no fuese que por imprudencia la perdiese, respondió con gran modestia:—La pruden-

cia la remito yo á mis Superiores; á mí no me conviene otro cuidado sino el de obedecer.

Era el alivio de los Superiores y súbditos, ofreciéndose á unos y otros cuando habian menester algo, para suplir cualquier oficio trabajoso. Mereció el amor que tenia á la obediencia, que aun en sueños la guardase; porque á cualquier hora que le ordenase el Superior se levantase, en dando aquella hora, por dormido que estuviese, luégo despertaba. Miraba á todos, Superiores y súbditos, como á dechados de perfección. Tenia escritas las virtudes en que cada uno resplandecía, para venerarlos é imitarlos en ellas, labrando, como San Antonio, su panal de las flores que en los otros veía.

Guardaba las reglas de los estudiantes con el mismo cuidado que las demas, estudiando con gran diligencia y pura intencion, diciéndose á sí mismo:—He venido á la religion, no para estar ocioso sino para trabajar; ponen los herejes tanto cuidado para impugnar á Cristo; ¿y yo seré remiso en defenderlo? Los seglares estudian con tanto trabajo y conato por los premios inútiles y vanos de la honra humana; ¿y he de ser yo ménos deseoso de la gloria divina, que ellos de su alabanza propia? Me aplicaré, pues, muy de véras al estudio, y no perderé ni una partecita de tiempo.—Y efectivamente lo hacia así, de modo que, por su talento y constancia en el trabajo, era el mejor estudiante de todos, y de grandes esperanzas. Sin embargo, con ser tan aficionado al estudio, en mandándole los Superiores otra cosa, al punto lo dejaba sin sentimiento alguno; porque no queria estudiar sino por agradar más á Dios, lo cual hallaba en la obediencia.

El último año de su vida, como si no hubiera hecho nada en toda ella, determinó comenzar de nuevo, di-

ciéndose como David:—Ahora empiezo;—poniendo su principal conato en adelantarse en caridad. Un mes ántes de morir declaró el vehemente deseo que tenia de verse con Cristo; vivia aquellos dias como un alma sin cuerpo, enajenado de los sentidos, como si no viviera en la tierra.

Sintió el dia 5 de agosto los primeros síntomas de su postrera enfermedad, pero nada dijo por entónces; y aun al siguiente dia fué al colegio de los griegos, por órden del Prefecto de estudios, para argüir en un ejercicio de filosofía, y lo hizo con tanta soltura, saber y modestia, que concedieron á su argumento casi una hora. Pero fuese lo excesivo de este trabajo, ó el calor de la estación, lo cierto es que á las primeras molestias se juntó la calentura, no logrando ya más reposo hasta la muerte. Predijo el dia en que habia de morir; y bien se echaba de ver que ejecutaba todas las acciones como aquel á quien se le acaba el tiempo de merecer; enternecian á todos los tiernos coloquios que con Cristo y su bendita Madre hacia; edificaba con su rara penitencia, obediencia al enfermero, y alegría que tenia de su muerte.

Lleváronle el Viático, y lo recibió de rodillas en el suelo; estuvo todo ocupado en hacer una devota acogida á aquel divino huésped, que poco despues le habia de recibir benignamente en el cielo. Cuando de nuevo le hubieron colocado en el lecho, pidió la Extremaunción, por cuya reverencia, lleno de devoto afecto, se habia hecho lavar los piés.

Estando ya casi á lo último pidió el libro de las Reglas, y junto con el rosario y una cruz lo tenia en las manos, y abrazándose estrechamente con este precioso manojito, lo besaba, diciendo con increíble alegría:—Estas tres cosas me son muy queridas; con ellas moriré

contento:—y Dios se lo concedió, porque no las apartó de sí. Estando ya casi agonizando, despues de haberle dicho la recomendacion del alma, comenzó con voz alta á cantar el *Ave, maris Stella*, incorporándose rápidamente por la fuerza del afecto al decir:—*Monstra te esse Matrem*.—Pidió le dijesen las Letanías de la Virgen, y él respondia á ellas; por fin, puestos los ojos en la cruz que tenia en las manos junto con el rosario y Reglas, pronunciando los dulcísimos Nombres de Jesus y María, les entregó su purísimo espíritu, y fué á hacer compañía á los ángeles, quien aun entre los hombres habia vivido como ángel. Su muerte fué á 13 de agosto del año 1621, á los veintidos años de edad. Beatifícole el Papa Pio IX el año de 1865.

RELACION SUCINTA

DE LOS

33 BEATOS MARTIRES DEL JAPON,

DE LA

COMPANÍA DE JESUS ¹.

La Iglesia de Jesucristo, regada con la sangre de los mártires, nunca, desde su origen, ha cesado de dar admirables ejemplos de fortaleza; ántes bien, inventando los tiranos nuevos géneros de suplicios para rendir el valor de los soldados cristianos, lo que hicieron fué multiplicar las coronas y palmas de tantos héroes, para honra y galardón eterno de la misma Iglesia. Fué este, maravilloso consejo de la Providencia Divina, pues así desde el cielo asistió á los suyos en los duros combates el Autor de nuestra fe, Jesucristo nuestro Señor, que, como escribe San Cipriano, acompañó y confortó en la lucha á los combatientes y defensores de su nombre, peleando y venciendo en sus siervos.

Desde el año de 1617 hasta el de 1632, se levantó un furioso torbellino contra la religion de Jesucristo, que felizmente habian introducido en el Japon los predicadores evangélicos, en cuyo tiempo fueron aquellas islas campo feraz de mártires. Ya el de 1597, Taycosama su Emperador, con furia inaudita y determinacion de bor-

¹ La novena está en el núm. 19 del apéndice.

rar el nombre cristiano de todos sus dominios, habia dado muerte de cruz á veintiseis generosos defensores de la fe verdadera. Pero sus sucesores no sólo le imitaron, sino en gran manera le aventajaron en crueldad y furor, promulgando, bajo pena de destierro, confiscacion y muerte, una ley para que nadie favoreciese ni recibiese en su casa á cristiano alguno, y mucho ménos sacerdote, mandando ademas derribar y destruir á voz de pregonero las cruces, altares, iglesias y cualquier otro monumento de nuestra santa religion, y poniendo en uso para tentar la constancia de los cristianos tan atroces tormentos, que el ánimo rehuye referirlos y aun recordarlos. A unos atados en cruces, les atravesaron con lanzas los costados, á otros crucificaron cabeza abajo; deshicieron á otros el cuerpo en menudos pedazos, á muchos quemaron á fuego lento, á no pocos dieron muerte acerbísima en agua helada, ó bien en agua sulfurosa hirviendo; otros, en fin, acosados por el hambre y sed, ó consumidos en horrorosa cárcel, trocaron esta vida mortal por la bienaventurada y eterna.

Pero con tal ánimo y alegría sufrieron todas estas torturas, que imitaron bien el valor y firmeza de los primeros mártires de la Iglesia de Dios, y para decirlo tambien con las palabras de San Cipriano,—se mantuvieron más firmes que sus mismos atormentadores;—y las llagas renovadas sobre otras llagas por largo tiempo, no pudieron triunfar de su fe inexpugnable. Ni sólo sacerdotes y pregoneros del santo Evangelio se mostraron tales en la lid, sino personas de ambos sexos, y de todas edades, clases y condiciones; príncipes y personajes de sangre real, matronas nobles, vírgenes tiernas, ancianos muy entrados en años, jóvenes, y hasta niños de cuatro años; de suerte, que sólo á especial auxilio de la

gracia divina se debe atribuir tan desusada constancia y fortaleza.

Se cuentan más de mil que en aquel espacio de tiempo confirmaron la fe derramando por ella su sangre; pero á causa del furor de la persecucion no se pudo hacer informacion con autoridad apostólica, sino sólo en Madrid, Manila y Macao. Se verificó de doscientos cinco, y quedó comprobada la certeza del martirio con las declaraciones legalizadas de testigos fidedignos. Entre estos gloriosos atletas, treinta y tres fueron religiosos de la Compañía de Jesus, y de ellos vamos á hacer una brevísima relacion.

El Beato JUAN BAUTISTA MACHADO, hijo de padres nobles, nació en la isla Tercera, una de las Azores, pertenecientes á Portugal. A los diez y seis años entró en la Compañía, y desde entónces no cesó de solicitar la ida á las misiones, hasta que logró verse en la India, de donde pasó al Japon. Publicado de órden de Daifusama el bando de proscripcion, alcanzó de los Superiores el permiso de quedar oculto, como lo hizo por muchos años en Nangasaqui, y desempeñó tambien el ministerio parroquial. Tuvo gran celo de la salvacion de los prójimos, y más de la suya propia, creciendo cada dia en paciencia, obediencia, humildad, pureza y demas virtudes. Le prendieron en Omura, y le llevaron á la cárcel donde le pusieron en cadenas, y era tal su alegría—que ni por todas las delicias del mundo, decia él, ni por todas las honras, ni aun por el mando del universo trocaria aquellas cadenas.

Llega, en fin, el aviso de estar ya sentenciado á muerte, y no es para dicho su júbilo.—Tres decia él que habian sido los dias más afortunados de toda su vida: el de su entrada en la Compañía, el de su prision, y

este de la sentencia capital.—Por la tarde le llevaron al patíbulo seguido de gran concurso, y con tres golpes le cortó el sayon la cabeza, el día 22 de mayo de 1617, teniendo la suerte de morir mártir por nuestra santa fe, que era la dicha sumamente deseada por él.

El Beato LEONARDO QUIMURA nació en Nangasaqui, y desde niño se educó con los Padres de la Compañía, cuyo instituto abrazó á los diez y siete años. Tenia cuarenta y cuatro cuando murió, y si bien habia estudiado lo suficiente para ordenarse de Misa, prefirió siempre el humilde estado de Hermano Coadjutor. Pero Dios aun aquí le dió la recompensa por los muchos infieles que convirtió á la fe, contándose entre otros muchos unos cien idólatras, ántes muy perversos, y despues muy buenos cristianos, que en la cárcel bautizó los dos años y medio que en ella estuvo.

Presentado en el tribunal del gobernador Conrocú, le preguntó este—si era religioso de la Compañía,—y respondió que sí.—¿Y por qué te quedaste en el Japon contra los edictos del Emperador?—Por daros á conocer á Dios, y predicar su santa ley, como hasta aquí lo he hecho, y lo haré mientras viva.—Pues por eso mismo, en nombre del Emperador te condeno yo á que mueras quemado.

Gozoso Leonardo de oir estas palabras, levantó los ojos al cielo, bendijo al Señor, y vuelto á los que allí estaban les dijo:—Oidlo todos, y decidlo á los ausentes: por Dios y por haber predicado su santa ley, me condenan al fuego. De ello me complazco, como de cosa que mucho tiempo ha estaba deseando.—Fué, pues, conducido al lugar del sacrificio, y mientras caminaba por medio de un concurso innumerable, saludaba afablemente, y exhortaba á los cristianos á mantenerse firmes

en la fe; en llegando al sitio designado le ataron á un madero, y le quemaron vivo, hasta que se abrasó el cuerpo y llegó el fuego á los huesos, los cuales fueron recogidos y arrojados al mar. Fué martirizado con otros cuatro el dia 18 de noviembre de 1619.

El Beato AMBROSIO FERNANDEZ, coadjutor temporal, nació en Sisto, pueblo del obispado de Oporto. Siendo jóven se embarcó para el Oriente á buscar fortuna, y la encontró mejor que la esperaba; pues llegado al Japon despues de una formidable tempestad, volvió las espaldas al mundo, y se acogió al puerto de la religion, entrando en la Compañía de Jesus el año 1577, de veintisiete años, y vivió en ella cuarenta y tres sin cansarse jamas de sufrir las fatigas y padecimientos de aquella mision, para él tan dichosa.

Estando en Nangasaqui con el Beato Padre Espínola, fué llevado preso por los perseguidores á la prision de Suzuta, donde tuvo muchísimo que sufrir; pues el mismo Padre Espínola decia, que cada uno de los sentidos tenia su propio y particular tormento.

Llevó por Jesucristo todos los trabajos de la cárcel un año y veintidos dias, estando siempre con deseo de padecer mil martirios por su Redentor, hasta que al fin cayó en un accidente de perlesía con señales claras de veneno, y recibidos los últimos Sacramentos, pasó á mejor vida á 7 de mayo de 1620.

El Beato AGUSTIN OTA fué natural de Ogiza, una de las islas de Goto. Vino al mundo con alma tan buena y propensa á la virtud, que habiéndose criado en un monasterio de bonzos, nada se le pegó de sus perversas máximas y costumbres. Bautizado ya, y bien instruido en los misterios, ceremonias y prácticas de la religion, tuvo á su cuidado una iglesia, y destruida esta en la fu-

ria de la persecucion, pasó á Firando, donde así de vida inculpable, como de solicitud y trabajos continuos en bien espiritual y temporal de los fieles, dejó admirables ejemplos, hasta que llegando allí el Padre Camilo, y ofreciéndosele por compañero de las fatigas apostólicas, á los cuatro meses fué preso, estando con él.

Hechos los primeros votos de la Compañía, fué llevado por los verdugos á la playa, donde le cortaron la cabeza, y le sepultaron en el mar el dia 10 de agosto de 1622. Tenia cincuenta años de edad, y treinta y cinco de cristiano, todos ellos santamente empleados en servicio de los Padres y de aquella apenada iglesia, por lo que mereció la gracia de morir religioso, única fortuna que en este mundo buscaba.

El Beato CÁRLOS ESPÍNOLA nació el año de 1564, de la nobilísima familia de los Espínolas de Génova. Octavio Espínola, marques de Tassarolo, padre de nuestro Beato, era caballero mayor del emperador Rodolfo. El niño Cárlos pasó los primeros años siendo educado con todo esmero en el palacio de su tio Felipe Espínola, Cardenal y Obispo de Nola, donde comenzó á abrir los ojos, que á tantos están cerrados, para ver la vanidad del mundo, y lo que más es, para guardarse de ella; y para que no le llevase tras sí, como á otros jóvenes sus iguales, entró en la Compañía de Jesus á los diez y nueve años de edad.

Entabló desde luégo una vida tan ajustada y ejemplar, como correspondia á quien habia de ser mártir de Jesucristo, añadiendo nuevos estímulos á su fervor el íntimo trato que tuvo en Nápoles con San Luis Gonzaga.

Acabados en Milan los estudios, y ordenado de sacerdote, pidió con instancia, y estimó como gracia muy es-

pecial, ser enviado á las misiones del Japon; y vencida, con renovado esfuerzo, la oposicion de sus parientes, partió á Lisboa, y de allí á la India con otros siete de su sagrada religion. Las tempestades le arrojaron á diversos climas, en el trabajosísimo viaje de siete años, hasta verse precisado á tomar puerto en Inglaterra, donde le encarcelaron; pero de allí navegó al Japon, llegando finalmente al deseado término de su peregrinacion en el mes de julio de 1602; vivió por espacio de veinte años, afanado como un apóstol en procurar la conversion y adelantamiento espiritual de aquellas almas, hasta que preso y encerrado en la prision horrorosa de Suzuta, pasó en ella los cuatro postreros, preparándose con paciencia invicta á la felicidad de un martirio tan envidiable como fué el suyo.

Cuando supo que estaba ya cerca el dia suspirado,— ¡Oh afortunado de mí, exclamaba, si atado al palo y ardiendo, llego á dar la vida por Jesucristo! Bien sé cuán indigno soy de favor tan grande, pues nada bueno reconozco en mí, fuera de la voluntad ansiosa de padecer por Dios. Una cosa me aflige, y es que se me prolongue la vida, ofendiéndole sin cesar, y conociendo lo mucho que le debo. Así, pues, aguardo alegre la muerte, para que dé fin á mis pecados.—Amaneció por fin el dia 10 de setiembre, tan dichoso para los veintidos confesores de la fe destinados á ser quemados, y treinta decapitados en Nangasaqui.

Conducidos al lugar del suplicio, estaba ya todo el sitio ocupado por un gran gentío, y luégo que empezaron las víctimas á entrar en el palenque, se levantó tal llanto y gritería, que atronaban los aires. Iba delante el Padre Espínola, y por ser varon tan venerable y conocido, todos pusieron los ojos en él, movidos á compasion

y lágrimas de verle tan descolorido y macilento: así que entraron todos se apoderaron de ellos los verdugos, y los ataron cada uno á su palo. Luégo dirigió la voz el Padre Espínola al Presidente, y empezó á razonar, esforzándose en desvanecer la falsa voz que en la corte corria, de que los misioneros navegaban allá con el mal intento de seducir á los naturales, y preparar así el terreno á la conquista de los europeos: concluyó exhortando á los presentes á mantenerse firmes en nuestra santa religion, ó abrazarla, por ser la única verdadera y necesaria para salvarse.

En seguida empezaron los sayones á cortar cabezas y á pegar fuego á los haces de leña, en cuya horrible tortura expiró el Padre Cárlos el primero de todos, cantando el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*. Tenia cerca de sesenta años cuando murió, y treinta y ocho de religion; fué su martirio el dia 10 de setiembre del año 1622.

El Beato SEBASTIAN QUIMURA se pareció mucho al Padre Espínola en la fortaleza de ánimo. Era sobrino de aquel Quimura, primero de todos los japones que bautizó San Francisco Javier; y fué el primer japon ordenado de sacerdote en setiembre de 1604 en Nangasaqui, y de los sacerdotes de aquellos reinos, el primero tambien en sellar con su sangre la verdad de nuestra santa fe.

Nacido en Firando, empezó de doce años á frecuentar la iglesia que tuvieron allí los Padres de la Compañía, dedicándose á su culto y servicio, desde tan tierna edad. Estudió en el colegio de Bungo á los diez y nueve años, y entró en la Compañía.

Acabado su noviciado, fué destinado á Meaco para instruir en los principios de la fe á los nuevos cristianos: estudió teología en el colegio de Macao, y vuelto al

Japon y ordenado de Sacerdote, se empleó en el ministerio apostólico tomando sobre sus hombros lo más difícil y pesado, para aliviar á sus hermanos, á fin de que durasen muchos años sanos y firmes. Tenia la industria de gastar trajes muy diferentes, para poder sin tanto riesgo introducirse en las prisiones, casas y guaridas, á confesar, exhortar y favorecer en cuanto podia á los cristianos.

No tuvo ninguno de los malos siniestros de la índole y educacion de sus compatriotas, sino todas las cualidades buenas, y entre otras el ser muy animoso y magnánimo para cosas grandes, modesto, y de juicio muy cabal y asentado. La naturaleza le dotó de un decir tan elocuente, que miéntras le fué permitido predicar en público, llegó á granjearse las voluntades de muchísimos.

Preso, en fin, con el Padre Espínola, vivió cuatro años con él y los demas, oprimido en la cárcel de Suzuta, padeciendo continuado martirio, y en el último estuvo abrasándose tres horas continuas, hasta que á los postreros alientos se arrodilló, inclinó la cabeza, y dió al Señor su dichosa alma el 40 de setiembre de 1622, á los cincuenta y siete años de edad y treinta y ocho de religion.

Los siete Beatos TOMAS ACAFOXI, PEDRO SAMPÓ, LUIS CAVARA, GONZALO FUSAI, ANTONIO QUIUNI, MIGUEL XUMPO y JUAN CIONGOCÚ eran japones, hombres todos de madura edad, que con los Padres Espínola y Quimura entraron en la cárcel, siendo novicios ó pretendientes; en ella hicieron los votos, y sólo salieron para morir mártires del Señor, siendo quemados á fuego lento el mismo dia con el Padre Espínola.

El Beato CAMILO CONSTANZO, italiano, natural de Calabria, estudió en Nápoles el derecho civil. Sirvió despues

alistado en las tropas españolas que militaban en la guerra de Flandes; pero pronto se cansó del mundo, y le volvió las espaldas á los veinte años de edad, consagrándose á Dios en la Compañía de Jesus.

Doce despues fué destinado á las misiones de la China, alcanzadas á fuerza de ruegos y deseos; pero así que llegó á Macao le enviaron los Superiores á la del Japon, y en ella empleó otros nueve, no sin participar de las fatigas apostólicas. Desterrados los Padres, regresó con algunos á Meaco, donde gastó diez y ocho en estudiar á fondo las doctrinas erróneas de las sectas chinas y japonesas, y escribió siete libros refutándolas nerviosamente.

Aprovechando al fin una buena oportunidad volvió á embarcarse, y á penetrar en el Japon disfrazado de militar; pero el capitan del buque le conoció y le echó en una playa desierta, de la cual huyó apresurado, y evangelizando las gentes, y deshaciendo la vana supersticion de los ídolos, recorrió buena parte de las islas de Firando.

Mas cuando á manos llenas iba cogiendo tan rico fruto, le prendieron y le demandaron la causa de haber desobedecido al soberano, y él respondió con magnánima libertad:—El que manda en los cielos me ha enviado á que predique su ley á los japones.—Despues de reprehenderle agriamente por haber pronunciado una sentencia tan verdadera, le pusieron preso en la cárcel, dieron aviso al Emperador, y este mandó que le quemasen vivo.

Cuando el valiente campeon se vió en aquella palestra, levantó la voz y empezó á predicar con vehemencia increíble, tomando argumento de las palabras del Señor:—*No temais á los que quitan la vida del cuerpo.*—

Entre tanto disponen los verdugos la leña, péganle fuego, y entre el humo y las llamas aparece el héroe orando con tanta tranquilidad y serenidad de semblante, como cuando celebraba la Misa con más devoción. Todos tienen los ojos clavados en él, y de repente alza la voz de nuevo, entonando el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, acabado el cual exclama:—¡Dichoso mil veces yo! ¡Oh qué bien! ¡Qué dulzura!—Al cabo, como arrebatado y fuera de sí de gozo inefable, cantó cinco veces:—*Sanctus, Sanctus, Sanctus*;—y expiró suavísimamente el 13 de setiembre de 1622, cumplidos cincuenta años de edad, treinta de Compañía, y diez y siete en las misiones del Japon.

El Beato PEDRO PABLO NAVARRO era italiano; vistió la sotana de la Compañía á la edad de diez y ocho años, y de veinticuatro partió para el Japon, en cuyas misiones empleó los treinta y seis que le restaron de vida, sufriendo privaciones, riesgos y trabajos que no es fácil referir.

Muy á menudo subia por las breñas de montañas muy escarpadas, y hasta las cumbres más altas, buscando las almas, y de ordinario volvía con los piés heridos y manando sangre. Tenia tierna devoción á la Virgen Nuestra Señora, y entre los demas medios de que se valió para promover su devoción, fué uno traducir á la lengua del Japon la obra latina del Padre Espinelli, intitulada: *Thronus Dei*.

Nació en Calabria, pero renació á mejor vida en el Japon el día 1.º de noviembre de 1622, purificado lentamente en el martirio de fuego, muriendo en confirmación de la verdad, que fervorosamente habia predicado. Despues de muerto se le encontró cubierto de cilicios, no queriendo salir al triunfo sin las armas de soldado de Cristo.

Los Beatos DIONISIO FUGICIMA y PEDRO ONIZUQUI, ambos japones, el primero de treinta y ocho años, de edad y el segundo de solos diez y ocho, fueron ambos de la Compañía, y de señalada piedad, y con dicha igual siguieron al Padre Navarro en la muerte de fuego, mereciendo por ella llevar en las manos la palma de mártires para reinar con Dios en las mansiones eternas.

El beato JERÓNIMO DE ANGELIS, siciliano, varon verdaderamente apostólico, á quien el celo de las almas hizo suave la penosa vida y trabajos, que naturalmente parecen insoportables, murió felicísimamente entre las llamas, como ardientemente lo habia deseado, á 4 de diciembre de 1623. Enviado al Japon, corrió con inmensos trabajos é igual fruto casi toda aquella vastísima region, adelantando los límites de la cristiandad, sin reparar en gravísimos y ciertos peligros.

Fué el primer apóstol de cinco muy vastas provincias y cuatro reinos, en que bautizó por su mano á más de diez mil infieles. Últimamente, al fin de tantos peligros y trabajos, persecuciones, cárceles y viajes, dió su vida á fuego lento, como lo habia fervorosamente deseado, y la acabó cantando loores divinos, teniendo á la sazón cincuenta y seis años de edad, de los cuales habia vivido treinta y ocho en la Compañía y veinticinco en el Japon.

El Beato SIMON JEMPO, japon, religioso de la Compañía y compañero del Padre de Angelis, tuvo la dicha de morir con él á fuego lento, á los cuarenta y tres años de su edad.

El Beato DIEGO CARVALLO habia entrado en la Compañía de Jesus, en Coimbra de Portugal, de donde era natural. A su muerte pasaba de cuarenta y seis años,

de los cuales pasó treinta sirviendo á Dios en la religion, y quince de estos en el Japon, ménos tres en que, desterrado á Meaco, fué de orden de los Superiores á fundar las misiones de Cochinchina.

Vuelto al Japon el año 1617, le señalaron por campo de las faenas del apostolado la ciudad de Omura, donde hizo la profesion solemne, y enviado luégo á los reinos de Oxu y Deva, fué hasta la isla de Yeso, siendo el primero que llevó á ella el conocimiento del verdadero Dios y su santo Evangelio.

Fué religioso humildísimo, manso y muy apacible, y por esto cordialmente amado de todos los que lo conocian. Corrió vastísimos reinos entre continuos y evidentes peligros de la vida, movido del celo y deseo de mantener en la fe, y consolar aquella perseguida cristiandad. Opuso el tirano á tanta fortaleza un cruelísimo martirio, arrojándole con ocho compañeros en un estanque helado, donde con maravilla de los circunstantes vivió diez horas, confortando con su fervor, é inflamando con su constancia á sus dichosos compañeros, hasta que lo acabaron el interior ardor de la caridad, y el frio exterior del yelo, para que por fuego y agua pasase al eterno refrigerio. Tuvo lugar su glorioso mártirio el dia 22 de febrero de 1624.

El Beato MIGUEL CARVALLO, natural de Braga en Portugal, fué recibido en la Compañía ántes de cumplir veinte años; estudió en Goa teología, y la enseñó despues. Luégo le mandó su Provincial embarcarse para Roma, pero naufragó en los mares de la China, y fué á parar á Macao. Allí encontró al Padre Visitador Jerónimo Rodriguez, que viéndole deseosísimo del martirio, le envió al Japon, tierra feraz de mártires.

Así que aprendió la lengua empezó á predicar á los

infieles y asistir á los enfermos; pero descubierto por los espías le llevaron al gobernador, y por su orden le encarcelaron en la prision de Omura. No es decible lo que sufrió en año y medio que le tuvieron en aquella tortura aquel hombre verdaderamente de Dios, y de vida más angélica que humana; pues no satisfecho con las pesadas cruces que echaban sobre sus hombros los enemigos de Dios, él por su parte castigaba su cuerpo con rigurosísimas y cotidianas disciplinas de sangre, cilicios y cadenas de hierro, ayunos á pan y agua, y limosnas tan caritativas, que muchas veces eran toda su comida. Consolaba Dios esta aspereza de cuerpo con suave uncion del Espíritu Santo, llenándole de delicias en la oracion y meditacion, en que devotamente empleaba todo el tiempo que no ocupaba en el servicio de los prójimos.

Acabó la vida consumido á fuego lento, testificando con su inflexible fortaleza é inexplicable consuelo en aquel lance, ¡cuán gloriosa y dulce cosa es morir abrazado en el amor y por amor de Cristo! Murió el 25 de agosto de 1624.

El Beato FRANCISCO PACHECO, juntamente con otros ocho religiosos de la Compañía, fué quemado en Nangasqui el dia 20 de junio de 1626.

Nació el Padre Pacheco, de ilustre sangre, en Puente de Lima, del obispado de Braga, y cuando sólo tenia diez años, leyendo las vidas de los mártires, hizo voto de procurar ser uno de ellos. Siendo de veinte años abrazó el Instituto de la Compañía, y acabados los estudios fueron tantas sus instancias para pasar á la India, que al cabo lo consiguió, arribando á ella el año de 1592. Siguió despues hasta la China, y en Macao leyó cuatro años Teología escolástica. El de 1604 alcanzó al fin li-

cencia de hacerse á la vela para el Japon, y allí, luégo que hubo aprendido bien el idioma, empezó por evangelizar los reinos de Cami. Salió de ellos, y pasado algun tiempo volvió con el cargo de Superior, así como tambien le tuvo en Ozaca, Meaco y Tacacu, donde recogió abundante fruto en la enseñanza y conversion de los infieles, y en la firmeza, salvacion y martirio de muchos cristianos.

Dos veces volvió á China; la una de Rector de Macao, y la otra desterrado por Daifusama. Dos años hizo en el Japon de Vicario general del Obispo D. Luis Cerqueira, y los cuatro últimos le nombraron Provincial y Administrador del obispado. De todas las virtudes fué dechado eminente, y en particular de las que son propias de los que gobiernan, cuales son prudencia, caridad, humildad, mansedumbre, severidad consigo, y afabilidad y dulzura con los que tienen á su cuidado. Murió mártir á los sesenta y un años de edad.

El Beato JUAN BAUTISTA ZOLA, nació en Brescia de Lombardía. Desde que entró en la religion dió bien á conocer el denodado espíritu que le llevó á la India el año de 1602, y al Japon el de 1606, en cuya travesía, embestida y azotada la nave de un deshecho huracan que se levantó de improviso, estuvo á pique de perecer. Veinte años seguidos tuvo por residencia ordinaria á Tacacu é islas próximas, donde, aunque con salud achacosa, trabajó como sano en escribir libros devotos, y en el bien espiritual de las almas.

El consuelo mayor que sentia era la esperanza de morir por la propagacion y defensa de nuestra santa fe, y sobre esto escribia cartas afectuosas á los Padres Espínola y Navarro, ya presos, rogándoles que cuando se vieran delante de Dios, le negociasen con él gracia tan

suspirada, y así se lo prometieron y alcanzaron, como creemos, pues más adelante tuvo la dicha de morir con la palma de mártir, á los cincuenta y un años de edad y treinta y tres de religion, ya profeso de cuatro votos.

El Beato BALTASAR DE TORRES nació de familia noble en la ciudad de Granada el año de 1563. A los diez y seis de edad entró en la Compañía en el colegio de Ocaña. Partió para la India el de 86, y acabado el estudio de teología, la enseñó ocho años en Macao.

El de 1600 pasó al Japon, á donde arribó con sumo gozo, causado de ver ya cumplidos sus largos y fervorosos deseos de ofrecer la vida por la conversion y salud eterna de tanta gente idólatra, como allí tenia el demonio sentada en las tinieblas de la muerte. Le nombraron Superior de la residencia de Meaco, convirtió muchos infieles á la fe, y confirmó y perfeccionó en ella á muchos cristianos, siendo regla viva de santidad para propios y extraños.

Despues tuvo en Ozaca igual oficio con no ménos fruto, aunque por ménos tiempo, porque á poco fué desde allí enviado á los reinos del Norte, donde anduvo seis años alumbrando aquellos ciegos idólatras, logrando con el fervor de su santa vida y eficacia de la divina palabra, se convirtiesen muchas personas nobles y ricas.

Dió la vuelta á Macao, y hallándose en ella sucedió el destierro general de los religiosos; mas con algunos otros cupo al Padre Baltasar la suerte de quedar disfrazado y escondido. Difícil sería contar los trabajos que este varon magnánimo sufrió los catorce años que hasta su prision se siguieron, las islas y tierras que recorrió y visitó, los disfraces é industrias que tuvo que tomar, los cristianos afligidos y temerosos que confortó y sostuvo,

las hambres, desnudeces, persecuciones y riesgos inminentes que pasó, todo lo cual se halla bien relatado en la vida que escribió el Padre Juan Eusebio Nieremberg. Guardó toda su vida la preciosa estola de la virginidad. Cuando le martirizaron tenía sesenta y tres años de edad, cuarenta y siete de Compañía con el grado de profeso de cuatro votos, y veintiseis de misionero del Japon.

El Beato GASPAR SANDAMATZU, que habia nacido en el Estado de Omura, se crió de niño en el Seminario de la Compañía, y en ella fué recibido en Bungo. Por su buena letra le tomó de compañero el Padre Provincial, y despues que con él volvió de Macao, tuvo la misma suerte que él de morir por Jesucristo, á los cincuenta y nueve años de edad, y cuarenta y cuatro de Compañía.

El Beato PEDRO RINSCEI nacido en Jaciran, y educado en el Seminario de Arima, fué hombre de virtud eminente, y en la enseñanza de la doctrina cristiana catequista muy hábil, en cuyo santo oficio ayudó grandemente á los Padres; y los últimos ocho años nunca se apartó del Padre Pacheco, hasta que murió mártir teniendo treinta y ocho de edad.

El Beato PABLO ESCINSUQUE nació en Usanda, y por muchos años anduvo con el Padre Angelis. Luégo sirvió de catequista al Padre Navarro, y martirizado éste pasó á vivir con el Padre Pacheco, deseoso de ser recibido en la Compañía, y mereció al fin serlo, no solo en la militante, sino tambien en la triunfante, á los cuarenta y cinco de su edad.

El Beato JUAN QUINSACO, natural de Cocinotzu, tenía veintiun años y estaba con Gaspar en su casa, cuando preso y atado este, uno de los guardias le preguntó—

qué hacia aquel mozo allí, y si era tambien de los suyos.—Él contestó al ministro de justicia;—lo soy, y con la gracia de Dios lo seré hasta la muerte;—y con tantas razones lo probó, que al fin le creyeron, y echándole la soga al cuello, alcanzó llegada la hora lo que deseaba, que era la dicha de morir mártir con sus ocho queridos Hermanos.

El Beato MIGUEL Tozo, nacido en Cingiva, catequizó á los neófitos con el Padre Torres, y por la devocion y fidelidad con que por muchos años habia consagrado la vida al bien de la cristiandad y servicio del mismo Padre, y ántes al de los Padres Angelis y Quimura, tuvo de parte de Dios la recompensa colmada, de que le admitiesen en la Compañía, y de morir quemado por la confesion de la fe, dos favores á que únicamente aspiraba en este mundo.

El Beato VICENTE CAUN nació en Corea de padres ilustres; y de allí fué llevado prisionero al Japon el año de 1591. No tenia de edad sino trece años cuando le bautizó el Padre Morejon. De los treinta y tres de vida restantes, los cuatro primeros los pasó en el Seminario de Arima, y veintinueve en el empleo de catequista y predicador. Destinado con el Padre Zola á fundar la mision de Corea, visto que por mar estaba el paso cerrado, le enviaron á la China, y la atravesó casi toda hasta llegar á Pekin.

Aprendió muy bien la lengua y escritura de aquella nacion, y por ser tan hábil en ellas, deseó tenerle consigo Bungadono, Señor de Arima, en calidad de Secretario suyo, á cuyo fin ordenó que se tomasen todos los medios imaginables para inducirle á que renegase de la fe. En su pecho varonil y cristiano no hicieron mella las pérfidias tentativas, y así, enfurecido el tirano por

ver frustradas sus esperanzas, determinó que se pusiese en juego todo el rigor de los tormentos. Dicho y hecho: le retuercen con tenazas de hierro los dedos de las manos, y le sacan bocados de los brazos: acuden á la tortura del agua, y despues que de ella le hinchen el cuerpo con un embudo metido en la boca, le patean el vientre un verdugo, y se la hace arrojar de nuevo por todas las vias, envuelta en sangre, y con dolor insufrible. Repiten varias veces la misma inhumanidad, sin dejarle hasta que le ven casi á punto de agonizar, con lo que desesperados de vencer tan heróica firmeza, le vuelven medio muerto á la cárcel, de la que á los seis meses le sacan para martirizarle en las llamas.

El Beato TOMÁS TZUGI fué de noble stirpe, nació en Sonangai, y desde la infancia se educó en el Seminario que tuvo en Arima la Compañía. El año de 1589 se consagró á Dios en ella, y con el tiempo y aplicacion al estudio, sobrepujó á todos los de su lengua en la eficacia y fervor con que predicaba la divina palabra.

Desterrado con los demas religiosos, volvió cuatro años despues en una nave china, vestido de piloto, y se entregó con nuevo fervor al bien de los prójimos. Buscaba, socorria, animaba, reconciliaba y fortalecia con los Sacramentos á los cristianos afligidos; y para no ser conocido cambiaba de traje, siendo más ordinario el de leñador. Finalmente, le prendieron y le enviaron á la cárcel de Omura, y á los trece meses y medio le quemaron vivo á fuego lento, á 7 de setiembre del año 1627.

El Beato MIGUEL NACASCIMA nació en Maciai, en el reino de Figen. Cuando tenia once años le bautizó el Padre Baeza, apóstol de aquel reino, y muy pronto hizo voto de perpétua virginidad, y en adelante se dió ente-

ramente á la perfeccion, llevando una vida de santo. Diez años tuvo en su casa oculto al Padre Baeza; y despues al Padre Borges, al cual de noche traia cristianos para que les administrase los Santos Sacramentos. Sentia vivas ansias de verter la sangre por Jesucristo, y siempre que los infieles le instigaban á la apostasia, ofrecia el cuello á la cimitarra.

En premio de sus méritos y servicios fué recibido en la Compañía en grado de coadjutor temporal. Acabó felizmente su carrera mortal atormentado con nervios anudados, á que se añadió el tormento del agua, en el cual, despues de bien lleno de ella, le obligaban á lanzarla hasta arrojar la sangre: sufrió ademas otros tormentos, hasta que sumergido en un estanque de agua sulfurosa hirviendo, que mana en el monte Ungen, purificado en el fuego y lavado con el agua voló dichosamente al cielo, á los cuarenta y cinco años de edad.

El Beato ANTONIO IXIDA, ó PINTO, nombre que tomó de los portugueses, nació en Cimabara de Arima, en cuyo Seminario se educó desde muy niño. En 1589, siendo de diez y nueve años, vistió la sotana de la Compañía. Tuvo gran pericia de las sectas del Japon, y como tan absurdas las refutó predicando con gran calor, pues poseia dotes sobresalientes y de singular eficacia para la predicacion; así es, que evangelizando casi todo el Japon, trajo á muchos de sus compatriotas á la luz de la fe.

Era naturalmente tan arriesgado y valiente, que no habia peligros que le arredrasen; pero juntaba con el valor el arte y destreza con que muchas veces burló la sagacidad de los delatores y guardias, penetrando hasta en las cárceles á confortar, confesar y disponer al martirio á los confesores de la fe, que en ella sufrían

penas y tormentos indecibles. No fueron menores los suyos, sobrellevados siempre con gran paciencia y ánimo esforzado. Despues de tres años de penosísima cárcel, y de haberle estirado los miembros en el potro, y despues de haber sufrido treinta dias continuos el tormento del agua hirviendo; consumido á fuego lento, confirmó con la muerte, el 3 de setiembre de 1632, la verdad de la fe que en cuarenta años habia predicado, alcanzando la palma del martirio á los sesenta y tres años de edad.

Así premia el Señor la fidelidad y constancia de los que dócilmente siguen su voz, y le buscan, sirven y agradan. Así ensalza y glorifica en la tierra, y mucho más en el cielo, á los que luchan y padecen por defender su causa y dilatar su gloria. Y á los que todavía peregrinamos en este valle de lágrimas nos da, en sus fieles amigos y cortesanos, nuevos intercesores á quienes acudir con toda confianza en busca del remedio seguro de nuestros males, y favorable despacho de nuestras súplicas y plegarias.

Su generoso esfuerzo nos afirma tambien en la creencia de las verdades de nuestra santa Religion, y sus esclarecidos ejemplos nos estimulan eficazmente al ejercicio de las virtudes. A pocos de sus escogidos pide tanto el magnífico Galardonador; pero en los trabajos y proezas de los Mártires y demas Santos, descubrimos á lo ménos lo mucho que vale la salvacion, y muy justamente podemos decir con el venerable Tomas de Kémpis:—*Digna est his omnibus et majoribus præliis vita æterna*. Digna es de estos y mayores combates la vida eterna.

La causa de estos Mártires, promovida eficazmente en los tiempos pasados, estaba tan adelantada, que la

ilustre familia Espínola tenía preparada en Génova una suntuosa capilla, para dedicarla al culto y veneracion del Beato su pariente. Despues, no se sabe cómo, quedó abandonada casi dos siglos, hasta que el Sumo Pontífice Pio IX los colocó en el número de los Beatos el año 1867, cuya Beatificacion tuvo lugar en la Basílica Vaticana el dia 7 de julio.

VIDA.
DEL
BEATO PEDRO FABRO,
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS ¹.

El Beato Pedro Fabro, primer compañero de san Ignacio, nació el año de 1506 en Villareto, pueblo de Saboya, de padres pobres de bienes temporales, pero ricos de piedad y devocion. Prevínole el Señor desde muy niño con singulares favores de su gracia; y apénas le amaneció el uso de la razon, cuando parece que tomó posesion de su alma, tomándola desde entónces por su esposa escogida. Aprendida ya la doctrina cristiana, le puso su padre de siete años á guardar un rebaño, y el niño, que apénas sabia hablar, hecho maestro ántes de poder ser discípulo, convocaba los pastores, y subido á una piedra, les enseñaba la doctrina con tanta gracia, que muchos acudian á oirle de los lugares comarcanos. Bien mostraba celo tan adelantado, que no habia nacido para pastor de ovejas, sino para apacentar las almas, como se vió á su tiempo, sustentando á los católicos en la fe, y haciendo hasta de los mismos lobos, ovejas del rebaño de Jesucristo. Para obtener tan santo fin le dió el Señor tal inclinacion á las letras, que andando en el campo, sus-

¹ La Novena está en el núm. 20 del Apéndice.

piraba por el estudio; hasta que de diez años, sabiendo ya leer y escribir, alcanzó de su padre con muchos ruegos, y lágrimas que le llevase á la escuela de Pedro Veliardo, varon ejemplar, que enseñaba gramática, ménos por interés que por guiar los niños á la virtud. En solos dos años aprovechó tanto en aquella escuela, que siendo ya de doce consagró á Dios con voto su virginidad, y propuso hacer en adelante vida perfecta, aunque sin determinar por entónces el modo especial que abrazaria. En las lenguas latina y griega, y en la retórica salió eminente.

Deseando pasar á ciencias mayores, lo dificultaba su padre por el mucho amor que le tenia, y por los pocos medios con que contaba; pero juntándose á sus instancias los ruegos del Padre Jorge Fabro, prior de la Cartuja de Reque en Saboya, le permitió finalmente que fuese á la Universidad de Paris. Allí tuvo por maestro en la filosofía á Juan de Peña, que le amó singularmente, porque en ingenio y aplicacion no tenia igual, y sus condiscípulos le reconocian por superior, y le miraban con veneracion. Hasta el maestro no rehusó á veces hacerse discípulo suyo, porque en dando con algun texto de Aristóteles muy dificultoso, pedia á Fabro que se le explicase. Habiendo acabado el curso de filosofía, recibió el grado de maestro de Artes, juntamente con su condiscípulo Francisco Javier.

Vivian juntos en el colegio de Santa Bárbara, y estaban para empezar la teología, cuando llegó Ignacio al mismo colegio á estudiar filosofía. Admitiéronle en su mismo aposento, y Peña encargó á Fabro que le repasase las lecciones que él iba dando. Grandemente se aficionaron el uno del otro, reconocidas con mutuo aprecio las virtudes de entrambos, ademas del talento sobresaliente, juicio recto y maduro, costumbres irrepreensibles,

modestia singular y trato suavísimo que desde luego vió Ignacio en Fabro.

Pero deseando hacerle compañero de sus intentos, le iba disponiendo poco á poco con suavidad, y rogaba juntamente al Señor que le moviera el corazon á lo que fuese de su mayor gloria. Empezaban á brotar con fuerza las pasiones en Fabro; mas como temeroso de Dios y aborrecedor hasta de la sombra de pecado, procuraba vencerlas con ayunos y penitencias, sin que por eso se viese del todo libre, ó si por algun tiempo se templaban, era combatido de la vanidad, como si hubiera vencido por sus propias fuerzas. Sintiéndose ademas atormentado de escrúpulos, se descubrió á Ignacio, diciéndole que deseaba retirarse á un desierto, donde no viendo cosa alguna que le pudiese hacer impresion en los sentidos, y castigándose noche y dia, sujetase enteramente la carne al espíritu. Conoció Ignacio con su gran discrecion de espíritus que aquella idea era nueva tentacion, porque no era el desierto para Fabro, por querer Dios que le sirviese en las poblaciones, aprovechándose á sí y á las almas con los talentos que para eso liberalmente le habia dado. Díjole que no siempre los lugares solitarios eran asilo contra las tentaciones; que san Antonio no habia carecido de ellas en los desiertos de Egipto, y san Jerónimo habia hallado en los de Palestina las imágenes de las doncellas de Roma; y que se ven hombres muy ayunadores y penitentes, que no dejan de sentir los movimientos de la concupiscencia. Que el aire de la vanidad en todas partes corre, y muchas veces desea la alabanza quien no tiene quien le alabe, y á quien faltan testigos de sus acciones, quiere complacerse á sí mismo. Enseñóle el modo de vencerlas con actos contrarios, y con la oracion y frecuencia de Sacramentos; aconsejó-

le el exámen cotidiano de la conciencia, y le dió la práctica del exámen particular, para arrancar una á una las raíces de las faltas. Con esto sintióse Fabro tan bien, que sosegados los escrúpulos y temores, hizo confesion general por consejo del mismo Santo, de que quedó muy quieto, y con mayor aprecio y veneracion del que miraba ya como médico de su alma.

Con verle tan suyo no le descubrió sus intentos en dos años, procurando entre tanto quitarle imperfecciones, y plantar virtudes, despues de lo cual le descubrió finalmente que pensaba ir á Tierra Santa, y emplearse en la conversion de los infieles, y perder la vida, si fuese Dios servido, por tan santa causa. Apénas oyó estas palabras Fabro, cuando abrazándole estrechamente le dijo: Yo os seguiré sin apartarme de vos hasta la muerte.

Desde entónces se dió por su compañero, aunque el Santo quiso que estuviese oculto hasta su tiempo. Partióse Fabro á Villareto con ocasion de la muerte de su madre, y allí permaneció ocho meses haciendo fruto en muchas almas. Volvió á Paris sin traer de su casa más que á sí mismo, para entregarse á Dios tanto más libremente, cuanto más desnudo venia, por lo cual fué necesario que en adelante le sustentase Ignacio de las limosnas que le daban, haciendo aun en esto oficio de padre de este su hijo primogénito.

Luégo que acabó el curso de la sagrada Teología, pareció á Ignacio que era ya tiempo de darle los Ejercicios Espirituales que habia reservado hasta entónces, porque desembarazado de todos los pensamientos del mundo, y libre de escrúpulos y temores, estuviese su alma más capaz de la perfeccion que Dios le habia de comunicar por tan poderoso medio; y para que los hiciese con más quietud, le llevó á una pobre casilla de la calle de

Santiago. Allí los hizo con tanto fervor, que pasó seis dias sin comer ni beber, con ánimo de proseguir tan rígido ayuno, si Ignacio no le mandara comer. Siendo en lo más riguroso del invierno se salia por las noches mal vestido como estaba al patio lleno de nieve y hielo, y se estaba algunas horas en oracion, y el frio no le embarazaba, por ser mayor el fuego que ardia en su pecho. Pusiéronle en el cuarto carbon para que encendiese lumbre contra el rigor del tiempo, mas él nunca la encendió, ántes esparció los carbones, y sobre ellos, en lugar de cama, tomaba el reposo á que le obligaba la necesidad.

Acabados los Ejercicios de que salió muy aprovechado, y gran maestro en el manejo de estas armas espirituales, determinó ordenarse de Sacerdote, para lo cual sirvió de preparacion aquel retiro: dijo la primera Misa el dia de Santa María Magdalena, de quien era singularmente devoto, ofreciendo á Dios el sacrificio de su Unigénito Hijo, y á sí mismo con él para morir por él, si algun dia se dignase su divina Majestad aceptar por hostia al que ahora recibia sacerdote. Ibase adelantando cada vez más en el fervor, desprecio del mundo y excelentes actos de todas las virtudes, de manera que, habiendo ya juntado San Ignacio otros compañeros é hijos espirituales, á saber: Francisco Navier, Diego Lafnez, que sucedió á San Ignacio en el generalato de la Compañía, Alonso Salmeron, Simon Rodriguez y Nicolas de Bobadilla, dejó á Fabro por superior de todos en lugar suyo, con órden de que los llevase á Venecia, donde él habia de ir despues de haber arreglado algunas cosas en España. Habian todos hecho ántes voto delante del Santísimo Sacramento en una Misa que dijo Fabro, porque San Ignacio aún no era sacerdote, de perpétua po-

breza y castidad, y de emplearse en la salvacion de los prójimos; y si dentro de un año no hubiese navegacion para Jerusalem, de ponerse en manos del Sumo Pontífice, para que de ellos dispusiese en bien de las almas y utilidad de la Iglesia.

En la ausencia de San Ignacio fué singular el ejemplo que dió Fabro á sus compañeros y á toda la Universidad, reduciendo á no pocos á mejor vida, convirtiendo á muchos pecadores, y moviendo á otros á entrar en religion. Ganó además dos muy acreditados maestros de Teología de la misma Universidad, que fueron el Padre Juan Coduri y el Padre Pascasio Broet. De Claudio Jayo se duda si lo ganó tambien despues de partido S. Ignacio. Dió los Ejercicios á los nuevos compañeros con tal fervor y acierto, que los trocó en otros hombres: practicaron miéntras los hacian extraordinarias penitencias, y la del ayuno fué tal, que en tres dias no comieron bocado.

Salió con todos ellos de Paris para Venecia en tiempo que Europa ardia en guerras, de suerte que les fué forzoso rodear por Alemania. Vencieron en aquel camino grandes dificultades, pero el Espíritu Santo que los guiaba, les dió ánimo para atropellar con todo. Caminaban á pié por nieves y malos caminos, cargados de cilicios. Tenian su oracion sosegada por la mañana y por la noche, y bien se puede asegurar que no la interrumpian durante el dia, pues andaban en continuo ejercicio de la presencia de Dios, ocupaban el tiempo en oraciones vocales ó en cantar himnos sagrados y salmos, y quando se ofrecia ocasion entablaban conversaciones piadosas procurando hacer bien en los prójimos. Decia Misa cada dia Fabro, y los demas confesaban y comulgaban. Pasaban seguros por medio de los soldados con admiracion universal: entraban por tierras de herejes con los

rosarios al cuello, y se hincaban de rodillas delante de las imágenes de los Santos.

Finalmente, llegaron á Venecia buenos, sanos y alegres, donde ya Ignacio los esperaba, quien desde luégo los repartió por los hospitales para que corporal y espiritualmente asistiesen á los enfermos, y allí dieron todos extraordinarias muestras de celo y caridad, especialmente nuestro Fabro, y Francisco Javier. Andaban á porfía en humillarse y sacrificarse por sus prójimos. Curaban á los enfermos, les besaban las llagas, barríanles las salas, y limpiaban los vasos inmundos. A los leprosos que no tenían cama, ellos les daban la suya, sin mostrar asco ninguno.

De Venecia hicieron á la capital del orbe cristiano otra peregrinacion, quedándose el Santo Patriarca en aquella ciudad, y tambien entónces suplió sus veces el Padre Fabro. Iban todos á pié pidiendo limosna, albergándose en los hospitales; dormían en el suelo, ó en la paja, ó en las caballerizas, despues de haber caminado todo el dia, muchas veces lloviéndoles á cántaros. Iban los rios y arroyos muy crecidos, y no teniendo qué dar á los que pasaban la gente, dábanles de su vestido, como los jubones y escribanías. El último barquero que los llevó á Ancona, cuando vió que no tenían dinero, fué mucho no apalearlos ó cosa peor, y apenas se aplacó con que quedasen en rehenes los demas, y uno fuese á la ciudad á pedir para pagarle, el cual, por abreviar, empuñó el Breviario, y al fin entraron en Ancona pidiendo limosna por las calles. Se animaban unos á otros maravillados, y cuando alguno encontraba á otro, se enternecia de la humildad de su hermano, y se tenia por indigno de ser compañero de hombres tan ejemplares; porque siendo de tan raras habilidades, que por ellas

podian lucir y valer mucho en el mundo, escogian más bien el oprobio, humildad y pobreza de Jesucristo. Llegaron á Loreto, donde gastaron dos ó tres dias, orando en aquel célebre santuario, y continuaron su trabajoso camino hasta Roma.

En llegando á aquella Santa Ciudad fué notable la edificacion que en todos causaron sus virtudes, y la grande opinion de sabios que alcanzaron, pues disputaron delante del Sumo Pontífice con mucha admiracion y aplauso. Alcanzó el Padre Fabro de Su Santidad lo que deseaba, que fué facultad y patente para pasar á Jerusalem, y ordenarse de mano de cualquier Obispo los que todavía no eran sacerdotes; y dándoles buena limosna, sin pedirla ellos, volvieron á Venecia del mismo modo.

No logrando el pasaje á Jerusalem, para cumplir la segunda parte del voto partieron otra vez á Roma á ofrecerse á voluntad del Papa, yendo delante Ignacio con Fabro y Laínez. Presentóse San Ignacio á Paulo III para que de sí y de sus compañeros dispusiese en servicio de la santa Iglesia. Y Fabro dió tales muestras de sabiduría y santidad, que le mandó luégo el Pontífice que enseñase públicamente en la Sapiencia de Roma, sagrada Escritura juntamente con el P. Laínez; de modo que ambos fueron los primeros lectores de la Compañía. Pero no contento el fervor de nuestro Fabro con la enseñanza, ayudaba á San Francisco Xavier en la predicacion, alternando en la iglesia de San Lorenzo in Dámaso. El fruto fué igual al gran concurso de gente que acudia á oír aquellos hombres enardecidos en amor de Dios.

Satisfecho el Sumo Pontífice del saber y celo del Beato Fabro, le envió con el Cardenal de S. Angel, Enio Filonardo, á la ciudad de Parma, para que le ayudase á

reformular y mejorar aquel Estado. Ya desde aquí comenzó el apostólico varón á hacer correrías por las provincias de Europa, llevando á todas partes la gloria de Dios. Admiró á Parma con su doctrina, enseñando sagrada Escritura y Teología, y con los sermones trocó la ciudad en otra tan distinta, que se desconocía á sí misma por la frecuencia de Sacramentos, y reforma de las costumbres. Y para que el fruto fuese durable, instituyó algunas cofradías, con estatutos acertadísimos, y muy devotos ejercicios. De Parma le envió Paulo III á Alemania para que combatiese las heregías, y fué el primero de la Compañía que entró en aquel imperio como capitán de los muchos hijos de Ignacio que han peleado con los enemigos de la Fe en las partes septentrionales. Allí convirtió innumerables herejes, confirmó á los católicos, redujo á observancia muchos monasterios, reformó la clerecía, alentó y estimuló á los prelados; y fué increíble el provecho que hizo con los sermones, lecciones, pláticas, cartas y otros medios, sin perdonar á ninguno por ganar las almas á Dios. Desafió muchas veces á Bucero y Melancton, y los convenció tan claramente, que al fin no supieron qué responder á la fuerza de sus razones, y al espíritu divino que hablaba por su boca; de manera que los mismos herejes se pasmaban de tanta ciencia y santidad. Pero aunque se veían confundidos, no quisieron rendirse, por tener obstinada la voluntad con el amor de la loca libertad, y deleites de la carne: mas ya que por su voluntaria pertinacia no se dejaron doblegar, á lo ménos quedó reprimido en gran parte su atrevimiento.

Aun no estaba confirmada la Compañía de Jesus; pero aprobada ya, y llegado el día de la elección de General, el Padre Fabro desde Alemania dió su voto al

Padre Ignacio, su querido maestro, en el cual todos convinieron sin faltar ninguno. Pero despues de San Ignacio, los que señalaron otro en su lugar, todos fueron de parecer que lo fuese Fabro, porque le reconocian por hermano mayor, y segunda piedra de aquel edificio; lo cual es grande alabanza de este siervo de Dios, pues habiendo entre los nueve compañeros hombres tan insignes como San Francisco Xavier, el Padre Diego Laínez, el Padre Claudio Jayo, y otros varones esclarecidos, fué antepuesto á todos ellos nuestro Fabro.

Hizo en Ratisbona la profesion solemne, habiéndose preparado muchos dias para ella. Derramó en el acto abundancia de lágrimas, y alentóse á trabajar más y más por la gloria del Señor y el cumplimiento de las nuevas obligaciones de apóstol, convirtiendo las gentes, y discurriendo por el mundo, predicando en todas partes á Jesucristo, y volviendo por su honra y gloria. Tal fué la ocupacion del siervo de Dios hasta que se le acabó la vida en empresa tan gloriosa. El fruto que produjo en Alemania con los católicos, y su notorio concepto de santidad, se puede colegir por lo que escribió el Beato Pedro Canisio, hijo muy querido de nuestro Fabro, é imitador suyo, por estas palabras: «Llegué prósperamente á Maguncia, donde hallé por gran dicha mia al varon que buscaba, si acaso es varon, y no más bien ángel del cielo. Nunca he visto hombre más modesto, ni más profundo teólogo, ni quien le iguale en virtud. No tiene otras ánsias, sino cooperar con Cristo á la salvacion de las almas. No le he oido decir palabra que no sea de mucha gloria de Dios, sin molestar á los que le oyen.

Tiene tan grande autoridad, que se han puesto en sus manos para que los instruya muchos religiosos, obispos, doctores, y entre ellos el mismo Cocleo, hombre

bien conocido por sus escritos, el cual dice que no puede dar á Dios bastantes gracias de haber gozado de su direccion. Muchos sacerdotes y otros eclesiásticos han despedido á sus barraganas, ó se han entrado religiosos, ó se han reducido á vida ejemplar. Lo que yo he experimentado en mí apenas lo podré decir, pues con los ejercicios espirituales que me dió, se me ha mudado el corazon, el entendimiento se me ha ilustrado con nuevas luces de la gracia divina, y en todo me siento con nuevo vigor, porque rebosando la abundancia de la beneficencia divina hasta el mismo cuerpo, todo yo me he confortado y trasformado totalmente en otro hombre.» Todo esto es del Beato Canisio.

A pesar del inmenso bien que hacia en Alemania, noticioso San Ignacio de que el doctor Ortiz, su especial amigo, estaba para volver á España, ordenó al Beato Fabro que le acompañase, con encargo de que diera á conocer á la Compañía en estos reinos. Obedeció Fabro con pronta y alegre resignacion. Partiósese de Worms por el mes de julio de 1541, dejando en todas partes rastros de un varon apostólico. Fué el camino muy trabajoso, y llegando á un castillo de Francia le prendieron los franceses con el Doctor; pero Fabro con sus santas y discretas palabras y desengaños se concilió la benevolencia del capitán y los guardas, los ganó para Dios, y los redujo á confesarse y á mejorar de vida.

Luégo que tocó los confines de España, viendo el vasto campo que se le descubria, poseido de una humilde desconfianza, acudió á solicitar el favor de los ángeles defensores y custodios del reino, y de cada provincia y ciudad. Y así lo consiguió, porque llegado á Madrid comenzó desde luégo á difundir los resplandores de su sabiduría y celo abrasado, con que encendia los

corazones de cuantos le oían. Recorrió con el mismo ardor Medinaceli, Sigüenza, Alcalá y otros pueblos del vasto Arzobispado de Toledo. Viéndole tan lleno de Dios, su celo infatigable y santos ejemplos, empezaron muchos á apreciar y desear la Compañía de Jesus, desengañándose de las falsas voces y calumnias que se habian esparcido contra San Ignacio y sus hijos, admirándose de las cosas grandes que, como testigo de vista en Paris, en Roma y en Alemania, contaba de ellos el Doctor Ortiz, así como del resto de Italia, Francia y Portugal.

Hallábase el Padre Fabro estimado y venerado en España de prelados y príncipes, de nobles y plebeyos, porque sin aceptacion de personas se hacia todo á todos. Pero condolido el Sumo Pontífice del deplorable estado de Alemania, le mandó volver á ella, y partió en compañía de D. Juan de Aragon y D. Alvaro Alfonso, capellanes de las Infantas doña María y doña Juana, hijas del Emperador; los cuales, prendados de la santidad de su trato, se hicieron religiosos de la Compañía. Llegado á Barcelona se detuvo algunos dias, predicando con singular elocuencia y admiracion, y con asistencia del Virrey, que á la sazón lo era San Francisco de Borja, quien quedó tan prendado de sus raras cualidades y extraordinario celo, que tratándole á poco con inefable consuelo de su espíritu, le comunicó sus dudas, y al mismo tiempo supo de su boca la traza, frutos y persecuciones de la reciente Compañía.

Prosiguió Fabro su viaje á Alemania, no sin continuas fatigas y peligros, y llegó á Espira con sus nuevos discípulos, muy instruidos ya por él en las cosas del espíritu. En Espira tuvo que usar de mucha cautela, porque el clero comenzó pronto á hacerle resistencia y contradiccion; pero el Padre con su afabilidad y gran vir-

tud le aquietó y ganó finalmente. Aun los herejes, visto el ejemplo de su vida, candor de su ánimo y rectitud de intencion, se le aficionaron poco á poco; y así sin impedimento conversaba con toda clase de gente, instruyéndola en las verdades de la religion, virtud y piedad, con admirables efectos, gastando en esto los dias y las noches incansablemente.

Al famoso Herman, arzobispo de Colonia, que habia bebido el veneno de la herejía, y nadie se atrevia á hablarle del caso, fué el Beato á darle á entender su perdicion, y el gran mal que estaba causando. Luégo pasó á cultivar la parte del pueblo que áun conservaba la verdadera fe, fortaleciéndola contra los asaltos de la herejía, poniendo en obra tan santa toda su industria, cuidados y desvelos, resuelto á morir por ella si fuese menester. Predicaba frecuentemente, con gran eficacia, y en no pocos y diversos lugares.

Muchos profesores y discípulos de aquella Universidad, caidos en los errores luteranos, con sola la luz de la doctrina del Padre Fabro abandonaron las tinieblas, y salieron al dia claro de la verdad católica. Detúvose en Alemania cerca de dos años, y habiendo recibido órden de San Ignacio para que pasase á Portugal, se puso luégo en camino, pero se vió obligado á detenerse en Lovaina por una recia terciana que le tuvo en cama dos meses. Ricos fueron los frutos que, aun estando enfermo, cogió. Entre otros recibió en la Compañía á un sacerdote de raras prendas, y afamado predicador, que se llamaba Cornelio Vishaveo, al cual probó con gran maestría, como si fuera hombre sin letras, en la paciencia y vencimiento de sí mismo, y en la humildad y desprecio del mundo, de cuya palestra salió Cornelio fundadísimo en todo linaje de virtudes.

Fué igualmene provechosa al hermano Estrada la detencion del Beato Fabro, con cuya direccion vino á ser insigne predicador. Aun ántes de acabado el curso de filosofía predicaba ya con aplauso universal, y aprovechamiento de las almas en las principales iglesias de la ciudad, y hacíalo con tanto fervor y espíritu, que parecia arrojar centellas que abrasaban los corazones, mas todo era debido á la enseñanza diaria de su gran maestro, como lo fué nuestro Fabro. Acudian las personas más graves al lecho del enfermo á tratar los negocios de importancia, y oian sus dictámenes como oráculos del cielo. Muchos hicieron los Ejercicios Espirituales, y no fueron pocas las doncellas que abrazaron el estado religioso. En la Compañía recibió allí á nueve, los cinco maestros de artes, y los demas doctores.

Estando ya bueno siguió para Portugal, y el dia 25 de agosto de 1544 llegó á Lisboa. El rey D. Juan el III, celebrada la boda de su hija Doña María con el príncipe de España D. Felipe, hijo del Emperador Cárlos V, deseaba que fuesen á servirla en Castilla dos de los primeros Padres de la Compañía; y este fué el motivo por que San Ignacio habia mandado pasar á Portugal á los Padres Fabro y Araoz. No poco se alegró aquel monarca de su llegada; y como desde luégo experimentase los admirables efectos de su celo apostólico, estuvo casi determinado á detenerlos cerca de sí, y le costó no poca dificultad desprenderse de ellos, y dejarlos ir á Castilla, á donde ya los príncipes habian llegado. Pero venciendo por el bien de estos su propia inclinacion, con su real beneplácito se partieron los dos Padres, y llegaron á Valladolid el dia 18 de marzo de 1545. Desde luégo se vieron favorecidos del príncipe y la princesa, y comenzaron á recoger abundante fruto espiritual, aficionando

al amor á las virtudes á cuantos trataban, y dando á conocer y estimar á su nueva religion.

Ademas de la cabida que el Padre tenia con las personas reales, el arzobispo de Toledo, el nuncio de Su Santidad, muchos títulos de Castilla y obispos, le escogieron por su confesor y padre espiritual. No cabia de caballeros el hospital, donde el humilde Padre se habia hospedado, hasta que de órden del Príncipe se hubo de acomodar en otra casa. Mas ni por atender á las personas de palacio dejaba de acudir á otros ministerios, y tanto él cómo el Padre Araoz predicaban á menudo en iglesias y plazas con numerosos auditorios. Enseñaban tambien á los niños y gente ruda la doctrina cristiana; visitaban cárceles y hospitales, donde pasaban las noches; con cuyos trabajos, siendo tan varios, y ejercitados con tanto fervor de espíritu, comenzó el pueblo, como quien despierta de un pesado sueño, á recibir la nueva luz de la doctrina, y con ella corrió á confesarse y remediar sus almas, y darse á obras de caridad. Aun los caballeros iban á servir en los hospitales, socorrian á los pobres, y los que ántes vivian engolfados en pasatiempos y vanidades, ya trataban muy de véras, de espíritu y oracion. En suma, fué tan copioso el fruto cogido en la corte y otras ciudades de España, que el mismo Beato Fábroy se admiraba y confundia de la liberalidad inefable de Dios en favorecer sus fatigas. Mas no siendo posible que un hombre solo conservase y llevase adelante tanto bien con acudir á tan diferentes ocupaciones, se determinó á recibir en la Compañía algunos sujetos, con los cuales, y otros que recibió despues, dió principio á la fundacion de algunos colegios. Porque donde quiera que pasaba, se le iban agregando ya unos, ya otros, y algunos con modo maravilloso.

Hagamos ahora una breve reseña de sus virtudes. Era muy atenta y continúa su oracion, en la cual fuera del rezo del Oficio divino, empleaba muchas horas; y aun estando enfermo, tenia gran cuidado de su oracion. Cuando no podia dormir á causa de los agudos dolores de cabeza, decia que para alivio de ella deseaba juntarla con la cabeza de Cristo crucificado, y ser punzado y lastimado con las espinas: el asunto ordinario de meditacion era la muerte y pasion del Señor.

Era devotísimo de los santos ángeles, y por medio de ellos le hizo Dios señaladas mercedes. Antes de entrar en alguna poblacion ó distrito se encomendaba al ángel de aquella region, y á los de la guarda, y patronos de cada pueblo. A los santos apóstoles tuvo tambien singular aficion, y tiernísima á la Virgen Nuestra Señora. No acertaba á pedir cosa alguna sino por su medio; rogábala continuamente que le alcanzase de la Santísima Trinidad ser buen hijo del Padre, buen siervo del Hijo, y buen discípulo del Espíritu Santo. No se pueden contar todos los obsequios que hizo á la Madre de Dios, y ménos los favores y regalos con que ella le correspondió. Orando en Gandía delante de una imágen suya que tenia los ojos bajos, los levantó para mirarle; y desde entonces la llaman Nuestra Señora del Milagro, la cual se venera hoy en el convento real de las Descalzas de Madrid; y la misma le habló en otra ocasion. Aparecióse tambien la misma Señora á algunos llamándolos á la Compañía, y trayendo á su lado á Fabro, que aún vivia.

No es fácil encarecer tampoco lo exquisito de su dulzura en la celebracion de la Misa, que decia diariamente. Acostumbraba decir que habia Dios instituido el Sacramento del altar para recoger á los hombres dentro de sí mismo, y levantar sus corazones al cielo; y deseaba

hallarse presente en todas cuantas partes él está sacramentado, y dedicar á su servicio todos los miembros de su cuerpo. Al íntimo trato y union con Dios eran iguales los consuelos y favores. A este propósito solia tambien decir, que los regalos del cielo sirven en gran manera para fortalecer al hombre, y animarle á llevar en paciencia los trabajos y adversidades de esta vida; y que si estos no se sufren con paciencia y gusto, raras veces se alcanza la devocion. Era tambien máxima suya, que no habia cosa más eficaz para merecer los gustos divinos que apartarse de los humanos, y que por estos muchas veces se perdian aquellos. Sintió casi por espacio de un año grandes sequedades y desconsuelos, como muchas veces lo suele Dios permitir en sus mayores amigos. Padeciendo un dia de Semana Santa extraordinaria tristeza, y pidiendo á Nuestro Señor algun alivio, oyó que interiormente le decian: ¿Cómo quieres tú ser quitado de la cruz estando vivo, pues Cristo no lo fué hasta morir? Gusta de no tener consuelo alguno celestial, aunque sea sin culpa tuya: y cuando en esta cruz llegares á estar contento clavado con estos clavos, vendrás á gustar el verdadero consuelo y paz del alma. Con este aviso quedó confortado y alegre para en adelante, como comunmente lo estaba.

En todas sus obras resplandecia una profunda humildad, complaciéndose de que le reprendiesen todas sus faltas con rigor y aspereza para mayor mérito suyo, y en todas las cosas buscaba y hallaba ocasiones de humillacion. Mientras oia confesiones se imaginaba ser como una escoba que barre y limpia las casas de Dios, esto es, las almas, quedando ella sucia y asquerosa. Y de esta consideracion queria se valiesen los Padres de la Compañía, y se aplicasen á sí mismos este nombre de

escoba. Al tiempo de entrar una vez en la capilla del palacio real, le dió con la puerta en los ojos un portero que no le conocia; pero el humilde Padre calló sin decirle quién era, aprovechando aquel sonrojo que el Señor le ofrecia, y se quedó fuera, considerando cuán mal custodio habia sido él de su propia alma con dar entrada á muchas sugerencias diabólicas, y cerrando la puerta al Espíritu Santo y sus amorosas inspiraciones, haciendo esperar á la puerta á Cristo nuestro Bien, y tocar muchas veces sin responderle. Daba tambien entre sí muchas gracias al portero de que le hubiese proporcionado aquel motivo de merecer algo delante de Dios, á quien suplicaba no le cerrase las puertas del cielo, ni le tuviese mucho tiempo en el purgatorio.

Su ardentísimo amor de Dios y del prójimo descolaba en tan eminente grado, como lo acredita el celo encendido de la honra divina, y sus trabajos y obras insignes por este respeto, la afabilidad, amor y mansedumbre de su trato con que en todas ocasiones estaba pronto á servir y complacer á todo el mundo. Ni era ménos acendrada su paciencia, como lo declaran las penalidades inauditas y peregrinaciones incansables en que gastó gran parte del discurso de su vida. Las ciudades principales de Europa que más edificó con su doctrina y virtudes, fueron Paris, Venecia, Vincencia, Roma, Parma, Worms, Ratisbona, Espira, Maguncia, Colonia, Aquisgran, Lieja, Mastric, Lovaina, Lisboa, Evora, Coimbra, Madrid, Valladolid, Zaragoza, Gandía, Barcelona, Sigüenza, Medinaceli, Salamanca, Toledo, Alcalá, Ocaña, y otros muchos pueblos del Arzobispado de Toledo.

Y con todo se quejaba amorosamente á nuestro Señor de que le daba poco que padecer, diciendo que todo

lo que sufría, y aunque fuera mucho más, le pareciera sería muy bien pagado por el remedio de sola un alma. Sentía mucho las calamidades y desgracias ajenas, y pedía á Dios que echase sobre él todos los trabajos que á los demas hubiesen de venir.

Ni le faltó á este gran siervo de Dios la gracia de santidad, de discrecion de espíritus, ciencia y sabiduría, y otras muy singulares; y en la oracion, revelaciones y regalos divinos. Alcanzaba del Señor cuanto deseaba, y sanó á muchos enfermos, sin más que leerles el Evangelio de San Juan.

Todas estas virtudes acompañábalas nuestro Beato con rara prudencia. Su trato y conversacion era siempre de Dios, y tan bien sazonado, que pronto ganaba y rendía á sus oyentes. Se vió esto en especial una vez caminando á Florencia en el rigor del invierno. Se recogió á pasar la noche en una venta, donde tambien entró una cuadrilla de salteadores, que serian hasta diez y seis, los cuales, estando cenando, se propasaron en conversaciones deshonestas, de tan mala manera, que al fin avergonzados de sí mismos, y viendo al Padre con gran silencio á la lumbre, le preguntaron:—¿Y á ti qué te parece de lo que nosotros hablamos?—A lo cual respondió con gravedad y mesura:—Estoy temiendo que baje sobre vosotros algun castigo de Dios, bien merecido por vuestro desenfreno;—y tomando con esto la mano, de tal suerte los compungió, que ántes de levantarse de allí le pidieron confesion de sus pecados, con mucho arrepentimiento de ellos, y enmendaron muy de veras sus vidas. Por el mismo estilo hizo otras muchas y raras conversiones con su acostumbrada blandura, y trato apacible, con que ganaba los corazones más empedernidos.

Fué tambien observantísimo de la disciplina religiosa, amante de la pobreza, puro como un ángel, y virgen toda la vida, con gran esmero en la guarda de los sentidos; y tan obediente, que por obediencia vino á morir; porque al tiempo que en España daba mayores muestras de santidad, llamado del Papa y de San Ignacio para enviarle de teólogo suyo al Concilio de Trento, obedeció con toda presteza, y se dispuso para el viaje, enviando de Madrid á los Hermanos Maximiliano y Manuel Lopez á Alcalá, y nombrando por Rector del nuevo colegio al Hermano Villanueva. Dejó por Superior de todos en España al Padre Araoz; pasó por Gandía, como lo había mandado San Ignacio, para que activase la fundacion del Colegio allí comenzada.

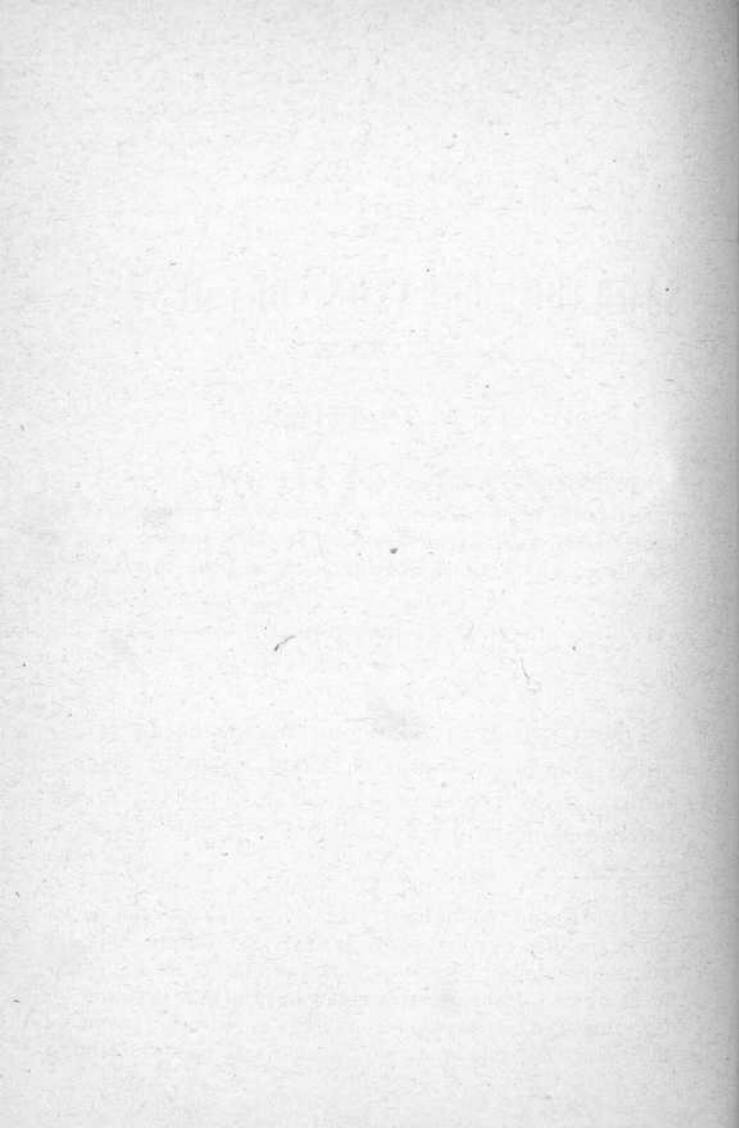
San Francisco de Borja le recibió en Gandía con tan grande consuelo, como había sido el deseo que tenía de volver á verle y comunicarle. Y reconociendo cada uno las esclarecidas virtudes del otro, celebraron ambos el supremo poder de la gracia divina: San Francisco de ver á un pastorcillo adornado de tanta alteza de sabiduría y dones celestiales, y el Beato Fabro de admirar en un Grande de España los quilates y primores de la perfeccion evangélica. De tiempo atras deseaba poner mano á su Colegio de Gandía, y sólo aguardaba la venida del Padre Fabro para dar principio á la fábrica. Rogóle, pues, que pusiese la primera piedra, y el Santo puso la segunda, y otras cada cual de sus hijos: fué su primer Rector el Padre Oviedo. En este ejemplarísimo Colegio fué donde la Compañía empezó á tener escuelas públicas y Universidad, con autoridad apostólica y del Emperador. Bajo la direccion del Beato Fabro hizo el Duque segunda vez los ejercicios espirituales; la primera vez en Barcelona se los dió el Padre Araoz.

Llamaba San Ignacio al Beato con mucha premura, y aunque Borja lo repugnaba no poco, al fin se resignó en el beneplácito divino, y Fabro se partió, y entró en la santa ciudad á 17 de julio, con inexplicables júbilos de toda la Casa profesa, mayormente oyendo las obras maravillosas que en bien de la Iglesia ejecutaba Dios en tantas partes, por medio de los sujetos de la Compañía. Mas á los ocho dias de su llegada le dieron unas tercianas perniciosas, que le trasladaron de esta vida á la eterna á 1.º de agosto, quedando todos con suma aflicción por tan sensible pérdida, siéndo llorada su muerte en todas las regiones de Europa, donde era tan conocida su santidad y obras estupendas. Murió con gran quietud de espíritu, á los cuarenta años de edad, y seis de fundada la Compañía, apresurándose el Señor á llevarle para sí, como se habia apresurado á llenarle y enriquecerle de soberanos dones desde sus tiernos años; aunque la nueva religion perdió aquel dia una columna muy firme de su edificio, y se le cayó de la cabeza una piedra riquísima, Ignacio, si bien considerando su dichosa suerte, no pudo dejar de alegrarse de ella, porque no dudaba que hubiese pasado de las angustias de esta vida al descanso de la eterna; atendiendo, por otra parte á su provecho propio y al de toda la Compañía, tuvo sentimiento extraordinario, viendo quedaba privado del principal de los compañeros engendrado en Jesucristo. Y para que se le mitigase la pena le reveló el Señor que le traeria otro Fabro, y este fué San Francisco de Borja, que poco despues entró en la Compañía. Cuando en España se supo su muerte fué muy sentida, y en algunas partes le hicieron honoríficas honras por la estima que tenían de su santidad.

Despues de muerto se apareció glorioso en Gandía á

una persona de vida ejemplar, y le recomendó mucho la obediencia, diciéndole que él gozaba de gran gloria porque habia muerto por obedecer. En la misma Gandía se hicieron á su muerte fiestas y regocijos, como por Santo del cielo, y muchos con invocar su patrocinio experimentaron singulares favores. Fué grande la fama de santidad del siervo de Dios, no sólo entre la gente popular, sino entre los hombres de señalada virtud. Apénas llegó á saber su muerte San Francisco Javier, empezó á venerarle con particular devocion, invocándole como á Santo. Fué tambien devotísimo suyo San Francisco de Sales, que muy de ordinario leia su vida, y aconsejaba la leyesen las personas deseosas de adelantarse mucho en la senda de la virtud. Le consagró tambien capilla con altar en el pueblo del nacimiento del Beato, la cual por muchos años han estado frecuentando los fieles, y aun los Prelados diocesanos, pero se ha aumentado la devocion desde que el dia 5 de setiembre de 1874 le beatificó solemnemente nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, que felizmente gobierna la Iglesia.

APÉNDICE.



I.

NOVENA

AL

SAGRADO CORAZON DE JESUS ¹.

DIA PRIMERO.

Estando de rodillas delante del Santísimo Sacramento, ó de alguna imagen del Sagrado Corazón de Jesus, se hará con mucha devocion el Acto de Contricion, seguido de la siguiente

ORACION.

¡Oh Corazon divinísimo de mi amado Jesus, en quien toda la Santísima Trinidad depositó tesoros inmensos de celestiales gracias! Concededme un corazon semejante á Vos mismo, y la gracia que os

¹ El tiempo más propio para hacer esta novena serán los nueve dias que hay desde la fiesta del Corpus hasta el viérnes inmediato á su octava, por ser este el dia que señaló el mismo Jesus para celebrar la principal fiesta de su Corazon. Tambien se podrá empezar el último ó penúltimo juéves de cada mes, para acabarla el viérnes primero

pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, vuestro sagrado culto y bien de mi alma. Amen.

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.

¡Oh Corazon santísimo y melífluo de Jesus, que con ferventísimos deseos y ardentísimo amor deseais corregir y perfeccionar la sequedad y tibieza de nuestros corazones! Inflamad y consumid las frialdades é imperfecciones del mio, para que se abra en vuestro amor; dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amantísimo Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro, y bien de mi alma. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías en reverencia de las tres insignias de la Pasión con que se mostró el Divino Corazon á la Beata Margarita María de Alacogue, cuando le dijo que era su voluntad se pintasen sus imágenes, y se expusiesen á la veneración de los fieles. Si alguno desea más brevedad, rezará uno sólo en honor del Sagrado Corazon.

del mes siguiente, dia destinado tambien por el mismo Señor para el culto especial de su amante Corazon.

La presente novena es la misma que publicó el P. Juan de Loyola en su preciosa obra titulada *El Corazon Sagrado de Jesus, descubierto á nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo culto*, y de la cual se hicieron en cuatro años cortos, por lo ménos ocho ediciones.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

¡Oh Padre Eterno! por medio del Corazon de Jesus, mi vida, mi verdad y mi camino, llego á vuestra Majestad: por medio de este adorable Corazon, os adoro por todos los hombres que no os adoran; os amo por todos los que no os aman; os conozco, por todos los que voluntariamente ciegos no quieren conoceros. Por este divinísimo Corazon deseo satisfacer á vuestra Majestad todas las obligaciones que os tienen todos los hombres; os ofrezco todas las almas redimidas con la preciosa Sangre de vuestro divino Hijo; y os pido humildemente la conversion de todas por el mismo suavísimo Corazon. No permitais que sea por más tiempo ignorado de ellas mi amado Jesus: haced que vivan por Jesus, que murió por todas. Presento tambien á vuestra Majestad, sobre este santísimo Corazon, á vuestros siervos (*aquí se pueden nombrar las personas que fueren de la devocion de cada uno*), y os pido los lleneis de su espíritu, para que siendo su protector el mismo deífico Corazon, merezcan estar con Vos eternamente. Amen.

Se hará despues fervorosamente la peticion por medio del Sagrado Corazon de Jesus, y se concluirá con la siguiente

ORACION.

—

¡Oh Corazon divinísimo de Jesus, dignísimo de la adoracion de los hombres y de los Angeles! ¡Oh Corazon inefable y verdaderamente amable, digno de ser adorado con infinitas alabanzas, por ser fuente de todos los bienes, por ser origen de todas las virtudes, por ser el objeto en quien más se agrada toda la Santísima Trinidad, entre todas las criaturas! ¡Oh Corazon dulcísimo de Jesus! yo profundísimamente os adoro con todos los espíritus de mi pobre corazon: yo os alabo, yo os ofrezco las alabanzas todas de los más amantes Serafines de toda vuestra corte celestial, y todas las que os puede dar el Corazon de vuestra Madre Santísima. Amen.

AL CORAZON DE JESUS.

Añá. Improperium expectavit Cor meum, et miseriam, et sustinui, qui simul contristaretur, et non fuit; et qui consolaretur, et non inveni.

Y. Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. (Alleluia.)

R. Et invenietis requiem animabus vestris. (Alleluia.)

OREMUS.

—

Domine Jesu, qui ineffabiles Cordis tui divitias Ecclesiæ Sponsæ tuæ singulari dilectionis benefi-

cio aperire dignatus es; concede propitius, ut gratiis cœlestibus ex hoc dulcissimo fonte manantibus, corda nostra ditari, ac recreari mereantur. Qui vivis et regnas Deus in sæcula sæculorum. Amen.

Despues se puede hacer Conmemoracion del Corazon Purissimo de María.

Añã. Exultet Cor tuum, oh Maria, in Deo salutari tuo: quia fecit illi magna, qui potens est.

Ÿ. Qui me invenerit, inveniet vitam.

℞. Et hauriet salutem à Domino.

OREMUS.

Clementissime Deus, qui ad peccatorum salutem, et miserorum perfugium Cor Immaculatum Mariæ Divino Cordi Filii sui Jesu Christi, charitate, ac misericordia, simillimum esse voluisti; concede, ut qui hujus dulcissimi et amantissimi Cordis memoriam agimus, ejusdem meritis secundum Cor Jesu inveniri mereamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Todo como el primer dia, mudando la segunda oracion.

ORACION.

¡Oh Corazon amabilísimo de Jesus, celestial puerta por donde nos llegamos á Dios, y Dios viene á nosotros! Dignaos de estar patente á nuestros deseos y amorosos suspiros, para que entrando por Vos á vuestro Eterno Padre, recibamos sus celestiales bendiciones y copiosas gracias para amaros. Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingrati- tudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

¡Oh Corazon santísimo de Jesus, camino para la mansion eterna, y fuente de aguas vivas! Concededme que siga vuestras sendas rectísimas para

la perfeccion y para el cielo, y que beba de Vos el agua dulce y saludable de la verdadera virtud y devocion, que apaga la sed de todas las cosas temporales. Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingraticudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

¡Oh Corazon purísimo de Jesus, espejo cristallino en quien resplandece toda la perfeccion! Concededme que yo pueda contemplaros perfectamente, para que aspire á formar mi corazon á vuestra semejanza, en la oracion, en la accion, y en todos mis pensamientos, palabras y obras. Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingraticudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

¡Oh Corazon dulcísimo de Jesus, órgano de la Trinidad venerada, por quien se perfeccionan todas nuestras obras! Yo os ofrezco las mías, aunque tan imperfectas, para que, supliendo Vos mi negligencia, puedan aparecer muy perfectas y agradables ante el divino acatamiento. Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

¡Oh Corazon amplísimo de Jesus, templo sagrado donde me mandais habite con toda mi alma, potencias y sentidos! Gracias os doy por la inexplorable quietud, sosiego y gozo que he hallado en este templo hermoso de la paz, donde descansaré gustoso eternamente. Dadme la gracia de resarcir

las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA SEPTIMO.

ORACION.

¡Oh Corazon clementísimo de Jesus, divino propiciatorio, por el cual ofreció el Eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones, diciendo: «Pídeme por el Corazon de mi amantísimo Hijo Jesus; por este Corazon te oiré, y alcanzarás cuanto me pidas.» Presento sobre Vos á vuestro Eterno Padre todas mis peticiones, para conseguir el fruto que deseo. Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

¡Oh Corazon amantísimo de Jesus, trono ígneo y lucidísimo, inflamado en el amor de los hombres, á quienes deseais abrasados mutuamente en vuestro amor! Yo deseo vivir siempre respirando llamas de amor divino en que me abrase, y con que encienda á todo el mundo, para que os corresponda amante y obsequioso. Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazon! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amen.

DIA NONO.

ORACION.

¡Oh Corazon dolorosísimo de Jesus, que para ablandar nuestra dureza, y hacer más patente el amor con que padecisteis tantos dolores y penas por salvarnos, los quisisteis representar en la cruz, corona de espinas y herida de la lanza, con que os

manifestásteis paciente y amante al mismo tiempo! Dadme la gracia de resarcir las injurias é ingrati-
tudes hechas contra Vos, correspondiendo agrade-
cido á vuestro amor, y la que os pido en esta No-
vena, si es para mayor gloria de Dios, culto vues-
tro y bien de mi alma. Amen.

II.

NOVENA

AL

SAGRADO CORAZON DE MARÍA '.

DIA PRIMERO.

Se empezará la Novena con el siguiente Acto de contricion.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor mio: por ser Vos quien sois, bondad infinita, os amo con todo el afecto de mi corazon, y me pesa de lo íntimo de mi alma de haber pecado; propongo firmemente no volver á ofenderos aunque me cueste la vida.

¹ Esta novena es la que se hacia en el Convento Real de Religiosas de Santa Teresa, Carmelitas Descalzas de Madrid, impresa por I. Sanchez en el año 1827.

El tiempo más propio para hacer esta novena es el inmediato á la fiesta del Purísimo Corazon de María, que se celebra en la dominica despues de la octava de la Asuncion.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.



¡Oh Corazon purísimo de mi cariñosa Madre María, que desde el primer instante de vuestro sér ardisteis en vivas llamas de caridad, creciendo desde aquel punto en amor y deseo de la gloria de Dios, y salud de las almas! Concededme la gracia de imitar ese vuestro modo de amar al Criador con un corazon, si pudiese ser, semejante al vuestro, para que pueda merecer lo que deseo conseguir en esta Novena. Amen.

Luégo se podrán rezar tres Ave Marías en reverencia de las tres purezas con que fué purísimo el Corazon de María.

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.



¡Oh gran Reina y Señora perpetuamente inmaculada! Yo me inclino profundamente en obsequio de vuestro limpísimo Corazon, jamas manchado ni aun por sombra de pecado alguno. Me alegro con vos de esta, como de una prerogativa que tanto estimais entre todas las que sirven de gloria á vuestro purísimo Corazon. Y tal es mi gozo, que querria acoger en el mio cuanto júbilo por esta gracia han experimentado todos vuestros devotos. Pero

un pecador como yo, ¿con qué cara puede comparecer en vuestra presencia? Bien veis vos, Señora, y lo confieso yo, que mis pecados son sin número. Mas ¿podrán acaso superar vuestra misericordia? No lo creo; ántes sí confío que os dignareis purificar mi alma con el hermoso candor de vuestra pureza. Amen.

Este dia se mortificará la vista, rogando por los devotos del Corazon de María, y se meditará el gozo que tuvo en el primer instante de su Concepcion purísima.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

¡Oh Verbo Divino, encarnado en las purísimas entrañas de Nuestra Señora! Por medio del Corazon de vuestra Santísima Madre me llego á vos, para que recibíendome por tal mediacion, tenga yo acceso al trono de la divina misericordia. A este fin os adoro por todos los hombres que no os adoran; os amo por los que no os aman; y deseo satisfacer las obligaciones de todos. Os ofrezco todas las almas redimidas con vuestra sangre; y por el suavísimo Corazon de vuestra purísima Madre, os pido la conversion de todas. No quisiera, Señor, que fueseis por más tiempo ignorado ni ofendido de infieles ni de cristianos; antes sí, haced, que os conozcan todos, y os amen, pues que moriste por todos. Tambien os presento sobre el mismo

Corazon á vuestros siervos (*los que cada uno quisiere*), y os suplico nos concedais un nuevo corazon, y fervor de espíritu. Amen.

Aquí se hace la peticion.

Quisiera, Virgen María,
 Madre mia muy amada,
 Tener el alma abrasada
 En vuestro amor noche y dia.
 ¡Oh dulce Señora mia,
 Quién tuviera tal fervor
 Que aventajara en amor
 A los Serafines todos,
 Amándoos por cuantos modos
 Inventó el más fino amor!

Añá. Exultet Cor tuum, ò Maria, in Deo salutari tuo: quia fecit illi magna, qui potens est.

Y. Qui me invenerit, inveniet vitam.

R. Et hauriet salutem à Domino.

OREMUS.

Clementissime Deus, qui ad peccatorum salutem, et miserorum perfugium, Cor immaculatum Mariæ Divino Cordi Filii sui Jesu Christi, charitate ac misericordia simillimum esse voluisti; concede, ut qui hujus dulcissimi et amantissimi Cordis me-

moriam agimus, ejusdem meritis secundum Cor Jesu inveniri mereamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Todo como en el primero, ménos la oracion propia.

ORACION.

¡Oh Madre dichosísima de Jesus, que de serlo sacais los motivos más fuertes para amar á los pecadores! Me inclino profundamente, y reverencio vuestro amante Corazon, esperando hallar lugar en él, ya que acogeis amorosamente á todos los miserables que á vos acuden. Con haber llegado, Señora, á ser Madre de mi Redentor, os habeis hecho tambien Madre mia; y como á tal os invoco, presentando á mi favor los méritos infinitos de vuestro divino Hijo como á cosa propia. ¿Y habia yo de quedar para siempre pobre y mendigo, teniendo por Madre una tan poderosa Reina? Indigno me confieso de vuestra gracia; mas por eso mismo, en una causa tan desamparada, recurro á vos, abogada llena de misericordia. Hacedlo, Señora, de suerte, que perdonado de mis culpas, ame tanto desde hoy á vuestro

Hijo, cuanto vos sabeis que su Majestad lo desea. Amen.

Este dia se mortificará la lengua, rogando por los que estan en pecado mortal, y meditando el gozo del Sagrado Corazon de María cuando de su purísima sangre, y tan junto á él, fué formado el de su Santísimo Hijo.

DIA TERCERO.

ORACION.

¡Oh Reina de la gracia, que superior á vos no teneis más que á Dios, y mirais debajo de vos á todas las demas criaturas; ¿qué vendré yo á ser en vuestra presencia? Fio no obstante que no me desamparareis si llego con humildad á los piés de vuestra clemencia. Véisme aquí, pues, Señora, aniquilado en obsequio de vuestro purísimo Corazon, abismo sin fondo de perfecciones, que Dios para manifestacion de su bondad y su poder, llenó de una gracia casi infinita. Oh si yo tuviese mil vidas, cómo las daria en honra vuestra! Me complazco, gran Reina, de ser siervo vuestro, aunque tan inútil, y de tributaros el obsequio de estarme postrado y abismado en mi misma nada en presencia de vuestro amabilísimo Corazon. No trocaria yo esta mi dichosa suerte por todas las grandezas imaginables. Mirad-

me, Señora, con esos vuestros ojos de misericordia, á quienes levanto yo los de mi confianza; y pues teneis la llave de los tesoros de Dios, muévase vuestro Corazon á dispensarlos conmigo, para que os sirva en esta vida fielmente hasta rendiros gracias eternas en la otra. Amen.

Este dia se mortificará el gusto, rogando por las almas del Purgatorio, y se meditará el gozo que tuvo el Sagrado Corazon de Maria al tiempo de nacer su Santísimo Hijo.

DIA CUARTO.

ORACION.

¡Oh Emperatriz del Universo, Hija, Madre y Esposa del Altísimo! Vos sois la obra más acabada del brazo de Dios, y vuestro inmaculado Corazon es el más opímo fruto que de sus fatigas ha cogido el Redentor. Os reconozco, Señora, por la que sois, y me postro en tierra para adorar rendido á ese Corazon purísimo, tan lleno de gracias y virtudes. Me gozo, Señora, de vuestra suma felicidad, y bendigo á aquel Señor que quiso glorificaros tan sobre manera. ¿Y no sería yo enemigo declarado de mí mismo, si con estas circunstancias no recurriese á vos en busca de misericordia? Lo hago, Señora,

y para más obligaros os ofrezco todo mi corazon, esperando será presentado por vuestras manos ante el divino acatamiento, donde viva eternamente empleado siempre en las divinas alabanzas. Amen.

Este dia se mortificará el oido, rogando por los cautivos cristianos, y se meditará sobre los afectos del Sagrado Corazon de María en la adoracion de pastores y reyes, persecucion de Herodes, y viaje á Egipto.

DIA QUINTO.

ORACION.

¡Oh Corazon dulcísimo de María, Corazon purísimo, y amabilísimo! Extended vuestra proteccion y manto sobre el mio, tan miserable y rebelde. ¡Oh si yo tuviese un corazon que ardiese como el de un Serafin en amor vuestro, cómo me alegraria, pues tendria que ofreceros cosa que valiese! No le tengo Señora: y así os ofrezco este que poseo, de suyo vil y miserable, cual lo veis, mas al fin redimido por Jesus, y como tal del todo vuestro; y siéndolo, ¿cómo no he de confiar en vuestra clemencia? Con esto confiarán todos cuánto aman á vuestro Hijo Santísimo; pues pidiéndoos misericordia por su amor un corazon tal como el mio, verán que no sabeis

negarla. Yo sé que jamas habeis abandonado á ninguno que haya recurrido á vos; ¿y habia de ser tan desgraciado yo, que fuese el primero que llevase repulsa? No lo ha de sufrir vuestro tiernísimo Corazon; en cuya caridad fundado, empiezo ya á rendiros gracias, confiando continuarlas por todos los siglos. Amen.

Este dia se guardará mayor recogimiento, se rogará por los enemigos, y se tomarán por asunto de la meditacion los afectos del Corazon de María en el trato familiar y continuo que tuvo con su Hijo Santísimo.

DIA SEXTO.

ORACION.

¡Oh Madre del Amor Hermoso! Reconozco á vuestro clementísimo Corazon como reino de la caridad criada; corazon el más amante de Dios, el más amado del Señor, y el mas amable de las criaturas. Así lo confieso para gloria vuestra, y protesto que soy del todo vuestro, entregándome enteramente en vuestras manos. ¡Oh Señora, y lo que me glorío de esa entrega! Si tuviese una voz que se oyese por todo el universo, publicaria por do quiera que soy vuestro! Quisiera con este afecto introducirme

en los corazones de todos los hombres, á fin de poderlos amar con todos ellos. Enseñadme, Señora, á hacerlo, y que prosiga con este amor vuestro por los siglos de los siglos. Amen.

Este dia se visitará algun enfermo, rogando por los bienhechores, y se meditará lo que deseó la Virgen que su Hijo efectuase la redencion de los hombres.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

¡Oh Corazon afligidísimo de María, tantas veces anegado con las penas de tu Hijo! ¿Cómo sentiré yo bastante el haber sido la causa de tus aflicciones? ¿Cómo te puedo considerar atravesado con esa espada de dolor, y no morir arrepentido? ¿Cómo tendré ánimo para llegarme á pedir tu intercesion, cuando reconozco ser yo la causa principal de tus congojas? No me atreviera; á no saber cuán cierta estás de lo mucho que mi Redentor me ama; aquí está, pues, mi corazon rendido en tu presencia, deseando hacerte algun obsequio; y si el mayor ha de ser mi arrepentimiento, haz, Madre mia, que lo que sobra de esa espada pase á penetrar el mio; queden los dos heridos con un mismo acero; los

dos penando con una misma pena. ¡Oh, si así muriese mi corazon, segura tendria la felidad eterna! Amen.

Este dia se visitará alguna Capilla de Nuestra Señora, rogando por los prelados y príncipes cristianos, y se meditarán las penas de María en la noche de la Pasion de su Santísimo Hijo.

DIA OCTAVO.

ORACION.

¡Oh Corazon tiernísimo de María, tan deseoso de mi salvacion eterna! ¿Qué deberé hacer yo para mostrarme agradecido á tanta clemencia? Humillarme rendido á vuestros piés, me parece poco; amaros con este mi corazon tan pequeño, no me satisface; ofreceros los afectos con que os han amado y servido vuestros devotos, es corto obsequio: y así apelo á aquella veneracion que en esta vida os tributó vuestro divino Hijo, y á la honra con que actualmente os exalta y engrandece en el cielo. Esta os ofrezco, y por mi parte quisiera tener un corazon que valiese por todos los corazones; una lengua que valiese por todas las lenguas; y una voz que oyéndose por todo el mundo, publicase por

todo él vuestras grandezas. Si yo poseyese cuantas riquezas hay en la tierra, las emplearia todas en erigir templos, celebraros fiestas, y dar limosnas abundantes en honra de vuestro Corazon amabilísimo. Quisiera poder hacer tributarios vuestros á todos los reyes de la tierra. Y hasta al infierno mismo quisiera bajar, si pudiese, á tapar las bocas de los condenados, para que ninguno blasfemase vuestro Santo Nombre. Quisiera convertir en Serafines á todas las criaturas, para que todas se empleasen en alabanza vuestra. Amen.

Este dia se rezará una Ave María todas las veces que da el reloj, rogando por los Predicadores, y se meditará sobre las angustias de este Sagrado Corazon al pie de la Cruz.

DIA NOVENO.

ORACION.

¡Oh piadosísimo Corazon de María, Madre universal, y refugio de los pecadores! Veis aquí, Señora, que se os ofrece muy oportuna ocasion de satisfacer vuestros deseos: tomad posesion de mi corazon, purificadle, y unidle tan íntimamente con el vuestro, que sean los dos uno mismo; de modo que ni el vuestro permita al mio que ame más que á

vuestro Hijo, ni el mio acierte á querer más que lo que quiera el vuestro; ¿y qué otra cosa puedo yo hacer cuando considero que sois Madre de mi Redentor, su discípula, su compañera fiel, y la copia más viva de su Corazon deífico? En vuestro Corazon supiste ofrecer reunido un paraíso de virtudes, tan delicioso para el Divino Verbo, que le atrajo desde el seno del Eterno Padre, haciéndole bajar á tomar nuestra mortal naturaleza. Convertid, Señora, este mio, de desierto estéril que es, en un paraíso ameno de virtudes, donde tenga tambien sus delicias el humanado Verbo. A este fin aborrezco de modo mis iniquidades, que las quisiera deshacer, como si no hubiesen sido, aunque me costase el ser yo aniquilado. Impéleme á esto el amor que en esta Novena he cobrado á vuestro purísimo Corazon, el cual quisiera que fuese millones de veces honrado en esta vida, servido y obsequiado de un sinnúmero de devotos, y alabado de semejante multitud de escogidos en el Cielo. Amen.

Este dia se dará alguna limosna, rogando por los que guardan castidad, y se meditará en la gloria que tiene el Corazon de Nuestra Señora en el Cielo al ver tan glorioso á su Unigénito Hijo.

III.

NOVENA
A LA
CONCEPCION PURÍSIMA
DE LA
SOBERANA REINA DE LOS ANGELES,
PATRONA DE LAS ESPAÑAS ¹.

DIA PRIMERO.

Hecha la señal de la cruz, se dirá el siguiente Acto de contrición:

Altísimo Señor mio, Dios eterno, Trino en personas, y Uno en esencia; por ser Vos quien sois, Autor de la gracia y de la naturaleza, y porque os amo y estimo sobre todas las cosas, y porque la ofensa es contra vuestra infinita sabiduría, inmen-

¹ Esta novena es la que se hace anualmente en la parroquia de S. Pedro de Madrid, y la que se publicó á expensas de la Real congregacion de la Inmaculada, establecida en dicha iglesia. (Madrid, imprenta de Aguado, 1863.)

sa bondad y ley santa, me pesa de lo íntimo de mi corazón, y quisiera que de dolor de haberos ofendido se me arrancara. Pésame de lo que os he ofendido por pensamiento, palabra y obra; de cada pecado en particular, mortal ó venial, de todos me pesa, y propongo firmísimamente la enmienda; y en este acto de amor, de dolor de haberos ofendido, de aborrecimiento del pecado, de sus causas y ocasiones de cometerle, quiero estar siempre, y no mudarle: aborrezco al demonio y sus sugestiones; á la soberbia, avaricia, lujuria, gula, envidia, ira y pereza; aborrezco todas las raíces, efectos y operaciones del pecado; de todo me pesa y me aparto; y espero en Vos me perdonareis por los méritos de vuestro unigénito Hijo, Jesucristo Señor nuestro. Amen.

ORACION.

Purísima Virgen María, fragante y blanquísimo jazmin, cuyo limpísimo candor nunca le empañó mancha alguna, ni aun la de la culpa original; por esta prerogativa tan singular en ti, que ninguna otra pura criatura la ha logrado, te suplico humildemente me alcances del Rey Divino que yo, para imitar tu purísimo candor, conciba y mantenga siempre en mi alma un perfecto odio y sumo aborrecimiento á la culpa; y que me concedas el favor que en esta Novena te pido, si hubiere de ser

para gloria de Dios, obsequio tuyo, y provecho espiritual de mi alma. Amen.

En todos los dias de la Novena se rezarán tres Ave Marías y un Gloria Patri.

Aquí, haciendo alguna pausa, con mucha confianza y fervor se hará la petición.

ORACION.

Santísima é Inmaculada Señora; por haberte preservado el Altísimo de toda mancha de pecado, para que fueses digna Madre de su Unigénito Hijo, que de tus virginales entrañas tomó carne humana y se hizo Hombre, suplicote, ¡oh Purísima y benig-nísima Patrona de España en este misterio de tu Concepcion! que me alcances de tu amantísimo Hijo, perdon cumplido de todos mis pecados, que sea escrito en el número de los predestinados, y en esta vida alcance la gracia final, con que merezca la gloria que esperamos, Señora, por tu intercesion, y por el mismo Señor, que vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Se concluye con el elogio Toda eres hermosa, y la oracion final para todos los dias.

DIA SEGUNDO.

ORACION.

Purísima Virgen María, flor milagrosa de la vara de Jesé, que desde la raiz de tu admirable Concepcion brotaste con la bellísima hermosura de la gracia tan abundante y copiosa, que por ella bajó á descansar en ti, y á tomarte desde entónces por su más amada Esposa el Espíritu Divino; por esta incomparable dicha te suplico humildemente, consiga del mismo Soberano Espíritu que infunda y conserve siempre en mi alma la gracia divina, para que ennoblecida y hermoseaada con tan celestial adorno, la tome tambien por su Esposa, y la dote de todos sus nobilísimos dones. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Purísima Virgen María, azucena peregrina, que aun siendo concebida y naciendo entre las espinas de tan innumerables pecadores, gozaste siempre

entero el candor de la original pureza, y el lustre de una admirable constancia en el ejercicio de las virtudes: por estas dos tan excelentes perfecciones te suplico humildemente, me alcances de la Majestad Divina, que entre las espinas de cualesquiera malos ejemplos, persecuciones, trabajos ó enfermedades, mantenga yo siempre en mi alma el candor de una conciencia pura, y el lustre de una constante virtud. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Purísima Virgen María, mística rosa, que para florecer y lucir siempre con duplicada hermosura en el jardin de la Iglesia y paraíso de la gloria, fuiste á un tiempo blanca por tu original justicia, y purpúrea por tu ardentísima caridad: por la de Dios y los hombres, que tanto floreció siempre en ti desde el instante primero de tu Concepcion Purísima, te suplico humildemente que, como Reina de todas las flores, me alcances del Rey de los reyes que me justifique por la gracia, para que siempre florezca y reine en mi alma aquella reina de todas las virtudes. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Purísima Virgen María, clavel hermosísimamente matizado desde tu feliz y milagrosa Concepcion, de color blanco y encarnado, de la más firme pureza virginal, y de una perpétua y maravillosa modestia, por prenuncios felicísimos de que para ser como tú le pintabas, cándido y rubicundo, se habia de ver en ti encarnado el Divino Verbo, que es el candor de la eterna luz: por el realce que dieron matices tan hermosos á tu celestial belleza te suplico humildemente, que pues tú sabes muy bien que la virtud de la modestia es importantísima para conservar entera la pureza del alma y cuerpo, me alcances de tu precioso Hijo que yo la observe y guarde siempre con perfeccion. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Purísima Virgen María, admirable girasol, que desde que fuiste concebida miraste y seguiste siempre con tan inviolable constancia al Sol Divino, aun

cuando estuvo nublado y oscurecido en su Pasion sagrada, que jamas apartaste de él tu interior vista y amor: por esta nobilísima excelencia te suplico humildemente, me alcances del mismo Divino Sol, que yo le mire y le siga siempre, teniéndole continuamente presente, y cumpliendo en todo su santísima voluntad. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Purísima Virgen María, nardo en quien siempre se halló el candor de una perpétua inocencia unido con la fragancia de una profundísima humildad, fragancia tan penetrante y activa, que exhalándose de ti en la tierra desde tu dichosa Concepcion, subió hasta lo más alto del cielo, y atrajo al Rey de la gloria á encarnarse en tu purísimo vientre, para ser fruto de tan admirable flor: por este glorioso triunfo, que te hizo en los ojos humanos, angélicos y divinos la criatura más feliz, te suplico humildemente me alcances de tu precioso Hijo el humildísimo Jesus, que para que yo florezca siempre, á imitacion tuya, como el nardo, logre con el candor de una vida inocente la fragancia de la verdadera humildad. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Purísima Virgen María, blanco y morado lirio, blanco por la pureza de la fe, que mantuviste siempre vivísima desde que empezaste á existir, y morado por los agudos dolores que como espada de dos filos traspasaron tu inmaculada alma en la Pasión y Muerte de tu amantísimo Hijo, que para que los pudieses tolerar sin desfallecer, te adornó desde tu Concepción limpísima de una invencible fortaleza; por estas singulares y tan realzadas perfecciones, te suplico humildemente me alcances de tu precioso Hijo, que yo tenga y conserve siempre una pura y viva fe de todos sus misterios y los tuyos, para que sus tormentos y tus dolores estén presentes siempre con viveza en mi memoria, los medite frecuentemente con atención mi entendimiento, y los sienta con el más intenso, tierno y compasivo afecto mi voluntad. Amen.

DIA NONO.

ORACION.

Purísima Virgen María, huerto en quien el mismo Rey de la gloria, como jardinero divino, plantó con su mano las nobles y hermosas flores de las más excelentes virtudes, y para que nunca tuviese entrada en él la serpiente infernal, le dispuso cerrado á toda culpa grave y leve, original y actual; por la incomparable gloria que en ti resulta de haber logrado en todos los instantes de tu perfectísima vida, conservar en tu alma la divina gracia, te suplico humildemente, que habiendo yo carecido por mi culpa de aquel celestial adorno tantas veces, me alcances con tu poderosa intercesion que jamás me falte en adelante aquella, y ménos en el último momento, para que así consigas el gusto, y yo la suma felicidad de que en mi muerte se logre el fruto de la preciosa Sangre de tu amantísimo Hijo, y que este con el Padre y el Espíritu Santo viva y reine siempre en mí por la gracia, y yo, acompañando tus dulcísimas voces, lo alabe eternamente en la gloria. Amen.

Este dia nono de la Novena, despues de rezada la Oracion diaria que principia Santísima é Inmaculada Señora, etc., se rezará inmediatamente la siguiente

ORACION.

—

Purísima Virgen María, Hija muy amada de Dios Padre, Inmaculada Madre de Dios Hijo, escogida Esposa de Dios Espíritu Santo, Templo vivo de la Santísima Trinidad, Reina Serenísima de los Angeles, gloria de Jerusalem, alegría de Israel, dulce consuelo, y refugio seguro de los afligidos pecadores; humildemente me postro á tus piés con el corazon penetrado de amargo sentimiento, y cubierto de confusion y vergüenza por la infame esclavitud en que mis culpas propias han detenido hasta ahora aprisionada mi alma preciosísima, bajo el yugo cruel de mis mortales enemigos, en justa pena de haberme olvidado ingratamente del cumplimiento de las suaves obligaciones con que me ofrecí á ti como á mi especial Madre y Señora: pero ya reconozco por una desdichada experiencia la vanidad del mundo, los engaños del demonio, y los venenosos halagos de la carne; desde ahora renuncio con todo mi corazon á tan aborrecibles tiranos, y me aparto enteramente de su infeliz servidumbre, para acogerme á tu tierno patrocinio: mira, Señora, la pobreza de mi espíritu, despojado de la hermosa y rica vestidura de la gracia, y de las preciosas joyas de las virtudes, y á punto de desfallecer. Tú eres, benignísima Señora, la que estás intercediendo con tu amorosísimo Hijo Jesus

por esta miserable criatura, para que no perezca eternamente; así lo conozco. Ea, pues, Virgen piadosísima, vuelve hácia mí esos tus ojos misericordiosos, y aunque no merezco comparecer en tu presencia con la confianza de un buen hijo, me alientan vivamente las continuas piedades con que nos muestras ser Madre, pero yo tendré por muy grande gloria y dicha mia el ser tu fiel siervo y esclavo; así lo deseo entrañablemente, ¡oh María! á honra y gloria del inefable Misterio de tu Inmaculada Concepcion. Yo te suplico humildemente, clementísima Madre mia, aceptes esta ofrenda de alabanza, y que compadecida de mi fragilidad, me alcances la gracia que necesito para no recaer jamas en la abominable esclavitud de la culpa, y para servirte y agradarte como fiel esclavo de tu privilegiada pureza, con la reforma de una vida toda pura y santa, que merezca por tu intercesion, y por los méritos infinitos de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, el don de la perseverancia final, para gozar eternamente de tu amable presencia en el cielo, donde vive y reina tu preciosísimo Hijo con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

Se concluirá con la siguiente antífona y oracion.

Toda eres hermosa, María:
Sin mancha alguna de culpa.
Tú eres la gloria de Jerusalem;

Tú la alegría de Israel;
 Tú la honra de nuestro pueblo;
 Tú Abogada de los pecadores.
 ¡Oh María!
 Virgen prudentísima;
 Madre clementísima;
 Ruega por nosotros.

†. Tu inmaculada Concepcion, ó Santa Virgen
 Madre de Dios.

℟. Fué anuncio de gozo para el universo mundo.

ORACION.

Oh Dios, que por medio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen preparaste una morada digna para tu Hijo; te suplicamos, que así como por la muerte prevista de este Hijo la preservaste de toda mancha, nos concedas que purificados por su intercesion, merezcamos entrar en tu gloria. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo. Amen.

Tota pulchra es, Maria,
 Et macula originalis non est in te.
 Tu gloria Jerusalem,
 Tu lætitia Israel,
 Tu honorificentia populi nostri,
 Tu advocata peccatorum,
 O Maria!
 Virgo prudentissima,

Mater clementissima,

Ora pro nobis.

Ÿ. Immaculata Conceptio tua, Dei Genitrix
Virgo.

℞. Gaudium annuntiavit universo mundo.

OREMUS.

Deus, qui per Immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum præparasti; quæsumus, ut qui ex morte ejusdem Filii sui prævissa, eam ab omni labe præservasti, nos quoque mundos ejus intercessionem ad te pervenire concedas. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

IV.

NOVENA

Á

SAN IGNACIO DE LOYOLA,

PATRIARCA Y FUNDADOR

DE LA COMPAÑIA DE JESUS¹.

DIA PRIMERO.

ORACION.

Gloriosísimo Padre y Patriarca SAN IGNACIO, fundador de la Compañía de JESUS, y padre mio amantísimo; si es para mayor gloria de Dios, honor vuestro y provecho de mi alma que yo consiga la gracia que os pido en esta Novena, alcanzadla

¹ Esta novena es la que suelen hacer los Padres de la Compañía de Jesus. Son muchas las ediciones que de ella existen; para la presente reimpression ha servido la impresa en Madrid en el año de 1840.

del Señor; y si no, ordenad mi peticion con todos mis pensamientos, palabras y obras á lo que fué siempre el blason de vuestras heróicas empresas:
A mayor gloria de Dios.

Despues se dirá la oracion de cada dia.

ORACION PARA HOY.

Jesus mio dulcísimo, que nos revelásteis los misterios sagrados de vuestra fe, y por vuestra predicacion deseásteis plantarla en los corazones humanos, como raiz de todas las buenas obras, y de la eterna salvacion; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente los de su iluminada fe, con la cual creeria cuantos misterios están escritos en las santas Escrituras, aunque se perdiesen todos los libros sagrados; y de la cual animado, la defendió contra los herejes, la dilató entre los gentiles, y la avivó entre los católicos. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, me deis una fe vivísima de vuestros divinos misterios, que me ilustre para creerlos y estimarlos, como verdadero hijo de la santa Iglesia, con fervorosas obras de perfecto cristiano, y me concedais la gracia que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, honor del Santo y bien de mi alma. Amen.

Ahora se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías á

la Santísima Trinidad, en obsequio de la devocion que nuestro Padre san Ignacio tuvo á este inefable é incomprensible misterio.

Despues se dirá la siguiente

ORACION.

Santísimo Padre y Patriarca S. Ignacio, á quien Jesus escogió para capitan de su sagrada Compañía, y adornó con todas las virtudes que pedía este supremo cargo: ángel en la pureza de cuerpo y mente; arcángel encargado de tantos negocios de la mayor gloria de Dios y bien de las almas; principado excelentísimo en la direccion de tantos millares de espíritus felices; potestad poderosísima para echar á los demonios de los cuerpos y de las almas; virtud prodigiosa en tantos y tan estupendos milagros; dominacion suprema de la Compañía, que formó tan dignos ministros evangélicos, y ahora continúa en formarlos desde el cielo; trono elevadísimo, en quien descansó la mayor gloria de Dios, corriendo en vuestra fogosa alma por todas las cuatro partes del mundo; sapientísimo querubin, cuya mente, ilustrada por el Espíritu Santo, dictó sabiduría celestial á su pluma; serafín fogosísimo, que aspiró en su vida y aspira continuamente desde el cielo á encender todo el mundo en llamas del divino amor; abreviado paraíso de todas las virtudes y gracias, que á compe-

tencia formaron la heroicidad nunca bastantemente alabada de vuestra grande alma. Yo, Padre mio amantísimo, me gozo de veros tan superior á cuantos elogios puede daros mi balbuciente lengua, y concebir mi tardo entendimiento, aunque inspirado de una voluntad ansiosa de amaros, y de que os amen todos los hombres. Confiado en vuestras piedades, imploro vuestra benignísima caridad, para que me alcanceis que viva yo una vida verdaderamente cristiana, conforme á las obligaciones de mi estado, observando perfectamente la ley santa de Dios, y los consejos evangélicos que me pertenecen; y que no buscando en todas mis acciones otra cosa que la mayor gloria de Dios, consiga una muerte dichosa en los brazos de JESUS, en el amparo de MARÍA Santísima, y en vuestra presencia. Espero, Padre mio dulcísimo y suavísimo, me concedais estas gracias tan importantes para mi eterna salvacion, y el favor que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, honor vuestro y provecho de mi alma. Amen.

Aquí se hará la peticion al Santo, alentando la confianza de conseguir la gracia que se desea por los merecimientos de tan poderoso intercesor; y despues se dirá esta oracion familiar á nuestro santo Padre.

ORACION.

¡Oh Dios infinitamente liberal y misericordioso!
Pues he recibido de vuestra Majestad todos los do-

nes naturales y sobrenaturales que tengo, deseoso de ser en alguna manera agradecido á vuestras misericordias, os vuelvo cuanto me habeis dado con esta oferta familiar en el corazon y en los labios de mi glorioso Padre S. Ignacio: «Recibid, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad. Cuanto tengo ó poseo, de vuestra Divina Majestad lo he recibido; todo lo vuelvo á mi Dios, y lo consagro á vuestra divina voluntad, para que me dirija y gobierne en todas las cosas. Dadme, Señor, vuestro divino amor continuo con vuestra divina gracia, y con eso solo soy bastante rico, ni pido otra cosa alguna.»

DIA SEGUNDO.

Señor mio Jesucristo, etc.; Gloriosísimo Padre y Patriarca S. Ignacio, etc., *como el primer dia, y de la misma manera en todos.*

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que prometísteis á vuestros siervos tendrian en vuestra esperanza todos los tesoros del mundo, y nada les faltaria de cuanto esperasen confiados en vuestra liberalidad tan amorosa como infinita; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente

aquella firmísima esperanza que le sirvió de tesoro inagotable en su pobreza, de áncora segura en las tormentas de tantas persecuciones, y de una gloria anticipada entre los riesgos de esta miserable vida. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, me concedais una esperanza segura de salvarme, afianzada en las buenas obras hechas con vuestra gracia, y revestidas de vuestros méritos y promesas; y tambien de conseguir los bienes de esta vida conducentes á mi eterna salvacion, y proporcionados á mi estado, y la gracia que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, honor del Santo y provecho de mi alma. Amen.

Lo demás como el primer dia, y de la misma manera en todos.

DIA TERCERO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que tanto deseásteis el amor de vuestras criaturas, que nos intimásteis como máximo y principal precepto amar á nuestro Señor Dios con todo el corazon, con toda el alma y con todas las fuerzas; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente aquel inflamadísimo amor con el cual, abrasado en

un serafin humano, respiraba sólo llamas de amor divino, refiriendo todas sus obras, palabras y pensamientos á la mayor gloria de Dios, y deseando por premio de su amor más y más amor, y posponiendo la certeza de su eterna felicidad á la gloria de servir á Dios. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, me concedais una centella de este fuego sagrado de mi seráfico Padre S. Ignacio, y la gracia que os pido en esta Novena á mayor gloria de Dios, honor del Santo y provecho de mi alma. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que nos encomendásteis la caridad y amor á los prójimos como el distintivo y señal de vuestra escuela, diciendo que en esto se habian de conocer vuestros discípulos; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente aquella ardentísima caridad con que deseaba encender en el fuego del divino amor á todos los hombres del mundo, y con que hizo y padeció tanto por su eterna salvacion, y por asistirlos en todos sus trabajos. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, me concedais una caridad inflamada, con la cual, á imitacion de mi Padre

S. Ignacio, trabaje continuamente en el bien y salvacion de mis prójimos, con mis palabras y ejemplos, y con cuanto necesitaren de mi caritativa asistencia; y la gracia que os pido en esta Novena, á mayor gloria de Dios, honor del Santo, y bien de mi alma. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que nos encomendásteis la paciencia en los trabajos de esta vida, como la senda de la perfeccion, y el camino real de la gloria; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente los de aquella paciencia invicta con que sufrió desprecios, calumnias, cárceles y cadenas, con un espíritu tan constante y alegre en los trabajos, que decia no tener el mundo tantos grillos y cadenas como deseaba padecer por Jesus. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, fortalezcáis la fragilidad de mi espíritu, para que con invencible paciencia resista á los trabajos, penas y angustias de esta miserable vida, pobreza, dolores y afrentas, fabricando de ellas escala para subir á la gloria, y la gracia que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, honor del Santo y bien de mi alma. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que con el ejemplo y las palabras nos enseñasteis el continuo ejercicio de la oracion, y á vivir con el cuerpo en la tierra y en el cielo con el espíritu; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente los de aquella continua y perfectísima oracion con que vivió entre los ángeles mientras moraba entre los hombres, para conducirlos con sus trabajos y fatigas á la patria bienaventurada. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, que me concedais el don de la oracion perfecta en aquel grado que me conviene para mi salvacion, y para llevar á otros muchos á la gloria; y la gracia que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, honor del Santo y bien de mi alma. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que con las austeridades de vuestra sacratísima vida, pasion y muerte procurásteis inspirarnos una vida austera, rígida, pe-

nitente y mortificada; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente los de su espantosa penitencia, con la cual convirtió la gruta de Manresa en un abreviado mapa de los rigores de Egipto, Tebaida y Nitria, y venció todas sus pasiones, hasta reducirlas á ser instrumentos de la divina gracia. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, que me concedais una mortificación interior y exterior tan perfecta, que sujete todas mis pasiones y apetitos á la gracia, y con austeridades y penitencias de la carne, mi cuerpo obedezca á las leyes de una castidad angélica; y la gracia que os pido en esta Novena á mayor gloria de Dios, honor del Santo y bien de mi alma. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que desde el instante de vuestra Encarnacion en el seno purísimo de vuestra Madre Virgen, obedecísteis hasta morir obediente en la cruz; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente los de su heroica obediencia, con que obedeció á todos sus superiores, especialmente al Sumo Pontífice de Roma, Vicario de Cristo en la tierra, consagrando

toda su Religion, la Compañía de Jesus, con particular voto á la obediencia de la Santa Sede. Suplicoos, Padre amantísimo de mi alma, me concedais una perfectísima obediencia á todos mis superiores, continuada todos los instantes de mi vida, y perfecta en los tres grados de obedecer en cuanto á la ejecucion, en cuanto á la voluntad y en cuanto al entendimiento; y la gracia que os pido en esta Novena á mayor gloria de Dios, honor del Santo, y bien de mi alma. Amen.

DIA NOVENO.

ORACION.

JESUS mio dulcísimo, que al morir nos mostrásteis el amor y deseo ardiente que teniais de que los hombres todos amasen, reverenciasen y sirviesen á vuestra Santísima Madre, encomendándola al discípulo amado; ofrézcoos los merecimientos de mi glorioso Padre S. Ignacio, y singularmente los que atesoró con la cordialísima devocion que profesaba á María Santísima, á quien escogió por Madre desde su conversion, y despues esta Señora hizo oficios de Madre amorosa en todas las empresas que para mayor gloria vuestra emprendió el Santo, ilumi-

nándole para que escribiese el libro admirable de los Ejercicios, y el de las Constituciones y Reglas de la Compañía. Suplícoos, Padre amantísimo de mi alma, que me concedais una sólida y cordial devocion para con María Santísima, vuestra Madre, aquella que es señal cierta de predestinados; que yo sirva á esta Señora con los obsequios del más fiel y obediente hijo; y la gracia que os pido en esta Novena á mayor gloria de Dios, honor del Santo y provecho de mi alma. Amen.

Añã. Similabo eum viro sapienti, qui ædificavit domum suam supra petram.

✠. Amavit eum Dominus et ornavit eum.

℟. Stulam gloriæ induit eum.

ORATIO.

Deus, qui ad majorem tui nominis gloriam propagandam, novo per Beatum Ignatium subsidio militantem Ecclesiam roborasti; concede, ut ejus auxilio et imitatione certantes in terris, coronari cum ipso mereamur in cœlis. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

V.

NOVENA

Á

SAN FRANCISCO JAVIER,

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS,

APOSTOL DE LAS INDIAS.



DIA PRIMERO.



Hincado de rodillas delante de algun altar ó imágen de San Francisco Javier, se levantará el corazon á Dios, que está presente, y haciéndole una profunda reverencia de espíritu, y ofreciendo todas las acciones, palabras y pensamientos á mayor gloria suya, honra de la Virgen María, y reverencia de San Francisco Javier y de todos los ángeles y santos del cielo, se hará la señal de la Cruz, y se dirá de corazon: Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, etc., y despues

ORACION.



Glorioso S. Francisco Javier, apóstol de las Indias; si es para gloria de Dios y honra vuestra, que

¹ Compuso esta novena el P. Francisco García, de la

yo consiga lo que deseo y pido en esta Novena, alcanzadme esta gracia del Señor; y si no, enderezad mi peticion, y pedid para mí á Dios aquello que más me conviene para gloria suya y provecho de mi alma.

Dios y Señor de los ángeles, á los cuales encomendais la guarda de los hombres; ofrézcoos los merecimientos de estos soberanos espíritus, y los de vuestro siervo S. Francisco Javier, llamado ángel por su pureza, y porque guardaba á los hombres de muchos peligros de alma y cuerpo: suplicoos que me concedais aquella pureza angélica de alma y cuerpo que concedísteis á vuestro santo apóstol, y la gracia que pido en esta Novena, á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y se dirá á San Francisco Javier la siguiente

ORACION.

Santísimo Padre Francisco Javier, que de la boca de los niños inocentes sacais vuestras alaban-

Compañía de Jesus, y la imprimió al fin de otra obra, igualmente suya, titulada: *Vida y milagros de S. Francisco Xavier* (Madrid, 1685). Aunque suele hacerse dicha novena en los nueve dias que inmediatamente preceden ó siguen al 3 de Diciembre, en que se celebra la fiesta del Santo, tambien se acostumbra empezarla el 3 ó 4 de Marzo, como prepara-

zas; por la preciosísima sangre de Jesus, y por la Inmaculada Concepcion de María Santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, imploro humildemente vuestra benignísima caridad, para que me alcanceis de la bondad infinita de Dios, que cuando llegare la hora de mi muerte se recoja y aparte mi corazon de todas las distracciones y diversos pensamientos del mundo á un ardentísimo amor suyo y deseo de la eternidad, para que dejadas las muchas cosas que hasta ahora me han perturbado, diligentísimamente busque, y perfectamente consiga aquel uno necesario, que es morir y descansar en paz en el amparo de María Santísima, en las llagas de Jesus, su benditísimo Hijo, en el ósculo suavísimo de mi Dios y Señor, y en vuestra presencia, por cuya intercesion espero alcanzar esta gracia. Pero miéntras la eterna disposicion de la divina Providencia me quisiere conservar la vida, ruégoos, Protector mio amantísimo, y suavísimo Padre mio, que me alcanceis de la divina Majestad, que yo viva como quien ha de morir, y como quisiera haber vivido en la hora de mi muerte, imitando vuestras virtudes, y cumpliendo perfectamente su

cion al aniversario de su canonizacion, que tuvo lugar el día 12 de Marzo de 1622. A la que se hace en esta época del año, se la llama *Novena del Milagro*, ya como recuerdo del que obró en favor del V. P. Marcelo Mastrilli, ya por la promesa que á este V. P. hizo el Santo de que alcanzarían favor los que por su intercesion lo pidiesen.

santísima voluntad, para que la muerte temporal sea puerta de la vida eterna. Y tambien os suplico me alcanceis lo que pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, y bien de mi alma. Amen.

Despues, alentando cuanto se pudiere la confianza, con las palabras que dictare el propio afecto, ó con los afectos que dictare la propia devocion, se pedirá á S. Francisco Javier el favor particular que se desea alcanzar.

Luégo, para obligar más al santo apóstol, se dirá á imitacion suya la oracion que el mismo Santo compuso, y decia todos los dias por la conversion de los infieles, y es la que sigue.

Eterno Dios, Criador de todas las cosas; acordaos que vos solo criásteis las almas de los infieles, haciéndolas á vuestra imágen y semejanza. Mirad, Señor, cómo se llenan de ellas los infiernos. Acordaos, Señor, de vuestro Hijo Jesucristo, que deramando tan liberalmente su sangre padeció por ellos. No permitais, Señor, que sea vuestro mismo Hijo y Señor nuestro por más tiempo menospreciado de los infieles, ántes, aplacado con los ruegos y oraciones de vuestros escogidos los Santos, y de la Iglesia, esposa benditísima de vuestro mismo Hijo, acordaos de vuestra misericordia, y olvidado de su idolatría é infidelidad, haced que ellos conozcan tambien al que enviásteis, Jesucristo Hijo vuestro, nuestro Señor, que es salud, vida y resurreccion nuestra, por el cual somos libres y nos salvamos, á quien sea gloria por infinitos siglos de los siglos. Amen.

Acábase con la conmemoracion del Santo.

Añā. Hic vir, despiciens mundum, et terrena triumphans, divitias cœlo condidit ore, manu.

‡. Justum deduxit Dominus per vias rectas.

℣. Et ostendit illi regnum Dei.

ORATIO.

Deus, qui Indiarum gentes, Beati Francisci prædicatione et miraculis Ecclesiæ tuæ aggregare voluisti; concede propitius, ut cujus gloriosa merita veneramur, virtutum quoque imitemur exempla. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Señor mio Jesucristo, etc.; Glorioso S. Francisco Javier, etc., *como el primer dia, y de la misma manera en todos.*

ORACION.

Dios y Señor de los arcángeles, á los cuales encomendais los negocios gravísimos de vuestra gloria, y utilidad de los hombres; ofrézcoos los merecimientos de estos diligentísimos espíritus, y los de vuestro gran siervo S. Francisco Javier, á quien

hicísteis ministro de vuestra gloria, y encomendásteis la salud espiritual de innumerables almas: suplicoos me concedais que yo cumpla con las obligaciones en que me ha puesto vuestra santísima y divina voluntad, y tambien la gracia que os pido en esta Novena, á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Dios y Señor de los Principados, los cuales por medio de los ángeles y arcángeles, alumbrando, instruyendo y mandando, cuidan de la salud de los hombres, segun la disposicion de vuestra divina voluntad; ofrézcoos los merecimientos de estos celosísimos espíritus, y los de vuestro siervo S. Francisco Javier, el cual no solamente por sí, mas tambien por medio de sus discípulos é imitadores, instruyendo, enseñando y mandando, alumbró y convirtió muchos reinos y provincias, y en ellas innumerables almas: suplicoos que me concedais el celo de este santo apóstol, y la peticion que os hago en esta Novena á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Dios y Señor de las Potestades, que tienen especial poder para refrenar los demonios; ofrézcoos los merecimientos de estos poderosísimos espíritus, y los de vuestro siervo S. Francisco Javier, á quien dísteis singular eficacia para echar los demonios de los cuerpos y de las almas: suplícoos que me concedais gracia para vencer todas las tentaciones del demonio, y me deis lo que os pido en esta Novena, á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Dios y Señor de las Virtudes, por las cuales haceis milagros y prodigios propios de vuestro soberano poder; ofrézcoos los merecimientos de estos prodigiosísimos espíritus, y los de vuestro siervo

S. Francisco Javier, á quien hicísteis nuevo taururgo de nuevos y estupendos milagros, renovando en él las señales y prodigios de los sagrados apóstoles, para que anunciase el Evangelio á nuevas gentes: suplícoos que me concedais la humildad con que en tantos milagros no buscaba San Francisco Javier su honra, sino la vuestra, y me deis lo que os pido en esta Novena, á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Dios y Señor de las Dominaciones, que presiden á todos los espíritus inferiores, ministros de vuestra providencia, y ellos se sujetan á vuestra voluntad, pronto siempre para ejecutarla; ofrézcoos los méritos de estos excelentes espíritus, y los de San Francisco Javier, que siendo superior á muchos, se sujetaba con rendida obediencia á todos sus superiores, reconociendo en ellos á vuestra Majestad, y ejecutando con prontitud sus mandatos: suplícoos que me concedais una pronta y perfecta obediencia á todos mis superiores, y la petición que os hago en esta Novena á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Dios y Señor de los Tronos, en que descansais como en trono de vuestra gloria, y asiento de vuestra majestad; ofrézcoos los merecimientos de estos altísimos espíritus, y los de S. Francisco Javier, trono de vuestra gloria, vaso de eleccion para llevar vuestro nombre á nuevas gentes, el cual se negó á sí mismo y á todas las cosas del mundo, echándolas fuera de su corazon para que en él entráseis vos solo: suplícoos me concedais que yo desprecie todas las cosas del mundo, y en vos solo descanse, y otorgadme la peticion que os hago en esta Novena á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Dios y Señor de los Querubines, que están adornados de perfectísima sabiduría; ofrézcoos los merecimientos de estos sapientísimos espíritus, y

los de vuestro siervo S. Francisco Javier, á quien adornásteis de sabiduría eminente, y revelásteis altísimos secretos para que enseñase vuestra ley á muchas naciones y gentes: suplícoos me concedais que yo sepa temeros y agradaros, que es la verdadera sabiduría, y con mi ejemplo y palabras enseñe á otros á guardar vuestros mandamientos, y tambien me otorgueis la gracia que os pido en esta Novena á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DIA NOVENO.

ORACION.

Dios y Señor de los Serafines, que os aman con un amor ardentísimo; ofrézcoos los merecimientos de estos abrasados espíritus, y los de vuestro siervo S. Francisco Javier, que como si fuera un serafin humano se abrasaba en vuestro amor, venciendo innumerables trabajos y peligros de la vida por agradaros, y porque os conociesen y amasen los que no os conocian y ofendian: suplícoos me concedais que yo os ame á vos, único Dios y Señor mio, y procure traer á todos los hombres á vuestro conocimiento y amor, y me deis lo que os pido en esta Novena, á mayor honra y gloria vuestra. Amen.

DECENA, O DEVOCION DE LOS DIEZ VIERNES.

Hácese esta devocion en viérnes, por haber muerto en viérnes el Santo; y tómanse diez viérnes por los diez años que predicó el Evangelio en el Oriente. Ha mostrado Dios y el Santo Apóstol cuánto le agrada esta devocion, con muchos milagros y favores que ha hecho por medio de ella á sus devotos, concediendo hijos, salud, buen suceso en los negocios, felicidad en los viajes, seguridad en las navegaciones, y otros bienes temporales: y lo que importa más, gracia para salir de los vicios, vencer tentaciones, y conseguir otros bienes espirituales.

MODO DE HACER ESTA DEVOCION.

En cada uno de los diez viérnes se ha de confesar y comulgar, ayunando ó haciendo otra penitencia, como cilicio, disciplina, etc., y si no se pudiere, conmutese en otra buena obra. Despues de comulgar se han de decir delante del altar del Santo, ó de alguna imágen suya, diez *Padre nuestros* y diez *Ave Marias* con diez *Gloria Patris*, y despues con grande confianza y devocion la siguiente

ORACION.

Glorioso S. Francisco Javier, Apóstol de las Indias, poderoso en las obras; por vuestra gran piedad que usais con todos, y por aquel ardentísi-

mo celo con que por espacio de diez años continuos trabajásteis en el Oriente por la salvacion de las almas, os pido que intercedais eficazmente con Dios por la conversion de los gentiles, y de todos los pecadores, rogueis por las afligidas almas del purgatorio, y por la verdadera prosperidad y paz entre cristianos, especialmente de vuestros devotos, y que me alcanceis de nuestro Señor esta gracia y merced que os pido con el mayor afecto que puedo. Santo mio, pues os mostrais benigno y amoroso con todos, sedlo tambien conmigo, aunque indigno pecador; concededme el despacho de esta peticion para gloria de Dios, y honra vuestra. Amen.

Puede concluirse con la siguiente conmemoracion, que se dice compuso el Papa Urbano VIII, de gloriosa memoria, en honra del Santo Apóstol de las Indias.

Añá. In doctrinis glorificate Dominum: in insulis maris nomen Domini Dei Israel.

✠. Ego autem in Domino gaudebo.

✠. Et exultabo in Deo Jesu meo.

ORATIO.

Deus, qui Beatum Franciscum, Indiarum Apostolum, ut nomen tuum coram gentibus Regibusque portaret, vas electionis efficere voluisti; tribue, quæsumus, ut quem propagatorem gloriæ tuæ mirificum veneramus, propugnatorem salutis nostræ beneficum impetremus. Qui vivis, et regnas in sæcula sæculorum. Amen.

VI.

NOVENA

Á

SAN FRANCISCO DE BORJA.

DIA PRIMERO.

Por la señal, etc.; Señor mio Jesucristo, etc.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

Glorioso San Francisco de Borja, si es para gloria de Dios, honra vuestra, y bien de mi alma, alcanzadme del Señor lo que os pido en esta Novena; y si no, encaminad mi peticion á Dios, para que en mí y en todos se cumpla la Divina voluntad. Amen.

¹ Fué autor de esta novena *un devoto del Santo*, y por lo ménos corria ya en manos de los fieles á principios del siglo próximo pasado. La fiesta se celebra el 10 de Octubre.

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.



Dios y Señor de los Angeles, cuya pureza conservó vuestro Siervo San Francisco de Borja entre los peligros de la juventud, de la abundancia y de los halagos de la Corte; por los méritos de estos celestiales espíritus, y de esta angelical alma, os suplico, Dios mio, conserveis la pureza de mi cuerpo y alma, y me concedais el favor que os pido por intercesion de San Francisco de Borja. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías con un Gloria Patri.

ORACION.



Santísimo y amoroso Padre San Francisco de Borja, grande por naturaleza en la tierra, y mayor por vuestra humildad en el Cielo, ejemplo de príncipes y señores, guía de sacerdotes y maestros, modelo de religiosos y prelados, celosísimo del bien de las almas, y á quien Dios ha concedido especial gracia para desterrar las enfermedades, para apaciguar las discordias, conservar el honor, y recobrar la buena fama, para aplacar los terremotos, y librar de sus daños á tantos pueblos y ciudades, que os

invocan por su protector y Patrono; á vos acudo, Padre mio, para que como tan amante de María Inmaculada, y de Jesus Sacramento, intercedais por mí, alcanzándome el perdon de mis pecados, é imitacion de vuestras virtudes, hasta gozar de Jesus y María por medio de una santa muerte, y que en vida logre la gracia que os pido por medio de esta Novena, si ha de ser para gloria de Dios y vuestra. Amen.

Aquí se hará la peticion al Santo, y se dirá despues su Antífona y Oracion, que está al fin de la Novena.

DIA SEGUNDO.

Por la señal, etc.; Oracion, Glorioso San Francisco de Borja, etc.

ORACION

PARA EL DIA SEGUNDO.

Dios y Señor de los Arcángeles, en cuyo coro halló cabida vuestro siervo San Francisco de Borja entre los peligros de jóven, noble y hermoso, y se consagró por medio de su humildad y penitencia á ser más grande en los cielos que en la tierra; por los méritos de estos soberanos espíritus, y el de vuestro

grande y humilde Siervo San Francisco de Borja, os suplico me deis gracia para que en los peligros del mundo os sirva y ame hasta gozar de vos en el cielo. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION

PARA EL DIA TERCERO.

Dios y Señor de los Tronos, que hicísteis trono de vuestra gracia á S. Francisco de Borja en el estado del santo matrimonio, disponiendo que en Borja hicieran asiento todas las virtudes para ser ejemplo de ellas en todos los estados; por sus méritos y de este vuestro siervo os suplico, que mi alma descansase en solo Vos, y sea trono de vuestra mayor gloria todos los dias de mi vida. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION

PARA EL DIA CUARTO.

Dios y Señor de las Dominaciones, que concedísteis á S. Francisco de Borja dominar sobre su

voluntad y pasiones, cuando entre las glorias del mundo atraia los corazones humanos á vuestro servicio sin faltar al de los reyes de la tierra; por estos altísimos espíritus, y por las singulares virtudes de S. Francisco de Borja, concededme, Señor, que los bienes y honores de esta vida nunca me dominen de manera que me aparten del fin para el cual me habeis criado. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION

PARA EL DIA QUINTO.

Dios y Señor de los Principados, quinto coro de los príncipes del cielo, á donde ascendió vuestro humilde siervo San Francisco de Borja, que despreciando el principado de la tierra, se consagró al estado religioso, para milagro de príncipes, y esclavo de los hombres; por los merecimientos de estos espíritus y del humilde San Francisco de Borja, os suplico, Señor, que en tanto use yo de la nobleza, sabiduría y poder del mundo, en cuanto contribuyan á vuestra gloria y bien de mi alma. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION

PARA EL DIA SEXTO.

Dios y Señor de las Potestades, de que os servís para empresas de vuestra gloria; y en este coro colocásteis al grande S. Francisco de Borja, para que como potestad del cielo; rindiera á las del infierno, á las borrascas del aire y temblores de la tierra; por estas Potestades, y por el poder que comunicásteis á vuestro caudillo S. Francisco de Borja, os suplico, Señor, mitigueis vuestros rigores en los terremotos, y me deis tiempo para una muerte ajustada á las divinas leyes. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION

PARA EL DIA SÉPTIMO.

Dios y Señor de las Virtudes, séptimo orden de vuestros Angeles, que os servísteis de San Francisco de Borja en el orden sacerdotal para que, como

Virtud vuestra, arrojára demonios de los cuerpos, y pecados de las almas, obrando siempre singulares maravillas: por los méritos de estos espíritus, y por la devocion que San Francisco de Borja tuvo al Augusto Sacramento, fuente de todas las virtudes, os suplico encendais en mi alma el fuego del Espíritu Santo, para que como Virtud del cielo atraiga las almas á vuestro divino servicio, y logre la gracia que comunican los Santos Sacramentos. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION

PARA EL DIA OCTAVO.

Dios y Señor de los Querubines, cuyo nombre significa sapientísimos, y cuya sabiduría aprendió y practicó San Francisco de Borja, doctor de ciencias y virtudes; por los méritos de los Querubines, y de San Francisco de Borja, que se aplicó con teson á las artes sin olvidar las virtudes ni la perfeccion religiosa, os suplico, Padre de las luces, me comuniquéis la verdadera sabiduría, alumbreis mi entendimiento para conoceros, y encendais mi voluntad para amaros eternamente. Amen.

DIA NOVENO.

ORACION

PARA EL DIA NOVENO.

Dios y Señor de los Serafines, espíritus que en vuestro amor se abrasan, y encienden á las almas; vos sabeis lo que el Serafin San Francisco de Borja se abrasó en vuestro amor, y lo comunicó á todos con su doctrina y ministerios, enviando al nuevo mundo apostólicos varones para convertir los infieles, y para llevar al cielo á sus devotos los libra de los peligros de cuerpo y alma; por los merecimientos de estos abrasados espíritus, y del serafin San Francisco de Borja, os suplico me libreis de los riesgos de esta vida, y me lleveis á gozar de Vos en el cielo, en donde os ame y alabe por todos los siglos. Amen.

ANTIFONA.

Hic vir despiciens mundum, et terrena triumphans, divitias cœlo condidit ore, manu.

Ÿ. Justum deduxit Dominus per vias rectas.

Ÿ. Et ostendit illi regnum Dei.

OREMUS.

Domine Jesu Christe, veræ humilitatis et exemplar et præmium; quæsumus, ut sicut Beatum Franciscum in terreni honoris contemptu imitatore tuum gloriosum effecisti, ita nos ejusdem imitationis, et gloriæ tribuas esse consortes. Qui vivis et regnas, in sæcula sæculorum. Amen.

VII.

NOVENA

Á

SAN JUAN FRANCISCO DE REGIS¹,

DE LA

COMPañIA DE JESUS.

DIA PRIMERO.

Señor mio Jesucristo, etc.

Deus in adjutorium meum intende, etc., Domine, etc.

OFRECIMIENTO.

Yo os ofrezco, oh Dios mio, cuanto hiciere, meditare ó rezare en esta novena, á mayor honra y gloria vuestra, en honor de San Juan Francisco de

¹ Su fiesta se celebra el 16 de Junio.—La novena ha sido compuesta por el P. V. R. de V.

Régis, para bien de mi alma, por la conversion de los pecadores, perseverancia de los justos, y necesidades de la Iglesia. Amen.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

¡Oh Jesus mio, que bajásteis del cielo á la tierra ansioso de la salvacion de todos los hombres, y por ellos sufrísteis innumerables penas y tormentos, hasta dar vuestra sangre y vuestra vida en una cruz afrentosa! Hacedme conocer más y más el precio de esta Sangre Divina, y el de las almas por quienes la derramásteis, para que este conocimiento me excite á procurar con ahinco mi propia salvacion, y la de todos mis prójimos, que comprásteis y redimísteis á tan caro precio. Esta gracia os pido, Jesus mio, con todos mis afectos por la intercesion de vuestro gran siervo y celoso apóstol San Juan Francisco de Régis, para que imitando su celo y ejemplos, consiga con otros muchos por mi medio la vida eterna. Amen.

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que iluminado con la luz de una fe viva, comprendiste el gran precio de las almas por ser criadas á imágen y se-

mejanza de Dios; intercede por mí para que convencido de que la mía, espiritual, inmortal y eterna, es superior á todas las cosas visibles, menosprecie este mundo con sus riquezas, honores y placeres, y dé por bien empleada la pérdida de todo, y aun de la misma vida temporal, por salvar mi alma, y las de aquellos que estén confiados á mis cuidados. Amen.

Aquí se rezará tres veces el Padre nuestro y Ave María por la conversion de los pecadores.

En seguida se hará la peticion.

Antif. Cuán hermosos son sobre los montes los piés del que anuncia y predica la paz; del que anuncia el bien y predica la salud. (Is. 52, 7.)

Y. Anunciaré tu nombre á mis hermanos.

R. Y en medio de la Iglesia te alabaré. (Salmo 21, 23.)

ORACION.

¡Oh Dios, que adornaste á San Juan Francisco de admirable caridad, y de invencible paciencia para soportar muchísimos trabajos por la salvacion de las almas; concédenos propicio, que amaestrados con sus ejemplos y ayudados con su intercesion, consigamos los premios de la vida eterna. Amen.

Aña. Quam pulchri super montes pedes annun-

ciantis, et prædicantis pacem; annunciantis bonum, prædicantis salutem. (Is. 52, 7.)

Ÿ. Narrabo nomen tuum fratribus meis.

R. In medio ecclesiæ laudabo te. (Ps. 21, 23.)

OREMUS.

Deus, qui ad plurimos pro salute animarum perferendos labores, Beatum Joannem Franciscum, Confessorem tuum, mirabili charitate et invicta patientia decorasti; concede propitius, ut ejus exemplis instructi, et intercessionibus adjuti, æternæ vitæ præmia consequamur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Nota. *En este y en los dias siguientes se hará todo como el dia primero, excepto la oracion propia.*

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que convencido del sumo precio de las almas por ser rescatadas con la Sangre infinitamente preciosa de Jesucristo, te consagraste ante todo á tu propia salvacion y

santificacion, para poder luégo con más eficacia cooperar á la salvacion de los prójimos; alcánzame del Señor la gracia de conocer que mi gran negocio en este mundo es salvarme, y que todo lo demas sin esto es pura vanidad, como me lo enseña Jesucristo, cuyo único fin en su vida, padecimientos y muerte de cruz fué salvar las almas. ¡Oh Santo mio, bien conozco que tiene sumo precio la mia, por la cual Jesucristo dió su sangre y su vida, de infinito precio, para que así me resuelva á perder todas las cosas ántes que perder mi alma por el pecado. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

¡Oh glorioso S. Juan Francisco, que oyendo aquellas divinas palabras: Fuego vine á traer á la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? te sentiste abrasado del fuego de la divina caridad, y del celo de la salud de los prójimos; alcánzame del Señor algunas llamas de este fuego celestial, que consuman en mí todo afecto desordenado á las criaturas, y enciendan en mi corazon un celo ardiente por salvar almas, amándolas en Dios y por Dios. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que herido tu corazon de las saetas del amor divino, corrias con ardiente celo por ciudades y aldeas, montes y valles tras las ovejas descarriadas, para traerlas al redil Divino, sufriendo indecibles penalidades; alcánzame la gracia de que mi pobre alma no se extravíe ni se aleje jamas del Pastor Divino, y que con su gracia atraiga á los que corren por los escabrosos caminos de la perdicion, sin que sean presa de los lobos infernales. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que abrasado del celo de las almas, y sufriendo por esto persecuciones, humillaciones é ignominias, estas no pudieron apagar el fuego de tu caridad, ni resfriar un punto el ardor de tu celo; alcánzame del Señor la

gracia de reputar en nada los trabajos y persecuciones, con tal de salvar mi alma y las de los prójimos. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que viendo el cielo impío de los incrédulos y herejes, de Satanás, y sus secuaces en propagar el error y la inmoralidad, sentias ánsias de muerte contemplando que en efecto miles de almas seguian la bandera del diablo, y se precipitaban ciegamente en el abismo de miserias eternas; consígueme del Señor la gracia de una viva compasion de los pecadores, y que superando en actividad á todos los malos, corra presuroso á sacarlos del error y del pecado, para que en fin tengan la dicha de reinar con Cristo en los Cielos. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que iluminado por la luz de la fe comprendiste, que no hay gloria semejante á la de ser cooperador con Cristo en

la salvacion de las almas, y que entre las obras de Dios ésta es la más divina; alcánzame del Señor la gracia de entender que nada puedo hacer más grato á Dios, nada más glorioso para mí, que trabajar, y si es necesario, morir crucificado por salvar los hombres, rescatados con el precio infinito de la Sangre de Jesucristo. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que comprendiste cómo el salvar, aunque no fuese más que un pecador, valia más delante de Dios que conquistar el mundo entero, y que salvando una alma, salvabas la tuya de la perdicion; hazme entender esta verdad, para que así, me esfuerce por conseguir el inmenso galardón reservado á los que cooperan con Cristo á la salvacion de sus hermanos, y que animado con esta esperanza tenga la dicha de no entrar solo en el Cielo, sino más bien acompañado de miles de almas, que glorifiquen á Dios eternamente. Amen.

DIA NONO.

ORACION.

¡Oh glorioso San Juan Francisco, que ardiendo siempre en el fuego de la caridad divina, y del celo de la salvacion de los redimidos, despues de sufrir inmensos trabajos, y de ganar á Cristo un sinnúmero de almas, mereciste el renombre de apóstol, y brillas ahora como estrella resplandeciente en el reino de los Cielos; alcánzame del Señor la gracia de seguir tus pasos, é imitar tu ardentísimo celo, para que dando gloria á Dios, y cooperando con él á la salvacion de las almas, triunfe con él en la gloria. Amen.

VIII.

NOVENA

Á

SAN LUIS GONZAGA¹,

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS.

Postrado delante de una imagen del Santo, y hecha la señal de la cruz, se dirá:

ACTO DE CONTRICION

PARA TODOS LOS DIAS.

Soberano Señor y Dios eterno, que por un efecto de vuestro infinito amor habeis querido presentarme al angélico jóven San Luis para que aprendiese con su ejemplo á llorar mis culpas; concededme que, á imitacion suya, derrame abundancia de lágrimas para purificar mi alma, y hacerme digno de vuestras misericordias. No mireis, Señor, á mi

¹ Esta novena es la misma que el P. José Mach, de la Compañía de Jesus, ha puesto en su precioso libro titulado *Devocion de los seis domingos*, por el P. Juan Capelluchi.

propia miseria, sino atended benigno al arrepentimiento con que vengo á Vos.

Confieso que he pecado; reconozco humildemente mis delitos; pero ya me pesa, Señor; me pesa una y mil veces de haberos ofendido, y propongo á vuestras divinas plantas, perder ántes la vida que volver á pecar. Dignaos concederme vuestra gracia para perseverar en tan santa resolucion, y escuchad los ruegos de mi abogado San Luis, al cual procuro inclinar en mi favor por medio de esta santa Novena, que consagro á vuestra gloria, honor suyo y provecho de mi alma. Así sea.

DIA PRIMERO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

Inocentísimo San Luis, modelo de las almas puras; dignaos tomarme bajo vuestra proteccion, y emplear en mi favor el valimiento que yo sé teneis en el cielo. Tantas maravillas como se obran todos los dias por vuestra intercesion, lo atestiguan altamente: haced que yo experimente sus saludables efectos. No os pido ahora gracia alguna temporal: lo que yo solicito el dia de hoy, por vuestra mediacion, es sobre todos los favores del órden natural.

Alcanzadme aquel temor amoroso de Dios, que os hizo evitar con tanto cuidado el pecado; haced que me acompañe en todas partes, y que sea siempre mi consejo, mi muro y mi salvaguardia. Así sea.

Cada uno pedirá aquí al Señor la gracia especial que desea alcanzar en esta Novena por la mediación de San Luis Gonzaga.

Ahora saludaremos á San Luis con seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, en memoria de los seis años que vivió en la Compañía de Jesus.

ORACION FINAL

PARA TODOS LOS DIAS.

Angélico jóven San Luis Gonzaga; dignaos recibir con vuestra dulcísima bondad las oraciones que os dirijo, é interced por mí al Señor. Miradme, piadoso ángel de amor y de pureza; compadeceos de mi miseria, y socorredme en medio de tantos peligros que me cercan. Guardad mi castidad, y no permitais que triunfe jamás de mí el espíritu de la carne. El mundo y el demonio están acechando continuamente contra mi salvacion; y el corazon débil por su juventud, se dejaria fácilmente seducir, sin el auxilio de la gracia. Alcanzádmela vos, glorioso Santo; acordaos de la abundancia de auxilios celestiales que os comunicó el Señor, cuando en medio del fausto y de las vanidades del mundo os conservásteis puro, y superior á todas las va-

nidades. Y por aquel beneficio singular, que os hizo sobreponer el amor de Dios al amor de las criaturas, la corona del cielo á la diadema temporal, elevad mi espíritu á Dios, para que todos mis deseos, todas mis aspiraciones, todas mis súplicas sean dirigidas al cielo por vuestro poderoso patrocinio. Hacedlo, ángel mio, para que pueda hacerme digno del premio prometido á los limpios de corazón. Así sea.

Añã. Minuisti eum paulo minus ab angelis; gloria et honore coronasti eum.

Ÿ. Ora pro nobis, Sancte Aloysi.

℣. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Cœlestium donorum distributor Deus, qui in angelico juvene Aloysio miram vitæ innocentiam paricum pœnitentia sociasti; ejus meritis et precibus concede, ut innocentem non sequuti, pœnitentem imitemur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Fervoroso San Luis! Aquí teneis un corazon de hielo, duro é insensible en la presencia de Dios! ¡Infeliz de mí! ¡Cuánto necesito de vuestra proteccion! Llamas sagradas, que consumísteis é hicísteis un holocausto de Luis Gonzaga, venid á abrasar mi corazon, venid á purificarlo de sus manchas, á ablandar su dureza, á destruir sus terrenos afectos, y á depurar sus sentimientos. ¡Oh Dios de amor! ¡Que no me deje yo prender, como Luis, de vuestros atractivos! ¡Que no pueda yo sentir en mí las celestiales impresiones que hacian en él el pensamiento de vuestras adorables perfecciones, la memoria de vuestros beneficios, y la meditacion de los grandes misterios que os habeis dignado revelarnos! ¡Ah! Si yo no puedo pretender los singulares favores con que recompensásteis, aun en este mundo, su inocencia y su fidelidad, concededme á lo ménos la gracia de hacer de la oracion y de la vida interior el alimento de mi piedad, el consuelo

de mis días, el lazo de mi union con vos, y por consiguiente las delicias de mi corazon. A vos recurro, oh gran Santo, modelo y protector mio, para obtener este inestimable favor. Pedídselo á Dios para mí, y haced que sintiendo la eficacia de vuestro ejemplo, experimente tambien la de vuestra intercesion. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marias y Gloria Patris, y la oracion para todos los dias.

DIA TERCERO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Purísimo San Luis! ¡Vos seguís al Cordero sin mancha á donde quiera que va! ¡Cuánta es vuestra dicha! Se os ha concedido oír aquel inmortal cántico, que solo pueden cantar las almas castas, que como vos, han conservado una inviolable pureza. Gozad, gran Santo, gozad de esta gloriosa prerogativa. Pero dignaos interesaros en favor de un alma débil, que debe temerlo todo en punto á la inestimable virtud que el cielo ha coronado en vos

con una eterna gloria. ¡Miserable de mí! ¡Cuántos enemigos conspiran para robarme este precioso tesoro! ¿Cómo podré asegurar su conservacion sin una especial gracia de preservacion? Vos podeis obtenerme esta insigne gracia, y me atrevo á esperarla de vuestra poderosa intercesion. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y la oracion para todos los días.

DIA CUARTO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh gran Santo! Vuestra abnegacion se extendió á todo: bienes, honras, estimacion, reputacion, voluntad propia, dulzura y duracion de la vida, todo lo abrazó! ¡Ah! ¡Que no tenga yo aliento para imitar un despego tan perfecto! El ejemplo que vos me dais me excitará á lo ménos á desprenderme de varias aficiones terrenas que me han impedido hasta ahora elevarme hácia el cielo, y ayudado de vuestra poderosa intercesion subiré frecuentemente en espíritu á la patria celestial, hasta tanto que quie-

ra el Señor hacerme reinar allí en vuestra compañía. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y la oracion para todos los dias.

DIA QUINTO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Serafin humano! ¡Yo me confundo de tanta ingratitud y frialdad mia, comparándola con vuestro inexplicable fervor para con Jesus Sacramentado! ¡Infeliz de mí! ¡Cuán poco he merecido vuestra amorosa proteccion! Desde ahora, y bajo vuestro amparo, me dedico y consagro al culto de este Sagrado Corazon, á quien adorásteis con tanto fervor. Hacédmele propicio. Renuncio para siempre, y me aparto de todo lo que puede impedirme su entrada, y desviarme de sus favores. Quiera el mismo Divino Corazon ser desde ahora mi asilo y mi modelo, haciéndome imitar sus virtudes. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y la oracion para todos los dias.

DIA SEXTO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh penitente Luis! ¿Cómo podré conseguir este triunfo sin el socorro de la divina gracia? Alcanzád-mela, pues, tan eficaz como la recibisteis vos del Señor. Apénas se excite en mí algun sentimiento de impaciencia, de resentimiento, de vanagloria, ó amor propio, de cólera, ó vivacidad, procuraré combatirlo al punto, ó con una reflexion contraria, ó con un acto exterior de la virtud que debe ser su remedio. Recurro á vos, ¡oh poderoso protector mio! para que me ayudeis en el combate que emprendo. Me siento ya animado por vuestro ejemplo; pero todo lo debo temer de mi flaqueza. Mas confiando enteramente en vuestros méritos é intercesion, me atrevo á esperar que no me ocuparé en vano en imitar vuestra penitencia y mortificacion. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y la oraeion para todos los dias.

DIA SÉPTIMO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Humildísimo San Luis. A vuestros piés teneis un corazon soberbio y vanidoso, pero convencido de su engaño fatal! Vos, que al presente os dais el parabien de haber imitado los abatimientos del Salvador, y que gozais de la gloria prometida á los humildes de corazon, no desecheis la súplica que os hago. Deseo ardientemente ser imitador de vuestra humildad; pero no lo podré conseguir sin una poderosa gracia que me sostenga en la práctica de una virtud tan difícil, y á la cual he tenido tanta oposicion hasta ahora. Emplead á este efecto vuestra intercesion, y no desistais hasta haberme alcanzado esta gracia. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y la oracion para todos los dias.

DIA OCTAVO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

Bienaventurado San Luis, fragua de amor de Dios, y portento de caridad hácia el prójimo! Ya que me dais de ella tan admirable ejemplo, venid, venid á socorrerme. Favoreced la resolucion que tomo de caminar, en cuanto pueda, por vuestras huellas. Ejercitad conmigo vuestra predilecta virtud, que bien lo necesito. Alcanzadme luz para comprender que sin ella no puedo salvarme, y que con ella obtendré fácilmente el perdon de todos mis pecados. Os pido humildemente un nuevo testimonio de vuestra caridad. Y puesto que descansais en el seno de quien es principio de ella, haced que descienda á mi corazon, por vuestros ruegos, alguna centella viva que me encienda y abraze en el amor de Dios y del prójimo. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y la oracion para todos los dias.

DIA NONO.

Todo como en el primero, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

Mucho tiempo há, incomparable Luis, que la divina gracia me reprende interiormente mi vida floja, imperfecta, y tan poco digna de un alma cristiana. Al presente me siento más impelido que nunca á dejarla. A vos, ¡oh patrono mio! modelo de las almas fervorosas, debo sin duda estos mis piadosos sentimientos. Vuestro ejemplo, tan poderoso en otro tiempo para con todos los que os trataban, no ha perdido nada de su virtud para obrar eficazmente por la divina gracia sobre los espíritus y sobre los corazones. Mas ¿qué no será capaz de obrar, si añadís á su eficacia el valimiento de vuestra intercesion? Dignaos hacerlo así, y alcanzadme la perseverancia en los buenos propósitos que me ha hecho formar la consideracion de vuestra fervorosa vida, para que renovándolos á menudo, los guarde hasta el último suspiro de la mia. Así sea.

Se concluye con los seis Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y con la oracion para todos los dias.

IX.

NOVENA

AL ANGELICAL JOVEN

S. ESTANISLAO DE KOSTKA¹,

DE LA

COMPañIA DE JESUS.

DIA PRIMERO.

Puesto delante del altar ó imágen de San Estanislao, se hace primero el Acto de contrición, Señor mio Jesucristo, etc., y luego se dirige al Santo la siguiente

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

¡Glorioso San Estanislao! á vuestros piés llevo á implorar vuestro patrocinio por medio de esta Novena, para que me alcanceis de Dios el salir de pe-

¹ Esta novena, compuesta por *un devoto del Santo*, es muy antigua y se han hecho de ella muchas ediciones. Para la presente reimpresion se ha tenido á la vista la edicion de Valencia, por Agustin Laborde.

cado, y perseverar en su gracia hasta la muerte, y tambien lo que os pido en este dia, si es para mayor honra y gloria de Dios, y provecho de mi alma. Amen.

Luégo levantando el corazon á Dios se dirá la siguiente

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, dador de toda humildad, que aun á los ángeles no quisiste que les faltase esta virtud, haciéndoles servir de custodios á los hombres; por los méritos de estos soberanos espíritus, y por los de vuestro humilde siervo San Estanislao, concededme, Señor, la verdadera humildad, para que destierre de mi corazon toda presuncion y soberbia. Vos gustais de habitar en las almas humildes; por eso buscásteis para Madre la más humilde de las criaturas, y por lo mismo tantas veces á los brazos de San Estanislao. Venid, Señor, á mi alma por medio de vuestra gracia, concededme la perseverancia en ella, y la gracia que os pido en esta Novena. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y se dirá la siguiente

ORACION.

Humilde y angélico Estanislao, que á la manera que los ángeles, siendo de naturaleza superior á

los hombres, se humillan á servirles de custodios, así tú, Santo mio, siendo príncipe, y criado con autoridad, te humillaste á servir á todos, no desdeñándote cuando no podias ser visto de tus criados de barrer la casa cuando secular, ni de los oficios más bajos en la religion: alcánzame de Dios, Santo mio, que yo sea humilde de corazon, que estime ser despreciado á los ojos del mundo, como la criatura más vil que ha nacido, para que este conocimiento humille mi soberbia, y me haga digna morada de Dios, que no se desdeñó de nacer en un pesebre. Amen.

Aquí se pedirá con fervor al Santo la gracia que se desea alcanzar por su intercesion, y se dirá despues la siguiente

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

Misericordioso Señor, que acoges con bondad la intercesion de los Santos, que son ya vuestros cortesanos; tened misericordia de este infeliz pecador, que aún batalla en la tierra con riesgo de condenarse. Dejaos obligar, Señor, del ruego de todos los coros de ángeles, y de vuestro angelical siervo San Estanislao, para que yo alcance el perdon de mis culpas, con las cuales tantas veces he irritado vuestra justicia. Vos, Señor, por los méritos de pocos justos, prometisteis á Abraham perdonar á mu-

chos pecadores; pues ahí os presento los méritos de todos los Bienaventurados, que acá os sirvieron, y ahora os alaban en la gloria. Singularmente os ofrezco los de San Estanislao, cuya dichosa alma nunca perdió la gracia del bautismo, y cuya vida corta fué colmada de virtudes. Por su intercesion, Señor, alumbrad mi alma, gobernad mis obras, y dirigid mis pasos, para que alcance yo la gloria eterna. Amen.

Añã. Hic vir, despiciens mundum, et terrena triumphans, divitias cœlo condidit ore, manu.

ŷ. Ora pro nobis, Sancte Stanislæ.

Ŗ. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Deus, qui inter cœtera sapientiæ tuæ miracula, etiam in tenera ætate, maturæ sanctitatis gratiam contulisti; da, quæsumus, ut Beati Stanislai exemplo, tempus instanter operando redimentes, in æternam ingredi requiem festinemus. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Como el primer dia, Señor mio Jesucristo, etc., y la oracion Glorioso San Estanislao, etc. Despues se dirán las dos oraciones siguientes y respectivamente del mismo modo en todos.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, que intimásteis tantas veces á los hebreos la penitencia por medio de un arcángel, y admitísteis la aspereza con que San Estanislao mortificaba su inocente cuerpo; por los méritos de este coro de espíritus, y de vuestro siervo San Estanislao, concededme el don de la penitencia, para que satisfaga por mis gravísimas culpas, y refrene mis rebeldes inclinaciones, sujetándolas todas á la razon y á la ley. No permitais, Señor, que prevalezcan contra mí mis apetitos, con los cuales me combaten mis enemigos, mundo, demonio y carne. Esforzad, Señor, mi espíritu para que los venza con la penitencia, asistido de vuestra gracia, y detenga con ella el rigor de vuestra justicia. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego se dirá la siguiente

ORACION.

¡Mortificado jóven San Estanislao! Eráis en el mundo arcángel humanado, que enseñábais á todos á mortificar las potencias y los sentidos, no permitiendo que vuestro entendimiento discurriese, ni la voluntad amase, ni la memoria se acordase sino de Dios; conteniais los ojos con la modestia, la lengua con el silencio, el oído con el recato y la fuga, el gusto con la hiel y vinagre de Cristo, y el tacto con el cilicio y rigurosas disciplinas. Enseñadme, Santo mio, á mortificarme en todo lo que me estorba seguir el camino de la virtud, y llegar con vuestra imitacion á conseguir la gloria eterna. Amen.

Se pedirá ahora al Santo lo que se desea alcanzar, y se dirá la oracion Misericordioso Señor, etc., y de la misma manera todos los dias.

DIA TERCERO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, que sois por esencia la pureza misma, y enseñásteis al purísimo jóven San Estanislao á que viviese en la tierra, sien-

do príncipe, con la pureza con que viven en el cielo los Principados; concededme, Señor, esta virtud, para que á su imitacion conserve limpia mi alma de toda impureza. Vos, Señor, teneis decretado, que ninguna alma manchada éntre en el cielo; por eso vió San Juan á todos los Bienaventurados vestidos de blanco, en significacion de su limpieza; purificad, pues, mi alma con esta virtud, para que no se me niegue la entrada en vuestro reino. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luégo se dirá la siguiente

ORACION.

Oh glorioso San Estanislao, príncipe poderoso en la tierra, é imitador de los Principados del cielo! Estos por medio de los espíritus inferiores, alumbran el mundo; vos, con el candor de vuestra pureza, enseñásteis á los príncipes la continencia, servísteis de ejemplar á las vírgenes y religiosos, y á todos los hombres de ejemplo, para conservar limpia su alma y su cuerpo de tan inmundo vicio. Merezca yo, Santo mio, con vuestra proteccion alcanzar esta virtud, y vencer la rebeldía de mis pasiones desordenadas, y que mis pensamientos, obras y palabras vayan limpias hácia Dios, sin contravenir jamas á sus divinas leyes y mandamientos. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

DIA CUARTO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, á cuyo trono llegan las oraciones de los Santos por medio de vuestros ángeles, singularmente por medio de las Potestades, y por las mismas admitís las oraciones y ruegos de vuestro siervo, y protector mio San Estanislao; concededme, Señor, el don de la oracion, la cual vuestro Hijo Divino ejercitó en la tierra, y la enseñó á sus discípulos, y en ellos á toda la Iglesia. Sepa yo, Señor, valerme de este arma sagrada para fortalecer mi espíritu, y defenderme de las tentaciones. ¡Oh! qué feliz será mi alma, si sabe tratar dignamente con Vos por medio de la oracion, pues diré con Job: «Ponme, Señor, á tu lado, y no temo á quien pelee contra mí.» Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego dirá la siguiente

ORACION.

Poderoso intercesor mio, San Estanislao, que supisteis á imitacion de las Potestades del cielo, sujetar con vuestra oracion los demonios, sacando de su esclavitud las almas y los cuerpos; extended,

Santo mio, vuestra oracion y vuestros ruegos, para librar mi alma de las cadenas de los vicios. Ayudadme á evitar los lazos con que el infernal cazador prende las almas con el cebo del pecado. Enseñadme á enfervorizar mi oracion, para que deje de ser tibia, ántes sepa, á imitacion vuestra, volar á Dios, y conseguir de su misericordia las virtudes que me faltan, especialmente las propias de mi estado, y sepa con ellas conservar la gracia, y por medio de esta la gloria eterna. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

DIA QUINTO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, que enviásteis á vuestro Hijo al mundo para que fuese ejemplar de mansedumbre, y la enseñase á los hombres, diciendo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon;» concededme, Señor, esta virtud con la perfeccion que la tuvo vuestro siervo San Estanislao, que así vivia en la tierra, como si estuviera colocado en el coro de las Virtudes. Su mansedumbre os obligó á hacer por su intercesion muchos milagros. Yo me contento, Señor, con que por su intercesion se despoje mi corazon de la ira, de la vanidad y soberbia; que conozca su pequeñez y vile-

za, y que nada puede sin Vos, con cuya gracia espero salvarme. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego dirá la siguiente

ORACION.

¡Oh perfecto imitador de la mansedumbre de Cristo, pacientísimo San Estanislao! Esta virtud os mereció pertenecer al coro de las Virtudes, de cuyos soberanos espíritus se vale Dios para hacer milagros; y ha oído benignamente vuestra intercesion para curar dolencias, y para resucitar tantos muertos como tuviste años de vida. En vuestra proteccion espero, Santo mio, resucitar á la vida de la gracia, y no morir jamas la muerte de la culpa. Sea yo paciente en las injurias, manso en las adversidades, humilde y pacífico con los que me persiguen, para que á imitacion vuestra agrade á Dios, y con vuestra asistencia conserve la gracia. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

DIA SEXTO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, á cuyo imperio obedecen, se rinden y postran todas las criaturas visi-

bles é invisibles, á quienes mandan por medio de las Dominaciones; hacedme, Señor, obediente á vuestras divinas leyes, como lo fué vuestro siervo San Estanislao. ¡Oh cuántas veces, Dios mio, he sido sordo á vuestras voces, rebelde á vuestros llamamientos y obstinado en no seguir vuestras inspiraciones! Conozco que he sido ingrato, viendo á vuestro Hijo Jesus hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. No merezco ser atendido de vuestra grandeza, pero escuchad á los méritos de vuestro siervo San Estanislao, por cuya intercesion espero alcanzar esta virtud, y la perseverancia hasta la muerte. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego dirá la siguiente

ORACION.

Obedientísimo San Estanislao, que supísteis obedecer, y hacer obedientes con vuestro ejemplo, haciendo que dominara Dios en las voluntades de sus criaturas. No sólo obedecias á los prelados que os mandaban con voz sensible, sino tambien á las internas inspiraciones. Alcanzadme de Dios, Santo mio, esta virtud, con la cual me desnude de mi amor propio, para que no tenga otro querer que el de Dios. Con ella me será fácil la observancia de la ley divina, y el cumplimiento de las obligaciones de mi estado. Haced que, á vuestra imitacion, no

sólo sujete mi voluntad, sino tambien mi entendimiento á los que están en lugar de Dios. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, que hicísteis creíbles vuestros misterios por medio de tantos prodigios; alumbrad mi entendimiento con la clara luz de los Tronos, que mantienen el carro de vuestra gloria, donde sois adorado en el cielo con vista clara y en la tierra con la fe viva, para que yo crea firmemente la verdad infalible de vuestra palabra. Vos, Señor, premiásteis la fe de vuestro siervo San Estanislao, enviando á casa de un hereje el objeto más aborrecido de ellos, que es el Augustísimo Sacramento, para que le recibiera por mano de un ángel otro ángel humano que yacia enfermo. Avivad, Señor, mi fe para que yo reciba con fruto de mi alma esa fuente de gracia, que me conduzca á la gloria. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego dirá la siguiente

ORACION.

¡Oh dichoso San Estanislao! ¡Cuántas veces fuisteis en la tierra trono de Dios! Merecisteis tenerle en vuestros brazos en forma de Niño, y que en ellos le depositase su Purísima Madre, llenando vuestra alma de celestial dulzura! Alcanzadme de Dios, Santo mio, con vuestros ruegos, que mi alma se disponga con todas las virtudes, singularmente con la fe, para ser digno templo de Dios, donde solo Dios sea adorado, y dignamente creído. Interceded por mí para que el demonio, valiéndose de mi ignorancia, no me engañe con alguna ilusion, ántes crea ciegamente todos los Misterios que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, me propone. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, que tantas veces prometeis la gloria á los que os sirven; con gran seguridad espero vuestras divinas promesas, y las

conseguiré si me aprovecho del tiempo que me dais para merecer vuestra gracia. Alumbradme, Señor, por medio de la sabiduría de los Querubines, para que sepa salvarme, y no permitais que desvie mis pasos del camino recto de vuestras leyes; ántes, á imitacion de vuestro siervo San Estanislao, venza las dificultades que se ofrecen en el camino de la virtud, y llegue al término de la esperanza, que es la gloria eterna. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego se dirá la siguiente

ORACION.

—

Sapientísimo jóven San Estanislao, que supisteis imitar á los Querubines en la sabiduría del cielo; ruégoos que desterreis mi ignorancia, y me enseñeis á salvarme por medio de las buenas obras. A aquellos soberanos espíritus se les atribuye el saber, y vos en pocos años alcanzásteis el verdadero saber, practicando todas las virtudes. Deseo imitaros, Santo mio, y hacer firme mi esperanza con el cumplimiento de las leyes de Dios y de la Iglesia, y de las obligaciones de mi estado. Así lo espero con vuestra proteccion poderosa, y con la asistencia de la divina gracia. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

DIA NOVENO.

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor, que nos mandais amaros con todo el corazon, y con toda el alma. ¡Oh cuán fácil es este precepto á quien conoce vuestra Bondad infinita! Quisiera amaros, Señor, como os aman los Serafines. Mas ya que esto no puede ser, ámeos yo como os amó vuestro siervo San Estanislao. ¡Oh qué incendio de amor divino cupo en aquel corazon tierno é inocente! Era menester refrigerarle el pecho para que no muriera de puro amor. Pero al cabo esta llama acabó con su vida. ¡Oh Señor! Muera yo de amor vuestro, sin cesar de amaros hasta llegar á amaros con amor beatífico en la gloria. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías, y luego dirá la siguiente

ORACION.

¡Oh enamorado de Dios, Seráfico Estanislao! ¡Quién imitára aquellos abrasados afectos, que enviábais al Niño Dios al tenerle en vuestros brazos

comenzando ya en la tierra á ser Serafin abrasado. Alcanzadme de Dios, Santo mio, ese perfecto amor, para que no ame yo otra cosa que á Dios, ni arrebaten mi voluntad las cosas de la tierra, ántes me causen hastío, no sea que me estorben ver á Dios, y me pongan en riesgo de perderme. Sepa yo á imitacion vuestra despreciarlas, y con vuestro patrocinio adquirir las virtudes, y conservar la gracia, que me lleve á amar á Dios en la gloria. Amen.

Lo demas como en los dias anteriores.

X.

NOVENA

EN HONOR DE

S. FRANCISCO DE JERÓNIMO

DE LA

COMPañÍA DE JESUS¹.

DIA PRIMERO.

Postrado delante de la imágen del Santo, y hecha la señal de la santa cruz, y el Acto de contrición, se rezará la siguiente

ORACION PREPARATORIA

PARA TODOS LOS DIAS.

Glorioso San Francisco de Jerónimo, hijo dignísimo del gran Patriarca San Ignacio de Loyola, cuyo celo de la mayor gloria divina heredaste; amantísimo hermano de San Francisco Javier, cu-

¹ La presente novena, compuesta por un P. de la Compañía de Jesus, se ha reimpresso varias veces. Para la presente edicion ha servido la de Madrid del año 1846.

yas misiones ardientemente pediste; y fiel imitador de San Juan Francisco Régis, en evangelizar el reino de Dios á las ciudades y pueblos de Nápoles, con tantas fatigas y desvelos como Régis en Francia, mereciendo como él el glorioso renombre de apóstol del patrio suelo: á ti recurro con gran confianza, suplicándote humildemente interpongas tu poderosa intercesion con Dios nuestro Señor, á fin de que se digne otorgarme la gracia que deseo, si cede en gloria suya y bien de mi alma; y si no, rectifica mi súplica del modo que convenga al servicio divino y mi aprovechamiento espiritual. Amen.

ORACION

PARA ESTE DIA.

—

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que viviste de la fe, y no pudiendo predicarla á los gentiles, como deseabas, consumiste tu salud y fuerzas corporales entre los cristianos, despertando á los pecadores del mortal letargo de la culpa, y fomentando los fervores de los justos para salvarlos á todos: ruégote humildemente me alcances del Señor, que te escogió para apóstol suyo, y confirmó tu predicacion evangélica con continuos milagros, aquella fe viva que es luz del alma, puerta de la gracia, y fundamento de la salud eterna. Amen.

Ahora se pedirá la gracia que se desea alcanzar por medio del Santo, y se rezarán en su honor tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris, y despues se dirá la siguiente

ORACION FINAL

PARA TODOS LOS DIAS.

Dios y Señor de las virtudes: por los heróicos actos de fe viva, esperanza firme, y caridad ardiente con que os glorificó nuestro Santo apóstol Francisco de Jerónimo; por el celo, tierno amor y viva sed que siempre tuvo de salvar á todos sus prójimos, procurando remediarlos por todos los medios posibles, y aun deseando sacrificar la propia vida por ellos; y finalmente, por la invencible paciencia, austerísima mortificacion, y profundísima humildad en que tanto se ejercitó, á fin de hacerse apto instrumento de vuestra mayor gloria, único blanco de todas sus empresas: os suplico, Señor y Dios mio, me infundais todas las virtudes de mi Santo protector, y ademas me otorgueis por sus méritos, y por vuestra sagrada Pasion y Muerte, la gracia que solicito en esta Novena, si no obsta á mi eterna salvacion. Amen.

Añá. Similabo eum viro sapienti, qui ædificavit domum suam supra petram.

ŷ. Amavit eum Dominus, et ornavit eum.

ñ. Stolum gloriæ induit eum.

OREMUS.

—

Deus, qui Beatum Franciscum ad animarum salutem eximium verbi tui præconem effecisti; ejus nobis intercessione concede, ut legis tuæ mandata, et jugiter scrutemur in corde, et fideliter operibus exequamur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, etc.

DIA SEGUNDO.

—

ORACION.

—

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que puesta toda tu esperanza en Dios, tomaste sobre tus hombros cargas tan superiores á tu delicada complexion, y habituales dolencias, y proporcionaste el sustento á tanta multitud de necesitados enfermos y pecadores de uno y otro sexo, reduciéndolos á los deberes cristianos, y colocándolos en conservatorios y asilos de la honestidad é indigencia, corriendo no pocas veces peligro tu misma vida por hermanar á los enemistados: ruégote me alcances del Señor, que tanto te fortaleció para tan árduas empresas, gran confianza en su admi-

rable Providencia, para que buscando primero el reino de Dios y su justicia, me provea asimismo de lo necesario para la vida. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, cuyas palabras salidas de tu pecho, verdadero volcan de caridad, eran como saetas, que hiriendo los corazones de los oyentes excitaban en unos la sed de la gracia perdida, y en otros avivaban la llama del divino amor: ruégote humildemente me consigas del Señor, que vino á encender en la tierra el fuego de la caridad, y de ti quiso valerse para fomentarle, la gracia de no vivir ya para mí, sino únicamente para Jesucristo, que por todos murió y resucitó. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que devorado del celo de la mayor gloria de Dios, ya

aterrabas á los pecadores con tu voz de trueno que de dia y de noche hacias resonar por las públicas calles y plazas, á fin de moverlos á reformar sus costumbres; ó bien invitabas dulcemente á los justos á que se acercasen á la sagrada Mesa de la Eucaristía, disponiéndolos ántes con vivas exhortaciones, y fervientes afectos: alcánzame, te suplico, de Jesucristo, autor de los Santos Sacramentos, que reciba frecuente y provechosamente los de la Penitencia y Comunión, para que no me halle desapercibido la muerte. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, cuyo corazon compasivo, como el de otro San Pablo, enfermaba con los enfermos, á quienes alcanzabas la salud, ó la conformidad con la voluntad divina; y como el de David desfallecia á la vista de los pecadores, que infringian los divinos mandamientos, costándote sus extravíos no ménos penitencias que oraciones: ruégote, Santo mio, me consigas de Jesucristo, de cuyo Sagrado Corazon trasladaste al tuyo semejantes afectos, entrañas de verdadero hermano para con todos mis prójimos, para compade-

cerme de las enfermedades y flaquezas de todos, y remediarlas del modo que me sea posible. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que si no lograste como deseabas coronar tu santa vida con el martirio, la coronaste ciertamente con las inmensas fatigas de más de cien misiones hechas en varios pueblos y ciudades del reino de Nápoles, y con los increíbles trabajos y tribulaciones de todo género, que fueron siempre los compañeros inseparables de tu apostolado por espacio de cuarenta años, sin que nada pudiese retraerte ni acobardarte, mostrando en esto que si el Señor lo hubiese ordenado así, tampoco te faltára el ánimo en los mayores y más crueles tormentos: suplicote humildemente me consigas del Señor, que te dió tan heroico deseo, la gracia de llevar gustoso las pequeñas cruces que se me ofrezcan, para irme disponiendo á las mayores. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que te mostraste ministro de Dios en la paciencia, seguro fundamento de la vida apostólica, tolerando enormes injurias y afrentas, no sólo con igualdad de ánimo, sino tambien con alegría, y aun volviendo bien por mal á los ofensores: impétrame, como te lo pido, de nuestro pacientísimo Jesus esta virtud tan necesaria, para que sobrellevando las contradicciones, molestias y trabajos de esta mortal vida, perfeccione la obra de mi santificacion. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que no satisfecho con los afanes y fatigas anejas al ministerio apostólico, macerabas constantemente tu cuerpo, y le sujetabas al espíritu, temiendo como

San Pablo no sucediese que, habiendo predicado á los demas, llegases á ser reprobado del Juez supremo: te ruego encarecidamente me alcances del Señor espíritu de penitencia, para que la haga verdadera de todos mis pecados, y logre de la divina misericordia el perdon de todos ellos. Amen.

DIA NOVENO.

ORACION.

Gloriosísimo San Francisco de Jerónimo, que á pesar de haberte consagrado en la flor de tu edad al servicio y mayor gloria de Dios en la Compañía de Jesus, no soltabas de la mano á ninguna hora del dia ni de la noche las armas de esta espiritual milicia, diciendo frecuentemente que habias venido á la religion á última hora, y por tanto debias afanarte más: suplicote, Santo mio, imprimas en mi corazon este humildísimo sentimiento, para que no alzando la mano de la obra de mi justificacion, que he comenzado, merezca, aunque haya venido con los últimos al trabajo, el mismo galardón que los primeros. Amen.

XI.

NOVENA

Á

LOS SANTOS MARTIRES

DEL JAPON

PABLO MIKI, JUAN DE GOTO Y DIEGO KISAI,

DE LA

COMPANÍA DE JESUS¹.

DIA PRIMERO.

Hecha la señal de la cruz, y rezado el Señor mio Jesucristo, etc., se dirá la siguiente

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

¡Oh esclarecidos mártires, primicias gloriosas de la fe en el Japon, y dulcísimos abogados nuestros, Pablo, Juan y Diego! Llenos de confianza en vuestros merecimientos nos postramos á vuestros piés, suplicándoos humildemente presentéis nuestras oraciones ante el acatamiento del Señor, para que por vuestro medio sean favorablemente despa-

¹ Su fiesta se celebra el 5 de Febrero.—La novena ha sido compuesta por el P. P. V.

chadas á mayor gloria divina, y nos obtengan en particular la gracia que por vuestra intercesion pedimos en esta Novena. Amen.

ORACION PARTICULAR

PARA EL PRIMER DIA.

—

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por aquella vivísima y constantísima fe con que sostuvieron contra tantos enemigos, y con tanto ardor extendieron en el Japon las verdades reveladas por Jesucristo nuestro Salvador. Concedednos, Señor, la gracia de que á su imitacion vivamos y muramos en la verdadera fe de nuestra santa Madre la Iglesia católica, apostólica, romana, ajustando á sus máximas todas las acciones de nuestra vida, para que teniéndoos aquí á Vos por objeto de nuestra fiel creencia, lo seais despues de la vision beatífica en la gloria. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nuestros poderosos abogados á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

Tres Padre nuestros, tres Ave Marías y tres Gloria Patri á la Santísima Trinidad por los favores concedidos á los tres Santos mártires del Japon.

ORACION

FINAL PARA TODOS LOS DIAS.

—

Santos mártires del Japon, gloria ilustre de la Compañía de Jesus, y dechado de todas las virtudes cristianas, que sellásteis con vuestra sangre la fe que con grandes sudores plantó en el Japon San Francisco Javier; ¡cuán grande es nuestro contento al veros enriquecidos con tantas virtudes y gracias, como plugo al Señor depositar en vuestras almas dichosísimas! Desde ese trono de gloria en que os han colocado vuestros méritos, tended una mirada benigna sobre vuestros devotos, y pues tan celosos fuísteis en la tierra del mayor bien de vuestros semejantes, no os olvidéis, ahora que sois más poderosos en el cielo, de vuestra acostumbrada caridad; mirad á vuestra triste patria que yace aún sentada en las sombras de la muerte; alcanzad á sus moradores un rayo de vivísima luz divina, que disipando las tinieblas de sus errores les haga conocer y amar á su Dios y Redentor, Jesucristo. Miradnos tambien á nosotros cuán pobres estamos de virtudes, socorred todas nuestras necesidades espirituales y temporales, y obtenednos á todos la gracia preciosa de la perseverancia final: haced que á la hora de la muerte Jesus y María sean los únicos nombres que pronuncie nuestra lengua, los únicos objetos á que aspire nuestro corazon, para que así,

despues de haberos imitado en la tierra, podamos en vuestra compañía cantar eternamente las alabanzas de Dios en la gloria. Amen.

Ahora se hace la peticion.

Despues de una breve pausa se reza la antífona, versículo y oracion que sigue.

Añá. Gaudent in cœlis animæ sanctorum, qui Christi vestigia sunt secuti; et quia pro ejus amore sanguinem suum fuderunt, ideo cum Christo exultant sine fine.

ψ. Exultabunt Sancti in gloria.

η. Lætabuntur in cubilibus suis.

OREMUS.

Deus, qui primitias fidei apud Japoniæ gentes, Sanctorum Martyrum tuorum Pauli, Joannis et Jacobi sanguine confirmasti; concede propitius, ut ad tui nominis confessionem, quorum excitamur exemplis, eorum precibus adjuvemur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

Todo como el primer dia, ménos la siguiente

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por aquella esperanza firme con que de Vos, como de Padre amorosísimo, esperaban todos los bienes para sus almas y para sus cuerpos, el alivio en sus trabajos, el auxilio en su empresa de catequizar á los japones, y con que tranquilos aguardaban la muerte como principio de su felicidad; dadnos por su intercesion poderosa, la gracia de que arrojemos en Vos confiadamente todos nuestros cuidados, y sabiendo que nunca abandonais á los que en Vos esperan, á Vos acudamos en nuestras necesidades espirituales y temporales por remedio de todas ellas, hasta llegar á poseeros en el cielo donde descansaremos eternamente en Vos, como en término de nuestras aspiraciones. Concedednos tambien la gracia que os pe-

dimos en esta Novena, por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por aquella encendida caridad con que abrasados sus corazones, sólo por Vos respiraban, sólo á Vos querian, ansiando daros la mayor prueba de su amor, muriendo por Vos en una cruz. Otorgadnos, Señor, la gracia de que reconociendo en Vos, bondad infinita, y fuente de toda perfeccion, el objeto de todas las tendencias de nuestro corazon, hecho para amar, sólo amemos lo que á Vos os agrade, nada que os ofenda, para que estando unidos á Vos por amor en esta vida, gocemos eternamente en la otra de vuestros abrazos castísimos. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nues-

tros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires, y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por aquella entrañable caridad para con sus prójimos, que no los dejaba reposar mientras no lograban remediar los males de los necesitados, y por la que no perdonaron á trabajo ni fatiga para hacer que brillase con todo esplendor la luz evangélica en su amada patria, sentada hasta entónces en la sombra de la muerte. Dadnos, Señor, por vuestros siervos, la gracia de que viendo en los prójimos vuestra divina imágen, y considerándolos como hijos del mismo Padre, que de Vos venimos y á Vos nos debemos encaminar, redimidos con la misma preciosa Sangre de vuestro divino Hijo, nos amemos unos á otros con amor sincero, para que, ayudándonos mutuamente en

este mundo, cantemos juntos en la gloria vuestras alabanzas por todos los siglos de los siglos. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires, y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por la obediencia perfecta con que se sujetaron gustosos aun á la menor indicacion de la voluntad de sus Superiores, no queriendo dar paso sin la bendicion de ellos, ni hacer obra, aun de las más pequeñas de su santo ministerio, sino con consentimiento de los mismos. Iluminadnos, Señor, con vuestra gracia para que mirando en nuestros legítimos Superiores vuestra misma autoridad y persona divina, á quien representan, nos esmeremos en no quebrantar mandato

alguno, ni faltar á ninguna de nuestras obligaciones, á fin de que habiéndoos servido á Vos en ellos en la tierra, con Vos reinemos eternamente en la gloria. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena, por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires, y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por aquella fervorosa piedad con que cumplan todos sus deberes religiosos, gustaban de visitaros en el templo santo, os dirigian allí tiernas plegarias, y llenos de respeto servian cuidadosos en las cosas de vuestro culto. Haced, Señor, que á imitacion suya, considerando nosotros la excelencia infinita que os hace acreedor á los rendidos homenajes de vuestras criaturas, os adoremos profundamente desde lo íntimo de nuestros corazones, aparezcamos con recogimiento

y modestia en vuestro santo templo á pedirnos mercedes, miremos con el mayor respeto cuanto se refiere al culto divino, y no descuidemos ninguna de las obligaciones que nuestra sacrosanta religion nos impone, para poder de este modo disfrutar en el cielo de la corona prometida á los que os sirven con fidelidad. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires, y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por la devocion tiernísima á la Sagrada Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y á los Dolores de la Santísima Vírgen, con cuya consideracion se encendian cada dia en nuevos deseos de perfeccion, y de padecer por Jesus y María. Grabad, Señor, en nuestras almas la memoria de la

Pasion de vuestro Unigénito Hijo, y de la compasion de su divina Madre, para que contemplando lo que por nuestros pecados sufrieron, nos determinemos con vuestra gracia á morir ántes que cometer el más leve pecado, y nos movamos generosamente á pagar amor por amor, á fin de que padeciendo con Jesucristo en el mundo, merezcamos luégo por sus méritos, y la intercesion poderosa de su amantísima Madre, que tambien lo es nuestra, ser con él mismo glorificados eternamente en el cielo. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros gloriosos mártires, Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y en especial por aquella admirable mansedumbre, por la que no sólo llevaban con resig-

nacion las importunidades y persecuciones de los mismos gentiles á quienes querian convertir; y en su martirio, las injurias y dolores de los atormentadores, sino tambien con paz dulcísima que se pintaba en sus mismos semblantes. Haced, Señor, por su intercesion os lo pedimos, que viendo con cuánta mansedumbre habeis Vos sufrido por nosotros los más atroces tormentos, mostrándoos siempre manso y humilde de corazon, nos resolvamos nosotros á tolerar por Vos cualesquiera desgracias que nos sobrevengan, y las mofas de los mundanos, para conseguir despues el disfrutar por eternidades sin fin de aquella dulce tierra de promision, preparada para los mansos de corazon. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

DIA NOVENO.

ORACION

PARA ESTE DIA.

¡Oh Señor Omnipotente, admirable en todas vuestras obras, más admirable en la santidad de vuestros siervos! Gracias os damos por las prerogativas singulares de que adornásteis á vuestros

gloriosos mártires, y Patronos nuestros, Pablo, Juan y Diego, y especialmente por aquella constancia invencible en el bien empezado, de que ni los atractivos del mundo, ni las burlas de los infieles, ni los tormentos de un martirio prolongado los hicieron retroceder un punto. Por sus merecimientos, Señor, os suplicamos nos deis la gracia de que gustando cuán suave sois Vos á los que os aman, y cuánto favoreceis á los que os sirven, jamas cejemos en la empresa que hemos acometido de servirlos toda nuestra vida, sin hacer caso de los halagos del mundo, ni de las sugerencias de nuestros enemigos, á fin de que peleando legítimamente hasta el fin, alcancemos la corona inmortal con que serán galar-donados los vencedores. Concedednos tambien la gracia que os pedimos en esta Novena por la intercesion de nuestros poderosos abogados, á mayor gloria de vuestro nombre. Amen.

XII.

NOVENA

EN HONOR DEL

BEATO ALONSO RODRIGUEZ,

DE LA

COMPañIA DE JESUS.

DIA PRIMERO.

Hecha la señal de la cruz y dicho el Señor mio Jesucristo, etc., se continúa con la siguiente

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

Gloriosísimo y bienaventurado Alonso, que por vuestras grandes virtudes y méritos habeis conseguido tanta gloria en el cielo, donde reinais en compañía de los Angeles y Santos; miradme á mí con ojos propicios, y alcanzadme del Señor la gracia de imitar vuestros heroicos ejemplos, y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y salvacion de mi alma. Amen.

¹ Su fiesta se celebra el 30 de octubre.

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.

—

Dios y Señor mio, á quien nadie puede agradar sin fe; os adoro y venero con toda mi alma, y os doy gracias por la viva fe que concedísteis á vuestro siervo Alonso, el cual se gobernó siempre por las máximas que ella nos prescribe, y suspiraba con las más vivas ansias por plantarla en el corazón de todos los hombres con sus palabras y ejemplos. Conozco, Señor, lo poco que me he aprovechado de don tan precioso; y os suplico por la intercesion del Beato Alonso me concedais gracia para que mis obras correspondan á mi fe, y que sepa confesarla y defenderla con valor para gloria vuestra y bien de mis prójimos. Concededme tambien lo que particularmente os pido en esta Novena, si es de vuestro agrado y bien de mi alma. Amen.

Ahora se reza tres veces el Padre nuestro y Ave María en honor de la Santísima Trinidad, dándole gracias por los favores particulares que concedió al Beato Alonso.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

—

¡Oh amado protector mio Beato Alonso! Os doy mil enhorabuenas por el alto grado de gloria á que

el Señor, justo remunerador de sus fieles siervos, os ha elevado, por haber sido modelo de todas las virtudes en los varios estados en que la Providencia os colocó, y particularmente en el de religioso, cuyas obligaciones con tanta exactitud desempeñásteis, procurando con todas vuestras fuerzas que el nombre de Jesus fuese de todos glorificado. Desde ese alto puesto que gozais, dignaos inclinar la vista hácia mí, indigno devoto vuestro, que desde este destierro clamo á vos pidiendo vuestro amparo y patrocinio. Vos sabeis los muchos peligros que en este mundo nos rodean, y los grandes obstáculos que á cada paso encontramos en el camino de nuestra eterna salud. Interceded con el Señor, á fin de que imite yo vuestras virtudes, de tal manera, que por vuestra mediacion logre ser participante de la bienaventuranza que vos gozais, por los siglos de los siglos. Amen.

Aquí pide cada uno la gracia que desea conseguir por la intercesion del Beato Alonso.

Añá. Hic vir despiciens mundum et terrena triumphans, divitias cœlo condidi ore, manu.

Y. Justum deduxit Dominus per vias rectas.

R. Et ostendit illi regnum Dei.

OREMUS.

Deus, fortitudo fragilium, et humilium celsitudo, qui famulum tuum Alphonsum jugi mortifica-

tionis studio, et eximiæ humilitatis laude clarescere voluisti; da, ut ejus imitatione carne mortificati, et in humili Crucis Filii tui sequela fideliter perseverantes, gloriam consequamur æternam. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

Bendito y alabado, etc.

DIA SEGUNDO.

Todo como el primero, excepto la segunda oracion, que será la siguiente.

ORACION

PARA ESTE DIA.

Omnipotente y misericordiosísimo Señor, cuya bondad infinita fué el apoyo de la firme esperanza del Beato Alonso, el cual, confiado en vuestro poder y divinas promesas, se entregó todo en vuestras manos, seguro de que jamás le faltaria vuestro favor, aun en los lances más arriesgados; yo me confundo al ver mi desconfianza, y que en las ocasiones que se me han presentado, no sólo no he sabido poner mi esperanza en vuestro poder y fidelidad, sino que, despreciándola neciamente, he llegado á poner mi confianza en mis débiles fuerzas, ó en el favor humano. Vos lo habeis visto, Dios mio, con cuánta facilidad he caido por lo mismo en las

tentaciones que me han asaltado, y cuál ha sido mi abatimiento en las desgracias que me han sobrevenido. Compadeceos de mí, y concededme por los méritos de vuestro amado Alonso una filial confianza como la suya, para que reposando tranquilamente en el seno de vuestra amorosa Providencia, logre la paz de vuestros escogidos. Dadme igualmente el favor que os pido en esta Novena á mayor gloria vuestra. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Amantísimo Dios y Señor mio, cuyo Corazon divino arde siempre en amor al hombre; os ofrezco aquel incendio de caridad que abrasó el corazon de vuestro siervo Alonso, y que le hacia vivir absorto y enajenado de las criaturas, para no pensar ni hablar sino de Vos, y para no hacer cosa alguna sino por agradaros. Recibid, Señor, aquel ardor con que os amaba, y deseaba que todos os amasen, en desagravio de las ingratitudes con que hasta ahora os he correspondido. Vos me amais desde la eternidad, y yo os he ofendido ántes de conoceros, y despues que os conozco no os amo, ni acabo de entregaros mi corazon. Comunicadme,

Dios mio, alguna parte de aquel fuego divino que inflamó tanto á Alonso, para que comience, aunque tarde, á amaros con toda mi alma, y persevere siempre en vuestro santo amor. Tambien espero me concedais el favor particular que os pido en esta Novena, si ha de ser para vuestra mayor gloria. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Amorosísimo Señor, que nos disteis tantos ejemplos de caridad, haciéndoos hombre y padeciendo por nuestra salvacion eterna, y que llenásteis á vuestro siervo, el Beato Alonso, de caridad tan encendida en favor del prójimo, que le hacia acudir con la mayor diligencia al socorro de las necesidades espirituales y temporales de sus hermanos; dignaos concederme á mí, por su intercesion, aquel espíritu de caridad que me haga mirar con compasion las necesidades ajenas, y socorrerlas con generosidad segun mis fuerzas. No permitais, Dios mio, que sea otro el motivo de mi amor al prójimo sino Vos, y la observancia de vuestra santa Ley; y haced que á imitacion del Beato Alonso, con mi ejemplo y oraciones logre ganaros las almas que

redimisteis con vuestra preciosa Sangre, y la peticion que os hago en esta Novena, si es de vuestro agrado y para bien de mi alma. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Soberano Señor, que con tanta bondad os comunicais á vuestros siervos; os doy gracias por este beneficio, y por el singular don de oracion que concedísteis á vuestro favorecido Alonso. Vos le comunicábais vuestros secretos, y le manifestábais vuestra voluntad, y Alonso salia de la oracion todo encendido en vuestro amor á hacer lo que era de vuestro agrado, llegando hasta vivir en una continuada oracion, sin poder separarse jamás de vuestra vista y comunicacion amorosa. ¡Qué confusion la mia, que apenas estoy nunca recogido! ¡Y qué poco fruto saco yo de la oracion! Perdonadme, Dios mio, y concededme por intercesion de vuestro siervo todas las disposiciones necesarias para aprovecharme de la oracion, y para que este santo ejercicio produzca en mi alma los abundantes frutos que produjo en la suya. Os pido tambien el favor particular que solicito en esta Novena á mayor gloria vuestra. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Dios y Señor de las virtudes, que á vuestro siervo Alonso concedísteis heroica paciencia en las adversidades de esta vida; os suplico me concedais á mí aquella resignacion con que toleró las varias pruebas á que estuvo expuesto, y aquella alegría que conservó en medio de las ocasiones más críticas y dolorosas. ¡Cuántos méritos podria yo haber adquirido imitando sus ejemplos! ¡Y qué desgracia no ha sido la mia en haberos ofendido por mi demasiada delicadeza! No me queda otro recurso que llorar estas pérdidas, y pedirlos incesantemente por los méritos del Beato Alonso, me concedais una perfecta conformidad con vuestra voluntad santísima, para que recibéndolo todo como de vuestra mano, no me separe un punto de vuestras adorables disposiciones. Concededme igualmente la gracia que pido en esta Novena, si ha de ser para gloria vuestra. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Amantísimo Señor, que descendísteis del cielo á la tierra para enseñarnos la humildad; ¡con qué fervor procuró imitaros el bienaventurado Alonso! Huyendo de toda sombra de honor vano, y dedicado enteramente á los oficios más bajos y despreciables, conservó siempre su corazon léjos de toda vanidad y soberbia, y guardó cuidadosamente el tesoro de la santa humildad. Os suplico que por sus méritos é intercesion me concedais verdadero conocimiento de mi miseria y bajeza, para que siguiendo sus ejemplos me haga objeto de complacencia á vuestros divinos ojos, y logre el premio preparado para los humildes de corazon. Dadme tambien que consiga la gracia que pido en esta Novena á mayor gloria vuestra. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Dios de mi alma, que os hicísteis obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz; os ofrezco

los méritos del obedientísimo Alonso, siervo fiel, que imitando vuestro ejemplo se sujetó á la voluntad de todos los que le mandaban en vuestro nombre, obedeciendo con la mayor prontitud, áun en las cosas más difíciles y repugnantes, sin dificultad ni oposicion alguna; y os suplico me concedais gracia para que yo obedezca puntualmente vuestra santísima Ley, y tambien las órdenes de mis superiores, para poder de este modo alcanzar la victoria prometida á los obedientes. Concededme asimismo el favor que os pido en esta Novena, si es para gloria vuestra. Amen.

DIA NOVENO.

ORACION.

Dios y Señor mio, que os dignásteis haceros Hombre en las entrañas purísimas de María, y que al morir nos dejásteis á esta Señora por Madre. Vos que tanto apreciáis los obsequios hechos á esta Soberana Reina, y concedísteis á vuestro querido Alonso un amor tan tierno á María, que llegó á ser particularmente favorecido en muchas ocasiones, como hijo muy amado suyo, dignaos concederme á mí una devocion verdadera á tan dulce Madre, y confianza filial para recurrir á su patrocinio

en todas mis necesidades, para que en la hora de mi muerte logre como el Beato Alonso vuestros favores y los de María. Dadme, por último, que consiga el favor particular que os he pedido en esta Novena, y la santa perseverancia en vuestro amor. Amen.

XIII.

NOVENA

AL

BEATO PEDRO CLAVER

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS ¹,

Apóstol de los negros.

DIA PRIMERO.

Por la señal, etc.; Señor mio Jesucristo, etc.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

Omnipotente y sempiterno Dios, que os dignásteis conceder á España nuevo lustre en las hazañas del grande apóstol de los negros el B. Pedro Claver, y á todos los españoles nuevo título de con-

¹ Se celebra la fiesta el dia 9 de setiembre.—Compuso esta novena el P. José María Anglés, de la Compañía de Jesus.(Madrid, imprenta de Aguado, 1852.)

fianza, dándoles tal protector y abogado; escuchad, Señor, la súplica que os dirigirá sin duda por nosotros en este momento, y para que sea más eficaz y ardorosa, preparad nuestros corazones, á fin de que sepan obligarle con el corto obsequio de esta Novena, con que nos proponemos alcanzar la imitacion de sus virtudes, que es lo que Vos deseais, y lo que hará que os gocemos en su compañía por los siglos de los siglos. Amen.

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.

Dulcísimo Jesus mio, autor y consumidor de nuestra fe, que os dignásteis colocar el fundamento de nuestra santidad en la creencia firme de vuestra soberana palabra, y que infundísteis en el pecho de vuestro siervo, el B. Pedro Claver, fe tan viva cual era menester para que llegase á ser un portento de santidad; por los méritos é intercesion de vuestro siervo, os suplico me concedais el aumento de esta virtud esencial al cristiano. Haced, Jesus mio, que mis obras sean dignas de la fe que profeso, y para ello arraigad más y más en mi alma esta divina virtud. No permitais, Jesus mio, que el ejemplo de tantos corazones incrédulos haga mella alguna en el mio; quitadme mil veces la vida ántes que yo os deshonre mostrándome ménos fiel á vuestra divina palabra. Así os lo suplico por interce-

sion de vuestro siervo, juntamente con la gracia que os pido en esta Novena, si es para gloria vuestra, y bien de mi alma. Amen.

Aquí se rezarán tres Padre nuestros y tres Ave Marías con Gloria Patri en obsequio del Beato.

Despues se dirá la siguiente

ORACION.

Gloriosísimo Beato Pedro, digno hijo del gran Padre y Patriarca S. Ignacio de Loyola, y escogido de Dios para hacer gala de sus celestiales dones, y dar á conocer al mundo el poder de la divina gracia sobre la flaca naturaleza; yo me confundo en vuestra presencia al verme tan desemejante á vos, y tan desprovisto de aquellas virtudes que pudieran haceros agradables mis súplicas y alabanzas. Una sola cosa me consuela, y es que no habeis perdido en el cielo, sino más bien perfeccionado aquellas entrañas de misericordia con que siempre acogisteis en la tierra á las más pobres y viles criaturas: aunque yo tambien soy del número de estas, no por eso dejo de tener derecho á vuestra proteccion y cariño. Compadeceos hoy de mi alma, que fué criada á imagen y semejanza de Dios, redimida con su preciosa Sangre, y en continuos peligros de perderse. Dirigidle una de aquellas tiernas miradas que siempre os merecieron las almas de tantos infelices; y si no voces sensibles co-

mo á ellos, hacedle oír por lo ménos una palabra interior de paz y de consuelo, una palabra fuerte que la despierte de su letargo, una palabra de fuego que consuma en ella toda la escoria de sus culpas, y que iluminándola la decida á imitar vuestras virtudes, para que por medio de una santa vida tenga yo una muerte semejante á la vuestra. Apoyad, protector mio, la súplica que acabo de dirigir á Jesus, para que yo consiga la imitacion de aquella virtud que me propongo honrar hoy en vos, y la gracia que en particular espero en esta Novena, si es para gloria de Dios, honor vuestro, y bien de mi alma. Amen.

Ahora se hará la peticion alentando la confianza, y se dirá la siguiente oracion que el Beato hacia todos los dias á María Santísima.

ORACION.

Señora, Virgen María, llena de gracia y de misericordia; yo, la más indigna de todas las criaturas, humildemente te ruego que no me consientas morir de muerte arrebatada, porque no vaya mi ánima de este mundo sin entera confesion y satisfaccion de todos mis pecados. ¡Oh Virgen Santísima! Ruega por mí, pecador, ahora y en la hora de mi muerte. Amen.

Ant. Hic vir, despiciens mundum, et terrena triumphans, divitias cœlo condidit ore, manu.

ψ. Justum deduxit Dominus per vias rectas.
 R. Et ostendit illi regnum Dei.

OREMUS.

Deus, qui miserabilia mancipia ad agnitionem tui Nominis vocaturus, Beatum Petrum, Confessorem tuum, mira in eis juvandis sui abnegatione, et eximia charitate roborasti; ejus nobis intercessionem concede, ut non quæ nostra sunt, sed quæ Jesu Christi, quærentes, proximos opere et veritate diligere valeamus. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

DIA SEGUNDO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que os dignásteis proponer al hombre una esperanza eterna, cuyo objeto sois Vos poseído y amado para siempre y sin peligro de perderos. ¡Ah! Vos, Dios mio, que alentásteis el corazón de vuestro siervo, el B. Pedro, con esta esperanza, y le hicísteis capaz de arrostrar por ella todos los peligros del mundo, concededme por su intercesión la gracia de que yo os haga la

justicia que merece la fidelidad de vuestra palabra, y labre mi dicha en esta vida, esperando con seguridad la eterna, por medio de mis buenas obras, practicadas con vuestra gracia, y sublimadas con vuestros méritos. Y pues es tanta vuestra bondad, otorgadme por añadidura la esperanza firme de conseguir aquellos bienes temporales que me hayan de servir de medios para alcanzar esa misma eterna dicha, y la gracia que os pido en esta Novena, si es para gloria vuestra, honor de vuestro siervo, y bien de mi alma. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, único objeto digno del amor del hombre, que os dignásteis encender en el corazón del Beato P. Pedro Claver una vivísima llama, que no solo consumió cuanto pudo haber en él de desagradable á vuestros divinos ojos, sino que siempre estuvo en movimiento para daros pruebas de un amor que, como el fuego, si no trabaja no vive; por sus méritos é intercesion os suplico ilumineis mi entendimiento é inflameis mi voluntad, para que conociéndoos con la perfeccion posible, os ame con aquel ardor que exige el dulcísimo precepto de

amaros con todo el corazon, con toda el alma y con todas las fuerzas. Concedédmelo, Jesus mio, y si es para vuestra mayor gloria, honor de vuestro siervo, y bien de mi alma, otorgadme tambien la gracia que os pido en esta Novena. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que enamorado en extremo de los hombres, quisísteis ser amado en la persona de todos y cada uno de mis prójimos, y me disteis por señal y distintivo de que pertenezco á vuestra escuela el amor hácia mis hermanos. ¡Ah, Jesus mio! Vos, que os dignásteis renovar en estos últimos siglos los portentos de la caridad apostólica, en los trasportes del amor de vuestro siervo el P. Pedro Claver hácia las almas y los cuerpos de sus prójimos; concededme por su intercesion que yo mire siempre vuestra imágen en aquellos á quienes traspasásteis todo vuestro derecho á exigir de mí las infinitas deudas que con Vos contraí. Así lograré, Jesus mio, amarlos como Vos quereis, que es lo que pido y espero, juntamente con la gracia que pretendo alcanzar en esta Novena si es para honor vuestro, y bien de mi alma. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que os dignásteis venir al mundo en calidad de maestro de una virtud en él desconocida, y que á la santa humildad dulcemente nos convidásteis con palabras y ejemplos; por los méritos é intercesion del Beato P. Pedro Claver, en cuyo pecho halló esta virtud campo vastísimo para sacrificaros los más raros dones de gracia y naturaleza, os suplico me concedais que yo ponga de una vez los ojos en mi vileza, y atribuyéndos todo lo que es vuestro, me atribuya lo que es mio, vanidad y pecado. Así, Jesus mio, mereceré vuestra gloria, y seré digno desde ahora de la gracia que os pido en esta Novena, si es para honor vuestro, el de vuestro siervo, y bien de mi alma. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que con palabras y ejemplo nos enseñásteis á orar, pretendiendo enamorar-nos de este santo ejercicio hasta hacerle nuestra

ocupacion incesante, y que enamorásteis de él en tal grado al Beato P. Pedro Claver, que vivió, sí, con el cuerpo en la tierra, pero entre los ángeles con el espíritu; suplícoos por sus merecimientos me otorgueis la gracia, que es prenda de muchas otras, de que yo no guste de otro trato y comunicacion sino con Vos, ocupando desde ahora mi corazon y mi mente en aquella union que me ha de hacer feliz para siempre. Así, Jesus mio, seré instrumento idóneo de vuestra gloria, y estaré más dispuesto para recibir la gracia que os pido en esta Novena, para vuestro honor, y bien de mi alma. Amen.

DIA SEPTIMO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que asemejándoos en todo al hombre ménos en el pecado, quisísteis sin embargo abrazar todas sus penalidades, para pagar en vuestro cuerpo inocente las penas debidas por las culpas del mio prevaricador; y que en tan alto grado infundísteis en el Beato P. Pedro Claver el deseo de asemejarse á Vos en la virtud de la penitencia; os suplico por su intercesion, y por los méritos de aquel heróico destrozo que hizo de su purísimo cuerpo, me concedais una resolucion generosa de

imitarle, como lo ha menester quien por su delicadeza no se decide á aplicarse los frutos de vuestra Sangre preciosa. Así lo espero, Jesus mio, para que mis apetitos y pasiones subyugadas os den la gloria que mereceis; y juntamente espero la gracia que os pido en esta Novena, si ha de ser para honor vuestro, y de vuestro siervo, y bien de mi alma. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que viniendo del cielo á la tierra para redimirnos, tanto nos inculcásteis el desprecio y horror al mundo criado por Vos, é ingrato hasta el extremo de no conoceros, y que en el corazon del Beato P. Pedro Claver infundísteis tan señalado ódio á cuanto el mundo ama y abraza; os suplico por su poderosa intercesion, y por el mérito singular de aquel desprecio constante de los dictámenes del mundo, y de sus pompas y devaneos, que me otorgueis la gracia de que yo tenga al mundo por lo que es en realidad, por una gran farsa y mentira, y que me decida á no poner en peligro por él mi alma, y mis intereses verdaderos. Vuestra gloria, Jesus mio, lo exige así, y yo lo espero con

la gracia que os pido en esta Novena, si es para gloria vuestra, honor de vuestro siervo, y bien de mi alma. Amen.

DIA NONO.

ORACION.

Dulcísimo Jesus mio, que humanado por mi amor tomásteis por divisa la obediencia á vuestro Eterno Padre, y dándosela por blason de su milicia á San Ignacio de Loyola, la vísteis honrada por vuestro obedientísimo siervo el B. Pedro Claver; os suplico, por su intercesion y por el mérito de la obediencia con que solia decir que más pesaba en su balanza una sola palabra de un superior que cien revelaciones de otro que no lo fuese, me concedais la gracia de llegar á poseer esta madre fecunda de mil otras virtudes, sin que las máximas torcidas del mundo puedan oscurecer en mí la fe de que toda la autoridad descende de Vos, y de que á Vos oye quien oye al que la posee. De vuestra infinita bondad me prometo esta gracia, y la que os pido en esta Novena, si es para gloria vuestra, honor de vuestro siervo, y bien de mi alma. Amen.

XIV.

NOVENA
AL
BEATO ANDRÉS BOBOLA¹,
MARTIR,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

DIA PRIMERO.

Puesto de rodillas ante la imágen del Beato Andrés, y hecha la señal de la santa cruz, se dirá el siguiente

ACTO DE CONTRICION

PARA TODOS LOS DIAS.

Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor mio; me pesa sobremanera de haberos ofendido de pensamiento, palabra y obra, por ser Vos quien sois, y propongo firmemente nunca más pecar, esperando de vuestra infinita

¹ Su fiesta se celebra el 23 de mayo.—La Novena fué compuesta por el P. J. M. A.

bondad y misericordia la gracia necesaria para enmendarme de todas mis culpas pasadas, apartarme de las ocasiones de volveros á ofender, y para perseverar en vuestro divino servicio hasta el fin de mi vida. Amen.

ORACION

PARA ESTE DIA.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de nuestro Redentor Jesucristo, que asistido de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate ahora interceder por mí con el Todopoderoso, que, además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale, pues, en mi favor en este día, primero de tu Novena, aquella santa libertad é intrepidez apostólica, con que, afrentado y azotado por los enemigos de su santísimo Nombre, confesaste claramente que eras Sacerdote católico, y miembro de la Compañía de Jesus, y que así nunca jamás te separarías de la comunión con la Santa Sede, ni abrazarías las doctrinas condenadas por ella. Como no dudo que lo harás así, poderosísimo abogado y protector mio, espero que su Divina Majestad me dé por tus méritos y ruegos igual firmeza en la santa fe católica que profesé en el Bautismo, para que confesando siempre á Jesucristo en presencia

de los hombres, por mi Dios, merezca que el mismo Señor me reconozca por siervo y discípulo suyo delante de nuestro Padre celestial. Amen.

Aquí se hará pausa para pedir al Señor la gracia particular que desea alcanzar el que hace esta Novena al Beato Andrés, en cuya honra se rezarán tres Padre nuestros y Ave Marías con un Gloria Patri, y se concluirá del modo siguiente.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

Amantísimo y amadísimo Jesus mio; escuchad benignamente las fervientes súplicas que os hace por mí, abominable pecador, vuestro fiel siervo y discípulo verdadero el Beato Andrés, y por su vida apostólica y horrorosos tormentos con que la acabó, otorgadme la virtud especial que os pido en este día, y la gracia que solicito con esta Novena, si redunde en gloria vuestra, y mi adelantamiento espiritual; y si no, dispensadme lo que fuere más conducente á mi bien temporal y eterno. Amen.

Añã. Probavit me Dominus, quasi aurum, quod per ignem transit. (Alleluia.)

Ÿ. Patior. (Alleluia.)

¶. Sed non confundor. (Alleluia.)

OREMUS.

—

Deus, qui in confessione veræ fidei Beatum Andream, multiplici suppliciorum genere excruciatum, illustri martyrio coronasti; præsta, quæsumus, ut nos in eadem fide stabiles, adversa potius omnia, quam animæ detrimentum patiamur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

EN CASTELLANO.

Añ. Me probó el Señor como al oro, que pasa por el crisol. (Aleluya.)

Y. Padezco. (Aleluya.)

R. Pero sin confusion mia. (Aleluya.)

OREMOS.

—

Oh Dios, que coronaste con ilustre martirio al Beato Andrés, atormentado con multitud de suplicios, por la confesion de la verdadera fe; rogámoste hagas que constantes en la misma fe, padezcamos más bien las adversidades todas, que detrimento del alma. Por Cristo nuestro Señor. Amen.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.

DIA SEGUNDO.

En este y en los demas dias sólo se variará la oracion dirigida al Beato.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de nuestro Redentor Jesucristo, que asistido de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate interceder ahora por mí con el Todopoderoso, que ademas de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale, pues, en mi favor en este dia segundo de tu Novena la inaudita fortaleza con que sufriste ser arrastrado de dos cosacos montados á caballo, y golpeado y acuchillado de todos desde el despojado en que te prendieron hasta la ciudad que ilustraste con tantos y tan gloriosos martirios. Hazlo así, poderosísimo abogado y protector mio, y no dudo que el Señor, en vista de estos tus padecimientos, reanimará mi confianza en su infinito poder, en las tribulaciones generales y particulares con que se digne visitarme, para que todo lo que padezca en esta vida temporal, léjos de servirme de

confusion, me sirva de mérito para la vida eterna.
Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de nuestro Redentor Jesucristo, que asistido de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate interceder ahora por mí con el Todopoderoso, que además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale, pues, en mi favor en este día tercero de tu Novena, el mal tratamiento de palabra y obra que te hizo el capitán de los cosacos por ser tú fiel ministro de Jesucristo y celoso predicador de su santo Evangelio, y la entereza y resolución con que te negaste á abjurar la fe católica, despreciando sus terribles amenazas. Yo creo que Dios nuestro Señor te oirá benigno, y me hará, por los insultos y heridas que recibiste en aquella ocasión, la gracia de caminar á la perfección propia de mi estado, sin torcer á la derecha ni á la izquierda, para llegar felizmente al deseado término de la gloria.
Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de Nuestro Señor Jesucristo, que ayudado de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate interceder ahora por mí con el Todopoderoso, que, ademas de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale en mi favor en este dia cuarto de tu Novena los vehementísimos dolores que sentiste, cuando uno de tus encarnizados enemigos te sacó un ojo con la punta de su estoque, porque los exhortabas á convertirse á nuestra santa fe católica, y otro de ellos cruzó tu venerable rostro con tan enorme bofetada, que te hizo saltar dos dientes, y dejó bañada toda tu boca en sangre. Por estos agudísimos dolores suplica al Señor me dé el valor y espíritu que me falta para arrancar y echar léjos de mí, segun me manda en el Evangelio, los miembros que son para mí ocasion de pecar, aunque los necesite como los ojos. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de Nuestro Señor Jesucristo, que ayudado de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate interceder ahora por mí con el Todopoderoso, que, además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale en mi favor en este día, quinto de tu Novena, el largo y penoso martirio que te dieron los cosacos, escarnificando inhumanamente tus brazos y piernas, y apretándote las sienes con juncos y mimbres retorcidos. Por estos acerbísimos tormentos te ruego, poderosísimo abogado y protector mío, me consigas de la divina bondad la gracia de despreciar las vanidades mundanas, y no ambicionar otra corona en la tierra que la de mi amantísimo Redentor, para que este ponga algún día sobre mi cabeza la corona de preciosa pedrería que adornará eternamente la tuya en el reino de los cielos. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de Nuestro Señor Jesucristo, que ayudado de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate ahora interceder por mí con el Todopoderoso, que, además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale en mi favor en este día, sexto de tu Novena, el inexplicable martirio que te dieron los cismáticos, desollándote primero la cabeza y luego las espaldas y pecho, y quemándote en seguida las carnes con teas encendidas. Por estos horrorosos tormentos que inventaron aquellos infieles para hacer mofa de los sagrados Ordenes y ornamentos sacerdotales, y que sufriste con una mansedumbre digna de un ministro de Jesucristo, alcánzame, poderosísimo abogado y protector mío, la gracia de que no desmientan jamás mis obras que soy, como católico, del linaje escogido, de una clase de sacerdotes reyes, de la gente santa, del pueblo de conquista, para publicar las grandezas de aquel que nos sacó de las tinieblas á su admirable luz. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de Nuestro Señor Jesucristo, que fortalecido de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate ahora interceder por mí con el Todopoderoso, que, además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale en mi favor en este día, séptimo de tu Novena, la increíble paciencia con que llevaste que te renovasen los enemigos de nuestra santa Religión todas tus llagas, restregándolas con paja menuda, que te hincasen cañas agudísimas entre las uñas de los dedos, y te desollasen una mano. Alcánzame, pues, de la divina bondad, por estos dolorosísimos tormentos, la virtud de la mortificación de la carne, para que viva yo en adelante una vida verdaderamente espiritual. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de Nuestro Señor Jesucristo, que fortalecido de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate ahora interceder por mí con el Todopoderoso, que, además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale en este día, octavo de tu Novena, el admirable heroísmo que manifestaste, cuando sufriste la cruelísima amputación de tus orejas, mano y lengua, en odio de los ministerios sagrados que con apostólico celo desempeñabas. Suplica, pues, especialísimo protector mío, á su Divina Majestad, que me conceda por estos atrocísimos tormentos que padeciste con una perfecta resignación en su santísima voluntad, la gracia de no volver á abusar de mis sentidos. Amen.

DIA NONO.

ORACION.

Bienaventurado Andrés, invicto mártir, y perfecto imitador de Nuestro Señor Jesucristo, que fortalecido de la divina gracia conseguiste de los cismáticos tantas victorias como heridas recibiste; dignate ahora interceder por mí con el Todopoderoso, que, además de coronarte de gloria en el cielo, conserva todavía incorrupto tu sagrado cuerpo. Alégale en mi favor, especialísimo abogado mío, en este día, último de tu Novena, la encendida caridad que tanto le acreditaste, no sólo con obras, sino con tantos padecimientos interiores y exteriores; y ruégale que por el menosprecio que de tu sagrada dignidad y persona hicieron los cismáticos, arrojándote medio muerto en un lodazal, y las dos furiosas cuchilladas con que abrieron tu bendita cabeza, coronando tu ilustrísimo martirio, no permita que las aguas de las tribulaciones que me envíe, logren apagar en mi pecho la llama de su divino amor. Amen.

XV.

NOVENA

AL

BEATO JUAN DE BRITTO¹,

MARTIR,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



DIA PRIMERO.



Puesto de rodillas delante de la sagrada imagen del Beato Juan de Britto, y hecha la señal de la cruz, se dirá el siguiente

ACTO DE CONTRICION.



Señor mio Jesucristo, crucificado por mi amor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta á Vos, y viva la vida verdadera de la gracia; habed misericordia del mayor de todos, y perdonadme por vuestro Sagrado Corazon, manantial

¹ Su fiesta se celebra el 11 de Febrero.—La Novena fué compuesta por el P. J. M. A.

de bondad y mansedumbre, las innumerables culpas que he cometido hasta el presente; que ya las detesto de corazón todas en general, y cada una de ellas en particular, y propongo, auxiliado de vuestra divina gracia, ántes morir que pecar. Amen.

ORACION

PROPIA DE ESTE DIA.

Bienaventurado Juan de Britto, que conservaste la paz del alma, y recogimiento de los sentidos aun en el bullicio del palacio del rey de Portugal, mostrándote tan insensible á las alabanzas, como á las injurias de los otros cortesanos con quienes tenias que alternar, y mereciendo por esta igualdad de ánimo, que desde entónces te dieran los gloriosos títulos de santo y de mártir: alcánzame de la Divina Majestad que no me pague de las alabanzas de los hombres, ni me desanime por sus vituperios, para que no deje por respetos humanos lo que entienda ser de mayor gloria suya, y provecho de mi alma. Amen.

Ahora se rezarán tres Padre nuestros tres Ave Marías y tres Gloria Patris en honra del Beato Juan de Britto, y luego se pedirá mentalmente al Señor, por sus méritos, la gracia especial que se desea alcanzar.

ORACION FINAL

PARA TODOS LOS DIAS.

Amadísimo Jesus mio, Unigénito de Dios, esplendor de su gloria, y figura de su sustancia, que habiéndonos enseñado por Vos mismo el camino de la vida eterna, deseoso de que todos los hombres se salvaran, y viniesen al conocimiento de la verdad, mandásteis luego á los Apóstoles predicasen el santo Evangelio á toda criatura, y despues habeis perpetuado la misma predicacion por otros varones apostólicos, á quienes habeis dado un nuevo socorro en estos últimos tiempos con la fundacion de la Compañía de vuestro dulcísimo Nombre. Concededme benignamente, por los méritos y martirio del Beato Juan, que os dió á conocer en cinco reinos infieles, la gracia de enseñar y practicar vuestra celestial doctrina siempre y en todo lugar, para salvar mi alma y las de mis prójimos; y ademas otorgadme, si conviene á vuestra mayor gloria y mi provecho espiritual, la merced especial que os pido en esta Novena. Amen.

Añaa. Iste Sanctus pro lege Dei sui certavit usque ad mortem, et a verbis impiorum non timuit: fundatus enim erat supra firmam petram.

Ÿ. Gloria et honore coronasti eum, Domine.

Ÿ. Et constituisti eum super opera manuum tuarum.

OREMUS.

Deus, qui ad fidem catholicam apud indos propagandam, Beatum Joannem, Martyrem tuum, invicta constantia roborasti; ipsius meritis et intercessionem concede, ut qui triumphum ejus memoriam recolimus, etiam fidei exempla imitemur. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

EN CASTELLANO.

Añá. Este Santo peleó por la ley de su Dios hasta la muerte, y no temió las amenazas de los impíos, porque estaba fundado sobre la firme piedra.

Ÿ. De gloria y honra le coronaste, oh Señor.

Ÿ. Y le pusiste sobre las obras de tus manos.

OREMOS.

Oh Dios, que para propagar la fe católica entre los indios fortaleciste con invicta constancia al Beato Juan, mártir tuyo; concédenos por sus méritos é intercesión, que los que celebramos la memoria de su triunfo, imitemos también los ejemplos de su fe. Por Cristo nuestro Señor. Amen.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.

DIA SEGUNDO.

Sólo se variará la oracion al Beato, que hoy será la que sigue.

ORACION.

Gloriosísimo mártir Juan de Britto, que oida la voz del Padre celestial, que te llamaba á la Compañía de su Santísimo Hijo Jesucristo, dejaste al punto por seguirle en verdadera desnudez de espíritu, los bienes temporales, las distinciones mundanas y honras de la corte, tu madre y hermanos, y todas las cosas; alcánzame del Padre de las luces las que necesito para concertar todas las acciones de mi vida segun su divino beneplácito, y una suma docilidad á sus primeras inspiraciones, para que aprovechadas estas me dé otras nuevas, con que vaya creciendo de dia en dia en la perfeccion propia de mi estado. Amen.

DIA TERCERO.

ORACION.

Invicto mártir de Jesucristo, Juan de Britto, que te negaste á ti mismo desde la flor de tu edad,

y llevaste durante el resto de ella tu cruz siguiendo al divino Maestro, é imitándole en todo, y muy principalmente en no perdonar á fatiga de ninguna especie, para ganarle almas que le sirviesen fielmente y amasen de todo corazon; ruégote, amadísimo abogado y protector mio, interpongas tu eficaz valimiento con nuestro amantísimo Redentor, para que se digne darme la perfecta abnegacion de mi voluntad, la constancia en llevar hasta la muerte la cruz de mi estado, y la mayor semejanza posible de todos mis afectos, palabras y acciones con las tuyas. Amen.

DIA CUARTO.

ORACION.

Bienaventurado Juan de Britto, que abrasado del ardiente deseo de llevar la luz del sagrado Evangelio á la gentilidad, hiciste reiteradas instancias á los Superiores para que te destinasen á las Misiones más penosas y difíciles, y habida su licencia, superaste con inaudito valor y rara prudencia las gravísimas dificultades, que se atravesaron para impedirte la salida de la corte de Lisboa, triunfando segunda vez del mundo, de la sangre y de ti mismo; meréceme del Señor, que te alentó en tan-

tas luchas como hubiste de sostener con tan temibles enemigos, copiosa gracia, que me facilite tan completa victoria de los míos, que caigan á mis piés, y pase por encima de ellos en seguimiento de nuestro divino Capitan Jesus. Amen.

DIA QUINTO.

ORACION.

Oh celosísimo misionero Juan de Britto, que hiciste en la India oriental la vida más austera, privándote para siempre del vino, de la carne y del pescado, por ganar aquellas almas infieles, que jamas te hubieran dado oídos, ni hubieran apreciado debidamente la ley del verdadero Dios, si te hubiesen visto vivir con ménos aspereza que sus bramanes; impétrame del Señor tal aprecio y estimacion del alma, que no repare en sacrificar las comodidades de esta vida, ni el reposo, ni aun á mí mismo, no sólo por mi salvacion eterna sino tambien por la del prójimo. Amen.

DIA SEXTO.

ORACION.

Oh Beato Juan de Britto, que pudiste dar las mismas señales de tu divina mision que el Apóstol de las gentes, pues tambien padeciste por la conversion de los infieles con heróica paciencia todo género de trabajos, hambre, sed y desnudez, largas vigiliass, incesantes afanes, peligros de inundaciones, temores de las fieras y animales ponzoñosos, y tres naufragios en solo uno de tus continuos viajes: suplicote humildemente me consigas del Señor aquella heróica paciencia que perfecciona las obras de los justos, para que sean perfectas y cabales todas las mias sin faltar en cosa alguna. Amen.

DIA SÉPTIMO.

ORACION.

Valerosísimo atleta de Jesucristo, Juan de Britto, que sufriste por espacio de muchos dias, no solo con extraordinaria paciencia, sino con inexplica-

ble contento, ser insultado, abofeteado, apaleado, sumergido en un estanque, y azotado bárbaramente por ocho verdugos sobre una roca hecha fuego por los rayos de un sol abrasador; impétrame de Dios nuestro Señor la doble gracia de que, á imitacion tuya, léjos de desmayar en las tribulaciones con que se digne acrisolarme su adorable Providencia, me goce de que se me proporcione ocasion de padecer por el nombre de su Santísimo Hijo Jesucristo. Amen.

DIA OCTAVO.

ORACION.

Humildísimo siervo de Cristo, Juan de Britto, que vuelto á Europa adornado con las cicatrices de tu primer martirio, renunciaste repetidas veces el honroso cargo de maestro del príncipe heredero de la corona de Portugal, y activados los negocios de la santa obediencia regresaste gozoso á la India, donde poco despues declaraste abiertamente al rey de Portugal, que queria elevarte á la Silla arzobispal de Cranganor, que jamas trocarias la palma del martirio por la mitra episcopal; ruégote, me alcances del Señor la verdadera humildad, para que, á tu imitacion, no ambicione jamas las honras ni

las distinciones de la tierra, sino la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Amen.

DIA NONO.

ORACION.

Infatigable apóstol del Maduré y Maravá, Juan de Britto, que despues de haber instruido y bautizado con indecible trabajo más millares de gentiles que todos tus predecesores en el ministerio apostólico, tuviste la inestimable dicha que anhelaste toda tu vida, de ser degollado y descuartizado en ódio de nuestra santa fe católica; aboga en este último dia de tu Novena por mí, indignísimo pecador, ante el trono de la divina misericordia, y alcánzame del Señor el don de la perseverancia final en su santo servicio, para que peleando varonilmente sus batallas hasta la muerte, merezca ser coronado contigo por el mismo Señor en la Jerusalem celestial. Amen.

XVI.

NOVENA

AL

BEATO IGNACIO ACEBEDO,

Y COMPAÑEROS MARTIRES,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS¹.

DIA PRIMERO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

OFRECIMIENTO.

Os ofrezco, ¡oh Dios mio! cuanto hiciere en esta Novena, á mayor honra y gloria vuestra, en honor de los Beatos Ignacio y Compañeros mártires, por el bien de mi alma, por la conversion de los pecadores, perseverancia de los justos, y por las necesidades de la Iglesia católica. Amen.

¹ Su fiesta se celebra el 15 de Julio.—La Novena ha sido compuesta por el P. V. R. de V.